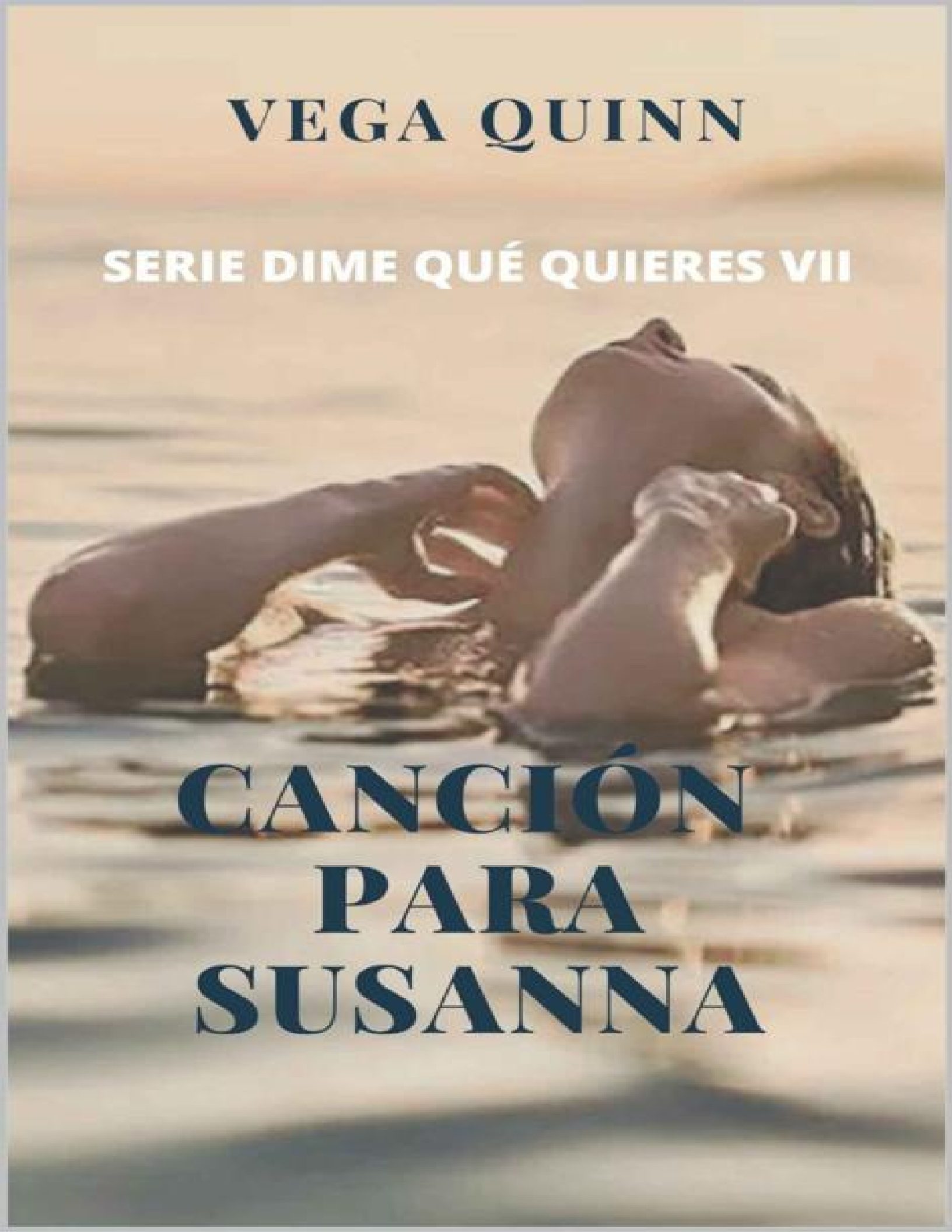


A photograph of a person lying on their back on a sandy beach. Their head is tilted back, and their hands are raised towards their face, with fingers spread. The person is looking up at the sky. The background is a soft-focus view of the ocean and sky.

VEGA QUINN

SERIE DIME QUÉ QUIERES VII

**CANCIÓN
PARA
SUSANNA**

Canción

para

Susanna

Dime qué quieres VII

Vega Quinn

© Vega Quinn

Serie: Dime qué quieres

Volumen: VII

Título del libro: Canción para Susanna

Primera edición: octubre 2024

Corrección: Dorleta Uribe Onandia

Todos los derechos reservados.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que continúen publicando libros para todos los lectores.

*Mis afectos y deseos
no han cambiado,
pero una palabra suya
me silenciará para siempre.*

Orgullo y prejuicio

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

Prólogo

Treinta de agosto

En cuanto se bajó del taxi en la terminal uno, miró de nuevo su reloj; tenía menos de tres minutos para llegar a la zona de embarque. Se colgó sobre los hombros la mochila y puso a prueba su capacidad pulmonar corriendo por el largo pasillo. De haber estado vacío, lo habría conseguido, pero ese día la terminal acogía a cientos de personas que, al contrario que él, parecían no tener prisa por subirse a un avión. Hombres, mujeres y niños, por igual, caminaban despacio cargando con voluminosas maletas o permanecían quietos obstaculizando su carrera. Los esquivó como pudo e, incluso, saltó en un par de ocasiones por encima de equipajes abandonados en mitad de su camino, aunque de nada le sirvió, ya que, a menos de cincuenta metros de su objetivo, el personal de tierra daba por cerrada la zona de embarque.

Frustrado, apoyó las manos sobre las rodillas para recuperar el aliento.

Cuando pensó que lo tenía bajo control, se incorporó, aún con el pecho subiendo y bajando exageradamente, y buscó con la mirada el cartel luminoso que indicaba la salida de los próximos vuelos. Allí estaba el suyo, a punto de despegar.

—¡Mierda! —musitó.

Lo había perdido tan solo por un par de minutos. ¿Qué más podía pasarle aquella mañana?, se preguntó mientras repasaba la lista de vuelos. Había dos que no tardarían en despegar y quizá, con un poco de suerte, podría haberse quedado una plaza vacía de última hora. No tenía nada que perder, así que se dirigió a la compañía de ambos vuelos para probar suerte.

Siempre que viajaba a Barcelona, lo hacía en tren de alta velocidad, lo prefería, ya que la estación de Atocha no quedaba lejos de su despacho en Madrid, y la de Sants, en Barcelona, tampoco estaba separada por mucha distancia de la empresa que allí dirigía junto a su hermano Pau. Pero esa mañana, durante el transcurso de la reunión que estaba manteniendo con los directivos de una constructora, le había llamado su secretaria de la ciudad condal para recordarle que en menos de tres horas tenía una auditoría. Andreu, aunque al principio se sintió confundido, no tardó en reaccionar y miró su agenda:

efectivamente, hacía más de dos semanas que había solicitado una e, incluso, había llegado a programarla para esa mañana con la empresa auditora.

Haciendo gala de toda su educación, se disculpó cuando tuvo que interrumpir la reunión y abandonó la sala con la intención de ponerse en contacto con su hermano.

No es que le hiciera gracia que fuera Pau quien estuviera con los auditores, pero si quería acabar de firmar el contrato con la constructora, no tenía tiempo de estar en Barcelona a la hora en que apareciesen por la empresa.

Al final, como siempre, Pau le comentó que no acudiría a trabajar durante todo el día. Supuso que tendría alguna partida importantísima de golf, o vete a saber qué, pero el caso era que le tocaba a él hacer, otra vez, encaje de bolillos si quería estar a tiempo en la ciudad condal.

Aceleró la reunión, sin que se notase que estaba deseando darla por terminada, aunque no le quedó más remedio que explicarles la situación cuando vio que se le agotaba el tiempo. Por suerte, no tuvieron problema en posponerla para otro momento, sin embargo, cuando fue a comprar el billete de tren por la web, ninguno de los que salían a lo largo de la siguiente hora tenía asientos vacíos.

Probó suerte en el aeropuerto y ahí sí que pudo conseguir una plaza en un avión que despegaba en tres cuartos de hora. Pidió un taxi, guardó con prisas el portátil y la documentación que necesitaría llevar con él, y bajó las tres plantas corriendo; siempre tardaría menos que en el ascensor.

Para cuando abrió la puerta del portal, el taxi le esperaba con las luces de emergencia puestas, sin embargo, todo parecía que había sido en balde cuando, a falta de veinte minutos para embarcar, se encontraba sentado en el asiento de atrás de un coche que olía a tabaco y en medio de un atasco monumental.

De las dos aerolíneas cuyos vuelos despegarían en breve, una tenía dos asientos cuyos ocupantes aún no se habían presentado. Tuvo que esperar hasta que cerraron el embarque para poder acceder a una de esas plazas.

Ya en su asiento envió un mensaje a su secretaria.

Andreu:

Aterrizamos en menos de dos horas.

Por favor, entreténelos hasta que yo llegue.

Apagó su teléfono y, por primera vez en lo que llevaba de mañana, pudo respirar tranquilo.

Una hora y veinte minutos después aterrizaban en el aeropuerto del Prat. Calculó que, a esas horas, con la ciudad atestada de coches, el taxi podría tardar al menos una hora en llegar hasta su empresa. Encendió el teléfono para avisar a Sandra de la hora aproximada de su llegada, pero algo de lo que vio en la pantalla hizo que se olvidara de todo, excepto de la persona que le había llamado diez veces y enviado un único mensaje de voz.

Agnes:

«Andreu —escuchó un sollozo—, es Susanna. Una ambulancia ha ido hasta su casa. La están trasladando al hospital. —Más sollozos y la voz de Fernando calmando a Agnes—. No sé si estás en Barcelona. Nosotros estamos llegando al hospital. Las niñas...».

Capítulo uno

«... *Las niñas lo han visto todo*».

En cuanto Agnes rompió a llorar, Andreu, con el corazón a punto de estallarle, dejó de escucharla al otro lado de la línea y, en su lugar, comenzó a oír un incómodo zumbido que provenía de sus tímpanos. Necesitaba salir de allí, llegar al hospital cuanto antes y ver a Susanna y a las dos pequeñas. Echó a correr, pero esta vez sin detenerse a esquivar a las personas que se encontraba en su camino, ni siquiera cuando le increparon a su paso. Algo grave había ocurrido, lo sabía porque Agnes solía mantener la calma hasta en los momentos más difíciles y él no podía perder un segundo.

En el exterior paró un taxi que a punto estuvo de arrollarle al echarse encima del capó para que se detuviera.

Una vez dentro, mientras el taxista, molesto por su comportamiento, le pedía la dirección a la que dirigirse, él, que no sabía a qué hospital la llevaban, marcó el número de Agnes.

Al primer tono la voz conocida de Fernando le respondió.

—¡Andreu!

—A dónde la llevan.

—Está en el Vall d'Hebron. Escucha, hijo.

Sin molestarse en tapar el auricular le dio las indicaciones al conductor.

Acto seguido reanudó la conversación con Fernando.

—¿Qué ha pasado? ¿Y las niñas? ¿Dónde están?

—Andreu, escúchame. Las niñas están bien; las trajo la ambulancia junto con su madre para no dejarlas solas en casa. Nosotros acabamos de llegar y ahora las tenemos aquí con nosotros.

—¿Y Susanna? ¿Qué le ha ocurrido?

—La están atendiendo en urgencias. Hijo... —Al otro lado de la línea escuchó el sonido de una puerta al cerrarse—. Tu hermano subió hasta su casa cuando fue a devolverle a las niñas —carraspeó— y... la ha agredido.

—¿Cómo dices? ¡No puede ser! Susanna, no —murmuró—. ¡Por favor, corra todo lo que pueda! —La voz apenas le salió, aun así, el hombre que lo escuchó enseguida

comenzó a adelantar y a esquivar vehículos. Andreu sacó una tarjeta de visita de la cartera que dejó sobre el asiento del copiloto—. Envíeme las multas a esta dirección.

—Tranquilízate, Andreu. Ella está bien. La hemos visto y está bien. Las tres lo están.

—Estoy llegando.

La carrera la pagó Fernando, quien lo esperaba fuera.

Andreu, con el rictus contraído, entró sin detenerse en la unidad de urgencias en cuanto las puertas de acceso se abrieron. Recorrió con la mirada el lugar buscando a Agnes y a las niñas.

Fernando, que entró tras él, lo agarró por el hombro.

—Están en otra sala.

—¿Y Hugo? —preguntó mientras recorrían un pasillo.

—Vienen hacia aquí. A Gemma no le ha querido decir nada su madre. Se lo dirán cuando regresen del viaje de novios. Otra cosa, la policía ha venido y después de tomar declaración a Susanna han ido a detener a tu hermano.

A Andreu lo único que le importaba eran Susanna y las niñas, lo que le sucediera a su hermano...

—Por aquí —le indicó al llegar ante una puerta a la izquierda del pasillo.

Al abrirla, Agnes, con los ojos rojos, pero intentando mostrar entereza delante de sus dos nietas, sostenía la cabeza de Natalia que dormía sobre su regazo. A su lado, Carla, en cuanto lo vio, se lanzó hacia él llorando desconsoladamente y Andreu la cogió en brazos, a pesar de no ser ya una niña, ya que para él lo seguiría siendo siempre, y la apretó contra su cuerpo, transmitiéndole una tranquilidad que él mismo no sentía. Besó su castaña cabeza y le acarició la espalda con pasadas lentas.

—Estoy aquí, *nineta*^[1]. Estoy aquí.

—Pegó a mamá y no la ayudé. Me escondí con Natalia en el armario de la sala y no la ayudé.

—Hiciste bien, cariño. Estoy muy orgulloso de ti.

La mirada horrorizada de Andreu cayó sobre Agnes: esta tenía los ojos cerrados y descansaba la cabeza sobre el hombro de Fernando, quien lo miraba con la comprensión reflejada en su rostro.

Había hablado con ese animal aquella misma mañana.

Quizá cuando lo hizo ya la habría golpeado o estaría a punto de hacerlo, y él, ajeno a lo que estaba sucediendo en casa de Susanna y a setecientos kilómetros, sin haber hecho nada para impedirlo.

Sintió cómo la rabia se iba apoderando de él: imágenes y hechos de años pasados se agolpaban en su mente como en una película. Dejó los labios sobre la cabeza de Carla y comenzó a moverse en vaivén, de la misma manera que había hecho tantas veces cuando esta era un bebé y solo se calmaba si no dejabas de moverla.

No pasó mucho tiempo para que por la puerta abierta apareciera un médico vestido de blanco que, tras mirarlos a Carla y a él, se dirigió a Fernando y Agnes.

—¿Me acompañan?

—Yo me quedo con las niñas —afirmó Fernando, consciente de que ellas no deberían estar allí y menos estar presentes en esa conversación.

Una vez fuera, el médico no dudó en comentarles el estado de Susanna.

—La vamos a dejar ingresada, al menos veinticuatro horas. El escáner indica que no hay lesión cerebral; aun así, ha recibido un fuerte impacto y me gustaría tenerla vigilada.

—¿Lesión cerebral? —preguntó Andreu con un hilo de voz.

—Debió de golpearla con un objeto contundente, quizá un palo o un bate. Está tranquilo, necesita sutura y descanso, pero en unos días estará bien.

De nuevo, imágenes de Pau y él de niños, de Susanna, le invadieron con fuerza, pero escuchar el llanto de Agnes le devolvió al momento actual y, guiado por la inercia, la atrajo hacia él rodeándola por los hombros.

—Como ya les expliqué antes, presenta varias contusiones en piernas, espalda y abdomen, dolorosas, pero que no revisten gravedad. Aparte, tiene el radio y los dedos índice y corazón de la mano derecha fracturados. Ya hemos reducido e inmovilizado las fracturas y en este momento están acabando de suturarle la herida de la cabeza. En cuanto a... Hemos abierto protocolo por violencia de género; supongo que los mossos hablarán con ustedes a lo largo del día. Cualquier cosa que necesiten estamos para ayudarles. Por otro lado, tengo entendido que sus dos hijas presenciaron la escena. El hospital cuenta con un servicio de atención al menor para estos casos, no creo que les venga mal hablar con alguno de los profesionales que llevan la unidad.

Andreu asintió con la cabeza; no se veía capaz de pronunciar una sola palabra.

—Lo siento —lamentó antes de despedirse de ellos.

Solos, en mitad del pasillo, se reconfortaron el uno al otro, cada uno metido en sus pensamientos.

Un par de minutos después, un sanitario los acompañó hasta el box donde tenían a Susanna. Al abrir la puerta, Agnes entró sin detenerse hasta llegar junto a su hija. Andreu, en cambio, sufrió tal impacto al verla que no fue capaz de dar un paso hacia delante. Susanna, la bella y fuerte Susanna, había sido golpeada de tal manera que costaba reconocer sus perfectos rasgos.

Desde su posición dirigió la mirada hacia la mano de Agnes y observó de qué suave manera acariciaba el rostro magullado de su hija; con qué mimo repasaba las marcas enrojecidas y el ojo hinchado que al día siguiente estarían de color morado. Andreu, con el corazón encogido, pudo ver cómo besaba la parte de la cabeza que estaba cubierta con un apósito para proteger la herida. En ese momento, pensó en la suerte que tenían de poder seguir juntas, cuando bien podría estar muerta, como tantas otras.

De nuevo las imágenes llegaron y los recuerdos le dolieron como si nunca se hubiese cerrado la herida. No pudo soportarlo, no podía seguir siendo un mero espectador. Lo que su hermano había hecho, un acto vil y cobarde, no podía dejarlo pasar. Inspiró hondo y dio un paso atrás, después otro y otro más. Cuanto más se alejaba, más impotente se sentía por no poder estar con ella, a su lado, cogiendo su mano y asegurándole que todo iba a ir bien.

Deambuló en *shock* sin ser consciente de que lo hacía, con tan solo la imagen de ella en su cabeza, golpeada, herida y vulnerable. No se detuvo: caminó dejando atrás la ciudad sanitaria hasta que, horas después, cuando un agente de los Mossos d'Esquadra^[2] le interrogó, no fue capaz de recordar cómo había llegado hasta allí, ni cómo supo dónde se encontraba Pau.

Había olvidado esos momentos previos, quizá porque no le parecieron importantes, pero recordaba con precisión lo que ocurrió cuando se enfrentó a su hermano en la casa familiar.

Lo encontró en el despacho que había sido de su padre dando un trago a un vaso, que por el color dedujo que era *whisky*.

—El hijo pródigo ha regresado. —Acompañó la voz con una mueca de asco—. Dime, ¿ya ha acabado la auditoría? —Su tono destilaba ironía.

—No.

—Déjame adivinar entonces a qué has venido.

—Te pedí que la cuidaras.

—¡Ah! ¡Así que es eso! —chasqueó la lengua—. ¡El bueno de Andreu viene a pedirme explicaciones por esa zorra! —Mantenía una postura chulesca, sentado en una antigua butaca de madera labrada. El cabello lo llevaba engominado, echado hacia atrás, sin que un pelo se saliera de su sitio, y los ojos verdes, tan claros como los que había tenido su madre, estaban enrojecidos por el alcohol, seguramente como resultado de llevar varias horas bebiendo—. Tú, el hombre perfecto. Tan listo que te creías y al final ha resultado que eras un imbécil.

—Levántate —le dijo desde la puerta.

—No me apetece. Lo que tengas que decirme puedes hacerlo mientras sigo sentado.

Andreu avanzó hacia él, le sujetó violentamente del cuello de la camisa que llevaba y lo levantó sin miramientos. El primer golpe le llegó a Pau sin esperárselo, el segundo ocurrió tan rápido que no le dio tiempo a reponerse del primer impacto.

Andreu lo golpeó una y otra vez, y otra... Pau intentó defenderse, pero no consiguió acertar un golpe en el cuerpo de su hermano pequeño. En cambio, Andreu no falló.

—¡Para! —gritó. De su boca salió la sangre a borbotones, aun así, Andreu no cesó de golpearle; cuando cayó al suelo le pateó la espalda y el abdomen—. ¡Estás loco! ¡Sois tal para cual! La puta y el cerebritito.

—¡Cállate! —le increpó sin levantar la voz—. No vuelvas a mencionarla o te juro que será lo último que hagas.

Una última patada y lo levantó por la pechera. Pau se dobló por la mitad, sujetándose el estómago; apenas se mantenía en pie. Andreu, sin importarle, con los dientes apretados, se pegó a su oído.

—Si te acercas a ella o a las niñas te mato. ¿Lo has entendido?

Abandonó la casa en el momento en que un coche patrulla de los Mossos d'Esquadra se detenía frente a ella; llevaban buscando a Pau desde que Susanna lo había denunciado y por fin daban con él, aunque no esperaban encontrarlo en el estado en el que estaba. No hizo falta que preguntasen, porque Andreu, sin omitir detalle, les contó lo que había ocurrido.

A partir de ese momento se desató el caos. Pau, reforzado por la presencia policial, se desquitó insultando y amenazando a su hermano.

Andreu, en cambio, se mostró en todo momento sereno. Toda la rabia que había sentido, en cuanto la adrenalina bajó de intensidad, dio paso a un dolor sordo y a un acusado cansancio.

En lo que interrogaban a su hermano, Andreu fue invitado y acompañado por un agente a que esperara fuera. Este lo hizo y se sentó en los escalones del porche.

—Gracias —fue su respuesta.

—No hay de qué. Supongo que no debe de ser fácil escuchar lo que le hizo a su cuñada.

—No hay de qué. Supongo que no debe de ser fácil escuchar lo que le hizo a su cuñada.

No, no lo era.

—Lo siento. Ha tenido mucha suerte.

Andreu asintió.

—Aquí llega la ambulancia. Les diré que echen un vistazo a esos nudillos. —Apuntó

con la cabeza a las manos despellejadas y llenas de sangre.

—Gracias.

Un médico acompañado de dos sanitarios entró en la vivienda, mientras que un tercero se quedaba con Andreu para atender sus heridas.

Desde que llegó a casa de sus padres, habían pasado más de dos horas cuando los dos fueron trasladados a la comisaría del distrito. Para hacerlo, a los mossos no les quedó más remedio que pedir un segundo coche patrulla. Andreu, de nuevo, no presentó resistencia y se mostró en todo momento cooperativo, pero Pau, en cuanto lo vio, comenzó a acusarlo y a jurarle a voces que lo iba a denunciar.

Desde el asiento de atrás del coche patrulla, su mente estuvo en todo momento en el hospital, al lado de Susanna y de sus dos hijas.

Se preguntó en qué momento llevarían a las pequeñas a casa y quién se quedaría con ellas aquella noche. Supuso que sería Marcos, ya que, por el tiempo que había transcurrido, no les faltaría mucho a él y a Hugo para llegar a Barcelona.

Y en cuanto a Susanna, deseaba saber cómo se encontraba, si sentía dolor. Quizás estaría dormida o tal vez llorando. Se intentó poner en su lugar durante los minutos que duró la agresión y sintió su angustia y el miedo que debió de pasar por si dañaba a sus hijas. Sí, conocía a Susanna lo suficiente para saber que ellas eran su prioridad y estaba seguro de que, si hubiesen estado en peligro, las habría defendido con uñas y dientes.

La puerta del vehículo se abrió y el mismo agente que le había estado acompañando le indicó que saliera. No iba esposado, en cambio, Pau, al que acababan de bajar del otro vehículo, sí lo estaba.

—Esperaremos a que entre él primero —le indicó al comprobar que Pau seguía gritando todo tipo de improperios.

Entraron por un acceso que después supo que era el área de custodia de detenidos. No volvió a verlo. A Andreu lo acompañaron hasta una sala donde le registraron y, allí mismo, le comunicaron que su hermano tenía intención de formalizar una denuncia contra él. Desde ese momento quedaba detenido con derecho a ponerse en contacto con un abogado. El primero en el que pensó fue en Hugo; él sabría qué hacer. Aunque cuando le pasaron un teléfono, el número que marcó fue el de su marido Marcos, que respondió al primer tono.

—¿Dónde estás? —fue su inmediata respuesta, ya que llevaban intentando dar con él desde que Fernando, preocupado, los llamó al verlo salir del hospital.

—En la comisaría.

Marcos guardó silencio: lo sabía, sabía que Andreu no se quedaría quieto. Su hermano

llevaba tensando la cuerda demasiado tiempo y, aunque Andreu no era un hombre violento, él mismo, al recibir la llamada de Fernando, había tenido idéntica reacción, la de golpearlo hasta dejarlo sin sentido.

—¿Ha necesitado asistencia médica?

—Sí.

Andreu escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

—Dame la dirección; en cuanto deje a Hugo en el hospital, voy para allá.

—De acuerdo.

—¿Estás bien?

—Más o menos. Marcos, oye, no le digáis nada de esto a Susanna.

—No te preocupes, por nosotros no sabrá nada.

Al acabar la llamada, lo llevaron a un piso más abajo en donde estaban los calabozos. Según avanzaba por el pasillo, le pareció, por el aspecto, que era un lugar peor de lo que se veía en las películas. Entró en la celda que le habían asignado, individual y alejada de la de su hermano, y recorrió con la mirada el pequeño habitáculo donde pasaría la noche a la espera de que al día siguiente fueran a buscarlo para acudir a comparecer ante el juez de instrucción.

—Tiene una visita.

Habían transcurrido varias horas desde que lo habían dejado en aquella habitación y supuso que la persona que iba a verlo sería Marcos; sin embargo, quien apareció fue su amigo Mario.

—Solo podrá hablar con él unos minutos.

—Está bien. Gracias —respondió Mario.

Los dos amigos guardaron silencio hasta que estuvieron solos.

Andreu no recordaba cuanto tiempo llevaba en la misma postura, sentado sobre una silla de plástico y con la cabeza agachada. Mario permaneció de pie.

—¡Virgen santa, Andreu! ¿Cómo te encuentras? —le preguntó cuando escuchó una puerta cerrarse en el piso superior.

—Mal. —Se encogió de hombros.

—Pero ¿qué ha pasado?

—No lo sé. —Se sujetó la cabeza con ambas manos—. Vi a Susanna en la cama del hospital y no pensé más que en evitar que volviera a ponerle un dedo encima. Cuando lo encontré comenzó a insultarla y no fui capaz de controlarme.

—¿Cómo está?

—¿Quién? ¿Pau?

—Tu hermano no me interesa, me refiero a Susanna.

—¿No la has visto?

—Aún no. En cuanto Pablo me llamó cogimos un avión. Nada más aterrizar dejé a Jorge en el hospital y vine aquí.

—Gracias.

—Lo que sea, ya lo sabes. —Paseó la mirada por la habitación—. ¿Necesitas que te traiga algo?

—No. Me han dicho que mañana tengo que comparecer. Supongo que después podré irme a casa.

—Sí, me lo han explicado los chicos por teléfono. Y también qué quien se hará cargo de tu caso será Raúl.

—Así que estáis todos aquí.

—Casi. —Sonrió—. Marcos y Hugo no creo que tarden en llegar. Pablo y Raúl no lo harán hasta esta noche. Fernando habló con Víctor y de momento él y Laura no vienen, y Jaime y Ana tampoco. Es demasiado jaleo con tantos niños.

—Sí —suspiró.

Andreu enderezó la espalda; la tenía entumecida. Por primera vez Mario vio las heridas de sus manos como resultado de la pelea.

—Lamento todo esto —confesó a su amigo—. No tenían que haber acabado así las cosas.

—No deja de atormentarme pensar que puede que no haya sido la primera vez que le pegaba.

—No creo. Susanna hubiese actuado como lo ha hecho hoy.

—Y sus hijas —gimió—. Estaban delante, Mario.

—Lo sé.

—Lo hubiese matado.

—No lo habrías hecho. Te detuviste porque tú no eres así y porque sabes que no merece la pena.

Se tapó la cara con las manos.

—Todo ha terminado, Andreu. —le dijo dando un apretón a su hombro—. Será condenado y encarcelado por lo que ha hecho.

Andreu cerró los ojos; estaba tan cansado.

—Señor, tiene que despedirse; el tiempo ha pasado.

Mario asintió al mosso.

—Andreu, escucha, intenta descansar, solo preocúpate de descansar que del resto nos haremos cargo entre todos.

—¿Te llevarás a Natalia y a Carla de allí?

—Están con Jorge en la cafetería del hospital. En cuanto lleguen Hugo y Marcos, se irá con todos los niños a Castelldefels.

—Está bien.

—Mañana te traeré una camisa limpia y una maquinilla para que puedas afeitarte.

—Gracias.

Desde la puerta lo miró una última vez antes de que el agente la cerrara.

Capítulo dos

El ruido de pasos y el sonido amortiguado de voces procedentes del piso superior le sacaron del letargo en el que se encontraba. No sabía qué hora era, ya que tanto su reloj de pulsera como el teléfono móvil lo tuvo que depositar en una bandeja junto con el resto de sus pertenencias cuando quedó detenido, pero supuso que debía ser pasada la medianoche, porque a las diez uno de los agentes había estado con él, y de eso hacía ya bastante rato. Se incorporó en el colchón y escuchó con atención, intentando averiguar quién era el que se acercaba. Se trataba de Raúl, que no llegaba solo; lo acompañaba Hugo con todo el aspecto de un hombre abatido. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, su amigo desde la infancia de dos zancadas se plantó frente a él y lo abrazó.

—¡Joder, joder, joder! —Le pasó la mano por la nuca, uniendo su frente a la de él.

—Hugo... Lo siento, lo siento mucho. No sabes cuánto lo siento.

—Nunca ha sido culpa tuya, así que no quiero que te disculpes por lo que haga tu hermano, ¿me oyes? —Abarcó su cara entre las manos—. Eres el mejor amigo que se pueda tener y lo único que has hecho siempre ha sido cuidarla.

—Y por lo que parece, no he sabido hacerlo demasiado bien que digamos.

—Ninguno podía haberse imaginado que fuera capaz de hacer algo así.

Andreu asintió.

—Raúl, gracias por hacerte cargo de mi caso.

Del mismo modo que con Hugo, ambos hombres se abrazaron.

—Para eso estamos. ¿Cómo estás?

—He tenido días mejores.

—Ya imagino. Bueno —dijo señalándole la silla—, he leído la declaración de tu hermano y antes de que redactemos la tuya tengo unas cuantas preguntas que hacerte.

—Claro.

—Lo primero, explícame cómo sabías que Pau se encontraba en casa de tus padres.

—Porque desde que murieron prácticamente se instaló allí.

—No lo sabía —dijo Hugo—. Al menos, cuando le toca estar con las niñas las lleva a su piso.

—Sí, pero el resto del tiempo vive en la casa familiar.

—Entonces, cuando los mossos tardaron tanto en localizarlo fue porque está empadronado en su piso —intervino Raúl.

—Así es. —Hugo le tendió una botella de agua que Andreu se bebió casi de un trago—. A los mossos no les conté que por la mañana hablé con él. Lo cierto es que en ese momento no podía recordar nada —les explicó a ambos—. Tenía que estar en la empresa para una auditoría. Lo llamé para que fuera él quien acompañara a los auditores y les facilitara lo que pidieran, pero me dijo que no iba a ir a trabajar en todo el día.

—¿Te contó que tenía que ir a llevar a las niñas a su madre?

—No. Y yo ni recordaba que era el día en que finalizaba su período con ellas. Supuse que lo que le tendría tan atareado sería el club y sus partidas con los amigos.

—Cuéntame qué ocurrió cuando entraste en la casa. ¿Dónde estaba él?

—En el despacho de mi padre, bebiendo un vaso de whisky.

—¿Crees que estaba ebrio?

—Sí.

—Sigue.

—Me increpó porque había ido a pedirle explicaciones por lo que le había hecho a Susanna. La insultó y exploté.

—¿En algún momento viste que perdiera el conocimiento?

—No.

—¿Le pegaste como para haberle roto algo?

—No estoy seguro. Aunque por la manera de sangrar podría ser que la nariz y quizás algún diente.

—¿Te detuviste?

—No.

—Vale. Pues ya tengo todo lo que necesito. —Sonrió de tal manera que Andreu lo imaginó ante un acusado.

Impresionaba ver a Raúl en su papel de abogado, acostumbrado, como estaba, a verlo reír y gastando bromas o en su faceta de esposo y padre, cuando todos sus gestos indicaban lo que sentía por su familia. Ahora tenía delante a un hombre frío y calculador.

—En unas horas estarás en casa—. Le palmeó la zona de la escápula con afecto. —Tengo trabajo, chicos, así que me vais a disculpar, pero he de ponerme en marcha.

—Claro y, gracias de nuevo, Raúl.

—Negaré haber dicho esto, pero yo en tu lugar sé perfectamente cómo hubiese reaccionado. Nos vemos en un rato.

Hugo apuró los minutos que le quedaban junto a Andreu hasta que vinieron a recordarle que el tiempo había acabado. Mientras, Raúl, en el piso superior, hacía una

llamada al abogado de Pau. Su objetivo era que su cliente retirara la denuncia contra Andreu. Llevaba, desde que habían salido de Madrid, recordando y contrastando toda la información que sabía de Pau y de Susanna desde su divorcio. Eso, sumado a que no se creía el parte de lesiones firmado por un médico privado, ya que se había negado a que lo llevaran a un hospital de la seguridad social como quería hacer el facultativo de la ambulancia, hacía que Raúl no tuviese dudas de que al finalizar aquella llamada el caso se habría resuelto.

Aquella noche Raúl apenas durmió, ya que no acabó las negociaciones hasta pasadas las cinco de la mañana, pero menos lo hizo Andreu porque los recuerdos parecían que no querían dejarlo descansar.

En su mente la vio por primera vez, con apenas once años, los mismos que tenía él; estaba parada a la salida del colegio esperando junto a una mujer a que salieran dos niños más pequeños que ella.

Desde ese día, cada mañana la buscaba entre los alumnos del centro que acudían a clase, pasaba los recreos más pendiente de localizarla que de jugar con sus compañeros al fútbol y, a la salida de cada jornada, se quedaba rezagado esperando verla aparecer; cuando lo hacía, la seguía.

Descubrió que eran más o menos vecinos, ya que ambas familias residían en el barrio de Pedralbes en sendos chalés, a unas tres calles de distancia el uno del otro.

Una semana después, Andreu ya sabía que se llamaba Susanna Casals Pons, estudiante de sexto D, con una nota media de sobresaliente; que sus mejores amigas eran Martina, Joana e Ivet, y había descubierto que no le gustaba nada el zumo de piña. También, a base de ir cada día tras ellos, durante el corto trayecto del colegio al domicilio Casals, supo que la mujer era su madre y que los dos niños eran sus hermanos pequeños; Hugo de nueve años y Gemma de tres.

—¿Andreu Ferrer Milà?

No se molestó en levantarse de la silla donde se encontraba sentado, tan solo levantó la cabeza al escuchar su nombre.

—Ha llegado su abogado.

El agente se apartó para dejar pasar a Raúl; venía vestido con ropa informal y, por el aspecto de su pelo, acababa de salir de la ducha hacía poco tiempo.

—Gracias —le dijo entrando y dejando sobre la mesa una bolsa.

Una vez solos, Raúl no tardó en hablar.

—Nos vamos, macho. Tú y yo nos hemos ganado un desayuno.

—¿A dónde?

—A casa. Bueno, tú a la tuya y mi Pablo y yo, después de pasar por el hospital, nos iremos a la playa. Tengo que aprovechar que Mario estará ejerciendo de buen tío durante todo el día.

—¿Qué ha pasado? ¿Y el juicio?

—Tu hermano ha retirado la denuncia.

—¿Por qué? No lo entiendo. ¿Por qué haría algo así?

—Porque soy bueno en lo mío y porque él es un grandísimo cabrón que tiene mucho que esconder y callar. Por cierto, no te sorprendas si en unos días te propone venderte su parte de la casa familiar y liquida lo que te debe por la empresa.

—¡Joder, Raúl! Gracias. —Esta vez sí que se puso en pie para poder abrazarlo.

—No hay de qué. Para eso estamos los amigos. Ten, Mario te ha comprado una camisa. Cámbiate y salgamos de aquí, que me muero de hambre.

Tras el desayuno junto a Raúl y Pablo, que los esperaba fuera de la comisaría, Andreu cogió un taxi para ir hasta su casa.

No es que le diera demasiado uso, pero le venía bien conservarla; de ese modo, cada vez que viajaba a Barcelona, tenía un lugar familiar donde poder dormir o, como en el caso de ese día, donde poder darse una ducha.

Aborrecía los hoteles, quizá debido a las ocasiones en las que tenía que pasar la noche en uno de ellos, cada vez que por su trabajo estaba obligado a viajar. Aparte de que, bien mirado, era una casa que le conquistó desde la primera vez que la vio.

Se trataba de un ático ubicado dentro de un edificio con más de cien años de antigüedad, de los tantos que había en la calle Balmes. Al poco de adquirirlo, pusieron a la venta el piso inferior; no se lo pensó y lo compró. Tras meses de reformas, Andreu estaba muy orgulloso de cómo había quedado. Con los dos pisos había hecho un dúplex moderno y actual, aunque respetando las líneas clásicas tales como los techos altos, las puertas y los suelos de madera maciza.

Al entrar, abrió las puertas y ventanas del salón para eliminar el olor a cerrado y subió al piso superior para darse una ducha. Ese era su espacio; lo que había sido el ático, ahora era un espacio diáfano abierto a la zona inferior. En él había montado su despacho y tras una de las dos únicas puertas que había se descubría su enorme dormitorio. La otra puerta estaba dentro de la habitación y comunicaba con el cuarto de baño.

Mientras se duchaba, le vino el recuerdo de una de las muchas veces que caminó tras el clan Casals a la salida del colegio. Cada día era una repetición del anterior. La

hermana pequeña hacía el trayecto agarrada de la mano de su madre, saltando a la pata coja, dando mordiscos a un bocadillo y, por si fuera poco, hablando por los codos. El hermano siempre caminaba dos pasos por delante de las tres, dando patadas a las piedras que se encontraba por el camino y protestando por la cantidad de tareas que les habían puesto ese día en clase. Y ella, Susanna, siempre iba al lado de su madre cargando con una mochila granate y callada. Hasta que un día habló, y Andreu juró que jamás había escuchado una voz tan dulce.

—¿Mamá?

—Dime, Susanna.

—La profesora nos ha cambiado la fecha del examen de matemáticas.

—¿Y eso?

—No puede venir el viernes, así que dice que lo adelanta para mañana porque ya deberíamos sabérselo.

—¡Buah! Eso es una faena, tata. —Patada a una piedra.

—¿Yo tengo exámenes, mami?

—No cariño, tú aún no.

—Pues no es justo que Gemma no y yo sí. —Otra patada a una piedra.

—La vida no es siempre justa, hijo.

A lo largo de ese curso y de los dos siguientes, durante sus estudios de EGB, con cada trayecto, Andreu aprendió a conocerlos y, como si fuese lo más natural, se enamoró de todos ellos.

Antes de salir de casa envió un mensaje a Hugo para saber dónde los encontraría. Su respuesta llegó de inmediato:

Hugo

Nos han echado de la habitación mientras ayudan a Susanna a darse una ducha. Estamos en la cafetería del hospital con mi madre y Fernando. ¿Te pido café?

Andreu

Aún no he salido de casa.

Hugo

Vale, pues no tardes.

La manera más rápida de llegar a esas horas a cualquier punto de la ciudad era viajar

en metro y eso haría, además, le apetecía.

De joven, era junto al autobús el medio de transporte que más utilizaba, sin embargo, desde que comenzó a trabajar en la empresa de su padre y más adelante, cuando se mudó a vivir a Madrid, cada vez que tenía que moverse por la ciudad lo hacía en taxi, o si la distancia no era demasiado larga prefería ir a pie a cualquier sitio.

Caminó sin prisa hasta la boca de metro más cercana. Esa parte de la ciudad le gustaba especialmente por el contraste que había entre sus edificios, ya que, como buen arquitecto, sabía apreciar el trabajo y la belleza que había en cada uno de ellos.

Era una de las muchas cosas que tenía en común con su padre y su abuelo, el amor por la arquitectura, y por eso, siempre le animaron para que la estudiase como segunda carrera; la primera debía ser, de obligado cumplimiento, ingeniería industrial. La misma que habían estudiado los dos, a lo que se dedicaba la empresa que fundó su abuelo, y la que dirigirían Pau y él cuando su padre se jubilara.

Lo último, el hombre no lo pudo ver cumplido; un accidente de coche se lo llevó a él y a su mujer hacía ya algunos años. Ese día, Andreu no solo perdió a sus padres, sino que comenzó a comprender por qué su padre, en los últimos tiempos, relegó a Pau a labores meramente comerciales.

Llegó a la estación Vall d'Hebron casi sin enterarse. Tan metido iba en sus recuerdos, que se dio cuenta de que había llegado a su destino en el momento en que sonaba el pitido que avisaba del cierre de las puertas de los vagones. Ya en el exterior, miró al edificio principal del complejo hospitalario. Allí, en una de las ventanas de la planta tercera, habitación trescientos catorce, estaba Susanna.

Accedió al módulo de ingresos y fue derecho a la cafetería, aunque estaba seguro de que ya no estarían allí. Y así fue, por lo que desanduvo el trayecto y, de nuevo en la puerta principal, siguió las indicaciones hasta los ascensores.

Subió en uno de ellos y esperó con paciencia a que fuera parando en cada planta hasta que, por fin, las puertas se abrieron en la tercera.

La primera imagen que tuvo fue la de Marcos y Fernando; estaban hablando en el pasillo frente a la puerta cerrada de una de las habitaciones. Con paso tranquilo se acercó hasta ellos.

—¡Andreu! —Marcos se apartó de la pared en la que estaba apoyado y le abrazó.

Él usó una de sus manos para tendérsela a Fernando.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás?

—Bien, Fernando. Gracias.

—Ya me ha contado Raúl las novedades.

Andreu asintió ante las palabras de Marcos sin apartar los ojos de la puerta.

—La policía quería hablar con los tres —le explicó Marcos, al ver la dirección de su mirada.

De nuevo asintió.

—No creo que tarden mucho; llevan un rato dentro.

—De acuerdo —Se apretó el puente de la nariz con dos dedos—. ¿Sabe algo de...?

—No.

No le pasó desapercibida la mirada que se dirigieron.

—Chicos, voy a por un café. ¿Os traigo algo?

Marcos y Andreu negaron con la cabeza.

—No tardo. —Fernando se marchó, no sin antes darle un apretón en el hombro a cada uno.

Los dos amigos permanecieron en silencio, Andreu con la mirada agachada y Marcos mirándolo a él.

—Supongo que no le habrá extrañado no verme.

—Está aún muy conmocionada, no se lo tengas en cuenta.

—Claro.

—Pero sé que se va a alegrar cuando lo haga.

Andreu elevó la mirada lo suficiente para poder mirar a Marcos.

—No voy a entrar. No soy capaz de hacerlo.

—¿Estás seguro?

—Yo... no puedo verla así.

—Andreu, dame un minuto —dijo agarrándolo del brazo. Con la mano libre cogió su teléfono y envió un mensaje a su marido. Cuando se aseguró de que lo había recibido, lo guardó y soltó a Andreu—. Vamos, salgamos de aquí.

Una vez en la calle, Marcos se dirigió hacia un bar que había en una calle aledaña. Eligió una mesa alejada del resto y le indicó que se sentara.

—¿Café solo o con leche?

—Con leche.

—Ahora vuelvo.

Un minuto después salía del local y se sentó frente a él. Andreu, que tenía las manos entrelazadas sobre la mesa, permanecía ensimismado observando sus dedos.

—Andreu —lo llamó, aunque guardó silencio hasta que levantó la mirada—. ¿En algún momento llegaste a hablar con Hugo de cómo se sintió cuando tuve el accidente?

—Muchas veces. Estaba destrozado y sabía que le hacía bien hablar —respondió con el ceño fruncido, ya que no entendía el porqué de la pregunta.

—¿Te contó el miedo que tenía cada vez que para estar conmigo atravesaba las puertas del hospital?

—¿A dónde quieres ir a parar?

—A que sé cómo te sientes y te entiendo, pero ahora debes poner en una balanza dos cosas. —Colocó las palmas de las manos hacia arriba simulando una balanza—. Por un lado, tu miedo a ver la realidad; por otro, la necesidad que tiene Susanna de sentirse arropada y segura. Lo que decidas estará bien porque será tu decisión y todos lo respetaremos.

—No soy tan fuerte como Hugo —musitó.

—Claro que lo eres. Solo debes elegir el lugar donde quieres estar y actuar en consecuencia.

El camarero dejó los cafés sobre la mesa y el tique con la cuenta. Andreu fue a pagar, pero Marcos lo frenó; iba a ser él quien se encargase de abonar las consumiciones.

—Siento que tengo parte de culpa en lo que ha sucedido.

—No es cierto.

—No estuve. Nunca he estado. Y a Pau... lo conozco y tendría que haberme imaginado que llegaría a suceder algo así. Y ahora no me atrevo a mirarla a la cara.

—¿Temes que Susanna te pueda culpar de lo que haga tu hermano?

—No, pero sí de que... Da igual, déjalo.

—Andreu, llevo con Hugo unos cuantos años y, aunque entre nosotros hay pocos secretos, lo único que he llegado a saber es que, entre Susanna y tú, hubo algo, aunque intuyo que hay mucho más de lo que queréis mostrar.

No sé si me puedo estar equivocando, pero tengo la sensación de que tenéis una historia que no estoy seguro de que alguien conozca. ¿Puedo preguntarte qué os pasó?

Valoró qué hacer, pensó qué contar. Era cierto que apenas nadie sabía nada, al menos en su totalidad, y quizá, si quería cambiar las cosas, era hora de que se empezase a saber. Total, acababa de pasar la noche en el calabozo por pegar a su hermano, peor no podría haberlo hecho, ya que con sus actos había abierto la caja de Pandora.

—¿Tienes tiempo?

—Todo el del mundo.

Capítulo tres

—Cariño, ¿puedo pasar?

La cabeza de su madre asomaba por la puerta de su dormitorio. Andreu dejó el bolígrafo entre las dos páginas del libro de química para no perder la parte que estaba repasando.

—He visto que el período de inscripción para las actividades comienza mañana. ¿Has decidido ya a cuál quieres apuntarte?

De uno de los cajones de su escritorio sacó un tríptico y se lo tendió a su madre.

—Hoy han venido a la escuela unos señores y nos han dado esto. Me gustaría apuntarme.

—Vamos a ver de qué se trata. Hummm, ¡waterpolo! —Le revolvió el cabello—. Me gusta. —Sonrió—. Pero, hijo, aquí dice que es la FCN waterpolo.

—Sí, nos lo han explicado.

—Y competiréis. —Frunció el ceño; eso ya no le gustaba tanto—. Andreu —se sentó en el borde de la cama—, esto no es una actividad extraescolar de dos días a la semana como las que has hecho hasta ahora. Apuntarte sería entrenar cada día y tener que acudir a competiciones por Cataluña los fines de semana.

—También nos lo han contado.

—¿Y tus estudios? Piensa que el instituto no es como el colegio. Estás en primero de BUP y debes dedicar horas a todas las asignaturas.

—Sé que podré hacerlo, aunque tenga que estudiar por las noches. Pero, mamá, me gustaría inscribirme.

—No sé qué decirte, hijo. Lo hablaremos con papá esta noche durante la cena.

—¿Y si se niega?

—Pues, no sé, ¿has mirado alguna otra opción?

—Sí, y ninguna me gusta tanto como waterpolo. Además, uno de los señores que estuvo en mi clase me dijo que daba el perfil como jugador.

—Ya veremos. Tú acaba de estudiar que yo iré preparando a tu padre.

—¡Gracias! —exclamó entusiasmado y de un salto se levantó para abrazarla.

—Eso sí, debes prometerme que te harás responsable de tus estudios.

—Te lo prometo.

—Que nunca te haya costado destacar en cada curso no es motivo para que te confíes. Te estás haciendo mayor, los cursos se complicarán cada vez más y la constancia será tu mayor aliado si quieres aprobar.

—Lo sé, mamá.

—Anda —dijo peinándole con los dedos el pelo revuelto—, acaba de estudiar y esta noche hablamos.

En cuanto llegó la hora de bajar al comedor para cenar, Andreu cogió del cajón el tríptico. Había elaborado un plan: primero dejaría que su padre lo leyera y, después, le explicaría sus motivos para querer apuntarse, apelando a la importancia que le daba su padre a los deportes, siempre, por supuesto, por detrás de los estudios. Además, Andreu contaba con algunas ventajas: la primera es que era un buen estudiante, por lo que esperaba que no le pusiera ninguna pega al respecto; la segunda, su abuelo siempre estaba de su parte y, la tercera, si su madre mediaba, su padre no se vería con fuerza de negarse, ya que Albert Ferrer nunca le negaba nada a su mujer.

Llegó a la cocina dispuesto a cumplir con la obligación de ayudar a poner la mesa; sin embargo, no entró; en su lugar se quedó al otro lado de la puerta, cuando escuchó a sus padres regañar a Pau. Al parecer, a su hermano le habían dado los resultados de unos exámenes y, como siempre, los había suspendido. Como castigo, le acababan de quitar todos los privilegios que tenía hasta que no trajese todo aprobado. No podría salir a la calle entre semana y tendría hora para regresar a casa los fines de semana. Además, por supuesto, quedaba fuera de discusión la cancelación del viaje que tenía previsto hacer con sus amigos para el puente de diciembre.

Andreu miró con pena el tríptico que tenía entre los dedos; acababa de perder la oportunidad de pertenecer al equipo de waterpolo. Si a él le permitían apuntarse, solo empeoraría el humor de Pau que, por experiencia, pagaría él. Regresó a su dormitorio y lo dejó de nuevo en el cajón.

Esa noche, durante la cena, Albert continuó el discurso paterno hacia su hijo mayor sobre la responsabilidad y obligación de obtener unos estudios.

—Mínimos, Pau. No te pido que hagas una carrera, pero sí que acabes los estudios que ya tienes empezados. Hasta entonces, si no hay esfuerzo por tu parte, tampoco lo habrá por parte de mamá y mío. ¿Entendido?

—No me gusta estudiar.

—Ni a mí tener que levantarme cada día de madrugada para ir a trabajar y regresar de noche, pero así es la vida.

—No sé para qué quieres que estudie si siempre has dicho que la empresa será nuestra.

—Ah, no, jovencito. Te equivocas. La empresa será vuestra siempre y cuando tengáis los estudios necesarios para haceros cargo.

—Pues enseñame lo que necesito saber y ya está.

—Pau, haz el favor de cenar y no respondas a tu padre.

Andreu, con la vista fija en su plato, no podía evitar mirar de vez en cuando de soslayo a su hermano; estaba cada vez más enfadado y nervioso. Lo sabía por el baile que mantenía en una de las piernas.

—Vale, pero no me parece justo que me castigéis sin ir a Valencia. ¡Van todos mis amigos!

—Tienes dos meses para aprobar. Estudia e irás, no estudies y te quedarás aquí. ¿Tienes algo más que decir? —El tono de Albert denotaba el agotamiento mental que era lidiar con Pau.

—Y tú qué miras, enano.

Lo acababa de pillar mirándolo, aunque, de inmediato, Andreu bajó la cabeza y continuó con la cena.

—No tengo hambre —anunció de malos modos echando la silla hacia atrás e intentó levantarse, pero su padre lo frenó con la mirada.

—Te quedarás hasta que acabemos los demás.

Fue la última frase. A partir de ese momento y hasta que acabasen de cenar, Andreu supuso que ninguno volvería a decir nada, así era siempre; sin embargo, esa noche, su padre, tras levantarse a coger el frutero, se dirigió a él.

—Mamá me ha dicho que ya tienes decidido qué actividad querrás hacer.

De nuevo miró a su hermano; quería ver su reacción para estar prevenido.

—Pensé que te gustaba el básquet y que querrías seguir con él este año —continuó su padre.

—Y me gusta.

—¿Entonces?

Pau, pendiente de la conversación, se giró para mirarlo de frente. Andreu procuró no prestar atención a la cara, cada vez más molesta de su hermano.

—Me gusta más el waterpolo. Además, he preguntado y ya no hay clases extraescolares de básquet para los de mi edad; tendría que entrenar con un curso inferior o federarme en Sarriá, y entonces los entrenamientos serían diarios y competiría con otros colegios de Barcelona.

—Hummm. Eso no lo sabía. No entiendo por qué, con las estupendas instalaciones

deportivas que hay en esta zona de la ciudad, no las aprovechan para que los chicos de aquí puedan entrenar en diferentes disciplinas. —Albert se dirigió a su mujer y a su padre, que permanecía callado observando a sus nietos.

—El hijo mayor de Jordi y Carme está igual. Como bien ha explicado Andreu, en el instituto ya no hay clases extraescolares. Los chicos pasan a practicar deportes en equipos profesionales y federados —respondió Elizabet.

—Ya veo. En fin, y tú, Andreu, ¿estás seguro de querer ir a waterpolo? Tengo entendido que es muy duro.

—He visto a los chicos en un par de entrenamientos, me gusta y sé que se me dará bien. —A pesar de la mirada de Pau, no pudo evitar sonreír.

—¿Y estarás dispuesto a sacrificar las salidas con tus amigos los fines de semana para pasártelos viajando y compitiendo? ¿Y a buscar horas para mantener al día tus estudios?

—Sí. —Era imposible que ocultase la emoción y no solo la percibieron sus padres.

—Está bien. Mañana antes de ir a trabajar me pasaré para formalizar la matrícula.

—¿Ya? —gritó Pau—. ¡Así de fácil!

—¡Pau! —exclamó Albert—. A ambos os damos las mismas oportunidades. La diferencia está en que tu hermano las aprovecha, mientras que tú pierdes el tiempo. Y ahora, por favor, acabemos de cenar antes de que me dé un infarto.

No hubo un comentario más por parte de ningún miembro de la familia.

Ni siquiera Pau volvió a quejarse mientras acababan de cenar, ni cuando entre los cinco recogían el comedor y la cocina; tan solo se podía escuchar a Albert contándole a su mujer y a su padre las incidencias que había tenido ese día con un par de clientes.

Como cada noche, Pau fue a sacar la basura; Andreu tenía como cometido meter la vajilla sucia en el lavaplatos. En cuanto terminó, dio las buenas noches y se encerró en su dormitorio.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó al encontrar a su hermano sentado en su cama.

—Así que el enano quiere hacer waterpolo. —En la mano tenía el tríptico que movía como si fuera un abanico.

—Dámelo. —Lo intentó coger, pero Pau fue más rápido.

—¿Cómo se dice?

—Por favor, dámelo.

—Por favor, dámelo, dios todopoderoso.

—Dámelo Pau. Lo estás arrugando y se va a romper.

—¿Quieres decir así? —Lo rasgó por la mitad—. ¿O así? —Esa vez hizo ocho trozos

ante la mirada horrorizada de Andreu—. Ten, ya no lo quiero para nada.

Lanzó los trozos y de un salto se levantó de la cama. Al pasar por su lado, le dio una fuerte palmada en la nuca y salió del dormitorio dejando a Andreu rescatando cada pedazo de papel. Una vez solo se arrodilló en el suelo para recomponer el panfleto mientras se apartaba las lágrimas con el dorso de las manos.

Tal y como su padre le había asegurado, a la mañana siguiente, en cuanto abrieron las instalaciones de la piscina, Albert matriculó a Andreu en waterpolo y esa misma semana tuvo su primer entrenamiento.

Su padre se quedó corto cuando le dijo que era un deporte muy duro; cada día llegaba a su casa con dolor en cada parte de su cuerpo. Había pasado un mes desde el primer entrenamiento y aún tenía agujetas, que su madre intentaba aliviar dándole friegas con alcohol de romero. Pero a Andreu le compensaba todo el sufrimiento a cambio de poder disfrutar como lo hacía. Lo único que le pesaba era su físico.

A sus catorce años nunca le había preocupado, pues tenía una estatura y constitución media como muchos de los chicos que conocía, hasta que, una tarde, el médico deportivo que los evaluaba le dijo que era «ectomorfo». Aquello le sonó tan raro que pensó que tenía algo malo, pero cuando su madre le aclaró lo que significaba, se vino abajo. Para la medicina era delgado, con poca grasa y poco músculo. Vamos, que si soñaba con jugar en la posición de «boya» jamás lo conseguiría, seguiría siendo «extremo» porque, eso sí, en el agua era muy veloz.

—Cariño, no te martirices, aún eres un niño. Espera a que crezcas y te cambie el cuerpo.

—¿Cuánto más he de esperar, mamá? ¿Y si me quedo así para siempre?

Tras romper a reír, Elisabet abrazó a su hijo.

—Creceerás. Eres tan parecido a tu padre que estoy segura de que medirás lo mismo que él.

El primer mes pasó y, mientras que sus compañeros ganaban masa muscular, Andreu seguía teniendo el mismo cuerpo de niño. Un niño ectomorfo al cual, para sumarle más miseria a su vida, Pau, que debió escuchar decir aquel palabro a sus padres, solo se refería a él con ese término. Lo peor no era que se lo llamara en casa, sino que también lo hacía en el instituto o en la calle mientras Andreu jugaba con los amigos. Sus padres no vivían ajenos a la rivalidad de Pau hacia él, aunque no alcanzaban a conocer todos los pormenores de la relación entre los hermanos, ya que Andreu nunca les contaba nada de lo que le hacía. A su edad pensaba que si sus padres se enteraban sería peor, ya que su

hermano, como escarmiento por chivato, podría descargar su odio con más fuerza sobre él. El único que estaba al tanto era su abuelo Xavier; el padre de su padre y por el que Andreu sentía devoción.

Sus abuelos habían vivido desde que se casaron en Alella, una población de Barcelona situada entre la costa y la montaña, pero cuando Andreu tenía tres años la abuela Amèlia enfermó y al matrimonio no le quedó más remedio que mudarse a una casa cercana al hospital y a la única familia que les quedaba: su único hijo y su nuera.

Desde ese día, cada tarde, Andreu acompañaba a su madre a visitarlos. De camino, acostumbraban a detenerse en el quiosco para comprar el periódico y así, mientras Elizabet ayudaba a su suegra a vestirse, él se sentaba junto a su abuelo y rellenaban juntos el crucigrama que venía en el diario.

Después, los cuatro acudían a merendar a una cafetería que, según su abuela, llevaba abierta desde la época en que reinaba Alfonso XIII. Él, aunque a su corta edad no tenía ni idea de a quién se refería, sí recordaba que le fascinaban las historias que le contaba sobre ese establecimiento.

Dos años después, cuando su abuela falleció, Albert, temiendo que su padre enfermase de melancolía, lo convenció de que no podía vivir solo y tras los funerales se mudó a vivir con ellos. Fue en ese momento cuando Andreu más unido estuvo a su abuelo.

Era un hombre fascinante. Sus padres pertenecían a la burguesía catalana y él había crecido, primero, al abrigo de nodrizas y niñeras, y después, al de los jesuitas dentro de un internado. Cuando acabó la etapa escolar y regresó al domicilio familiar, comenzó sus estudios universitarios. Fue durante el primer año de carrera cuando conoció a Amèlia, que a diferencia de él pertenecía a una clase social humilde. Tuvieron que mantener su relación en secreto, ya que los padres de él no consentían que su hijo se relacionara con alguien muy inferior a su posición.

Una noche, cuando acababa de comenzar el tercer año de ingeniería, quedó con Amèlia en la estación del tren. Ella, sin sospechar por qué la había citado en un sitio tan lejano al que solían encontrarse, se dejó llevar cuando Xavier la tomó de la mano y la ayudó a subir a un vagón. Al amanecer se bajaron en una estación cuyo cartel indicaba que estaban en Zaragoza. Allí, en la ermita de un pequeño pueblo, un cura los casó.

A su regreso, cuando informaron a las familias de ambos de la buena nueva, mientras que la de Amèlia lo acogieron como a un hijo, la de él, no solo lo echaron de casa, sino que su padre lo desheredó. No le importó, luchó para poder acabar la carrera y después para conseguir un buen trabajo que le permitiera mantener a su pequeña familia.

Para cuando nació Albert, su abuelo era un hombre reconocido en los círculos en los que se movía; había logrado en cinco años un patrimonio considerable a base del

esfuerzo de él y del de su mujer.

Todo esto se lo había contado su abuela cientos de veces, pero Andreu nunca se cansó de escucharla. En cambio, el *avi Xavier*^[3] le hablaba de la complejidad en algunas construcciones; le hacía fijarse en la estructura triangular de los puentes; le explicaba, mediante dibujos, que el triángulo era la única forma geométrica que no se deformaba al actuar una fuerza sobre él, e, incluso, construían maquetas para que Andreu lo entendiera mejor. Llegaron a tener tantas que Albert habilitó la buhardilla para que pudieran trabajar y al mismo tiempo conservarlas.

Cualquier niño de edad tan corta se hubiese aburrido con aquellas clases improvisadas, pero Andreu, al contrario, gracias a ellas aprendió a conocer, entender y a amar las que serían sus dos profesiones: ingeniería y arquitectura.

El *avi*, por su parte, a pesar de ser un hombre reservado y que parecía la mayor parte del tiempo ausente, a falta de tener nada que hacer, dedicaba su tiempo a observar el comportamiento de sus dos nietos. Eran la noche y el día, lo único que tenían en común era la sangre que corría por sus venas y un característico pelo con tendencia a rizarse en las puntas cuando lo dejaban crecer. Necesitó poco tiempo tras su traslado a la casa de su hijo para darse cuenta del carácter dominante y déspota de Pau frente a la sumisión o quizá resignación de Andreu.

No dijo nada, pero dado que a su nieto pequeño le gustaba pasar tiempo a su lado, creó una rutina con él en la que se aseguraba de que Pau lo dejara tranquilo, al menos, durante unas horas.

Capítulo cuatro

—¿Vamos a los recreativos después del entrenamiento?

Andreu soltó la bolsa de deporte sobre el banco de los vestuarios al lado de la de su amigo y buscó la llave de la taquilla que guardaba en uno de los bolsillos laterales.

—No puedo, para esta semana nos han puesto cuatro exámenes —le respondió tras despojarse de la camiseta.

—¿Ya? Si acaba de empezar el curso. —Lo imitó, quedando solo vestido con un corto pantalón de deporte—. ¡Que estás en tercero de BUP, macho, no en la universidad!

Andreu se encogió de hombros mientras se descalzaba.

Quim era uno de sus mejores amigos. Se conocieron dos años atrás, cuando ambos ingresaron en el equipo al mismo tiempo. Los dos jugaban de extremos en el mismo equipo, es decir, era otro ectomorfo como él, o al menos lo había sido hasta ese momento, ya que, tras las vacaciones de verano, Andreu lo vio cambiado. A él le había pasado algo parecido.

Durante el transcurso de los tres meses estivales había crecido unos cuantos centímetros y su cuerpo comenzaba a adquirir formas menos esbeltas y más acordes al duro entrenamiento dentro y fuera del agua.

—Ey, chicos, ¿qué tal el verano? —Acababan de entrar cuatro jugadores más. Uno de ellos, Martí, que fue el que se había acercado a saludarlos tras tantos meses sin verse, era el tercer ectomorfo.

—Ahí vamos —respondió Quim por los dos—. ¿Tú qué tal? Pensé que no continuabas este año con el waterpolo.

—Al final convencí a mi padre, pero vamos, que cuando se le vuelvan a cruzar los cables otra vez, me amenazará con sacarme del equipo. ¡Joder, Andreu! ¿Te has pasado todo el verano haciendo dominadas? —preguntó señalando el apenas marcado abdomen de su compañero. Andreu, que seguía sin camiseta, acabó de ajustarse el bañador mientras mostraba una sonrisa de medio lado.

—Sí que es verdad —lo acompañó en el comentario Quim—. Te has puesto cuadrado, tío.

—Tú también has ganado músculo —intervino Andreu.

—Lo sé. He estado yendo al *gym* todo el verano. —Dobló el brazo y cerró el puño, mostrando el inexistente bíceps.

Andreu sacó de la bolsa las gafas y el gorro antes de dejarla en la taquilla junto a toda la ropa que se había quitado.

—Qué envidia me dais; yo no he crecido ni un centímetro este año.

—Ya te llegará el turno de hacerlo —comentó Quim con un tono más bien condescendiente.

La puerta se abrió de nuevo y esta vez entró un chico más pequeño que ellos, con una bolsa colgada del hombro idéntica a la que llevaban todos.

Le vieron buscar el número que le habían asignado de taquilla y, cuando la encontró, la abrió y comenzó a quitarse la ropa.

—El que ha entrado es nuevo —susurró Martí—. Voy a presentarme.

Andreu siguió con la mirada la dirección de su amigo. Martí era de los tres el más extrovertido y le encantaba hacer de relaciones públicas. Cada año era el primero en presentarse al o a los nuevos compañeros que se acababan de matricular por primera vez en waterpolo.

El nuevo les daba la espalda, esta era estrecha y delgada, y supuso que podría tener catorce años, la edad permitida para pertenecer al equipo. Pero a diferencia de cómo había sido él a su edad, el nuevo era alto, muy alto. Lo tenía delante, a poco más de medio metro. Se había girado para responder al saludo de Martí y Andreu pensó que ya lo había visto antes, no sabía dónde, pero tan solo viendo el perfil de su cara y su pelo revuelto y oscuro, ya le resultaba bastante familiar. Cuando siguió a Martí hasta donde se encontraban él y Quim y lo pudo ver de frente, recordó de qué le conocía: era aquel niño..., el que siempre iba dando patadas a las piedras, el hermano pequeño de Susanna Casals Pons.

—Chicos, os presento a Hugo. Es nuevo.

—¿Qué hay? Yo soy Quim —le dijo tendiéndole la mano—. Y él es Andreu.

—Hola —saludó el recién llegado.

—Tío, date prisa en cambiarte que el míster no tiene demasiada paciencia —le advirtió Martí.

Hugo asintió y regresó hasta la zona donde estaba su taquilla. En menos de dos minutos ya se había desnudado por completo y puesto el bañador.

—Tienes que entrar con el gorro colocado —le avisó Andreu que se había quedado rezagado para acompañarlo hasta la piscina.

—Aaah, gracias. Pensé que primero calentábamos.

—Hoy lo hacemos en el agua. Venga, vamos. En nada te habrás acostumbrado a todas las normas.

—Espera. —Regresó corriendo, se había olvidado de coger las gafas.

Hugo resultó ser toda una sorpresa tanto dentro como fuera del agua. Como jugador tenía un gran potencial nada desdeñable para un chico de catorce años. Tenía fuerza y disciplina, pero, sobre todo, buena predisposición para acatar normas. En cuanto a la relación con los compañeros, enseguida se ganó un hueco entre todo el equipo; era despierto y dispuesto; de fácil trato y un crío muy divertido. Y con su presencia, cinco días a la semana, Andreu volvió a tener en la cabeza a Susanna.

Hacía dos años que no la veía; el mismo tiempo que había transcurrido desde que los dos acabaron sus estudios de EGB y cada uno comenzó el instituto en diferentes centros.

A veces pasaba delante de la puerta de su casa para ver si la veía, pero nunca ocurrió y ahora tenía a su hermano como compañero de equipo, por lo que estaba seguro de que tarde o temprano coincidiría con ella.

El primer día, al acabar el entrenamiento y tras pasar por las duchas, Hugo, junto a Andreu, Quim y Martí, se marcharon juntos. En la puerta esperaba la madre de Hugo acompañada de la hermana pequeña. A Andreu le hizo gracia volver a verla. Calculó que debía de tener ocho años y seguía siendo la misma pizpireta que la última vez que la vio dos años atrás.

En cuanto se percató de la presencia de su hermano, dejó de hablar con su madre y salió corriendo a su encuentro.

—¿Has ganado? —le preguntó nada más verlo.

Hugo se encogió de hombros.

—Solo ha sido un entrenamiento.

—¿Qué es un entrenamiento?

—Pues... —Se rascó la cabeza pensando cómo explicarle a una niña, que todo quería saberlo y nunca se quedaba conforme, qué era lo que había hecho dentro—. Hemos practicado mucho para cuando tengamos que jugar.

—¿Cómo un examen?

—Más o menos.

Andreu vio el momento en que no se quedaba conforme con la explicación, pero mirarlo a él la había distraído.

—Hola. ¿Eres un nuevo compañero de mi hermano?

—Sí.

—¿Y se ha portado bien?

—Pues supongo que sí —respondió divertido mirando a Hugo.

—Gemma, para ya —la advirtió Hugo.

—Espera, una última pregunta. ¿Puedo? —le preguntó a Andreu.

—Claro, dime.

—¿Quieres venir a mi casa a ver cómo hago el pino?

—Madre mía, Gemma —musitó Hugo. A Andreu le pareció una brillante idea, quizá podría ver a Susanna—. No le hagas caso; es una enana entrometida.

—¡No es verdad!

—Sí que lo eres.

—A mamá vas. —Andreu la vio ir hacia su madre dando saltos a la pata coja.

—En serio, no le hagas caso —dijo nervioso removiendo el pie contra el asfalto. Había veces en que a su hermana le metería un calcetín sucio en la boca para ver si así se mantenía callada un rato. Acababa de conocer a Andreu y, aunque le caía bien, era consciente de que él era nuevo y encima dos años más pequeño. Pasar tiempo a su lado, fuera de los entrenamientos, estaba seguro de que no le apetecía nada, pero se sorprendió cuando Andreu aceptó.

—No me importa —respondió encogiéndose de hombros—; hoy no tengo deberes.

No era cierto, pero prefería pasar un par de horas después de cenar haciéndolos a cambio de volver a verla de nuevo.

—De acuerdo —respondió feliz—. Voy a preguntarle a mi madre si puedes venir.

No la vio, ni ese día ni los siguientes, pero fue gracias a que cada día, tras los entrenamientos, pasaba el resto de la tarde en casa de Hugo, que Andreu se convirtió en un habitual en la vida de los Casals.

Y lo que para él comenzó como una manera de volver a verla, acabó convirtiendo a Hugo en su mejor amigo y a Gemma en una hermana adoptiva.

Agnes, por su parte, a pesar de los dos años de diferencia entre ambos chicos, veía en Andreu un buen referente para Hugo. Por eso, cuando llegaba el fin de semana y su hijo le pedía permiso para salir con Andreu, ella, como madre, lo dejaba ir con total tranquilidad. A la que no permitía ir con ellos era a Gemma, a pesar de que cada vez que los veía marchar se quedaba refunfuñando.

Cinco meses después, un sábado de principios de febrero, Andreu fue a buscar a Hugo; habían quedado el día anterior en que pasarían esa tarde en los recreativos. Como cada día, nada más entrar, saludó a Agnes y a Gemma antes de subir hasta el dormitorio

donde su amigo estaba terminando de vestirse.

—¿Quiénes vamos a estar?

—Nosotros solos —respondió Andreu recostado sobre una de las paredes—. Quim se ha ido a su pueblo y Martí tiene el cumpleaños de su padre.

—Si prefieres podemos ir al cine.

—No, qué va. Me debes la revancha.

—Ni sueñes con que me ganarás algún día. He nacido con el don de dominar la mesa de billar.

—Eso ya lo veremos, canijo.

—Señor canijo, si no te importa. Cumpliré quince años en una semana, ¿recuerdas? Y te saco media cabeza.

—Está bien. —Rio—. Pero yo diecisiete en tres.

—¡Anda! ¿Qué día?

—El uno de marzo.

—Yo el quince de febrero. Tío, casi los cumplimos a la vez.

—Es verdad. Aun así, soy mayor.

—Pero yo más alto. Estoy listo —le avisó cuando cogió un jersey del armario—. Dame un segundo que aviso a mi hermana de que nos vamos.

Estuvo a punto de preguntarle si se refería a Gemma, pero en el último momento no se atrevió.

—Andando. Vámonos antes de que Gemma se dé cuenta o nos la liará.

Acababa de ver la oportunidad de averiguar si Susanna estaba en la casa.

—¿Pero no acabas de decirle que nos vamos?

—¿A Gemma? Ni loco. Me refería a Susanna, mi hermana mayor y la que hoy se queda cuidando de Gemma mientras mi madre hace la compra.

—No sabía que tenías una hermana mayor que tú —mintió.

—Es cierto —dijo pensativo—. Se pasa tanto tiempo estudiando que a veces pienso que no la tengo.

—Ah. Vale.

—Quiere ser médico, ¿sabes? Y necesita una buena media en el instituto. ¿Tú que vas a querer ser?

—Estudiaré una ingeniería, como mi padre y mi abuelo, pero en cuanto pueda me gustaría hacer arquitectura. ¿Y tú?

—Yo seré abogado.

—Pero me dijiste que tu padre era médico y tu madre matrona.

—Ajá. —Fuera hacía frío, por lo que los dos chicos se abrocharon los abrigos.

—¿Y no te ha dicho nada Agnes por querer romper la tradición familiar?

—No. ¿Qué debería decirme? —preguntó sin entenderlo.

—Pues eso, que deberías estudiar medicina como tu padre.

—A mi madre le parece perfecto que estudie derecho. Creo que ella prefiere que me dedique a hacer algo que de verdad me guste. —Arrugó el rostro de tal forma que Andreu rompió a reír—. No soporto los hospitales y el olor de la sangre me hace querer vomitar.

—Entonces, claro, será mejor que no estudies medicina.

—Ya. —Se encogió de hombros.

La sala de recreativos a la que iban quedaba cerca del domicilio de ambos, aunque más que una sala de juegos era un disco-bar. El propietario había habilitado una zona con varias mesas de billar, otra para jugar a los dardos y una última con diferentes máquinas recreativas. Durante el día solían ir los jóvenes y menores de edad a pasar el tiempo jugando o tomando algún refresco mientras escuchaban música. Por las noches se convertía en una discoteca solo para mayores de dieciocho años.

Al entrar, la diferencia de temperatura con el exterior obligaba a que se tuvieran que desprender, no solo del abrigo, sino de cualquier otra prenda gruesa que llevaran debajo.

Buscaron un sitio para poder dejar la ropa y, de paso, pidieron un par de refrescos.

—Billar o dardos.

—Billar —respondió Andreu.

—Voy a por cambio.

Andreu, mientras, eligió un taco y frotó la tiza por la punta. Sabía que había diferentes palos dependiendo del tipo de golpe que realizaras, aunque él no tenía ni idea de cuál era cuál. Se conformaba con encontrar uno que tuviera suela, ya que lo normal era que esta hubiera desaparecido.

—Pares o nones —planteó Hugo al regresar.

—Nones.

—Guay. Rompes tú.

Y eso hizo, o al menos lo intentó, ya que nada más colocarse en posición y calcular a qué bola dar y con qué fuerza, una voz a su espalda lo distrajo y acabó haciendo rodar la blanca sin dar a ninguna.

—Mamá te ha preparado la merienda y me ha dicho que te la traiga.

—Pero, Susanna, ¿no puedo comerme un bocadillo aquí! —exclamó entre dientes, vigilando que nadie se hubiera dado cuenta del envoltorio de papel de aluminio o pensarían que era un crío pequeño.

—¿Por qué no?

—¡Ves a alguien al que le traigan la merienda! —exclamó elevando las manos como diciéndole a su hermana que era obvio—. ¿De qué es? —preguntó resignado al ver, por la expresión de Susanna, que no iba a conseguir nada.

—De jamón serrano.

—Tampoco pasa nada si soy el único que merienda —resolvió salivando al descubrir un enorme bocadillo.

—Hola. —Andreu se tensó al escucharla dirigiéndose a él—. Tú debes de ser Andreu. Soy Susanna, la hermana mayor de Hugo.

Era la primera vez que la veía desde tan cerca y, si a media distancia le pareció impresionante, ahora no sabía qué adjetivo utilizar, porque cualquiera se quedaría corto para lo que sus ojos estaban viendo.

—Hola. —Ya estaba. Ya le había devuelto el saludo y ahí se había quedado, completamente mudo.

—Me voy —le dijo a su hermano—. A las nueve en casa, acuérdate.

Hugo asintió, no podía hacer otra cosa, ya que tenía la boca llena de comida.

Antes de irse lo miró una última vez. Por su parte, Andreu no había dejado de hacerlo.

—Ya nos veremos —le sonrió y él tragó saliva.

—Claro. —Para cuando lo dijo, Susanna ya avanzaba por la sala camino de la puerta de salida.

—Vaya mierda de saque que has hecho.

Se giró aún embobado para comprobar que, efectivamente, peor no podía haberlo hecho.

Capítulo cinco

«¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz!».

—¡Pide un deseo!

—¡No me metáis presión!

—Hugo, que es solo un deseo.

—Lo que quieras, pero un deseo es un deseo y hay que tomárselo con calma.

—Dale tú o le doy yo.

—Ya le doy yo.

—¡Ay! Joder, Quim, qué bruto eres.

—Sopla ya y calla.

—Está bien, allá voy.

Andreu, con Gemma sobre sus hombros, sonreía sin evitar mirar a Susanna. La tenía enfrente, al lado de su hermano, animándolo junto al resto de invitados para que soplara de una vez las velas.

—Hay que ver qué quince años vas a darnos, hijo.

Hugo sonrió a su madre y por fin sopló, una por una, las quince velas.

—¡Aleluya! —gritaron al unísono Quim y Martí.

Agnes, con ayuda de su hija mayor, retiró las velas y partió la tarta en trozos iguales que entregó a cada invitado. Habían acudido a la celebración los padres, el abuelo, el propio Andreu en calidad de mejor amigo, Agnes y sus dos hijas, sus dos amigos y compañeros de equipo Martí y Quim, y tres amigos más, compañeros del instituto de Hugo.

Tal y como habían quedado, en cuanto se terminaron la tarta y Hugo abrió los regalos, los adultos los dejaron solos.

—¡Qué fastidio que mañana tengamos partido! —protestó Martí dejándose caer en una silla—. Podríamos haber ido esta noche al cine.

—Yo voy también —aseguró Gemma, que seguía sobre los hombros de Andreu.

—Tú eres muy pequeña y además no te callas —le dijo Quim.

—Sí me callo, ¿a qué sí? —Desde su posición le plantó las manos en la cara a Andreu

para que la mirara.

—No vale lo que te diga él; le tienes engatusado.

Andreu la bajó al suelo, después se pasó la mano por el cabello que Gemma le había dejado revuelto y se lo colocó como pudo.

—Al partido sí voy, ¿a qué sí, tata?

Los ojos de Andreu la miraron con disimulo.

—Sí.

—Tata, cuando lleguen tus amigas, ¿podré estar en tu cuarto con vosotras?

—Vale, pero nada de comer chocolate.

—¿Viene Ivet? —se interesó Quim, haciendo la pregunta de una manera casual, aunque el estado enrojecido de su cara no mostraba precisamente eso.

Susanna miró a su hermano y este sonriéndola negó con la cabeza.

—Tendrás que olvidarte de ella; tiene novio —le dijo Hugo.

—¿Ivet? ¿Y quién es él?

—Un chico de su clase —respondió Susanna, sin dar más información.

—¿Es más guapo que yo?

Susanna lo miró muy seria y pensativa, Quim supuso que estaría analizando sus rasgos. Tras segundos en que todos estaban pendientes de su veredicto, ella se encogió de hombros antes de contestarle:

—Es más maduro. —Lo dejó con la boca abierta y al resto riendo cuando tomó de la mano a Gemma, pero antes de irse dirigió una última mirada a Andreu. Este no había dejado de mirarla asombrado, porque no solo era preciosa, sino que tenía un carácter admirable y una fina ironía algo parecida a la de su hermano Hugo; era perfecta.

Estaban en mayo y el autocar permanecía parado a la espera de que diese la hora para que los jugadores subieran. Andreu acababa de bajar del coche familiar. Dentro, su abuelo y sus padres esperaban para seguirlos hasta Girona, donde tenían que jugar la final de la temporada contra un equipo local.

Buscó con la mirada a Hugo entre el corrillo de compañeros que iban llegando; al no verlo, probó a localizar el coche de Agnes, aunque tampoco lo vio. Consultó el reloj de pulsera que llevaba para comprobar que no llegaban tarde. En ese momento escuchó a Gemma que venía corriendo hacia él.

—¿A qué creías que no íbamos a llegar? —le preguntó al estar a su altura.

—Eso pensaba, sí. —Le pellizcó la nariz—. ¡Qué energía tienes ya desde tan temprano, *nineta*!

—Es que Hugo se ha quedado dormido y Susanna y yo hemos tenido que sacarlo de la

cama tirando de sus piernas y él entonces se ha enfadado y nos ha lanzado la almohada y mamá...

Andreu la detectó antes de verla; estaba sentada en el asiento del copiloto del coche de su madre y miraba por la ventanilla en su dirección. Agachó la mirada fingiendo estar pendiente de Gemma, que seguía contándole el suceso de la mañana, aunque cada vez que desviaba la mirada hacia Susanna esta no había variado la dirección de sus ojos.

—No sabes cómo me molesta madrugar.

Bajó los párpados antes de mirar a su amigo que masticaba un trozo de bocadillo.

—¿Quieres un poco?

Negó con la cabeza.

—A mí es que los nervios me dan por comer —le explicó.

—Ya.

—¡Gemma! —llamó a su hermana que ya se alejaba a la pata coja—. Vete al coche.

—¿Ya nos vamos?

—Sí, corre. Que se irán sin ti.

—¡Voyyy! —Pero antes de irse se acercó a darles un beso a cada uno—. Suerte.

—¡Andreu! —lo llamó al verlo distraído. Pensó que estaba pendiente de Gemma, pero lo cierto es que estaba mirando a Susanna; acababa de salir del vehículo para ayudar a su hermana a sentarse correctamente—. ¿Vamos o qué?

—¿Cómo? —carraspeó—. Ah, sí, vamos.

Llegaron a Banyoles a las ocho en punto, una hora antes de que comenzara el partido. Los jugadores fueron bajando en fila del autocar, cada uno con su bolsa de deporte al hombro y vistiendo el chándal reglamentario. Fuera, a las puertas del polideportivo, los familiares esperaban para saludarlos y desearles suerte. Hugo, Andreu, Quim y Martí, en ese orden, bajaron y caminaron por el pasillo formado por familias y amigos que aplaudían al paso de los doce chavales que formaban el equipo.

—Qué subidón —exclamó Martí.

—Yo estoy como un flan —respondió Quim.

—¡¡¡Hugo!!! ¡¡¡Andreu!!!

Los aludidos saludaron con un gesto de la mano a Gemma y a los integrantes de las dos familias que rodeaban a la pequeña. Al pasar frente a Susanna, Andreu agachó la mirada en el momento en que alguien tiraba de su chaqueta de chándal impidiendo que avanzara. Al querer comprobar de quién era la mano que no le dejaba moverse, vio que pertenecía a Susanna, y no solo lo estaba sujetando, sino que le sonreía abiertamente.

—Suerte, Andreu.

—Gracias —murmuró consciente de que se había puesto colorado.

—Venga, chicos, sentaos y escuchadme. Hugo y Andreu, como siempre, empezáis 1 y 5. Quim y Jordi, vosotros, 2 y 4. Martí, 3. A ti, Frank, cuidado con el boya; tiene fama de tener un tiro potente.

—Entendido, míster.

—Es una final, pero quiero que todos pongáis todas vuestras energías en jugar como si fuera un partido más. Tenéis media hora por delante para hacerlo bien. Divertíos, y si ganáis, mejor que mejor. ¿Estáis listos?

Al unísono, el equipo, al grito de «Sí», rompieron el círculo en el que habían estado para recibir las instrucciones y se colocaron en fila preparados para el momento en que tuvieran que iniciar la marcha hasta la piscina.

Andreu se puso el gorro de baño y antes de dejar los vestuarios se aseguró de llevar el bañador bien puesto y atado. Estaba nervioso y no por el partido precisamente; era por la presencia de Susanna que lo intimidaba de una manera irracional, porque, aunque no era la primera vez que las familias de ambos iban a verlos disputar un partido, sí era la primera en que ella estaba presente.

No entendía qué le pasaba. Sabía que él no era tan espontáneo y abierto como Hugo, pero tampoco era un chico introvertido; sin embargo, cada vez que la tenía delante se quedaba mudo e incapaz de mantenerle la mirada.

Nunca le había pasado algo así con nadie y lo tenía molesto y desconcertado a partes iguales.

—¡Ferrer! A la fila, ¡ya!

Chasqueó la lengua, porque últimamente también se abstraía con mucha facilidad.

Ya dentro del agua, con los jugadores ocupando la posición que les habían asignado, el árbitro pitó el comienzo del partido. Como les había dicho el entrenador, tenían treinta minutos para disfrutar y eso hicieron.

La posición de extremo que ocupaba Andreu le exigía máxima concentración, rapidez mental, fuerza al lanzar y velocidad al nadar. De él y de Hugo dependía la defensa de la portería, el rápido y explosivo contraataque y el desgaste por agotamiento del contrario. Y los dos eran buenos.

Con el último toque de silbato se dio por terminado el partido: victoria por nueve a seis del equipo barcelonés. Acababan de proclamarse campeones de la temporada. La emoción y la alegría quedaban reflejadas en los rostros tanto de los jugadores como de los amigos y familiares que habían ido a presenciar el encuentro.

Hugo nadó hacia Andreu y tras abrazarse se subió a su espalda. El resto de los compañeros llegaron poco después, y hasta los que no habían jugado se lanzaron al agua para festejar la victoria. Habían hecho un gran partido y ahora tocaba celebrarlo.

Cuando las muestras de entusiasmo bajaron de intensidad, uno a uno salieron del agua, sin embargo, Andreu se quedó atrás.

Le temblaban tanto las piernas por el esfuerzo al que las había sometido durante el encuentro, que si salía en ese momento lo más seguro es que acabaría en el suelo. Así que, desde la posición en la que él jugaba, se quitó el gorro y se permitió quedarse flotando bocarriba para intentar recuperar algo de aliento; estaba exhausto. Cerró los ojos e inspiró hondo para soltar a continuación el aire despacio. Lo había dado todo durante el partido y ahora necesitaba que su sistema volviera a su estado y, sobre todo, necesitaba relajar los músculos. Poco a poco una sonrisa brotó de sus labios. ¡Qué narices! Sonrió a lo grande. Estaba feliz. Habían ganado. Era consciente de que tenía todo lo que cualquier chico de su edad ansiara.

Podía decir que contaba con buenos amigos, magníficas calificaciones, un deporte que le gustaba, se le daba bien, le permitía soltar adrenalina y de paso dar forma a su cuerpo, y, además, una familia que se preocupaba por él.

La nota discordante, como siempre, era Pau, que seguía siendo un quebradero de cabeza para sus padres: a sus diecinueve años no había conseguido sacar unos estudios adelante. Le apuntaron a una academia para que le ayudasen a recuperar las asignaturas pendientes y se negó a ir. Probaron entonces con un profesor particular, pero tampoco dio resultado; al quinto día, el hombre, hastiado de que no le hiciera caso, se rindió y no volvió a aparecer por la casa.

En cuanto a él, parecía que se la tenía jurada. Se había vuelto tan cruel que había llegado a esconderle uno de los libros de texto la noche antes de un examen.

Lo peor ocurrió el día que le rompió un trabajo que llevaba preparando una semana y que debía presentar al día siguiente. Fue su abuelo, al verlo llorar y tras contarle lo que había ocurrido, quien le sugirió que guardara todo el material en su habitación y eso llevaba haciendo todo el semestre.

Las voces de sus compañeros, que ya habían salido de la piscina, le trajeron al presente. Era hora de salir del agua para la entrega de medallas. Nadó hasta uno de los bordillos e impulsándose con ambas manos aterrizó con elegancia sobre el duro suelo de baldosa.

Hugo le acercó una toalla que utilizó para quitarse el exceso de humedad del cabello.

—Vamos. —Le pasó el brazo por los hombros y fueron a saludar a sus familiares que los esperaban emocionados.

Recibieron besos y abrazos con prisas, ya que en breve recogían las medallas de oro como ganadores que habían sido. De fondo se podía escuchar por los altavoces como comenzaban a nombrar a los jugadores del equipo contrario.

Hugo acababa de ser felicitado por el abuelo de Andreu, no le quedaba nadie por saludar, por lo que miró a su amigo y, al ver que seguía recibiendo muestras de afecto, se marchó junto con el equipo.

A Andreu le faltaban por saludar a su padre y a Susanna, aunque supuso que ella se limitaría a usar solo la palabra. Para su sorpresa, cuando llegó su turno, se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—Felicidades, Andreu.

No le hubiese importado quedarse sin medalla, el premio se lo acababa de dar con ese beso y con su voz susurrada junto al oído.

Capítulo seis

—Puedo ver a mi marido a esa edad —sonrió Marcos con ternura.

—Como ves, no ha cambiado mucho.

Esta vez Marcos rio.

—No, y ahora no me cabe duda de a quién ha salido Julia.

—Así es. Hugo, Gemma, incluso Natalia y tu hija son la misma versión en distinta época.

—Poderosa genética.

—Sí —respondió distraído.

Marcos llamó al camarero para pedir dos tazas más de café.

—Entonces, ¿te enamoraste de Susanna a los once años?

Andreu se encogió de hombros.

—Es posible, aunque en aquella época era un crío para darme cuenta de lo que me estaba pasando.

—Y sospecho que nunca le dijiste nada a Hugo.

—No. Por aquel entonces no llegué a hablar con él sobre su hermana.

—Veo que tampoco ha cambiado mucho en cuanto a cazar las cosas al vuelo; porque era obvio lo que te estaba pasando.

—Gracias —le dijo al camarero que acababa de dejar una taza delante de él. Marcos, en cambio, hizo un gesto con la cabeza cuando dejó la suya—. Agnes solía decirle que vivía en un mundo paralelo.

—Alguna vez sigue diciéndoselo.

Bebieron de sus tazas, pensativos.

—No volví a verla hasta septiembre.

—¿A Susanna?

Asintió.

—No volví a ir a su casa. Susanna y yo estábamos a un mes de acabar tercero de BUP y ambos debíamos dedicar horas a los estudios. No fue así con Hugo, porque, aunque las competiciones ya habían acabado, él y yo nos seguíamos viendo los fines de semana. Sin

embargo, con la llegada del verano, a él tampoco lo vi; me fui de vacaciones. Mi familia tenía una casa en un pequeño pueblo de Girona y allí era donde pasábamos los tres meses.

—Entiendo.

—¿Vas a echarle el azúcar? —Señaló el sobre sin abrir que había dejado en el plato.

Ante la negativa de Marcos, lo cogió y vació dentro de su café.

—A fuerza de ir todos los años —continuó recordando—, forjé amistad con unos cuantos chicos y chicas de mi edad y, de entre ellas, aquel verano, comencé a salir con una. Nada serio, al menos por mi parte, pero me sirvió para darme cuenta de que Susanna me atraía de una manera muy diferente.

Apuró su taza y llamó al camarero para pedir la cuenta; le tocaba pagar a él.

—Deberíamos irnos. Supongo que querrás ver a tus hijos.

—No te preocupes; Mario y Jorge se están haciendo cargo de todos los críos hasta esta noche. Mis padres están a punto de llegar y me turnaré con ellos para atenderlos.

—Tus padres... —Sonrió con nostalgia—. Los míos también tenían relación con Agnes, no tan estrecha como los tuyos, pero sí que se llevaban bien.

—Es una gran mujer.

—Sí. —Paseó la mirada sin fijarse en realidad en nada. Antes de volver a hablar se aclaró la voz—. De todas formas, tenemos que subir. —Indicó con la cabeza el pabellón donde estaba ingresada Susanna.

—¿Estás preparado?

—Creo que nunca lo he estado —murmuró, encogiéndose de hombros.

—Entonces subamos, pero seguiremos hablando. Aún tienes mucho que contarme. —Le palmeó el hombro.

La habitación permanecía en penumbra, ya que el sol a esas horas golpeaba con intensidad y, aunque dentro la temperatura se mantenía fresca gracias al aire acondicionado, la fuerte luz era molesta para los ojos e impedía el buen descanso de los pacientes.

Hugo permanecía sentado en la única butaca que había, tenía las piernas estiradas y los ojos cerrados; sin embargo, al escuchar la puerta, los abrió levemente, lo suficiente como para ver que su marido acababa de regresar acompañado de Andreu.

Comprobó que su hermana seguía dormida y se levantó con sigilo.

—¿Cómo estás? —le preguntó en un murmullo a Andreu mientras se abrazaban.

—Bien, bien. Estoy bien.

—Hugo, cariño. Deberías bajar a comer algo.

—¿Tú ya has comido? —quiso saber dirigiéndose a Marcos.

—No, pensaba hacerlo contigo.

—¿Te quedas con ella hasta que regresemos o prefieres irte a casa a descansar? —Esta vez le preguntó a Andreu que tenía la vista puesta en el perfil dormido de Susanna.

—Me quedo.

—Estupendo. Supongo que estaremos en la cafetería del hospital.

—No —le interrumpió Marcos—, saldremos de aquí para que te dé el aire.

—Ah, entonces, te envío ubicación por si necesitas algo.

Andreu asintió.

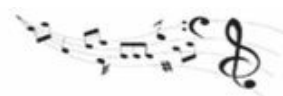
Marcos, con un discreto gesto, le indicó a Hugo que debían salir y dejarlo solo, y como siempre que su marido le hacía alguna señal, captó el mensaje. Miró a su hermana una última vez y, tras un nuevo abrazo a Andreu, abandonaron la habitación.

Solo con ella.

Se había quedado solo con Susanna y, aunque tenía sentimientos encontrados, sabía que ahí era donde debía estar y donde se iba a quedar, porque Marcos tenía razón: estaba cansado de pasar de puntillas, de hacer como que no pasaba nada cuando en realidad pasaba todo. Estaba cansado de vivir en la sombra, siempre observando desde la distancia el pasar de los años, el pasar de la vida, el pasar de tantas veces como le hubiese gustado estar y no pudo porque un maldito día se lo prometió.

Repasó su cuerpo que, a excepción de los brazos, estaba tapado con una sábana. Las manos reposaban a ambos lados de los muslos; una de ellas cubierta por una escayola, dejando ver libre de yeso solo los dedos. Se detuvo en ellos al llamarle la atención el estado de sus uñas. Tres de ellas estaban partidas y tenían restos de sangre seca, seguramente por haber sido arrancadas con brusquedad. Susanna tenía unas manos preciosas, le gustaba llevarlas limpias y con las uñas pulcramente cortadas. Estaba seguro de que se habría llevado un disgusto al ver el estado en el que se encontraban.

Con ese último pensamiento sonrió con amargura. Qué absurdo era, porque nadie que hubiese pasado por lo que ella acababa de pasar se preocuparía del estado de unas uñas, ni del aspecto de su rostro. Apenas pudo controlar un sollozo ahora que por primera vez lo veía de frente, por lo que antes de desmoronarse dio la espalda a la cama e intentó serenarse.



Llegó septiembre y con él el reencuentro con los amigos, la vuelta a los duros

entrenamientos y el comienzo de un nuevo curso. Ese año Andreu iniciaba COU y, si tenía en cuenta lo que les había explicado el tutor, no solo iban a tener que hincar los codos con todas las asignaturas, sino que, además, dedicarían horas en preparar los exámenes de selectividad, a los que se enfrentaría él y el resto de los alumnos de su promoción en el mes de junio.

No le preocupaban en exceso sus notas, hasta la fecha eran excelentes, por lo que solo tenía que continuar con el mismo ritmo y organizarse para encontrar horas que dedicarle a la temida selectividad.

Por su parte, Pau, continuaba sin querer saber nada de estudios ni de notas. Sus padres, aburridos de darle oportunidades y de ver cómo año tras año las desperdiciaba, habían decidido que ese otoño comenzaría a trabajar.

Hablaron con el dueño de un restaurante al que conocían por ser vecino de ellos y este no tuvo inconveniente en contratarlo para la cocina. Se encargaría de freír durante el horario de apertura y de dejar la estancia en perfecto estado al acabar cada jornada. Y si ponía interés y sacaba el trabajo adelante, entraría a formar parte del equipo de cocina.

En cuanto a la relación entre los hermanos, no había cambiado, al revés; la pequeña tregua que parecía que habían firmado durante el verano no fue más que el preámbulo a una nueva manera por parte de Pau de atacarlo. En Girona apenas coincidían, era lo que tenía veranear en un pequeño pueblo, que los chavales solo iban a sus casas a comer y dormir a deshoras.

En cambio, con el regreso a Barcelona, Pau, que no aceptaba tener que trabajar en un bar, volcó en su hermano pequeño toda su desgraciada existencia: le culpaba de ser el consentido de sus padres, de ser un empollón y, en consecuencia, de ser el hazmerreír de todo el instituto por ser un enclenque sabelotodo.

Andreu se defendía como podía, pero de nuevo fue su abuelo quien le enseñó una lección que le acompañaría hasta el presente: a guardar silencio y a no dejar ver sus debilidades.

«Hay dos tipos de personas, los enojados con la vida y los que se levantan cada vez que esta les golpea. Sé de los segundos, pequeño Andreu. Los primeros acumulan tanto rencor que no les deja avanzar, en cambio, los segundos, siguen adelante y siempre salen victoriosos».

Y Andreu lo hizo.

Aunque Pau ya no estaba matriculado en el instituto, seguía acudiendo a diario para esperar a sus amigos, repetidores de varios cursos, como el propio Pau, y de paso

aprovechaba para reírse de él.

Aguantó las humillaciones a las que le sometía su hermano y su grupo de amigos a la entrada y salida del instituto. Soportó con estoicismo cada uno de los desastres que ocasionaba en su vida, como el día que, mientras limpiaban los dos hermanos en el ático, «sin querer» se le cayeron de las manos un par de maquetas. Una, entre el *avi* y Andreu la pudieron reconstruir; la otra, acabó de manera irremediable en el cubo de la basura.

En la casa la situación era cada vez más complicada. Tanto, que Albert y Elizabet, desbordados por el impetuoso carácter de Pau, del que se veían incapaces de controlar y conscientes de que se les iba de las manos, comenzaron a barajar la posibilidad de enviar a Andreu a estudiar la carrera fuera de Barcelona. Al menos este acabaría de crecer sin el hostigamiento continuo de Pau, porque alejar a Pau de casa era una locura. A su edad y con su comportamiento, estaban seguros de que no ganarían para disgustos sin la constante vigilancia de ellos dos como progenitores. No, enviar fuera a Pau quedaba descartado.

En cambio, Andreu era un niño con buen carácter, responsable y muy capaz de desenvolverse solo, y con el aliciente de poder estudiar una ingeniería en otro país. Quizá la MIT, en Massachusetts, o alguna universidad mucho más cercana, como la Politécnica en Madrid.

Tenían unos meses por delante para tomar una decisión en firme. Mientras, probaron a llevar a Pau a un terapeuta, pero se negó a ir. No había nada que consiguiera que sentara la cabeza, y ellos, como padres, vivían con la angustia de que acabase metiéndose en un mundo nada recomendable, como así fue unos años más tarde.

Con septiembre también regresó a su vida Hugo, Gemma, Agnes y Susanna. Y con ellos, de nuevo, un sople de aire fresco.

Hugo y él retomaron la rutina de pasar la tarde juntos tras los entrenamientos, pero siempre era en casa de Hugo. Andreu nunca le ofreció ir a la suya porque se avergonzaba del trato que le daba su hermano. De hecho, no hablaba de Pau ni con él ni con nadie.

Sabía de las rencillas que tenían la mayoría de sus amigos con sus hermanos; el mismo Hugo las tenía con las suyas, pero no era nada comparable con lo que le sucedía a él. Por alguna razón su hermano le odiaba, o al menos eso era lo que sentía Andreu: un odio desproporcionado y absurdo porque él nunca le había hecho nada. Y ahora que ya no era un niño, podía ver que sus padres no hacían distinción entre ellos, que los trataban por igual y que los querían a ambos.

Hacía tiempo que más de una noche escuchó a sus padres hablar sobre cómo llegar hasta Pau y no era la primera vez que su madre, derrotada, lloraba y su padre, a su lado, la consolaba.

No, no podía contarle nada de eso a Hugo. Le dolía el comportamiento de su hermano, el destrozo que estaba ocasionando en su familia y del que él no sabía qué hacer al respecto.

Cada vez que llegaba a casa de Hugo, cruzaba los dedos para tener la suerte de volver a ver a Susana, pero eso no sucedía. Andreu pensaba que, o bien no estaba en casa, o vivía encerrada en su dormitorio estudiando.

Hasta que una tarde a finales de septiembre, cuando Hugo y él, acompañados de Gemma, preparaban unos bocadillos en la cocina, escucharon cerrarse la puerta principal.

—¡Hola!

Los cinco sentidos de Andreu se pusieron en alerta al escucharla y se preparó mentalmente para verla.

—¡Estamos en la cocina! —exclamó Hugo al tiempo que le extendía a Gemma un trapo para que se limpiase la cara que llevaba llena de crema de cacao.

—¡Madre mía, cómo llueve!

—A mamá vas, que no te has llevado paraguas.

—No sabía que iba a llover.

—Ten. —Hugo le tendió otro paño de cocina para que se secara un poco.

Andreu se giró cuando Susanna estaba doblada hacia adelante, quitándose el calzado que llevaba. Al incorporarse para coger el trapo, ella se apartó la abundante melena oscura que le ocultaba la cara y Andreu sintió una ola de calor desde el estómago hasta las mejillas: en ella no había rastro de la niña que vio en junio, no quedaban señales ni en su cara ni en su cuerpo de la Susana que él recordaba; en su lugar, tenía ante él una mujer imponente, tanto, que se sintió empequeñecer con cada segundo que no dejaron de mirarse.

—¡Andreu! No sabía que iba a encontrarte aquí.

Su voz risueña y sus ojos verdes abiertos de par en par le dieron a entender que se alegraba de verlo.

—Eeh, sí. Hemos venido a estudiar. —¿Se podía ser más inútil y absurdo?

—Estás en COU como yo, ¿no es así?

—Sí. —«Sigue así Andreu», se dijo para sus adentros, «que lo estás bordando».

Susanna asintió y se acercó a la encimera donde estaba el bote de crema de cacao abierto, metió la yema de un dedo y se lo llevó a la boca.

—Voy a cambiarme.

—Espera, tata, voy contigo.

—No —dijo Hugo—. Mamá ha dicho que no te separes de mí.

—No es verdad, no dijo eso. Dijo que en la calle no me separara de ti, pero estamos en casa. ¿Ves, listillo? —Con los brazos abiertos abarcó la cocina—. Y, además, Susi y yo tenemos cosas que contarnos.

—¿Qué cosas si eres pequeña? —Se burló Hugo.

—Pues cosas de chicas que tú no entiendes.

Andreu rompió a reír mientras Hugo echaba a correr tras ella intentando alcanzarla. Las voces de los tres hermanos persiguiéndose escaleras arriba le llenó los oídos. Era fantástico ver la relación que tenían.

—¡Andreu! ¡¡Ayuda!! —La risa de Gemma al llamarlo le inundó con una calidez diferente a la que había sentido al ver a Susanna. Esta vez era debido al verse incluido en los juegos de unos hermanos que no eran los suyos, pero que los sentía como si lo fueran.

Salió de la cocina y subió las escaleras de dos en dos. Allí, en el suelo estaba Gemma con Hugo a horcajadas sobre ella haciéndole cosquillas y, a su lado, Susanna golpeándolo con una almohada para que la soltara.

—No sé a quién tengo que ayudar aquí —dijo riendo.

—¡A mí! Soy la pequeña.

—Conque pequeña, ¿eeeh? —Hugo imprimió mayor energía en hacerle cosquillas a su hermana—. ¡Ay! —exclamó cuando uno de los golpes de la almohada le dio en la cara—. Apártame a Susanna; es la peor.

Y eso intentó hacer, pero al acercarse ella lo tomó como nueva víctima y se cebó con él golpeándolo, mientras Andreu, protegiéndose la cara con las manos ante el ataque, no podía dejar de reír.

Media hora después, los cuatro merendaban en la cocina en total camaradería. Aquel fue el primer día de muchos otros que vinieron después.

Con el paso de los meses la amistad entre él y Hugo no podía crecer más, el amor que sentía por Gemma llegó a su punto álgido y con Susanna... Con ella entabló una especie de amistad: ella le hablaba y él la respondía como podía; ella comenzó a estudiar junto a ellos y él se sabía los temarios de Susanna tan bien como los suyos; ella se reía y él soñaba con que un día fueran para él sus sonrisas.

Susanna cogió como costumbre acudir a cada competición como un familiar más, deseándole suerte y felicitándolo cuando ganaban, del mismo modo que hacía con su hermano. Amigos, se convirtieron en amigos.

Tiempo después, cuando Andreu acababa de celebrar su mayoría de edad, haciendo esa noche balance de su corta vida, supo que Susanna y él se habían convertido en grandes amigos, pero nada más. Él seguía viendo en ella a la mujer de su vida y ella en él

al mejor amigo de su hermano y, posiblemente, a la más íntima y constante amistad masculina que ella tenía.

Capítulo siete

Sintió removerse la ropa de cama y se volvió para ver si Susanna se había despertado.

—Hola —susurró desde su posición al otro lado de la habitación.

—¿Qué hora es? —Su voz sonó ronca, como si se hubiese pasado la noche hablando a gritos.

Andreu, con un nudo en el estómago por imaginarla chillando mientras era golpeada, miró su reloj de pulsera.

—Las tres y media —susurró—. Creo que llevas durmiendo más de dos horas.

—¿Todo este tiempo has estado aquí?

—Más o menos.

Observó cómo se intentaba colocar la sábana, pero el brazo escayolado obstaculizaba la necesidad de taparse.

—No hacía falta que dejaras todo para venir a verme. Aun así, gracias.

Andreu asintió.

Se acercó hasta la cama y la ayudó a subir la sábana hasta el cuello. En el proceso, rozó sin pretenderlo la garganta y la notó demasiado fría.

—Estás helada —murmuró—. Voy a pedir que suban la temperatura del aire.

—No, no hace falta. En el armario debe de haber una manta.

—Está bien.

Abrió el armario y cogió una de las dos mantas que allí había. La fue extendiendo sobre la sábana, con cuidado de no hacerle más daño del que ya tendría y poniendo especial atención en que los pies quedasen arropados. Bien sabía que era la parte de su cuerpo que perdía calor con mayor facilidad. Susanna levantó como pudo los brazos para ayudarlo a que acabara de dejarla colocada y él, por último, estiró el embozo y se alejó dos pasos de ella.

—Gracias.

—¿Mejor así?

—Al menos no tengo frío. —Torció el gesto—. Debo de tener un aspecto horrible —comentó pasándose los dedos por el pelo.

La miró alzando apenas la cabeza y fijó los ojos en su rostro dos segundos antes de apartar la mirada, pero fueron suficientes para que ambos se encontraran.

—Estás bien —afirmó, mirando a la pared de enfrente.

—Siempre tan correcto. —A pesar de que el tono de su voz había sido bajo, era tal el silencio sepulcral que los rodeaba dentro de la habitación que pudo escucharla.

Andreu no pudo contradecirle, tenía razón, porque si algo había sido durante todos aquellos años, era correcto.

Se pasó la mano por el rostro antes de darle la espalda y caminó apenas tres pasos hasta la ventana, donde se perdió contemplando la ciudad a través de los cristales.

Susanna no dejó escapar la oportunidad de mirarlo. Solía hacerlo a menudo, aunque nadie era consciente de ello. Ni siquiera Andreu podría llegar a imaginar la de veces que lo miraba buscando alguna señal que le indicara que algo no iba bien en su vida. Seguramente, un pequeño detalle que pasaría desapercibido para cualquiera, para ella, que llevaba años observándolo, que conocía sus gestos mejor que nadie, sería significativo; ella lo sabría porque no podría engañarla. Como siempre, al observarlo, se encontró con el mismo hombre frío, esquivo y distante, al cual ya debería estar acostumbrada, aunque no lo estaba: nadie podría acostumbrarse a la frialdad de una mirada, a las palabras vacías, a la lejanía emocional de quien significó tanto en su vida. Había veces en que era tanto el dolor que le producía su comportamiento, que levantaba una muralla a su alrededor para protegerse, porque Andreu le dolía como solo lo hace quien una vez te rompió.



Cuando Susanna, tras la batalla de almohadas, pudo por fin entrar en su dormitorio para cambiar la ropa mojada por otra seca, lo hizo pensando en Andreu.

Le había gustado mucho volver a verlo, aunque no se esperaba el cambio que ese verano había producido en él; lo había transformado por completo.

Sonrió al darse cuenta de que si antes le parecía un chico «mono», durante esos tres meses de verano se había convertido en un hombre y, además, muy guapo.

Apenas quedaba nada del Andreu de junio. Había crecido unos cuantos centímetros, tantos, que era tan alto como su hermano. Su cara seguía siendo la misma, pero diferente;

ahora tenía unos rasgos más marcados y masculinos. Su voz también era ahora unos tonos más graves, y su risa... Era la primera vez que lo escuchaba reír y le resultó muy agradable. Lo que seguía siendo igual eran sus ojos azules y, al parecer, lo escueto que era a la hora de hablar. De las veces que había coincidido con él, podría contar las palabras que le había escuchado decir.

Esta vez rio al intentar imaginarse a su hermano y a él a solas porque Hugo era todo lo contrario, hablaba hasta dormido, lo mismo que Gemma. Seguramente por eso eran tan buenos amigos, uno hablaba sin parar y el otro escuchaba sin aburrirse. Suspiró mientras se despojaba de la empapada sudadera, al pensar que quizá podría ser ese el motivo por el que no conseguía entablar una conversación con él, ya que ella misma tampoco era muy habladora.

En cuanto se hubo cambiado, se sentó en su escritorio y rebuscó en la mochila lo primero, la agenda. En ella tenía marcados los ejercicios que les habían mandado; los haría, aunque no eran para el día siguiente; así podría dedicar el fin de semana a estudiar.

Sacó los libros y el archivador, pero al abrir la página marcada se acordó de que en la cocina estaban merendando sus hermanos y Andreu y se debatió sobre qué hacer. Quizá podría unirse a ellos y, quién sabe, a lo mejor en un ambiente distendido se abría lo suficiente como para entablar algo más que tres palabras con él. O podría quedarse en su dormitorio estudiando.

Mordisqueó la parte de atrás del bolígrafo mientras pensaba qué decisión tomar. Repasó la breve conversación que habían mantenido, en la que Andreu le comentó que había venido a estudiar. Entonces... ¿Y si bajaba, merendaba y estudiaba con él? Era una opción lógica y a Hugo no le importaría, es más, estaría encantado porque así la tendría a mano para preguntarle las dudas que cada día le surgían con sus deberes. Cerró el libro y volvió a guardar todo dentro de la mochila. Acababa de tomar una decisión que la uniría a Andreu más de lo que ninguno de los dos imaginó.

Aquel día fue el inicio de cientos de ellos.

Adquirieron una rutina en la que cada tarde Hugo llegaba a su casa acompañado por Andreu. Junto a Gemma, los cuatro, merendaban antes de invadir la cocina de libros y cuadernos. Y como supuso Susanna, entre apuntes, resúmenes y trabajos que tenían que preparar, los dos jóvenes se relajaron tanto en presencia del otro que, para cuando llegó Semana Santa, iban camino de convertirse en grandes amigos.

Susanna, por su parte, al finalizar la segunda semana de estudiar junto a Hugo y Andreu, aprovechó que ambos chicos estaban comentando sobre el partido del día siguiente para anunciarles que iría a verlos. Y a partir de ese sábado acudió a cada competición.

Al principio se sentaba junto a su madre y hermana y la familia de Andreu, pero, pocos partidos más tarde, comenzó a relacionarse con las novias y amigos de otros jugadores que como ella iban a animar y a ver jugar a los chicos.

Tras cada encuentro y una vez de regreso en las instalaciones de Pedralbes, el equipo al completo se reunía en la cantina que había dentro. Los jugadores que tenían novia iban con ella, y Susanna comenzó a quedarse en calidad de hermana de Hugo.

Los días pasaban y Andreu y Susanna cada vez estaban más unidos, tanto como lo podía estar con Gemma o con el propio Hugo. Por eso, nadie fue consciente de lo que estaba ocurriendo entre ellos, ni siquiera los protagonistas lo fueron hasta que, una tarde de sábado, Andreu llamó al timbre de la familia Casals.

Esa tarde de finales de abril, Andreu había quedado con Hugo a las cinco en la parada del autobús que había a medio camino entre la casa de ambos, pero ya pasaban de las cinco y media y aún no había aparecido. Sacó del bolsillo de su chaqueta un nuevo invento, lo último en tecnología; se trataba de un teléfono móvil que le había regalado su abuelo, hacía ya dos meses por su cumpleaños.

No tardó en encontrar entre sus cuatro contactos el teléfono de la casa de Hugo, ya que, hasta la fecha, aún no eran muchas las personas que disponían de un aparato de esos; de hecho, Hugo no tenía. Dio a iniciar la llamada y al tercer tono, quien respondió al otro lado de la línea fue Gemma.

—¿Sí? ¿Hola?

—Uy, qué señorita más seria.

—¡Andreu! ¡Holaaa! —exclamó encantada de escucharlo—. Hugo está enfermo. ¿Vienes a verlo?

—¿Qué le pasa?

—No sé. Le ha dicho a mamá que le duele la garganta y me parece que tiene mocos.

—Vaya. Bueno, dile que mañana si se aburre me acerco a verlo.

—Vale. ¿Ya cuelgo?

—Sí, cuelga.

—Vale.

Estaba a punto de terminar él también la llamada cuando escuchó forcejear a Gemma con alguien que, por lógica, solo podía ser Susanna.

—¡Andreu! —Se quedó con la palabra en los labios cuando fue a responderla, porque, Susanna dejó de dirigirse a él para discutir con su hermana pequeña—. ¡Quita, Gemma!

—Dame el teléfono, porfa, que le tengo que decir una última cosa.

—Ya le has dicho todo lo que le tenías que decir.

—Es solo un segundito de nada. —Andreu sonrió al imaginar a la pequeña intentando engatusar a su hermana.

—¡Qué pesada eres!

—No soy pesada. Para que lo sepas, tú lo eres mil veces más.

—¿Hola? ¿Andreu?

Se pasó la lengua por los labios antes de responder, los notaba resecos.

—Ey, hola. —En el instante en el que finalizó el saludo se reprendió mentalmente por lo fluido y grandilocuente que debió de haber sonado.

—Creo que Hugo tiene gripe.

—Sí, algo de eso me ha explicado Gemma.

—¿Quieres que le dé algún recado?

—No. Déjalo, no le molestes.

—¿Habíais quedado?

—Lo cierto es que íbamos a ir al cine.

—Ahh. ¿Y qué peli ibais a ver?

—*Men in black*.

—¿Es buena?

—Dicen que sí. Si es que nos hemos de fiar de las críticas. —Durante lo que les pareció una eternidad se hizo el silencio entre ellos, hasta que Andreu, armándose de valor, habló—. Estaba pensando, que... si no os importa, ya que no vamos a ir al cine, podría pasarme por vuestra casa. Seguro que Hugo está insoportable.

—No lo sabes bien. ¿Vienes ya?

—Ummm, vale.

—Vente entonces.

Desde una casa a otra había, caminando, siete minutos. Insuficientes para que a Susanna le diera tiempo de cambiar la vieja sudadera por otra más presentable. Lo único que pudo hacer fue correr hacia el espejo del recibidor, se soltó el cabello e intentó peinárselo con ayuda de los dedos; aunque antes de acabar de adecentarlo sonó la puerta.

Al mirar por la mirilla para ver de quién se trataba, se sorprendió al comprobar que apenas habían pasado dos minutos desde que habían colgado y Andreu ya estaba delante de la puerta. Cuando abrió y pudo verlo, pensó que decir que estaba guapo era una descripción bastante pobre, aunque en esos momentos no supo adjudicarle otro adjetivo.

Su cara debió de ser de auténtica sorpresa, ya que Andreu se sonrojó.

—Eeh... Estaba en la parada del autobús. —Levantó una mano para señalar en la dirección de la que venía.

Susanna pensó que era encantador escucharlo balbucear y verlo así de turbado.

—Ya me parecía que habías tardado muy poco en llegar.

Desde el otro lado de la casa se escuchaba, cada vez más cerca, el sonido de los saltos que venía dando Gemma.

—¿Es Andreu?

Los dos, que permanecían parados ante la puerta abierta, miraron hacia la niña. Esta, al llegar a su altura, se empinó para saludar con un beso a Andreu.

—¿Podemos jugar al *Monopoly*?

—Viene a ver a Hugo.

—Bueno, pero podemos jugar también con él, ¿a qué sí? —le preguntó a él directamente.

—Vamos a ver qué le apetece hacer a tu hermano.

—Vale. —Con las mismas reinició el camino a la pata coja, esta vez hasta el salón.

—Pasa, anda. Te acompaño hasta el dormitorio del enfermo. —Puso los ojos en blanco.

Andreu dio dos pasos, los suficientes para entrar en la vivienda, y se quedó esperando a que ella cerrara la puerta.

—¿Qué tal te fue el examen de ayer?

—Creo que muy bien —respondió convencido de que había sacado buena nota.

—¿Entró el resumen?

—No. Tenías razón.

—Ajá.

—Era absurdo que lo pusieran de pregunta, pero me obcequé, a veces me pasa.

—¿Qué te obcecas?

—Y más a menudo de lo que me gustaría. —Sonrió y a Susanna el corazón se le disparó.

Ambos subieron hasta el piso superior y ante la puerta cerrada de Hugo fue su hermana quien tocó con los nudillos y abrió.

—Hugo, Andreu ha venido a verte.

Lo único que podían ver de él fue la mano que asomó por debajo del edredón para encender la lamparita de la mesilla de noche.

—Creo que voy a morir —lloriqueó con la almohada sobre la cabeza.

—Qué exagerado eres, hijo, de verdad —replicó Susanna sin hacerle caso, acostumbrada como estaba a lo mal enfermo que era y por añadidura a sus payasadas.

—Cómo se nota que no estás pasando por lo que yo.

—Tienes gripe, Hugo, no te estás muriendo.

—¿No?

—No.

—Andreu, dile a mi hermana que me voy a morir. —Con la fuerza de alguien demasiado vivo, lanzó la almohada que se estrelló contra el pecho de Andreu—. Ups, he fallado. Lo siento; iba para ella. —Señaló a Susanna.

Andreu le cedió la almohada para que le devolviese el golpe al moribundo. Ella así lo hizo, y su puntería fue mejor que la de su hermano, ya que a este le dio en toda la cara.

Orgullosa, chocó la palma de la mano con la de Andreu.

—Bueno, ¿qué? ¿Habéis venido a hacer el tonto o a consolarme?

—Yo, a entretenerte —confesó su amigo entre risas.

—Yo, a acompañar a Andreu a entretenerte. —Susanna se sentó en la cama.

—Muy amable por vuestra parte. Por cierto, Andreu, perdona. No he podido avisarte de que anulaba nuestra salida al cine. Ya sabes, no estoy pasando un buen momento.

—No pasa nada. Ya iremos cuando te recuperes.

—No creo que lo haga, estoy fatal.

—Como verás, mi hermano es un excelente actor dramático.

—Sí, ya lo veo.

—Y digo yo. ¿Por qué no os vais al cine los dos y así me dejáis rumiando mi miseria?

Ambos se miraron sin saber bien qué decir, aunque, por supuesto, a Susanna le encantó la idea y a Andreu... también.

—Hace varios meses que no voy al cine, así que, si a ti no te importa ir conmigo...

—No me importa, lo que no sé es si te gustará la película.

—Le gustará —sentenció Hugo—. Andando, que llegáis tarde. Cerradme la puerta y decidle a Gemma que estoy durmiendo, pero que en un par de horitas puede venir a hacerme compañía y de paso traerme un chocolate caliente.

—A mí me parece buena idea. ¿Tú qué dices?

—Tengo las entradas sacadas.

En cuanto Hugo volvió a taparse la cabeza con la almohada, Andreu se encogió de hombros y Susanna con una radiante sonrisa le indicó con un gesto que salieran.

—Dame tres minutos, me cambio y nos vamos.

—Claro.

Antes de entrar en su dormitorio, volvió la mirada hacia él.

—¿Te gustan las palomitas?

—Sí.

—A mí también.

Sin perder tiempo, no fuera que se arrepintiese de querer ir con ella, se vistió con lo primero que cogió del armario: unos vaqueros oscuros y un jersey de lana con cuello

cisne en color beige. Iría haciendo juego con él, solo que el jersey de Andreu era negro.

De calzado, lo tenía claro, se pondría sus botas de la suerte; se trataba de unas botas bajitas de piel vuelta. Al mirarse al espejo, se horrorizó del aspecto de su pelo. Buscó entre los cajones del escritorio alguna de los cientos de gomas que solía ir dejando por cualquier parte, sin embargo, justo cuando más falta le hacía una, habían desaparecido.

«¡Qué pava!», rio al darse cuenta de que llevaba en la muñeca la que se había quitado antes de que llegara Andreu. Con manos diestras por la costumbre, se hizo una trenza en cuestión de segundos, «¡Lista!», y, después, se aseguró de llevar dinero antes de bajar al encuentro de Andreu. Este la esperaba en el salón junto a Gemma y a Agnes, que acababa de regresar del hospital donde ejercía como matrona. Se acercó a darle un beso a su madre.

—Me ha dicho Andreu que vais al cine.

—Sí. Vamos a ver una peli nueva.

—Estupendo. Pasadlo bien, chicos.

—Gracias, mami. ¿Nos vamos?

—Cuando quieras. Agnes, gracias por el zumo. —Al igual que había hecho Susanna, le dio un beso en la mejilla; a Gemma se lo dio en el pelo.

Ya en la calle, caminaron uno junto al otro hasta la parada del autobús. Apenas hablaron, aunque tampoco les hizo falta. Solo con la mera presencia del otro y la expectación por saber cómo sería pasar la tarde juntos, les era suficiente.

El cine al que iban, como llevaba ocurriendo con casi todos los locales de ocio desde hacía algunos años, estaba dentro de un centro comercial. Sábado, multitud de tiendas y un calor confortable, eran los ingredientes perfectos para que estuviera a reventar de gente. Caminar por los pasillos, a pesar de ser muy anchos, se hacía complicado cuando, en cada escaparate, decenas de personas permanecían paradas observando los artículos expuestos.

Las que caminaban lo hacían despacio, incluso, había quien se paraba de repente para calmar al bebé que lloraba en el carro, o para reprender al niño que iba de la mano de sus padres. En más de una ocasión, Andreu perdió de vista a Susanna debido al frenazo inoportuno de algún viandante que iba delante de ellos.

La tercera vez que se quedó atrás, cuando pudo llegar a su altura, Andreu tomó su mano.

Susanna, aunque al principio se sorprendió y hasta le resultó extraño ir de la mano de un chico, agradeció el gesto, porque era mucho más fácil y rápido caminar agarrada a él.

Cuando llegaron a las taquillas y ya no tenía sentido seguir con las manos unidas, se

soltaron sin querer hacerlo.

A los dieciocho años de Andreu y a falta de algunos meses para que los cumpliera Susanna, sintieron como si sus manos fueran un engranaje perfecto. Eran las dos piezas principales de un complejo mecanismo que solo era capaz de funcionar cuando se unían. No necesitaron tener experiencia ni más edad para entender lo que les estaba sucediendo.

Esa tarde la pasaron juntos, al igual que los días entre semana en que Andreu iba a casa de Hugo a estudiar.

Parecía que nada había cambiado, pero, a pesar de que nunca estaban solos, para ellos sí lo estaban, porque Susanna solo tenía ojos para él y Andreu únicamente la escuchaba a ella.

Susanna continuó acudiendo a cada encuentro de waterpolo y a las posteriores celebraciones con el equipo en la cantina. La única diferencia se produjo un sábado cuando, tras finalizar el partido y antes de que entrasen en los vestuarios, Susanna se acercó a felicitarlos.

Como siempre se puso de puntillas para darle un beso, pero, para su sorpresa, Andreu mantuvo el contacto de las dos mejillas unidas más tiempo del acostumbrado. Cuando por fin se separaron, eufórico por la victoria conseguida, se decidió a soltarle la frase que llevaba ensayando toda la semana.

—¿Te gustaría que nos viéramos esta tarde?

Susanna no dudó en darle una respuesta.

—Sí.

Sonrió aliviado.

—¿Quedamos a las seis en la parada del autobús?

—Sí.

La inoportuna llegada de Hugo, junto con un par de compañeros, les interrumpió.

—Vamos —dijo pasando ambos brazos por los hombros de su hermana y de los de su mejor amigo—, que hoy hay que celebrar a lo grande el buen partido que has hecho.

Andreu, que no había dejado de sonreír, recibió por su parte un suave golpe en la mandíbula.

Treinta minutos antes de la hora acordada, Andreu ya la esperaba nervioso en la parada. Susanna llegó cinco minutos después de que él lo hiciera. La vio de lejos, venía corriendo, con el pelo alborotado y luciendo una amplia sonrisa.

—Hola. —Qué nerviosa estaba. Verla en ese estado fue suficiente para alentarla y darle valor para que se comportara como si él mismo no estuviera como ella.

—Estás muy guapa. —Tomó su mano con la firme decisión de no soltarla en lo que

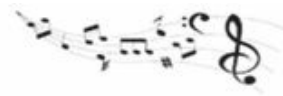
quedaba de tarde.

Y así lo hicieron. Viajaron con las palmas unidas y continuaron así al llegar a su destino.

Se apearon en la Barceloneta y caminaron por el paseo marítimo, mientras que, por primera vez, ambos no dejaron de hablar. Parecía como si de pronto tuvieran demasiado que contarse, como si llevaran toda la vida haciéndolo. A medida que hablaban, cada uno se dio cuenta de todo lo que tenían en común, de lo maravillosa y contagiosa que era la risa de Andreu, o de lo sencillo que era comunicarse con Susanna y de su facilidad para entenderlo y para hacerlo sentirse cómodo.

Hicieron una primera parada en uno de los puestos que se encontraron a su paso para comprar una bolsa de palomitas. Susanna le animó a que se descalzaran y fueran caminando por la playa, ante lo que Andreu no se opuso. Ambos, con los zapatos en la mano, recorrieron la costa hasta llegar al puerto olímpico. Allí hicieron la segunda parada cuando se sentaron en la fría arena.

Y allí, sin ningún testigo, excepto una pareja que pasó haciendo *footing*, Andreu la besó por primera vez.



La puerta de la habitación se abrió con suavidad.

—Estás despierta —murmuró Hugo, quien se acercó hasta la cama donde se encontraba su hermana y besó su frente—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

—¿Todavía no ha venido el médico a traer el alta? —Esta vez fue hacia la ventana, donde se encontraba su amigo para saludarlo.

—No —fue Andreu quien respondió.

—Entonces no creo que tarde mucho. Ten. —Le tendió a Andreu una bolsa de papel que contenía un café y un bocadillo—. A ti te he traído... —Metió la mano en el interior de otra bolsa—. ¡Tachán! —exclamó mostrándole a Susanna una porción de tarta de manzana—. Me han asegurado que está recién hecha.

—Oh, vaya. Gracias.

Con ayuda de Hugo, se incorporó para poder comer uno de sus dulces preferidos. No había hecho más que dar el primer bocado, cuando la puerta se abrió de nuevo; esta vez llegaban Marcos junto a Agnes y Fernando.

—Que aproveche. —Marcos, al igual que había hecho su marido, le dio un beso en la

frente.

A Susanna no le pasó desapercibido el saludo de su madre a Andreu. No hacía falta que hablaran para que se diera cuenta de que algo sucedía. Que su madre lo adoraba no era una novedad, ni que él sentía lo mismo por ella, tampoco. Pero la manera en la que ambos se miraban y el modo en que Agnes le acariciaba el rostro no eran un comportamiento habitual entre ellos. Algo estaba ocurriendo y ya vería más tarde la manera de interrogar a su madre.

—Hugo —susurró—, ¿cómo están mis hijas? —No pudo evitar que se le formara un nudo en la garganta y que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Están muy bien. No te preocupes. —Hugo agarró su mano y besó el dorso—. Por lo que nos han contado se lo están pasando en grande con Mario y Jorge. Lo que no sé es cómo estarán ellos —se mofó.

—¿Han dormido algo? ¿Te han dicho si están comiendo?

—Está todo muy reciente y como es normal están nerviosas. Pero son niñas y se recuperarán —afirmó de nuevo Hugo.

—Claro. —Abandonó la tarta. La poca hambre que tenía le había desaparecido.

—Cariño —la llamó su madre—, estos días nos ocuparemos de ellas y de ti y te prometo que pronto estaréis bien.

—¡Ah, no! Teníais programado un viaje y no os vais a quedar con nosotras.

—Por supuesto que nos vamos a quedar. ¿Dónde voy a estar si no es a tu lado, hija?

—Al lado de Fernando.

—A mí no me mires —respondió el aludido ante la mirada de Susanna—, y tu madre tiene razón. La familia debe de estar unida aún más en los casos en los que se la necesita.

—A ver, un momento —intervino Hugo—. Mamá, Susanna tiene razón. No es justo que os quedéis sin un viaje que lleváis meses planificando. Nosotros nos quedamos contigo —informó a su hermana.

—Sí, hombre, claro. Vosotros sin poder trabajar, con todo lo acumulado que tenéis en septiembre y con los peques a punto de comenzar el colegio. De eso nada. ¿No veis que puedo valerme por mí misma?

—Susanna, no te pongas cabezona, que si me pongo te gano.

—Se vendrán a mi casa.

Todos se giraron boquiabiertos hacia Andreu.

Era la primera vez que escuchaban salir de sus labios una frase con un tono autoritario y, por el rictus de su rostro, comprendieron que no habían escuchado mal y que no era una propuesta lo suyo, sino un hecho. Ninguno replicó, excepto Susanna.

—No —respondió, mirándolo sin pestañear y segura de su decisión.

Andreu no le retiró la mirada.

—No hay más opciones. Necesitarás ayuda con las niñas y seré yo quien se encargue de ellas.

—Ya era hora de que le echara cojones —masculló Hugo entre dientes para que lo escuchara solo su marido.

Andreu sabía que si Susanna hubiese tenido los dos brazos libres los hubiese cruzado por debajo del pecho.

Le daba igual que no le gustara la idea de tener que convivir con él. Como le había dicho, no tenía ninguna otra opción más que la de aceptar su ayuda.

—Si estás seguro, hijo.

—¡¡Mamá!! —exclamó indignada al ver que su madre estaba de acuerdo con él.

—Susanna, con Andreu estaréis bien. —Agnes intentó hacer entrar en razón a su hija.

—Bueno, pues ya está todo dicho. —La tensión reinante en la habitación la rompió Marcos—. Les diré a mis padres que vengan directos a Barcelona. —Esta vez se dirigió solo a su marido—. Me acercaré a Castelldefels a por los cinco niños.

—De acuerdo —aceptó Hugo, mirando alternativamente a Andreu y a Susanna.

—Necesitarás dos coches; iré contigo —se ofreció Fernando.

—Y llama a los chicos para ver si quieren que traigas también a «la pelitos».

Marcos asintió ante las palabras de Hugo, mientras Fernando abría la puerta de la habitación en el momento en el que entraba el médico para hacer entrega del informe del alta. Por supuesto, se quedaron a escuchar junto al resto las indicaciones que le dio a Susanna para traumatismos como los suyos.

Tardó poco en despedirse, y con él, los cuatro hombres abandonaron la habitación; Andreu y Hugo esperarían fuera para darle privacidad a Susanna mientras Agnes le ayudaba a vestirse.

Marcos se dirigió a su marido.

—Nosotros nos vamos ya.

—Está bien, id con cuidado. —Acarició el dorso de su mano mientras le daba un leve beso en los labios.

En lo que el matrimonio acababa de despedirse, Andreu se sentó en una de las sillas que había en el pasillo; estaba agotado. La tensión a la que llevaba sometido desde hacía más de veinticuatro horas, a medida que el reloj avanzaba, iba poco a poco desapareciendo y en su lugar estaba haciendo acto de presencia el agotamiento.

No recordaba haber estado nunca tan cansado. Hugo se sentó a su lado.

—¿Cómo estás? —Palmeó el muslo de su amigo.

—Bien. Cansado, pero bien. ¿Y tú?

—Cansado y, no lo sé, Andreu. No lo sé. —Se pasó las manos por el pelo en un gesto idéntico al que solía hacer Marcos.

Ambos hombres apoyaron la cabeza en la pared que tenían detrás.

—No hago más que preguntarme qué pude haber hecho para evitar... —Soltó un sollozo.

—Hugo, eeh, Hugo. —Tomó su nuca con una mano y pegó la frente a la de él—. Hugo —susurró—, ni tú ni nadie podíamos haber hecho nada, lo sabes.

—¡Joder! Es mi hermana y antes fue Gemma y... ¿Te das cuenta de que no he sido capaz de proteger a ninguna de las dos? Y ahora tengo a Julia... Si le pasara algo...

—No es así, Hugo. Con Gemma estuviste, evitaste que le hicieran daño. Y con Susanna has estado ahí siempre que te ha necesitado, al igual que han hecho Agnes y Gemma. No tienes que asumir unas culpas que no te pertenecen. Y a Julia no le pasará nada. Esa hija tuya ha sacado un carácter que pobre del que se acerque a ella. —Al escucharlo, Hugo esbozó un amago de sonrisa—. No te mortifiques y habla con Marcos, no dejes que se enquiste todo lo que llevas dentro.

—Lo sabe. Creo que supo que esto me iba a pasar antes que yo.

—Cada vez me cae mejor tu marido.

—Y a mí.

Esta vez la sonrisa fue más espontánea.

—Gracias por ser mi amigo.

—Gracias a ti por dejarme serlo.

Ambos se abrazaron.

—Por cierto —dijo al separarse—, necesitaré el coche de Susanna durante el tiempo que estén conmigo.

Hugo asintió.

—Supongo que mi madre tiene copia de las llaves de su casa. Esta tarde iré a por él.

Capítulo ocho

Acompañados por Agnes, Andreu y Susanna hicieron su entrada en la casa de él y, aunque era la primera vez que Susanna ponía un pie dentro de ella, lo cierto es que le resultó muy familiar, como si la conociera de siempre. No en vano, sus hijas, que sí habían estado en numerosas ocasiones, le habían detallado cómo era.

—Cariño, te ayudamos a tumbarte en el sofá; quizás estés más cómoda.

—No te preocupes. Estoy bien aquí, mamá —afirmó desde su posición en la silla de ruedas.

Mientras su madre y Andreu se afanaban en ordenar las bolsas que traían del hospital y Hugo hacía la compra, Susanna se dedicó a admirar el salón.

—Puedes ver el resto de la casa.

Su voz con tono serio le llegó desde la zona abierta de la cocina.

No se molestó en mirarlo, de hecho, actuó como si no lo hubiera escuchado; aun así, le hizo caso y con un gran esfuerzo por lo que representaba mover la silla con sus lesiones, recorrió las diferentes estancias de la planta baja.

Se dijo que no era que le interesara demasiado saber cómo era su casa, pero era el lugar en el que tendrían que vivir, temporalmente, sus hijas y ella. Aunque, para no interesarle, no dejó detalle por mirar.

Con la tercera puerta que abrió, se le escapó un jadeo al descubrir el dormitorio que, a todas luces, era el de una de sus hijas. Era perfecta; la habitación que cualquier niña querría tener. Aunque lo que más llamó su atención fue, que sobre una cómoda blanca con tiradores en forma de osos de color lavanda, descansaban varios marcos con fotografías, en este caso de Natalia. Tomó uno en el que su hija apenas tenía una semana de vida. Pasó un dedo por la imagen de su pequeña, recordando el momento exacto en que se tomó esa foto. La había hecho Hugo, como tantas otras, con el objetivo de montar un álbum. Aunque, al parecer, también hizo una copia para dársela a Andreu, al igual que, por lo que estaba viendo, había hecho con el resto, porque todas las fotografías que había en esa habitación también las tenía ella. Dejó el marco en su sitio y tomó otro en el que Natalia tenía un año.

—Desde hace un par de años duermen en distintas habitaciones. —Susanna se

sobresaltó al escucharlo detrás de ella—. Perdona, no quería asustarte.

—Me habían hablado de sus dormitorios y de los cambios que habíais hecho. Lo que no sabía es que tenías todas estas fotos.

—¿Te molesta?

—Supongo que no.

—Me las daba Hugo. También hay otras hechas por mí.

—Ya.

Susanna cogió otra fotografía, en ella estaban los cinco primos posando dentro de la piscina de la casa de Castelldefels.

—La habitación del fondo será la tuya y para el baño utiliza el de aquí; te resultará más cómodo. Las niñas pueden usar el de arriba.

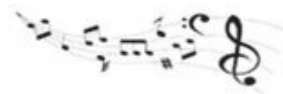
—El de abajo está bien para las tres. ¡Andreu! —lo llamó antes de que se marchara—. ¿Qué va a pasar con tu trabajo?

—Tengo varios proyectos que realizar en Barcelona.

—Pero...

—Traeré tus cosas al dormitorio.

Haciendo girar la silla de ruedas tuvo una rápida visión de su espalda antes de que la dejara sola, otra vez.



Esa noche, tras despedirse de Andreu en la esquina de su casa, cerró la puerta de su dormitorio y se tumbó en la cama. ¡La había besado! Se pasó las yemas de dos dedos por los labios, esos que él había acariciado con los suyos, se tumbó bocabajo y apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados.

Era la primera vez que un chico la besaba, por lo que no tenía con quién comparar, pero si podía guiarse por cómo se había sentido mientras duró el beso, podría decir con rotundidad que era el mejor que le iban a dar en la vida.

Andreu era increíble; besaba, como lo hacía todo, con pasión, paciencia y entrega, y no veía el momento de volver a estar a solas con él y experimentar, de nuevo, las emociones y sensaciones que le había despertado.

Rememoró el instante en que ella reía por algo que le acababa de contar: reía alto y con ganas, tanto que los ojos se le humedecieron, y cuando dejó de hacerlo, él la miraba fijamente y Susanna supo lo que iba a pasar. Lo supo por la expresión anhelante de su rostro, por la manera en que, nervioso, de una manera encantadora se humedeció los

labios, pero, sobre todo, lo supo por la manera tan bonita que tuvo de mirarla.

Y entonces sucedió.

Andreu acortó la distancia que separaba su boca de la de Susanna y dejó los labios sobre los suyos. Los ojos de los dos, sorprendidos, no podían dejar de mirarse hasta que la intensidad hizo que fuera Susanna quien los cerrara antes de comenzar a aprender cómo era el tacto y el sabor de su boca.

La besó despacio y ella lo imitó. Con cada nuevo movimiento, Susanna lo seguía; con cada nuevo descubrimiento, su cuerpo aprendió a estremecerse; sin embargo, todo aquello eran actos reflejos ante un estímulo. Lo que hizo de aquel beso algo único y especial fue el instante en que sintió cómo su alma se entrelazaba con la de Andreu.

—Susanna, ¿puedo pasar? —Sumida como estaba en revivir los minutos que duró el contacto, se sobresaltó al escuchar a su madre al otro lado de la puerta.

—Entra, mami.

—¿Qué tal lo habéis pasado? —Se hizo un hueco en la cama para tumbarse a su lado.

—Bien, muy bien.

—Me alegro. —Le apartó unos mechones de la cara y se los colocó detrás de la oreja —. ¿Qué habéis hecho?

—Fuimos a dar una vuelta por la Barceloneta y después estuvimos en la playa comiendo palomitas.

Agnes, con todo el amor de una madre, repasó su rostro tan parecido al suyo.

—¿Necesitas hablar de algo?

—No, mami. Todo está bien.

—Claro, cariño. Ya lo sé. —Besó la punta de su nariz—. Pero si en algún momento lo necesitaras, ¿hablarás conmigo?

—Te lo prometo.

—Voy a ver a tu hermano. —Palmeó su cadera antes de levantarse de la cama.

—¿Mami? —La llamó cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta—. ¿Cómo supiste que estabas enamorada de papá?

Agnes sonrió de espaldas a ella; al parecer, su pequeña se había dado cuenta de lo que tanto los padres de Andreu como ella misma llevaban tiempo sabiendo.

—Porque me di cuenta de que para mí era perfecto, aun con todas sus imperfecciones. Y porque a su lado yo era una mejor persona.

Las semanas comenzaron a hacérseles eternas. De lunes a jueves se comportaban como dos amigos en presencia de la familia de Susanna.

Los fines de semana, cuando Andreu se despedía de Hugo tras pasar la tarde con él, se

veía con ella. La esperaba en la esquina de su casa, seguro de que desde allí no podría verlo ninguno de sus hermanos ni su madre.

Habían hablado sobre contarles a las dos familias lo que sucedía entre ellos; sin embargo, ambos estuvieron de acuerdo en que era demasiado reciente. Preferían esperar, sobre todo, por Hugo. Como bien le había dicho Susanna, ellos dos eran amigos y no quería que su amistad se resintiera por lo protector que era con ella. Pero Andreu tenía un motivo mayor; sus padres acababan de presentar la solicitud para matricularlo en una universidad en la ciudad de Massachusetts. Y aunque aún tenía que pasar el SAT, una prueba obligatoria en Estados Unidos para acceder a la universidad dentro del país, todo apuntaba a que la superaría sin dificultad. Ante esa nueva situación, de nada les serviría explicar que estaban iniciando una relación, ya que iba a pasar los próximos cuatro años lejos de Barcelona y, aunque por su parte no podría dejarla, no la quería obligar a hacer una promesa que quizá no pudiese cumplir.

Al inicio de junio y en puertas de los exámenes de selectividad, Andreu dejó de ir a casa de los Casals para que ambos se dedicaran a preparar los mismos.

Él por partida doble, ya que tenía que preparar dos pruebas de acceso: la española, por si al final no conseguía ser admitido en la MIT, y la estadounidense.

Ni a Susanna ni a él les gustaba la idea de no verse, pero eran conscientes de que debían hacer un último esfuerzo, ya que los dos se jugaban mucho si querían hacer la carrera que tenían en mente. Para medicina pedían una nota de corte demasiado alta, y, para ingeniería... Aún no había tenido el valor de decirle que se marchaba a estudiar al extranjero.

Tampoco podrían verse los fines de semana y eso sí que les sería mucho más difícil de cumplir, ya que apenas les quedaba tiempo para estar juntos.

Susanna seguía creyendo que en cuanto finalizaran los días programados para las pruebas, Andreu, junto a su familia se iría a Girona durante los tres meses de vacaciones, pero la realidad era más dura: la familia Ferrer tenía previsto viajar de inmediato hasta Massachusetts para que Andreu pudiese realizar el SAT.

La situación en la que se encontraban no les dejaba más opción que la de hablar a diario por teléfono, así que programaron un calendario: los lunes, miércoles, viernes y domingo, a las siete de la tarde, sería Andreu quien llamaría, y el resto de los días sería Susanna quien lo llamara a él.

Aquellas llamadas les hicieron más fácil la ausencia del otro. Cada tarde miraban el reloj y esperaban ansiosos la hora en que de nuevo volverían a escucharse.

Poco antes de las siete, comenzaban a prepararse: estiraban el cable del teléfono todo

lo que daba de sí, para poder hablar tras la intimidad de una puerta cerrada, y esperaban inquietos a que dieran las siete en punto para que sonara el aparato.

Y cada tarde perdían la noción del tiempo contándose el día a día. Contrastaban ejercicios y se ayudaban mutuamente con las dificultades que tenían con algún temario. Compartían historias y sueños. Se reían juntos y se consolaban mutuamente. Hasta la noche de antes del primer día de exámenes.

Ese día le tocaba llamar a Susanna y Andreu la esperaba encerrado en el cuarto de baño. Al primer tono respondió

—Hola —susurró.

—No te vas a creer lo que me ha pasado hoy. ¡Me ha salido un trabajo!

—¿Dónde?!

—¿Recuerdas que estuve preguntando en varias tiendas por si necesitaban una dependienta para el verano?

—Sí.

—Pues hoy me han llamado de una de ellas. Venden ropa de mujer y lo mejor de todo es que no está lejos de casa.

—¡Es fantástico Su!

—Sí que lo es. Mamá no tendrá que hacerse cargo de pagar la totalidad del importe de la matrícula, al menos el primer año de carrera.

—Me alegro y más de que te haga tanta ilusión.

—Ojalá me contraten para los tres meses de verano. —La escuchó suspirar—. ¿Andreu?

—Dime.

—Se me hará eterno estar doce semanas sin verte.

—Susanna...

Un estruendo a su izquierda le interrumpió. Del otro lado de la puerta escuchó la voz de su hermano mientras no dejaba de aporrear la madera.

—Abre, tengo que entrar.

—Tienes más baños —contestó tapando el auricular con una mano.

—Pero quiero entrar en este. Abre.

—Ve al de arriba.

—Te he dicho que quiero entrar en este. Abre o tiro la puerta abajo. —Más golpes con el puño sobre la madera.

—Joder —musitó sin que Susanna lo escuchara—. ¿Susanna?

—¿Qué ocurre, Andreu? ¿Qué son esos golpes?

—Dame un par de minutos y te llamo desde el teléfono móvil.

—Vale. Pero ¿estás bien?

—Sí —suspiró—. Es mi hermano... Necesita coger algo del baño en el que estoy encerrado.

—Otro como Gemma. ¿Espero entonces a qué me llames de nuevo?

—Sí. Solo serán dos minutos. Hasta ahora.

Quitó el cerrojo y, harto de él, abrió de malos modos, aunque enseguida pasó al enfado cuando se fijó en una de sus manos. Pau estaba apoyado contra la pared de enfrente, con una pose chulesca y agitando con lentitud el teléfono de Andreu.

—Dámelo —le exigió.

—¿Qué me das a cambio?

—Dame el teléfono, Pau —mordió cada sílaba.

—Si me dices con quién hablabas.

—Por última vez. Dame el teléfono.

—¡¡Oh, Susanna, Susanna!! ¡¡Cuánto te quiero, Susanna!! —se burló—. ¿Quién es Susanna? ¿Está buena?

—¡Pau! —La voz del abuelo resonó con fuerza—. Devuélvele el teléfono a tu hermano.

Este no tardó en reaccionar, pero no como esperaba Andreu.

—Ten. —Le tendió el aparato—. Lo siento Andy, solo era una broma.

Andreu no supo responder. Los únicos que le llamaban así eran sus padres; sin embargo, Pau nunca había usado el diminutivo de su nombre para referirse a él. De hecho, las pocas veces que lo utilizaba iba con algún descalificativo. Por eso no quiso bajar la guardia; conocía a su hermano, algo tramaba y sus sospechas fueron ciertas.

Al encerrarse en su dormitorio para llamar a Susanna, el teléfono no daba señal. Loco por hablar con ella, lo puso a cargar, aunque la batería estaba completa. Lo apagó y encendió de nuevo, pero seguía sin poder llamarla. No entendía qué era lo que pasaba y tampoco podían ser muchas cosas, ya que era nuevo. Tras darle vueltas, al no encontrar qué ocurría y viendo que se hacía tarde para hablar con ella, acudió al dormitorio de su abuelo. Este no tardó demasiado en dar con el problema: no estaba la tarjeta SIM y sin ella no se podían realizar llamadas.

—Déjalo —le pidió su abuelo cuando Andreu, enfurecido, quiso ir al encuentro de su hermano—. No le des lo que busca.

—Pero, *avi*, no solo me ha cogido mi teléfono, sino que me ha quitado la tarjeta. ¿Ahora qué hago sin ella?

—Ir mañana a por otra. Pero no vas a solucionar nada si le quitas la suya o le golpeas.

Las situaciones difíciles, Andreu, se resuelven en frío y usando la cabeza. No lo olvides.

Su abuelo, como siempre, tenía razón. Y lo que más rabia le daba es que había sido culpa suya que eso sucediera. Desde el primer momento tenía que haberla llamado desde su teléfono; sin embargo, no lo hizo obedeciendo a las normas pautadas por sus padres. *«No es un juguete, las llamadas son muy costosas y debes aprender a darle un buen uso»*.

Ahora, no solo no podría hablar con ella aquella noche, sino que tampoco podría hacerlo desde el teléfono fijo de su casa, ya que se acababa de dar cuenta de que lo más seguro era que su hermano hubiese sido testigo de todas sus conversaciones a través del teléfono supletorio de la planta de arriba. Y eso significaba que se le acababa de poner bien difícil poder hablar con Susanna.

—De acuerdo —se dijo—. Aún estoy a tiempo.

—¿De qué? —le preguntó el *avi* quitándose las gafas y cerrando el libro que acababa de abrir.

—De hacer una llamada.

Subió las escaleras de dos en dos y con paso acelerado entró en su dormitorio. Buscó su cartera y, tras guardarla en el bolsillo trasero de los pantalones, echó a correr, esta vez hacia la cabina de teléfonos más próxima.

Pero parecía que la suerte no quería estar de su parte; de las tres cabinas que había por la zona, dos no funcionaban y de la tercera no quedaba rastro del auricular, tan solo habían dejado el cable colgando.

¡Joder! Con el puño golpeó el aparato una sola vez. «¡Joder!», murmuró, dejando caer la frente sobre el puño. Al día siguiente comenzaban los exámenes y necesitaba desearle suerte y saber si estaba tranquila, pero, sobre todo, tenía que explicarle que en unos días se iría.

Elevó la cabeza y abandonó la cabina con las manos en los bolsillos. Anduvo cabizbajo hasta aparecer frente a la verja de su casa. Desde allí, apostado, miró a la ventana que sabía era la de su dormitorio. Tenía la luz encendida e imaginó, conociéndola, que estaría repasando y no dejaría de hacerlo hasta el último segundo.

Susanna no sabía qué hacer. Hacía más de una hora que Andreu tenía que haberla llamado y, sin embargo, no lo había hecho. Barajó las posibilidades que se le ocurrieron, sobre lo que le habría impedido llamarla, y la que más peso tuvo fue que seguramente se habría entretenido discutiendo con su hermano y se le habría hecho tarde para llamar. Su hermano... Se preguntó cómo sería.

Desde luego, era un chico extraño, ya que en todos los años que hacía que se conocían

las dos familias nunca había hecho acto de presencia y Andreu tampoco hablaba de él.

No era así como ella entendía las relaciones entre hermanos. Al menos, en su caso, su vida estaba tan ligada a la de Hugo y Gemma que aparecían en muchas de sus conversaciones, incluso sin ser consciente de que lo hacía. En cambio, a veces, tenía la impresión de que Andreu era hijo único.

En alguna ocasión había estado tentada de preguntarle por él, sentía mucha curiosidad por saber si se parecían en algo, aunque estaba segura de que sí. Albert y Elisabet eran unos padres entregados a sus hijos y viendo lo increíble que era Andreu, su hermano tenía que ser bastante similar.

Al tercer bostezo miró la hora que marcaba su reloj; eran las tres de la mañana. Sorprendida por haber pasado más de cuatro horas pensando en Andreu, cerró los libros y se metió en la cama. Tenía que dormir algo si quería realizar las pruebas con excelencia.

A la mañana siguiente Susanna se levantó al primer aviso del despertador, se metió en la ducha y, ya vestida, sin hacer ruido para no despertar a sus hermanos, bajó a la cocina donde ya estaba Agnes.

—Buenos días, hija. Vaya cara tienes. —Posó la palma de la mano en su mejilla—. ¿Has dormido algo?

—Poco.

—Te he preparado una tila. Tómatela, te ayudará a calmar esos nervios.

Susanna obedeció porque, aunque tenía el estómago cerrado y no le entraba nada, sabía que al menos la infusión le sentaría bien.

En cuanto apuró el vaso, se despidió de su madre. Quería llegar temprano al centro de exámenes para poder repasar los últimos minutos antes de entrar al aula, pero al llegar a la parada no se detuvo, continuó caminando hasta llegar frente a la verja de la casa de Andreu.

Había sido una tontería ir hasta allí, ya que el centro en el que a Andreu le tocaba examinarse quedaba lejos de su casa, por lo que a esas horas ya debía de estar viajando dentro de algún vagón del metro. Aunque el hecho de estar en el lugar donde él vivía, de alguna manera le hizo sentir paz y consiguió apaciguar los nervios que arrastraba la última semana.

—¡Andreu! —Uno de los tres compañeros que esperaban fuera del aula a que el resto acabara el examen lo llamó al verlo salir de la clase—. ¿Qué tal el examen?

—Bien. Al menos no he dejado ninguna pregunta sin contestar.

—A mí me ha resultado más complicado de lo que nos habían dicho. Eeeh, ¿a dónde

vas?

—Perdona, Enric, tengo que irme.

—Vale —gritó al verlo alejarse con prisa—, pero hemos quedado mañana temprano para repasar, acuérdate.

No se detuvo a responderle, se limitó a alzar la mano mientras avanzaba por el largo pasillo hasta el vestíbulo central donde se encontraba la puerta de salida. En cuanto estuvo en la calle, echó a correr hacia la boca del metro. Había memorizado el horario de cada tren de su línea y en menos de tres minutos el que necesitaba coger haría su entrada en el andén.

Por suerte, dentro de la estación no había prácticamente viajeros que frenaran su carrera. Bajó los escalones de las escaleras mecánicas de dos en dos. Y, aunque sin aliento, llegó al andén al mismo tiempo que el tren abría sus puertas.

A pesar de ir casi vacío, no se molestó en sentarse, estaba demasiado nervioso como para permanecer quieto.

Cinco estaciones más tarde, bajó y de nuevo echó a correr. Para cuando llegó a la parada de autobús, apenas le quedaba tiempo para que su respiración se calmara y sus pulsaciones volvieran a su correcto latido. Miró su reloj: si el servicio de transportes de la ciudad funcionaba con puntualidad británica, era algo que estaba a punto de descubrir, ya que llegaba el autobús del cual, si no le fallaban los cálculos, la única persona a la que quería ver bajaría de él.

Susanna no tuvo tiempo de reponerse de la impresión que había sentido al verlo esperando en la parada, porque enseguida se vio envuelta entre sus brazos antes de que dejara de sentir cómo sus pies tocaban el asfalto.

—¡Estás loco! —Rio.

—Por ti, Su.

—Andreu —murmuró tomando su cara entre las manos antes de besarlo.

A medida que se besaban la fue liberando del abrazo hasta que de nuevo hizo contacto con el suelo.

—Vamos.

Tomó su mano y se alejaron, aunque no fueron demasiado lejos. No tenía sentido, ya que debían regresar a sus casas para seguir estudiando, pero sí el suficiente para estar un rato juntos. Entraron en los jardines del Palacio de Pedralbes y allí, entre frondosos tilos y parterres de buganvillas, se abrazaron.

—Necesitaba verte —murmuró junto a su pelo.

—Y yo a ti.

—Necesito contarte algo.

Susanna analizó su expresión y lo que vio no le gustó nada.

—Es... importante, ¿verdad?

—Sí. —Acarició el perfil de su rostro y tomó aire—. Me marchó, en cuanto acabemos los exámenes, a Estados Unidos a estudiar. A Massachusetts. —Habló entrecortadamente, y no solo porque no era fácil contárselo, sino porque su voz se quebraba con cada palabra dicha.

Susanna lo miró sin saber qué decirle, porque su mundo, tal y como lo conocía, acababa de romperse en mil pedazos.

—Serán solo cuatro años y volveré, te lo prometo. —Con dos dedos le retiró las primeras lágrimas que comenzaban a caer—. Susanna... No es un adiós. No quiero dejarte.

Ella le puso un dedo en los labios.

—No me digas nada más.

—Pero...

—Ahora no, Andreu. Pasado mañana por la noche, a las nueve, en la parada del autobús.

—Está bien.

—Ahora hagamos como que nada de lo que acabas de decir es cierto.

—Susanna. —Volvió a estrecharla entre sus brazos, pero esta vez repetía su nombre en voz baja, meciéndolos a ambos.

Esa noche, Susanna la pasó llorando. Andreu tampoco durmió, dando vueltas una y otra vez. Estaba inquieto por tener que irse durante tanto tiempo a un lugar que le era totalmente desconocido, pero lo que más le pesaba era ella y lo que su separación supondría para él.

La amaba. Estaba tan enamorado que no se veía lejos de ella. Susanna se le había metido bajo la piel de tal manera que sentía como si formara parte de su sistema. Esa noche intuyó que siempre necesitaría a Susanna para estar completo.

Fueron dos días largos y muy intensos donde cualquier alumno era sometido a mucho estrés, ya que en una sola prueba debían aplicar todos los conocimientos adquiridos durante los años de estudio.

Para Susanna y Andreu, además, era la cuenta atrás para una separación anunciada e irrevocable. Aun así, estaban dispuestos a darlo todo con cada examen y lograron reunir toda la capacidad de concentración que tenían ante cada pregunta.

Hasta que llegó el tan ansiado último día. Al dar por finalizada un año más la temida selectividad, los alumnos se reunían para festejar el final a lo grande. Todos menos

Andreu que, si quería ver a Susanna aquella noche, debía preparar su equipaje para su inminente marcha a Estados Unidos.

Susanna, por su parte, tampoco se unió a la celebración con sus compañeros, porque para ella no había nada que celebrar. Aquel iba a ser uno de los días más tristes de su vida.

A las nueve en punto se encontraron en la parada, esta vez fue Susanna quien llegó primero y quien echó a correr hacia él al verlo aparecer al final de la calle.

—Por fin —musitó Susanna con la boca perdida en su cuello.

Él la apartó con cuidado y se quedó prendido en sus ojos. Intentó decir algo, pero en el último momento y ante la pregunta muda de ella, Andreu negó con la cabeza y volvió a abrazarla.

—Solo quiero estar así contigo.

—¿Cuándo te vas?

—En unas horas.

Susanna besó su torso por encima de la camiseta y esta vez fue ella quien se separó. Buscó su mano y entrelazó los dedos con los de Andreu. Tiró de él y caminaron en silencio hasta llegar frente a la casa de ella.

—No digas nada —le rogó ante lo que ambos sabían qué significaba estar allí.

En silencio, Susanna abrió la puerta y se aseguró de que su madre se había ido a trabajar y de que sus hermanos no estaban por la planta baja. De nuevo cerró y se dirigió a la parte trasera de la vivienda. Andreu siguió la dirección de su mirada y entendió lo que le estaba diciendo. Asintió con la cabeza y comenzó a trepar por el árbol. Cuando llegó hasta una gruesa rama, Susanna corrió hasta la puerta, entró sin hacer ruido y subió hasta su dormitorio.

De un cajón cogió la llave que abría la reja de la ventana. Andreu calculó la distancia y, haciéndole un gesto para que se apartara, entró de un salto. Mientras se incorporaba, Susanna echó el cerrojo a la puerta de su cuarto y apoyó la espalda contra la madera.

Cada uno en un extremo de la habitación se miraron.

—¿Estás segura?

Como respuesta y con dedos temblorosos comenzó a desabrochar, uno a uno, los botones de la blusa que llevaba. Andreu no pudo apartar los ojos de la porción de piel que iba quedando expuesta, ni de cómo el rubor iba apareciendo en sus mejillas.

—*Mare meva*^[4]! —susurró nervioso para sí mismo cuando dejó caer la prenda al suelo.

Para estar en igualdad de condiciones se desprendió de su camiseta.

Él, con el torso al descubierto, y ella, en sujetador, permanecieron inmóviles esperando para dar el siguiente paso. Pero no era así como Andreu se lo había imaginado decenas de veces. En sus sueños, era él quien la desnudaba y era Susanna quien le quitaba la ropa. En sus sueños, ninguno sentía vergüenza porque estaban hechos el uno para el otro. Por eso, sin dejar de mirarla, quiso hacer realidad un instante que ambos guardarían para siempre en su memoria.

Eliminó la distancia que los separaba y abarcó su cara entre las manos. Posó los labios en su frente y rogó para hacerlo bien. Susanna rodeó su cintura con ambos brazos y cerró los ojos ante la intensidad del momento. Estaba a punto de tener sexo por primera vez y miles de dudas comenzaron a surgir. Pero cuando sintió la boca de él, no solo en su frente, porque unos segundos después besó sus mejillas, y, por último, cuando acabó fundido en su boca, cualquier duda desapareció.

Esa manera de besarla le confirmó que aquello estaba bien y no quiso detener lo que ella misma había iniciado. Andreu la cogió en brazos y caminó hasta que chocó con la cama. Apoyó una rodilla sobre el colchón y la ayudó a que se tumbara. Él lo hizo encima de ella. Se acomodó entre sus piernas y agachó la cabeza para continuar besándola.

El corazón les iba a mil. Una cosa era imaginarlo, quererlo, desearlo, y otra muy distinta la realidad, cuando por primera vez sintieron el calor de otra piel desnuda en contacto estrecho con la suya.

Aquella sensación les hizo querer más, y Andreu pudo ver cumplido su sueño cuando Susanna tanteó buscando la cremallera de sus pantalones. Le facilitó el avance elevando las caderas lo suficiente para que pudiese abrir la tela, aunque él se encargó de acabar de quitárselos.

Cuando llegó el turno de Susanna, fue el propio Andreu quien le desabrochó los pantalones cortos, pero una vez abiertos no hizo intención de quitárselos; su atención estaba volcada en los dos pequeños pechos ocultos tras la tela de un sujetador rosa.

Quería llenarse los sentidos con ellos y comenzó por acariciar la carne que asomaba por encima del encaje; sin embargo, no era suficiente. Con dedos inexpertos apartó la tela para dejarlos expuestos.

—Eres tan bonita y perfecta —susurró, admirado y emocionado.

Si Susanna se sintió incómoda, Andreu, con sus palabras y sin pretenderlo, aplacó cualquier malestar que pudiera sentir ante su escrutinio.

Con sus enormes manos los acarició despacio y a ella le resultó muy placentero, tanto, que nunca se hubiera imaginado que sus pechos pudiesen ser tan receptivos y sensibles a las caricias, pero cuando Andreu besó un pecho y se lo metió en la boca, algo ocurrió en

su interior.

Su propia inexperiencia a Andreu le estaba pasando factura. Acababan de empezar y no era capaz de manejar su excitación. Se estaba volviendo loco por reprimir sus instintos, porque ver sus pechos, tocarlos y ahora saborearlos había hecho que su cuerpo le pidiera a gritos poseerla y la erección que tenía desde hacía un rato le indicaba que no iba a aguantar más. Pero tenía que ir despacio, por ella y por él. Quería que cuando se echaran de menos, cuando se les hiciera insoportable la ausencia del otro, pudiesen tener un buen recuerdo del momento en que se amaron.

Lo intentó, pero un ahogado gemido penetró en sus oídos cuando succionó un pecho. Llevado por la naturaleza, metió una mano dentro de la ropa interior de ella y el gemido lo soltó él cuando notó el calor y la humedad que brotaba de su vagina.

Sin saber bien lo que hacía la acarició, pero debió de hacerlo bien cuando la respiración de Susanna se aceleró y nuevas oleadas de humedad le empaparon los dedos.

—Andreu, bésame.

Abandonó el pecho para ir al encuentro de su boca que ya le esperaba ansiosa. Se besaron desesperados, con las manos de ella apresando mechones de su pelo y la de él masturbándola.

—Necesito... —sollozó al borde del éxtasis.

—No tengo preservativos.

Andreu no pensó, sacó la mano y la acabó de desnudar; hizo lo mismo con sus calzoncillos. Seguidamente, sujetándose el pene, lo pasó repetidas veces a lo largo de la vagina hasta que, al verla tensarse, imprimió mayor velocidad.

Estuvo a punto de penetrarla en un par de ocasiones, pero el sentido común apareció en el momento exacto para evitar hacerlo. Se moría de ganas por estar dentro de ella, por experimentar lo que se sentía al estar unido a Susanna de la manera más primitiva. Pero sería un error y no solo por no tener puesto un preservativo, sino porque no se veía con el derecho de despojarle de su primera vez cuando iban a estar tan lejos el uno del otro.

Susanna se aferró a su espalda cuando comenzó a sentir cómo su piel se erizaba y una descarga atravesaba su cuerpo. Durante unos segundos dejó de existir hasta que los jadeos de Andreu en su oído la trajeron de vuelta a su cama y a su abrazo.

Capítulo nueve

El ruido de lo que supuso era el portero automático la alertó. Sin duda sería su hermano que llegaba con la compra, aunque segundos más tarde, al escuchar la voz de su madre, se dio cuenta de su error. Acababan de llegar sus dos hijas: Carla y Natalia.

No sin cierta dificultad y doliéndole hasta las pestañas, se levantó como pudo de la silla de ruedas, porque bajo ningún concepto dejaría que la viesen ahí sentada. Bastante habían visto y pasado ya sus niñas, como para que encima se asustaran por creer que estaba inválida. Ella era madre y debía ser y estar fuerte por ellas, aunque la realidad fuera bien diferente.

Decidió no esperar a que llegaran hasta ella y ser ella misma la que fuera a su encuentro. Seguro que el verla caminar y sonriente, las convencería de que todo iba a ir bien a partir de ese día, pero antes de que pudiese acceder a la puerta esta se abrió.

—Mami. —La menor de sus hijas se abrazó a ella con cuidado.

Aun así, tuvo que disimular el dolor que le produjo el roce a su magullado torso. Incluso abrazar a Natalia con el brazo sin escayolar, le supuso un momento de angustia, porque lucía un considerable hematoma con la marca de los dedos de Pau cuando la sujetó con fuerza para impedir que se moviera. Desde la puerta, Carla, sin atreverse a entrar, miraba sin pestañear a su madre.

—Cariño. —Le hizo un gesto para que se uniera al abrazo, pero la niña no se movió de donde estaba—. Carla, mi vida. —Sin que Natalia quisiera soltar a su madre, Susanna caminó hacia su hija mayor, pero esta negó con la cabeza y salió corriendo—. ¡¡Carla!!

A pesar de llamarla un par de veces, la única respuesta que obtuvo fue el sonido de la puerta de la calle, e imaginó que se había ido porque dejó de escuchar sus pasos acelerados. Los labios le comenzaron a temblar y a duras penas consiguió tragarse las lágrimas. Si ya se culpaba por no haber sido capaz de protegerlas, ahora se llenó de angustia por ver el sufrimiento que les había ocasionado.

—No te preocupes, mami. Ya se le pasará.

—Claro. —Acarició su oscura melena.

—¿Mami?

—¿Umm?

—¿Te duele? —Para una niña de su edad, ver a su madre con un vendaje en parte de su cabeza y el rostro magullado como resultado de lo que presenciaron, debía representar, como poco, algo muy difícil de digerir.

—Un poco, pero nada que no pueda aguantar.

—El tío Andreu nos ha dicho que vamos a vivir aquí un tiempo.

—¿No quieres? ¿Prefieres que vayamos a casa?

—No, eso no. No quiero volver allí nunca más.

No sabía qué decirle. Cómo le aseguraba a su hija de tan solo diez años, que él ya no volvería a hacerles daño, cuando ella misma estaba llena de miedos, cuando estaba tan perdida que no sabía cómo hacer para reconstruir la vida de las tres. Lo que sí sabía era que no podía venirse abajo por ellas y que ahora debía hacer lo posible para procurarles una vida mejor. Besó la cabeza de Natalia y dejó los labios apoyados en ella mientras pensaba cuál sería el primer paso que debía de dar.

La casa permanecía en silencio. Después del ajetreo de las últimas horas, todos se habían ido y Susanna lo agradeció. Adoraba a su familia, pero la mayoría de las veces eran demasiado intensos y en esos momentos no necesitaba gente ni ruidos alrededor; le dolía todo y estaba muy cansada.

Se sintió culpable, otra mochila más a su espalda, por ser tan egoísta y desagradecida, cuando lo único que habían hecho era preocuparse por ella y por las dos niñas, pero estaba segura de que en unos días, en cuanto su cuerpo sanara, volvería a ser la de siempre. Entonces podría interactuar con ellos y, más tranquilos por verla recuperada, podrían regresar a sus vidas y ella comenzaría a tomar decisiones para iniciar una nueva. Aunque primero de todo, tenía que lidiar con la estabilidad emocional de sus hijas, porque cada una estaba sufriendo a su manera las consecuencias de todo lo vivido. Natalia, desde que llegó, no se había separado de su lado.

La acompañó sin soltarla a instalarse en el dormitorio que tenía asignado y no consintió en dejarla sola, ni siquiera cuando esta se acostó hasta la hora de la comida. Y Carla, tras haberse ido de la casa con Hugo, que salió a buscarla, y después de que tío y sobrina pasaran un par de horas dando vueltas, al regresar se había encerrado en su habitación y seguía sin querer hablar con ella.

Andreu, por su parte, aprovechando el silencio que reinaba en la casa después de que se hubieron marchado todos, subió a su despacho; debía reorganizar el plan de trabajo de las dos empresas, de manera que le permitiera trabajar desde su casa. Iba a ser complicado, ya que hacía poco tiempo que les había dejado Daniel, uno de los

arquitectos que había trabajado para su empresa.

Primero contactó con su secretaria en Madrid y con el otro arquitecto que llevaba trabajando con él varios años. En cuanto les informó de su ausencia en la capital durante algunas semanas y programó la distribución de los proyectos que tenía sobre la mesa, contactó esta vez con la empresa en Barcelona, la que había sido de su padre y que ahora era de él y de su hermano.

Con las dos agendas programadas, se tomó unos segundos para analizar la situación que tenía en su casa, porque a diferencia de su trabajo, lo que tenía por delante no iba a ser fácil para ninguno de los cuatro. Bajó la tapa del portátil y recorrió con la mirada la parte que alcanzaba a ver del piso inferior.

Tras una de las cuatro puertas estaba Susanna y, aunque no iba a ser la primera vez que compartían techo, al igual que las otras veces, se sentía fuera de lugar, un intruso en su propia casa, porque Susanna, sin pretenderlo, se volvía la protagonista en cualquier escenario en el que Andreu estuviera presente. Siempre había tenido ese poder sobre él sin ser consciente de ello.

Dejó escapar el aire por los labios entreabiertos y se mentalizó para sobrevivir a las semanas que estaban por venir.

El viejo reloj de péndulo de su abuela inició su particular sonido; avisaba de que acababa una hora y daba comienzo otra. Sorprendido de que el tiempo hubiese pasado tan deprisa, consultó su reloj de pulsera, el cual le confirmó que tenía que ir pensando en preparar la cena. Después, cuando las niñas estuviesen acostadas, debía hablar con Susanna sobre Natalia y Carla. Antes de bajar, se dio una ducha y cambió la ropa que había llevado durante todo el día por otra más cómoda.

Quince minutos más tarde llamó a la puerta del dormitorio de Carla.

—¿Puedo pasar?

La encontró tumbada en la cama, bocarriba con los cascos puestos.

—¡Carla! —la llamó, aunque debía de tener el volumen de la música tan alto que no lo escuchó—. ¡Carla! —la llamó de nuevo, pero esta vez le apartó los cascos para asegurarse de que lo escuchaba.

—¡Aah! Qué susto me has dado.

—Bueno, te he llamado, pero al volumen que tienes la música no me extraña que no me hayas oído.

Se acercó hasta la ventana para subir la persiana y permitir así que corriera el poco aire que a esas horas dejaba la brisa marina. Después se sentó a los pies de la cama.

—Venía a invitarte a preparar la cena conmigo.

—¿Qué vas a preparar?

—Tortilla de patata.

—Y me toca pelar las patatas.

—Qué lista eres.

Tomó uno de sus pies y comenzó a darle un masaje.

—Pero antes me gustaría hablar contigo de mamá.

—Ya sé lo que me vas a decir.

—Entonces, explícame qué te sucede. ¿Por qué no le hablas?

—Porque no sé qué decirle —musitó.

—Quizá no tengas que decirle nada. Podrías estar con ella sin necesidad de hablar.

—No puedo.

—¿Por qué? Cuéntamelo, cariño.

—No lo sé, *tiet*^[5].

—Pero sabes que algo te pasa.

—Sí, pero no sé el qué.

Dejó el pie, abrió los brazos y, de inmediato, Carla se cobijó entre ellos.

—¿Te he contado alguna vez lo que ocurrió el día que naciste?

—¿A qué te refieres? Sé que a mamá le hicieron una cesárea porque venía de nalgas.

—Así es. —Peinó con los dedos la larga melena—. Llegaste sin avisar cuatro días antes de lo esperado. Tu madre llevaba unos días viviendo en casa de la abuela, se sentía muy pesada y no quería estar sola cuando llegara el momento de tu nacimiento.

—Sí, eso me lo ha contado.

—Por suerte, el día dos, cuando naciste, era domingo y la abuela ese día no trabajaba. Así que, en cuanto advirtió que podrías estar queriendo nacer, se fueron al hospital, pero unos kilómetros antes de llegar, mamá notó que algo no iba bien.

—¿Qué le pasaba?

—¿A ella? Nada. Era a ti a la que algo le ocurría. —Besó su frente—. Enseguida la metieron en un quirófano y media hora después la abuela salió para decirnos que ya estabas aquí. Cuando entramos a veros a mamá y a ti, ella te tenía cogida en brazos y te miraba como si fueras la cosa más bonita que había visto nunca.

—Pero era más bien fea. He visto fotos.

Andreu rio suavemente.

—Nada más nacer y durante un par de días, los médicos te hicieron pruebas porque había habido sufrimiento fetal y no sabían las secuelas que te podía haber dejado. Pero te

contaré una cosa: mientras todos estábamos bastante preocupados por lo que dijeran los resultados, tu madre nunca lo estuvo. ¿Sabes por qué? Porque eras su hija y, a pesar de lo que dijeran los médicos, para ella lo único que le importaba es que estabais juntas. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Carla?

—Creo que sí.

—Nunca dejes que nada os aleje, cariño. Pase lo que pase, tenéis un vínculo que nadie va a poder romper. Así que, cuando acabemos de cenar, podrías tumbarte a su lado y contarle cómo te sientes. Y por su aspecto no te preocupes; mamá es muy fuerte y se va a recuperar, pero os necesita a su lado.

La apretó contra su cuerpo al ver cómo se secaba las lágrimas con su camiseta recién puesta.

—Mi pequeña princesa —murmuró—. Cómo me gustaría poder protegeros de todo, pero no puedo.

—*Tiet!*

Le destrozó la desgarradora manera de llamarlo mientras lloraba desconsoladamente.

—Estaba segura de que la iba a matar y yo no hice nada para ayudarla. —Su cuerpo temblaba debido a la fuerza de su llanto y Andreu sabía que debía dejarla llorar, porque era lo que Carla necesitaba y él la sostendría durante el tiempo que necesitase para sacar todo lo que llevaba dentro—. No paraba de chillar y de pegarle y no supe cómo detenerlo. Sentí mucho miedo y pena por ella porque creí que la iba a matar. Y... a él, ¡no quiero verlo nunca más! ¡Nunca! Ojalá, de verdad, fueras tú nuestro padre, *tiet*, porque yo sé que tú no le harías daño. ¿Por qué tuvo que pegarle? Si ya no la quería, ¿por qué no la dejó en paz?

No se sentía orgulloso de haber pegado a su hermano, pero el ver sufrir a Carla como estaba sufriendo le hacía querer golpearlo de nuevo hasta que se asegurase de que jamás volvería a pegar a una mujer.

Cuando por fin se calmó fue porque se había quedado dormida. No le extrañó, ya que debía de estar agotada. Al parecer, y aunque a Susanna le habían mentido, según les había explicado Mario, no había dormido la noche anterior. La acostó y tapó con la sábana antes de salir del dormitorio.

La segunda parada la hizo frente a la puerta cerrada del dormitorio de Susanna, aunque no llegó a entrar. No quería interrumpir, ya que del otro lado podía escuchar como madre e hija conversaban. Se dirigió a la cocina y comenzó a preparar él solo la cena, aunque conociendo al clan Casals, bien sabía que en cuanto les llegara el olor a tortilla no tardarían en aparecer, al menos dos de las tres integrantes de la familia. Y no se equivocó, aunque no esperaba que quien lo hiciera fuera Susanna, y encima sola.

—Natalia está dormida —le aclaró al interpretar por su expresión que no esperaba verla y, a pesar de que no tenía por qué dolerle su indiferencia, lo cierto es que lo hizo. Aun así, no se movió de donde estaba, aunque, con tal de no quedarse mirándolo como quería hacer, desvió la vista hacia la isla que presidía la estancia.

—Puedes sentarte, enseguida estará lista la cena.

—Lo cierto es que venía a ver si tendrías un plástico para taparme la escayola; me gustaría asearme un poco.

—Claro. —De una bolsa sacó varios productos farmacéuticos, entre otros, una funda impermeable que había comprado Hugo—. Son los medicamentos que te han pautado. —Señaló los envases—. Los compró tu hermano esta mañana —le explicó.

Reconoció cada caja: analgésicos, antiinflamatorios y ansiolíticos. Ante estos últimos hizo una mueca de disgusto. Si podía evitar tomarlos, lo haría. De momento dormía bien y se sentía fuerte, aunque no los rechazaría si más adelante su situación cambiaba.

Fue a coger la caja que contenía la funda impermeable, pero se sorprendió cuando Andreu se le adelantó.

—Necesitarás que te ayuden a ponértela.

Estuvo de acuerdo. Con una mano, y sobre todo con la izquierda, le iba a ser imposible ponérsela ella sola, y sus hijas, con toda probabilidad, no sabrían hacerlo correctamente. Él, en cambio, envolvió la totalidad de la escayola como si fuera algo que hiciese a diario.

—Gracias.

Con movimientos lentos para evitar que el dolor de su espalda y el vientre se agudizasen, quiso abandonar la cocina.

—Espera.

Susanna se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—Tenemos que hablar de las niñas.

Notó cómo se tensaba, de hecho, cualquiera lo hubiese notado, ya que dio un respingo y se llevó la mano al vientre cuando el golpeado abdomen se resintió.

—Verás —dijo haciendo un gesto para que se sentara, aunque Susanna, aún dolorida, negó con la cabeza—, he hablado con Carla y no está bien.

—¿De qué has hablado con ella?

Pasó por alto la manera en que le respondió. No era la primera vez que actuaba con él de ese modo, por lo que ya estaba acostumbrado a la sobreprotección que ejercía cuando de sus hijas se trataba.

—Se siente culpable por no haber podido ayudarte y no sabe cómo gestionarlo.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Más o menos, pero sí, el resultado es ese. Uno de los médicos que te atendió nos habló de la unidad de psicología de la que dispone el hospital. Quizá sería bueno que las niñas fuesen a ver al psicólogo.

Necesitaba tumbarse; la espalda le dolía horrores. Con su paso lento se acercó hasta la isla donde Andreu había dejado los medicamentos y cogió una de las cajas de analgesia. Él, adelantándose, fue hasta el frigorífico, sacó la botella de agua y un vaso de uno de los armarios y dejó ambos sobre la encimera.

—Déjame a mí —le pidió cuando vio que le estaba costando abrir la caja.

—Dos —le indicó Susanna cuando solo le tendió una pastilla—. Gracias. Supongo que en cuanto me acostumbre a usar esta mano —se miró la mano sana— no necesitaré tanta ayuda.

—Está bien.

Se tragó las dos pastillas y esta vez se sentó por iniciativa propia. Dejó salir el aire y Andreu, al mirarla, la vio realmente cansada y preocupada.

—Carla —se aclaró la voz, aun así, el dolor que sentía por sus hijas quedaba reflejado a la perfección— no es como su hermana. Natalia es espontánea, extrovertida y muy expresiva; difícilmente se guarda nada para ella. Por eso, su manera de demostrar su dolor es hablar sin parar y permanecer pegada a mí. En cambio, Carla es más serena y reflexiva y necesita tiempo para procesar las cosas y...

Dejó de hablar cuando sintió que se le quebraba la voz. No era sencillo expresar en voz alta lo que había sucedido el día anterior. Tampoco quería contarle, precisamente a él, cómo sucedió todo. De qué manera, en cuanto Pau la agarró del brazo, en lugar de protegerse, trató de localizar visualmente a sus hijas. No quería decirle que las encontró encogidas debajo de la mesa del comedor, abrazada la una a la otra. Ni quería detallarle que cuando la tiró al suelo, ya con el brazo roto y el rostro ensangrentado, le pateó la espalda y el abdomen a la altura de la cara de Carla, porque a Natalia su hermana mayor le había tapado los ojos con una mano para evitar que viese nada de lo que estaba sucediendo. O el momento en que vio a Carla, aterrorizada, tirar de su hermana y salir corriendo hacia el armario de la sala. Y, por supuesto, jamás le contaría con qué rabia la levantó del suelo, tan solo para dejarla caer y, cómo se acercó tanto a su cara que pudo distinguir, entre el olor a sangre, el de su aliento alcoholizado para escupirle antes de irse: *«Dile al padre de tus hijas que fuiste más veces mía que suya»*.

—Su... —Intentó un acercamiento, ser su hombro para que se desahogase, porque la conocía tan bien que podía imaginar lo que su cabeza estaba recordando.

—No me llames así —le rogó con un hilo de voz.

—Perdona. —Y era cierto. Lamentaba haber usado un apelativo que para ambos

significaba el «todo» que habían sido en el pasado. No sabía por qué la había llamado de ese modo, quizá solo pretendía que lo sintiera cerca, o quizá, el hecho de permanecer uno frente al otro, manteniendo una conversación, serenos, cuando no podía recordar la última vez que estuvieron así, le había hecho regresar al pasado.

Despacio, como si cargara con el peso del mundo sobre su espalda, Susanna se levantó.

—Gracias por estar pendiente de ellas.

—Susanna, espera. Yo... Siento mucho todo lo que ha ocurrido y me siento, de alguna manera, responsable.

—¿De qué, Andreu? ¿De qué podrías ser tú responsable? —A pesar de que su tono era muy bajo, la manera de expulsar las palabras contenía demasiada rabia—. Ahora entiendo por qué te has ofrecido a acogernos en tu casa.

—Te equivocas.

—¿Sabes?, tengo la sensación de que siempre me equivoco contigo.

Al otro lado de la vivienda se escuchó el sonido de una puerta, seguido de los pasos de alguna de las niñas que se acercaban. Ambos, mirándose fijamente, guardaron silencio, pero siendo conscientes de que acababa de estallar el elefante rosa que llevaba años flotando entre ellos.

Capítulo diez

Desde la marcha de Andreu hacía casi un mes, Susanna se había centrado en trabajar. Su ausencia le pesaba y dolía más de lo que se había imaginado. Echaba en falta su continua presencia y no solo ella; Gemma hablaba de él continuamente y Hugo, aunque salía con sus amigos, no era el mismo desde que Andreu se había ido.

Susanna, cada mañana, acudía a primera hora a la tienda de ropa. De lunes a viernes era la encargada de abrir la persiana para atender a los proveedores que traían género nuevo o de reponer el agotado. Debía etiquetarlo y dejarlo colocado antes de que dieran las diez, hora en que abría las puertas para los clientes. Los sábados, en cambio, tenía turno de tarde y le correspondía dejar la tienda recogida y ordenada, y la caja cuadrada antes de echar la persiana hasta el lunes siguiente.

Llevaba trabajando dos semanas cuando una compañera le habló de la contratación de personal en un restaurante de la calle Balmes. Ese mismo día, al acabar su jornada de trabajo, se dirigió hacia la dirección que le había dado y se presentó ante el dueño que no dudó en contratarla.

Con dos trabajos que la absorbían de lunes a domingo, logró soportar su partida, aunque no podía evitar que al llegar la noche y tras caer rendida en la cama se quedara dormida pensando en él.

Los días pasaban y Susanna, aunque agotada y harta de clientes impertinentes en el restaurante, y otro tanto de lo mismo en la tienda, se levantaba cada mañana dispuesta a dar lo mejor de sí misma, porque tenía un objetivo claro y no solo era colaborar en pagar sus estudios, sino que también quería comprarse un teléfono como el que tenía Andreu y costearse las facturas que acarrearía llamar al extranjero.

Desde su partida no habían hablado por culpa no solo de la diferencia horaria, sino también a los altos importes que suponía llamar de un teléfono móvil a uno fijo y más estando en diferentes continentes, pero en cuanto lo tuviese podrían hablar cada vez que ambos dispusieran de un momento. Entonces se contarían cómo les había ido el día; hablarían de cómo era su vida en Estados Unidos y la de mil sitios que estaba descubriendo y que algún día le enseñaría. Y ella le explicaría lo pesados que habían sido los clientes de esa jornada, o la poca propina que habían dejado.

Él seguramente se reiría de ella, y en respuesta lo amenazaría con no atender su mesa la noche que fuera a cenar allí. Y cuando dejase de fingir que estaba molesta, le diría cuánto lo echaba de menos, y Andreu, bajando la voz, le susurraría: «Y yo a ti, Su».

Por supuesto que hablar con Andreu por teléfono no era lo mismo que estar con él, pero al menos podría escuchar su voz y volvería a oírle reír.

—Baja de las nubes, Blancanieves, que ya tienes los platos de la mesa dos preparados.

Pese al poco tiempo que llevaba trabajando en el restaurante y de su carácter reservado, congenió muy bien con los compañeros. De los siete que eran en total, cuatro tenían su misma edad y, al igual que Susanna, habían sido contratados como camareros solo durante la temporada alta, que eran los meses de verano. Los otros dos eran algo más mayores y, a diferencia de ellos, sus contratos en cocina eran para todo el año.

Compartían muchas horas al día, en las que, como jóvenes que eran, no faltaban momentos divertidos. Y en parte era gracias a esos ratos que el trabajo de anotar pedidos y de servir mesas, de por sí agotador, a Susanna se le hacía más ameno gracias al buen ambiente y compañerismo que había entre todos. Pero no todo era maravilloso, también les tocaba trabajar duro cuando había que hacerlo y aguantaban una media de cuatro impertinencias y salidas de tono al día de algún cliente. Aunque, era en esas situaciones cuando los más jóvenes contaban con la experiencia y habilidad de los mayores para solventar cualquier problema, que no eran pocos. Clientes descontentos, o listos que querían irse sin abonar la cuenta, borrachos con intención de propasarse o peleas entre comensales de una misma mesa.

En poco tiempo, entre su trabajo como dependienta y el de camarera, Susanna conoció otra cara de las personas que hasta ese momento no sabía que existía, pero pronto espabiló y aprendió a gestionar y a solucionar sus propios problemas en el entorno laboral.

—Monserrat, los postres de la mesa cuatro ya están listos.

—Voy. ¿Te quedas esta noche con nosotros?

Susanna, que en ese momento estaba ocupada cargando en la bandeja los primeros platos de la mesa que tenía asignada, miró a su compañera de reojo y negó con la cabeza.

—Qué va. Mañana madrugo.

—Hija, no sé cómo resistes, de verdad.

—Yo tampoco lo sé. —Rieron.

—Venga, señoritas, que las mesas esperan. —La cabeza de uno de los dos chicos que estaban en la cocina asomó por la ventana que comunicaba con la zona de camareros.

—Ya, ya. ¡Ya vamos! Por cierto, moreno, me debes una cerveza. —Esta vez el que rio fue el chico.

—Claro, pero antes a ver si conseguimos terminar pronto. ¡Andando!

Susanna fue la primera en colocarse la bandeja sobre la palma y haciendo equilibrios consiguió dejar los platos en la mesa sin que ninguno se volcara.

—Perdona, ¿nos puedes traer otra botella de agua?

—Ahora mismo.

Volvió a entrar y se dirigió a la zona de camareros, para hacerlo tuvo que levantar una parte del mostrador, fabricado de una gruesa y pesada madera. Abrió la nevera y sacó una botella de agua.

—¿Algún día te quedarás después del trabajo con nosotros?

Se incorporó de golpe debido a la sorpresa, ya que no esperaba que Pau estuviera detrás de ella.

—Ya me gustaría, pero al día siguiente no sería persona.

—¿Nunca descansas?

—Claro que descanso.

—Me refiero a si nunca tienes un día en el que no trabajes.

Negó con la cabeza mientras se aseguraba de que había cerrado bien la vieja nevera.

—En poco más de un mes es mi cumpleaños y me gustaría celebrarlo en la playa.

¿Crees que podrás venir?

—¿En poco más de un mes? —Rio—. No lo sé. Queda mucho tiempo.

—Está bien, Blancanieves, pero prométeme que harás lo posible por estar.

—Te prometo que haré lo posible por estar.

—Con eso ya tengo suficiente. ¿Ves que fácil es hacer feliz a alguien?

—Pau —le avisó Carme, otra de las camareras—, Miquel necesita que lo ayudes en la cocina.

Antes de regresar a su puesto de trabajo, abrió la encimera para que Susanna saliera.

—¿Qué te ha dicho? —Quiso saber Montserrat.

—Me ha invitado a su cumpleaños.

Susanna caminó hacia la mesa donde le habían pedido la botella y su compañera la siguió.

—¿Y qué le has respondido?

—Falta más de un mes. —Se encogió de hombros—. No sé qué estaré haciendo ese día, pero le he prometido que iré para que no insista.

—Ojalá me insistiera a mí —suspiró exageradamente.

Tras dejar la botella comenzó a recoger otra de las mesas de la que acababan de irse los clientes, acumuló los platos y miró de reojo a su compañera.

—No me puedo creer que, si tanto te gusta, aún no le hayas dicho nada.

—Ya. Tampoco he tenido oportunidad. Quizá lo haga la noche de su cumpleaños.

Llegó el último día del mes y con él, a primera hora de la mañana, recibió un sobre. Al abrirlo, vio que contenía dinero y miró sorprendida a la encargada que se encogió de hombros.

—Si al final de cada mes hemos superado las ventas previstas, suelen darnos un incentivo —fue la explicación que le dio.

Aquello no se lo esperaba, y menos la cantidad de dinero que había dentro; estaba segura de que era suficiente para comprarse el teléfono sin necesidad de tocar nada de sus dos sueldos.

Se sentía eufórica, feliz como hacía semanas que no lo había estado, y cuando a última hora de la tarde apareció el dueño del restaurante portando una carpeta con las nóminas de cada empleado, Susanna estuvo a punto de dar saltitos de alegría al firmar la suya. Todo el esfuerzo, el cansancio, quedaba recompensado, porque al día siguiente iría a la hora de la comida al centro comercial a por su ansiado teléfono, y ya con él lo primero que haría sería llamar a Andreu.

Metió la mano en el bolsillo delantero de los pantalones del uniforme y acarició la hoja doblada en la que él había escrito su número de teléfono.

Al día siguiente, en cuanto dieron las dos, cerró la tienda y corrió hacia el centro comercial que tenían en aquella zona de Barcelona. Poco después de llegar, se encontró parada frente a un mostrador: miraba los diferentes modelos de teléfonos que la dependienta había sacado para que eligiera, pero eran tantos y tan diferentes que no tenía ni idea de cuál comprar, ni en que debía fijarse para escoger el que mejor se adaptase a sus necesidades. Tampoco sabía a quién podría preguntar, ya que a los únicos que conocía que tenían un aparato de esos eran la familia de Andreu, y estaba toda en Estados Unidos. Por lo que no le quedó más remedio que fiarse de lo que la dependienta le recomendaba. Al final, con la elección hecha, pagó feliz cada peseta que costaba; a cambio, en pocos minutos, podría hablar con él.

Nada más salir de la tienda, buscó un local de comida rápida. Dentro del mismo centro comercial había varios, por lo que entró en el primero que le quedaba más cerca sin importarle qué iba a pedir. Cualquier cosa que le llenara el estómago y que no tardaran en preparar le servía. Con paso ligero y sin dejar de dar mordiscos a una hamburguesa, recorrió el camino a la inversa hasta que llegó al exterior, buscó un banco vacío, en el primero que localizó, se sentó, sacó el papel con el número de Andreu, marcó y esperó muy nerviosa a que diera la señal.

—¿Sí?

—¡Andreu! —La voz le salió apenas sin fuerza por el impacto que recibió al escucharlo.

—¿Su?!

—Hola.

—Susanna... Oh, joder. ¿De verdad eres tú?

—De verdad. —Rio, aunque tenía la cara empapada de las lágrimas que caían sin control.

—Espera, espera. ¿Desde dónde me estás llamando?

—Me acabo de comprar un teléfono.

—¿En serio?

—Sí. —Rio de nuevo.

—¡Joder! *Mare meva*^[6]! Vaya sorpresa me has dado. Pero, Su, las llamadas son muy caras y... te vas a arruinar.

—Tengo dos trabajos.

—¿En serio? *Mare meva*. Creo que eso ya lo he dicho antes. Me va a dar un infarto; tengo el corazón a mil.

Pensó, como siempre, que era encantador escucharlo tan nervioso y hablando sin parar.

—¿Por mis dos trabajos te va a dar un infarto?

—No, por escucharte. No te haces una idea de todo lo que te echo de menos y las ganas que tenía de hablar contigo.

—Yo también.

—Venga. Háblame de ese trabajo. ¿Y Hugo y Gemma? No, espera. Háblame de ti. Cuéntamelo todo.

Esta vez Susanna rio con ganas.

—Y qué ganas tenía de volver a escuchar tu risa —susurró.

—¡Ay! Me vas a hacer llorar.

—Está bien, no quiero que llores. Hablemos, entonces. ¿Qué tal en la tienda?

—Muy bien. Tengo dos compañeras, más la encargada que suele estar conmigo por las mañanas. Y ayer, ¡adivina!, resulta que, aparte de mi sueldo, si superamos las ventas, a final de mes nos dan un incentivo. Y no es poco, porque he pagado el teléfono con ese dinero extra.

—¿Te gusta ese trabajo?

—No me disgusta, pero si me permite ganar dinero, no me voy a quejar. ¿Y tú?

¿Cómo es la vida allí? ¿Te estás adaptando?

—No está mal. Es muy diferente a aquello, empezando porque aquí el examen del SAT no se parece en nada a nuestra selectividad.

—¿Qué tal te salió?

—Saqué los mil quinientos puntos que pedían.

—¡Ostras! Andreu, enhorabuena. —Este río al otro lado de la línea

—Te envié con mi última carta una fotocopia del resultado.

—¡Estoy deseando verlo! ¡Eso significa que te han aceptado en la MIT!

—¡Sí! Y de hecho ya estoy dando clase.

—¿Estás asistiendo ya a clases? ¿En verano?

—No es el año académico, pero sí una especie de preparatorio. Y ahora, dejemos de hablar de mí y cuéntame cuál es el otro trabajo que tienes.

—De camarera en un restaurante. Una de las compañeras de la tienda me dijo que buscaban personal para el verano. Ese mismo día fui y me cogieron.

—También he pensado en buscar algo así.

—¿Vas a trabajar?

—Sí querría. Aquí todo es muy caro y no quiero que mis padres me pasen una paga como si fuera un niño. Además, que así tendré mi propio dinero del que no he de dar explicaciones. Porque ahora que mi novia tiene teléfono, no tengo excusa para no llamarla.

—Andreu —susurró.

—Su, no llores. No llores, por favor.

—Si es que lloro de alegría. Llevaba muchos días esperando que llegara este momento.

—De todas formas, aunque nos llamemos, te seguiré enviando cartas. No sé, me gusta sentarme por las noches a escribir contándote todo lo que he hecho ese día.

—Sí, yo también te seguiré escribiendo.

—¿Su?

—Dime.

—Te echo mucho de menos.

—Y yo a ti.

—Tengo que entrar en clase. Aquí son las nueve.

—¡Uy! Y aquí las tres y llego tarde a trabajar.

—¿Hablamos mañana?

—Sí, pero mientras no tengas un trabajo te llamaré yo. ¿A qué hora?

—¿Cómo hoy?

—Vale. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, Su.

Tras colgar, se llevó el teléfono a los labios. Pensó que, si en un mes su ausencia se le estaba haciendo tan dura, no quería ni imaginar lo que iban a ser los siguientes cuatro años.

Julio y agosto pasaron tan deprisa que, cuando Susanna se quiso dar cuenta, faltaba una semana para que en España diese comienzo el curso universitario. Con él llegaba el horario de las clases y la carga de estudio, por lo que no le había quedado más remedio que adelantarse al nuevo ritmo y, unos días antes de dar inicio las clases, renunció a su puesto en la tienda. Por suerte, aún tenía su trabajo como camarera, al menos hasta que acabase la temporada alta a finales de septiembre. Pero cuando llegó el día que, en principio, debía de ser el último en el restaurante, el dueño le propuso hacerle un contrato durante el invierno. Susanna no se lo pensó, necesitaba el dinero y si Andreu podía compaginar estudios y trabajo, no veía por qué ella no podría hacer lo mismo. Era un esfuerzo mutuo si querían hacer realidad los planes que iban construyendo.

Octubre y noviembre fueron dos meses de adaptación en los que había días que se le hacían interminables. Las mañanas acudía a la facultad, trabajaba por las tardes en el restaurante y las noches estaban destinadas a tener la cabeza metida entre libros de anatomía, fisiología, histología y bioquímica. Había veces que iba tan cansada que le daban ganas de tirar la toalla y dedicarse en exclusividad a lo que realmente quería: estudiar para llegar a ser médico.

Sin embargo, cuando cada noche, antes de irse a dormir encendía otra adquisición fruto de su esfuerzo y trabajo, un nuevo y flamante ordenador para enviarle un correo de buenas noches, lo primero que veía era una de las muchas fotografías que Andreu le enviaba y que Susanna había puesto como imagen de fondo de pantalla. Cada vez que la miraba, se llenaba de energía renovada.

Era el primer día de las vacaciones de Navidad y Susanna acababa de despertarse, por primera vez desde hacía meses, sin que la noche anterior hubiese tenido que programar la alarma del despertador. Se desperezó y sacó de debajo de la almohada la última fotografía que había recibido el día anterior junto con una nueva carta de Andreu. En ella se le veía sentado en la terraza de su dormitorio en el campus y, por su aspecto, supo que no exageraba cuando le explicaba el frío que hacía allí. Llevaba un jersey de lana bien gruesa, una bufanda alrededor del cuello y un gorro también de lana. Estaba muy guapo,

sobre todo, porque mostraba una sonrisa preciosa que era tan solo para ella. Pasó la yema de un dedo por la imagen y suspiró al recordar los kilómetros que los separaban, aunque, si todo salía como tenían planeado, ese verano lo pasarían juntos en alguna zona del planeta.

—Dice mamá que tienes que bajar a desayunar.

—¿Y tú por qué no llamas a la puerta antes de entrar?

—Porque se me ha olvidado. ¿Vas a bajar?

—Ahora voy.

—¡Anda! ¿Eso es una foto? ¿Me la enseñas? ¿De quién es?

—Es de un corazón que diseccionamos ayer en clase. —Mintió a sabiendas de lo poco que le gustaba a su hermana la sangre.

—¡¡Puaj!! Entonces no quiero verlo. ¡¡Yo abro!!

En cuanto Gemma echó a correr para abrir a quien fuera que estuviera llamando al timbre, Susanna se levantó y guardó la fotografía junto al resto dentro de una carpeta. Iba a entrar al cuarto de baño cuando se paró en seco al escuchar a su hermana gritar el nombre de Andreu como si se hubiese vuelto más loca de lo que ya estaba.

—¡¡Andreu!! —musitó sorprendida—. ¡¡Está aquí!! ¡Ha venido!

Bajó corriendo los escalones hasta que al llegar a la mitad del tramo lo vio. Estaba en el amplio vestíbulo con Gemma sobre sus hombros y saludando a Agnes.

—Mira quién ha venido tata. —Andreu no pudo evitar mostrar una sonrisa al verla. Llevaba esperando por ese día desde que cogió el avión en junio y por fin volvía a tenerla delante—. Despierta a Hugo, tata. No, espera, mejor voy yo. Bájame, Andreu, que voy a decirle a Hugo que has vuelto.

Él, pendiente de Susanna, ayudó a Gemma a descender de sus hombros, mientras ella terminaba de bajar los escalones, esta vez despacio, hasta que llegó a su altura y se puso de puntillas para saludarlo con dos besos.

—Estaré en la cocina preparando más café, ¿lo sigues tomando con leche?

—Sí. Gracias, Agnes.

En cuanto se quedaron solos, los dos comprobaron que no había nadie y se fundieron en un abrazo demasiado corto. Él tomó su cara entre las manos y le dio un beso, también demasiado breve para las ganas que se tenían.

—Susanna —susurró pegado a sus labios.

—¿Por qué no me dijiste que vendrías?

—Quería darte una sorpresa.

—Pues vaya si me la has dado.

—No llores, Su, Piensa que tenemos una semana para nosotros.

Las voces de Hugo y Gemma en el piso superior y la posterior carrera de ambos hermanos por las escaleras pusieron fin al íntimo reencuentro.

Desde ese momento y durante el tiempo que duró el desayuno, se comportaron como solían hacer en presencia de algún miembro de las dos familias: volvieron a ser tan solo amigos. Todo podría haber sido perfecto para Susanna y Andreu; sin embargo, no contaban con que Hugo enseguida empezaría a hacer planes para pasar el mayor tiempo posible con su mejor amigo, los mismos planes que habían hecho meses atrás, los mismos que habían compartido durante años y a los que Andreu no fue capaz de negarse, ya que no encontró un motivo para hacerlo más que el de ser sincero, pero para eso antes debía de hablar con Susanna.

Al acabar de desayunar, Hugo y Andreu salieron al jardín. Susanna, que se quedó dentro, desde la ventana de la cocina contemplaba la escena de los dos jugando al baloncesto y a Gemma alrededor intentando quitarles la pelota.

—¿No vas a vestirte? —Acababa de entrar Agnes con las llaves del coche en la mano.

—¿Qué? Ah, sí, en cuanto acabe de recoger.

—Está todo recogido, Susanna. Anda, vístete y sal con ellos.

—Ahora iré. ¿Te vas?

—Me acercaré a comprar un par de cosas que se me olvidaron ayer. ¿Susanna?

—Dime, mami.

—Después de cenar le pediré a Hugo que me ayude a bajar del ático las cajas con los adornos de Navidad, así lo tendré entretenido un rato, pero creo que ya es hora de que habléis con él.

—¿De qué? —Aunque la pregunta la hizo sin entender a su madre, al mirarla cayó en la cuenta de a qué se refería. Cómo no se le pudo pasar por la cabeza que no tardaría en descubrirles, cuando siempre pensó que su madre debía ser descendiente de alguna bruja —. Lo sabes.

—Claro que lo sé.

—Y... ¿no te parece mal?

—¿A mí? —Rio suavemente—. Es a ti a quien tiene que parecer bien y, por lo que pude ver meses atrás, a los dos os parece muy bien.

—¡Mamá! —exclamó tapándose la cara con las manos.

—Cariño, se veía venir desde hacía tiempo. El pobre Andreu no podía disimular lo que sentía, aunque hubo una época en que me hicisteis dudar porque tú tardaste un poquito más en fijarte en él. Escucha, Susanna.

Quiero mucho a Andreu y me parece bien que tengáis una relación. Solo os pido que tengáis paciencia, porque sois muy jóvenes aún y la vida da muchas vueltas. Y, sobre

todo, hablad con Hugo. No se merece que se lo ocultéis; tu hermano lo entenderá y os lo pondrá más fácil.

—No quisimos decírselo para que no afectara a su amistad.

—¿Y mentirle no creéis que le puede afectar más?

—Sí. Es cierto.

—Pues hablad con él y contádselo, ¿de acuerdo? Y ahora me voy antes de que se llenen las tiendas de gente.

Mientras veía a través de los cristales cerrados a su madre despedirse de los chicos y entrar en el garaje, Andreu detuvo el juego para mirarla a ella. Estaba preciosa con el pelo alborotado y en pijama. Los ojos de los dos coincidieron y sonrieron a la vez. Le hizo una seña para que saliera y ella asintió.

—Estás desentrenado, macho. ¿No era Estados Unidos el país del básquet? Pues no es que hayas practicado mucho allí que digamos.

—¿Cómo? —Estaba tan distraído con la presencia de Susanna que no tenía ni idea de lo que acababa de decir Hugo.

—Que se nota que no has jugado en estos meses. ¿Qué diablos te pasa?

—Nada. Ahora vuelvo.

—¿¿¿A dónde vas???

—Al baño —le dijo elevando la voz para que pudiera escucharlo, ya que avanzaba rápido hacia la casa.

—Se está haciendo pis —le dijo Gemma mientras él se rascaba la cabeza pensando en lo raro que había vuelto su amigo.

En cuanto la puerta de la casa se cerró, Susanna salió de la cocina y se lanzó a sus brazos.

—Tenemos que hablar con tu hermano —susurró en su oído—. No voy a soportar no poder estar contigo a solas.

—Ni yo. Por cierto, mi madre lo sabe.

Andreu soltó el aire despacio junto a su cuello. Era un alivio que Agnes lo supiera, del mismo modo que, aunque no le habían dicho nada, estaba seguro de que tanto sus padres como su abuelo también sospechaban algo.

—Tarde o temprano debían saberlo, Su.

—Sí, lo sé. Y también sé que todo irá bien. —Se apretó contra su cuerpo.

—Claro que irá bien.

—Lo que no creo que vaya bien es tu empleo. —Suspiró aliviada por tenerlo tan cerca—. ¿Qué excusa les has puesto? Porque no creo que te hayan dado vacaciones.

—No. —Rio suavemente—. Me despedí para venir a verte.

Ante aquella declaración lo abrazó más fuerte.

—¡Uy! ¡Sois novios! ¡¡Sois novios!! —exclamó Gemma al entrar en la cocina.

—Una menos a la que contárselo —murmuró Andreu mostrando una amplia sonrisa—. Vamos a por el otro que falta.

La mirada de Hugo al verlos aparecer en el jardín recayó en las manos entrelazadas de su amigo y su hermana. Al principio frunció el ceño mirando a uno y a otro, volvió después la vista a las manos, se frotó la nuca y, por último, chasqueó la lengua antes de romper a reír.

—Estáis de coña, ¿a que sí? —les preguntó mirándolos alternativamente—. Claro que es una broma. Si no habéis tenido tiempo de... Un momento. No estáis bromeando. ¿Desde cuándo estáis saliendo? —Los apuntó con el dedo a ambos.

—Desde hace unos meses —respondió Andreu.

—Detállame «unos meses». Ya estabas en América o... ¿¿Estabais saliendo antes del verano??

—Sí. Más o menos fue un poco antes del verano, ¿verdad? —le preguntó a Susanna que asintió con la cabeza.

—Madre mía. ¿Y por qué no me dijiste nada? —le acusó—. Es mi hermana y tú mi amigo.

—Precisamente por lo dramático que te pones, hijo —le interrumpió Susanna.

—¡Yo no me pongo dramático! —exclamó haciendo aspavientos con las manos.

—Pensábamos contártelo más adelante.

—¡Joder!

—A mamá vas que has dicho una palabrota.

—Y más que voy a decir, así que apúntalas para que no se te olvide ninguna.

—Pues a mí me gusta que seáis novios.

—Gracias, *nineta*. A mí también me gusta.

—Así podré verte más a menudo, porque ahora, además de venir a ver a Hugo y a mí, tienes que venir a ver a Susanna.

—A muchos tendrá que venir a ver, sí. Va a estar todo el día muy ocupado viendo a gente.

—¿Ves como eres muy dramático?

—Vamos, Hugo. —Soltó la mano con la que tenía sujeta la de Susanna y aferró el brazo de él—. No puedo creer que te enfades.

—Pero es que no lo entiendo. Es decir, entiendo que os gustéis y todo eso, pero no que, precisamente tú —señaló a Andreu— me lo ocultaras.

—La intención era buena; no queríamos que si salía mal se estropeara nuestra

amistad.

—¿Y si salía mal, no me lo hubieses contado?

—Pues no lo sé. —Elevó las manos, indicando con ese gesto, que no sabía qué hubiese hecho—. Tenía y tengo la certeza de que pasaré mi vida junto a Susanna.

—Y luego el dramático soy yo. —Puso los ojos en blanco—. Pues que sepas que eso que acabas de decir es muy de Corín Tellado.

—No sé quién es.

—Una autora de novelas de amor que leen las amigas de mi hermana, y creo que también ella, aunque siempre lo niega.

—Su, ¿lees novelas de amor?

—¿La llamas Su?

Andreu asintió.

—¿Y no te dice nada?

—No. —Sonrió abiertamente.

—Pues sí que le debes de gustar, sí. —Volvió a mirarlos a ambos—. Sigo molesto, no te creas, pero me alegro de que seas tú quien esté con ella. —Miró a su hermana mayor—. Y de que tú estés con él, porque es mi mejor amigo y sé que cuidará de ti.

Capítulo once

—Mami, ¿estás bien?

Susanna dejó atrás el pasado y regresó al presente al escuchar la voz de Natalia. Advirtió que tanto Andreu como su hija la miraban con fijeza. A ella le sonrió y acarició su cabeza para tranquilizarla y convencerla de que estaba bien. A su izquierda, Carla, que se mantenía silencio, cortaba en trozos pequeños la porción de tortilla que tenía en el plato. Susanna colocó la mano sobre la suya y la apretó con suavidad.

—Si no tienes hambre, no te la comas.

—Sí tengo. —Giró la palma para aferrarse a la mano de su madre.

Andreu, que no perdía detalle, asintió para sus adentros al gesto de la niña, sin embargo, al mirar a Susanna vio que esta estaba a punto de echarse a llorar. Pensó que debía intervenir para darle tiempo a que se recompusiera.

—Chicas, qué os parece si después de cenar hacemos palomitas y vemos una película.

—Por mí, sí —afirmó Natalia.

—¿Y tú, Carla? ¿Qué dices? ¿Te apetece o prefieres acostarte?

La cría se encogió levemente de hombros y sin levantar la vista de su plato, respondió en un murmullo:

—Me da igual.

—Estupendo, pues acabemos de cenar antes de que se enfríe.

Al mirar a Susanna, esta moduló los labios para darle las gracias en silencio. Andreu agachó la mirada y continuó cenando.

A la hora de recoger la cocina, Andreu liberó a las niñas de la obligación de participar en dejar todo ordenado. En realidad, era una excusa para darles a las tres ese tiempo a solas. Tiempo que Susanna no dudó en aprovechar en cuanto estuvieron en su dormitorio.

—Ven, Carla. Siéntate aquí. —Palmeó el colchón y la niña, obediente, se sentó donde le indicó. Pegada a su otro costado se encontraba Natalia—. ¿Os acordáis del día en que nos quedamos solas?

—¿Cuándo os divorciasteis? —preguntó Natalia, a lo que Susanna asintió.

—Ese día las tres nos hicimos una promesa.

—Que siempre estaríamos juntas. —Volvió a intervenir la pequeña.

—Así es. Y que cuando una de nosotras tuviese un problema, lo hablaríamos para encontrar una solución. —Hizo una pausa para darles tiempo a que entendieran de qué estaba hablando—. Hoy las tres tenemos uno y es muy importante que no lo escondamos, que cada una saque fuera lo que le preocupa. Y, por ser la mayor, empiezo yo.

Se acomodó para liberar el dolor en su costilla rota.

—Mi problema es que no pude evitar lo que ocurrió ayer y lo siento mucho, niñas. Me siento mal por no haberos protegido cuando, como madre, era mi obligación hacerlo. Tenía que haber sabido hacerlo mejor.

—Me toca.

—Eeh, ¿qué no había acabado!

—Pero me toca, luego a Carla y luego tú otra vez.

—Está bien. Adelante, torbellino.

—Mi problema es... que no quiero volver a casa nunca más. Te toca, Carla. —A pesar de la entereza que demostró al hablar, cuando acabó pestañeó varias veces para evitar que le cayeran las lágrimas.

Susanna le acarició la espalda para calmarla y después, esa misma mano, se la tendió a su hija mayor para animarla a hablar.

—Adelante, cielo.

—Mi problema es... Mi problema es que no fui capaz de ayudarte y... y... y te dejé sola. —Como había hecho con Andreu horas antes, rompió a llorar desconsoladamente.

—Mi vida —musitó Susanna.

—¡Creí que te iba a matar! Y yo sentí mucho miedo.

—Estoy bien, cielo, estoy bien. —No le importó el dolor en su tórax, ni el de su espalda, cuando tiró de ella para pegarla a su cuerpo, ni cuando hizo lo mismo con su otra hija, que, al ver a su hermana, había dejado de contenerse y lloraba con la misma fuerza—. Ahora estaremos bien las tres —murmuró casi para sí misma, porque necesitaba creerlo y porque tenía que coger fuerzas para tener el valor de iniciar una vida nueva.

Del otro lado de la puerta, al escucharlas llorar, Andreu sintió cómo se le encogía la garganta por la rabia y el dolor de saber que estaban sufriendo y que gran parte de la culpa era suya. Intentó tomar aire, aunque le costaba debido al nudo que tenía. Lo intentó de nuevo, hasta que poco a poco la opresión desapareció y el dolor se hizo algo más manejable.

Entonces apoyó una mano contra el marco de madera de la puerta; lo que más deseaba en ese momento era abrirla para poder consolarlas y asegurarles de que jamás volverían a dañarlas, ya que él se encargaría de que así fuera. Pero en lugar de hacerlo, subió a la

planta de arriba; sabía que era un momento importante que debían pasarlo juntas y solas.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Andreu nada más levantarse fue comprobar que las niñas estaban dormidas; era algo que tenía por costumbre hacer cuando se quedaban a pasar la noche con él.

Al encontrar los dormitorios vacíos y las camas hechas, se alegró de saber que estaban durmiendo con su madre, aunque, con lo que se movían las dos, estaba seguro de que no habrían dejado descansar a Susanna. Se alejó sin hacer ruido para no despertar a ninguna de las tres y cerró con cuidado la puerta que separaba la zona de los dormitorios con el resto de la vivienda.

Recordaba el fino olfato que tenía Susanna, por lo que, para no despertarla con el olor del desayuno, descartó hacer uso de la sartén. Ni por supuesto pondría la tostadora en marcha; tampoco haría café. Se limitó a calentar un vaso de leche y a echarle un par de cucharadas de cacao en polvo.

Una vez preparado, subió de nuevo a la planta superior, cogió la *tablet* de la mesa del despacho y salió a la terraza para disfrutar de la brisa marina que corría a esas horas. Se acomodó en uno de los sillones mientras buscaba las primeras noticias del día en los principales periódicos del país. Cuando acabó, le tocó el turno al *The New York Times*. Lo hacía más por una costumbre creada durante los años que había vivido en Estados Unidos, que por la necesidad de saber qué ocurría al otro lado del charco, ya que cualquier cosa de relevancia vendría en todos los diarios de cualquier país.

—*Tiet*?

Levantó la vista de la pantalla ante la llamada de Natalia.

—Estoy en la terraza.

Por el aspecto de su pelo tenía toda la pinta de que acababa de despertarse, pero cuando fue a hacerle un comentario sobre el nido que llevaba en la cabeza se fijó en la hinchazón de sus ojos. Abrió los brazos, como hacía siempre que sabía que necesitaba mimos, y ella enseguida se sentó en su regazo y se aferró a su cuello.

—¿Te he dicho hoy que te quiero? —Tras besar su cabeza, apoyó en ella la barbilla.

Natalia negó con la cabeza.

—¿Y que eres la niña pequeña más bonita que tengo?

—Claro, solo tienes dos y soy la pequeña.

—Es cierto. Aun así, lo eres.

—*Tiet*? ¿Tú nos dejarías vivir aquí contigo?

—¿Dejaros? No tengo que dejaros, cariño. Es vuestra casa y estaréis aquí el tiempo que queráis.

—Me refiero a para siempre.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no quiero volver a la otra casa nunca.

Volvió a besar su cabeza y esta vez la apretó más fuerte contra él.

—Pero tus cosas, las de Carla y las de mamá están allí. Quizá hoy no las eches de menos, ni mañana, pero en un tiempo necesitarás volver a tu espacio, a tu cama y al color de tu colcha. Echarás de menos el olor de la casa que es de vosotras tres.

—Podemos traer las cosas aquí, tienes mucho sitio y si vivimos contigo ya no estarías solo. No haremos ruido, te lo prometo. Ni me pelearé con Carla. Y recogeré mis juguetes para que no tengas que enfadarte, pero no dejes que volvamos allí.

—¡¡Oye!! —Le hizo cosquillas para sacarla del bucle en el que se estaba metiendo—. Nunca me he enfadado con vosotras, ni siquiera cuando me poníais el suelo del baño lleno del agua de la bañera.

—Esa fui yo porque quería aprender a bucear.

—Tampoco me enfadé cuando decidisteis que ya erais mayores y que podíais prepararos la merienda.

—Sí, y se nos rompió el bote de chocolate y se mancharon los muebles y el suelo.

Ambos rieron ante el recuerdo de aquel día y de cómo las encontró al entrar en la cocina, con la cara y el pelo llenos de chocolate.

Aquellas risas ayudarían a Natalia a aliviar una situación tan dura como la que estaban viviendo.

Andreu, en cambio, como adulto que era, no podía reír con tanta naturalidad al imaginar la vida que habían llevado al lado de Pau. Una vida en la que ser niño, con sus risas y sus trastadas, no estaba permitido porque a la persona que supuestamente debía de velar por ellas le molestaban.

—¿Sabes qué haremos?

—¿El qué?

—No pensemos en lo que sucederá mañana, hoy estáis aquí y..., señorita, creo que lo primero que vamos a hacer es ir a comprar los libros de este curso.

—Los encargó mamá cuando acabó el cole. Solo hay que ir a recogerlos.

—Entonces eso será lo que hagamos hoy. Y supongo que habrá que compraros ropa, porque habéis pagado un buen estirón este verano.

—Carla ya es casi tan alta como mamá. ¡Uy! —exclamó y se levantó de un salto—. Se me olvidaba que me había pedido que le llevara sus pastillas.

Andreu consultó su reloj para comprobar la hora que era, aún quedaban un par de ellas para la siguiente dosis, lo que significaba que debía de tener bastante dolor. Se levantó él

también y bajaron juntos hasta la cocina. Al llegar a la primera planta, vieron a Carla salir del dormitorio de su madre.

—Buenos días, *nineta*.

—Buenos días —dijo en un tono de voz tan bajo que a Andreu le costó darse cuenta de que estaba afónica.

Cerró los ojos e inspiró aire hasta que le ardieron los pulmones; se sentía impotente ante el duro momento que estaban viviendo Susanna, Carla y Natalia. Tres mujeres que necesitaban cuidados tanto físicos como emocionales, y a las que él iba a cuidar a costa de lidiar con los recuerdos y sus propias emociones para estar a la altura, porque no podía fallarles, esta vez no.

Al abrirlos, se encontró con dos pares de ojos fijos en él, pendientes de sus gestos y de su reacción.

Los de Natalia, de un extraño color verde, tan claro que parecían transparentes. Un color poco usual, pero que tanto por parte de su familia como por la de Susanna parecía ser recurrente. Los había tenido así su madre y Pau los había heredado. Y por parte de Susanna, al parecer, fue su padre Gerard el primero que tuvo ese color.

Los ojos de Carla también eran verdes, pero de un verde vivo, fuerte e intenso. Recordaba la primera vez que vio ese mismo color de ojos en una niña un poco más pequeña de lo que era ahora Carla; le pareció que era igual al color de los campos en otoño en el Alt Empordà. Tenían la misma intensidad e irradiaban la misma belleza. Susanna...

Despertó al presente cuando sus pequeñas, por las que daría la vida, lo miraban sin saber qué le ocurría. Le tocaba desviar su atención para no preocuparlas y debía comenzar a atenderlas. Carraspeó antes de besar en la frente a cada niña.

—Veamos si tengo por aquí... —Abrió uno de los armarios—. Aah, sí, aquí está.

Sacó un tarro de miel y en un momento, y bajo la atenta mirada de las dos hermanas, llenó una cuchara sopera con miel caliente y unas gotas de limón que le dio a tomar a Carla como ayuda para aliviar su garganta. Después, sacó la medicación de Susanna, que colocó en un plato junto con un yogur, y envió a Carla al dormitorio de su madre. Una vez atendida la primera, se dedicó a la segunda, a Natalia. Preparó una infusión de manzanilla que usaría para ponerle unas gasas empapadas del líquido tibio en los ojos de la benjamina.

—Creo que me he ganado el título de, como mínimo, doctor en remedios naturales. —Sonrió a Natalia.

—Pues sí. Te lo concedo.

—Muchas gracias. —Hizo una reverencia que consiguió que Natalia riera y que a él

se le aligerara la opresión en el pecho al escuchar su cantarina y espontánea risa.

Mientras las dos niñas desayunaban, Andreu fue a ver si Susanna necesitaba algo. Llamó a la puerta con los nudillos y esperó hasta que le dio permiso para entrar.

—¿Cómo te encuentras? —Fue más bien una pregunta retórica, porque su cara, observó consternado, tenía peor aspecto que el día anterior. La inflamación estaba en su máximo apogeo y los hematomas resaltaban en los ojos y las mejillas.

—Bien, aunque cansada.

—Me llevaré a las niñas y así podrás dormir.

—Aah, está bien.

—Me ha dicho Natalia que hay que ir a recoger los libros de texto y he visto que han crecido estos meses; me acercaré al centro comercial para que se compren ropa.

—Claro. —Hizo el intento de levantarse.

—Dime qué necesitas.

—Mi bolso, no sé dónde lo dejó mi madre.

—Está aquí, guardé todas tus cosas en el armario. —Abrió de par en par las dos amplias puertas—. Ten.

Con tan solo una mano consiguió abrirlo a duras penas y sacó de él la cartera.

—Te daré mi código PIN de la tarjeta.

—Puedo pagar la ropa.

—Lo sé, pero lo haré yo.

—No, no me has entendido. Puedo y la pagaré yo.

Tras unos segundos en los que parecía que se estaban retando con la mirada, quien claudicó fue Susanna, aunque antes bajó la mirada y la fijó en la sábana.

—No creo que tardemos, pero antes de irnos les diré a las niñas que te dejen en la mesilla la siguiente dosis de tu medicación.

—Perfecto.

En el último momento, justo cuando iba a salir por la puerta, volvió sobre sus pasos y de nuevo abrió el armario. Cogió el cargador del móvil y lo dejó sobre la mesilla conectado a la red, por si necesitaba cargarlo.

Cuando por fin escuchó el sonido que hizo la puerta principal al cerrarse, apretó los ojos y comenzó a sollozar.

Llevaba tragándose el llanto desde que las niñas se habían quedado dormidas la noche anterior. «Maldito Pau». Nunca le perdonaría todo el dolor que les estaba ocasionando a dos criaturas que no tenían la culpa de nada.

Lloró amargamente por los errores que había cometido, por las decisiones

equivocadas. Lloró hasta que su maltrecho cuerpo no aguantó más y le envió un aviso a través de un latigazo de dolor para que dejase de martirizarlo, e inhaló aire, poco a poco y de manera superficial, para no sentir más dolor en la zona de las costillas. Un par de minutos después, tuvo que hacer varios intentos hasta que consiguió salir de la cama para ir al cuarto de baño; necesitaba hacer uso de él y, de paso, ya que no podía ducharse ella sola, al menos se lavaría la cara. Sin embargo, no llegó a dar un paso cuando su teléfono comenzó a sonar. Era una llamada de Ana. Inspiró despacio y aceptó la llamada.

—Hola. —Soltó el aire al escuchar el suave saludo de la madrileña—. ¿Te apetece que hablemos un ratito?

—Te llamo yo en un momento; necesito ir al baño.

—Vale, te esperamos Laura y yo en una llamada grupal. Espera... ¿Quieres que mejor hagamos una videollamada?

No, no quería. Por nada del mundo quería que la vieran así, pero eran sus amigas y, a pesar de que vivían en ciudades diferentes, mantenían un contacto muy íntimo y estrecho. Podía imaginarse cómo estaría ella si le pasara algo a una de las dos y no pudiese estar a su lado. Entendió que no les bastaba con escucharla, como hicieron el día anterior, sino que necesitaban verla y aceptó, pero antes pasó por el cuarto de baño y se adecentó lo que pudo; que por desgracia no fue mucho.

Lo que más le gustaba de Laura y Ana era la naturalidad con la que vivían: ninguna se andaba con rodeos ni se guardaba nada. Por eso era tan fácil llevarse bien con ellas, porque no había doblez en sus intenciones y, como siempre que se las necesitaba, allí estaban. Eso sí, volvieron a hacer una demostración de sus dotes lingüísticas en cuanto la imagen de las tres se reveló en el dispositivo desde el que cada una miraba.

—Mierda.

—Hijo de puta.

Claras, cada una en su estilo, Susanna sonrió por primera vez en semanas.

—No es tan malo como parece. —Falló estrepitosamente en su intento de convencerlas de que lo que veían no era tan terrible.

—Si tú lo dices... Pero, ahora en serio, cuéntanos cómo te encuentras. ¿Has podido descansar algo? —Se interesó Laura, que tenía la atención puesta en la conversación y en Victoria, que mamaba como si no hubiera un mañana—. Esta niña me va a dejar sequita. Hay que ver lo que traga.

—Pufff, muy poco.

—¿Y las niñas? ¿Cómo van reaccionando?

—Esto es lo peor de todo, ellas. Aunque, parece que poco a poco lo van sacando

fuera.

—Eso es muy bueno, Susanna.

—Sí. —Esta vez la sonrisa que mostró fue forzada.

—Cariño, —intervino Ana—, no voy a decirte que son niñas y que lo superarán, porque sabemos que no es cierto, pero gracias a todo el amor que les rodea aprenderán a vivir con ello.

—Claro, estoy segura de que así será —musitó de nuevo a punto de llorar.

Ana chasqueó la lengua.

—Quizá no es el momento de decirte esto, pero tienes que escucharlo porque ahora es cuando tienes que aprender a poner cada cosa en su lugar. Susanna..., las tres somos madres y sabemos que lo primero para nosotras son nuestros pequeños, pero no olvides que antes que madre eres un ser humano que tiene que gestionar lo sucedido. No debes de victimizar solo a Natalia y a Carla, porque tú también eres una víctima. Ni centres tus energías en que superen lo ocurrido mientras tú te culpabilizas por lo sucedido.

Al escuchar a Ana, frunció el ceño.

—He dado en el clavo, ¿verdad? —suspiró—. Mi trabajo me ha enseñado que eso, precisamente, es lo que estás haciendo. Los «por qué no fui capaz», «por qué lo permití» rondan por tu cabeza y debes de dejar de hacer eso. En estas situaciones solo hay un culpable y tiene nombre y apellido; y por suerte, a estas horas sigue en la cárcel. Solo espero que Andreu le haya dejado más de un hueso roto.

—Yo también. —Laura se unió al mismo deseo.

—¿Andreu? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Mierda.

—Ay, Ana.

—¿Qué ha pasado que yo no sepa?

—Pues al parecer mucho, y si no te lo han dicho será porque no sería el momento.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró.

—Después de estar en el hospital, Andreu se fue a buscar a su hermano y, por lo que nos han contado los chicos, le dio una paliza.

—Pero ¿cuándo? —Hizo memoria y la única vez que Andreu había estado en el hospital había sido cuando su hermano bajó a comer con Marcos.

—Al poco de llegar tú a urgencias.

—Pensé que había llegado mucho más tarde. —Volvió a murmurar, recriminándose por haber pensado que si Andreu estuvo en la habitación había sido porque Hugo se lo había pedido y al parecer estaba equivocada. Tragó saliva—. Y ¿se peleó con su hermano?

—No, Susanna, no fue una pelea. Andreu fue a por él y le golpeó lo suficiente como para que tuviera que acudir una ambulancia a atenderle.

—¡Madre mía! —musitó con la mirada perdida.

—Los llevaron a la comisaría donde pasó la noche en el calabozo hasta que Raúl consiguió que se retiraran los cargos contra él.

—En el calabozo —repitió en voz baja.

—En cambio, Pau, pasará una buena temporada entre rejas.

—Sí. —Estaba en shock.

Laura y Ana, ajenas al porqué de la angustia de Susanna, intentaron tranquilizarla.

—¿Susanna? No podrá acercarse a ti en bastantes años.

—Eso es. Puedes estar tranquila.

—Claro, sí, lo estaré. Chicas, tengo que dejaros. Me está comenzando a doler la cabeza —mintió—. ¿Hablamos estos días?

—Avisa a Andreu o a las niñas y que te den alguna pastilla.

—Sí, ahora les pediré que me la traigan —Volvió a mentir.

—Descansa, cariño. Te llamamos mañana.

—Vale.

Dejó el teléfono a su lado, sobre la cama, y se pasó la mano sana por la frente mientras regresaba una y otra vez a lo que acababan de contarle.

Andreu había pegado a Pau y pasado la noche en el calabozo. Pero ¿por qué? Él no era un hombre violento ni que arreglara las cosas a la fuerza. Entonces, ¿por qué habría perdido la cabeza de esa manera? No tenía sentido un acto de ese tipo si, al parecer, para cuando golpeó a Pau, ella ya lo había denunciado. No sabía qué pensar, tampoco si debía alegrarse de que le hubiese golpeado, ya que estaba segura de que Andreu no estaba orgulloso de lo que había hecho.

—¡En el calabozo! —repitió esta vez en voz baja—. ¿Por qué lo has hecho, Andreu?

Necesitaba beber agua y a ser posible conseguir hielo para ayudar a bajar la inflamación de su cara, pero llegar a la cocina le costó más de lo que había imaginado y, para cuando entró en ella, le faltaba el aliento, por no hablar del dolor que sentía en la zona del torso donde tenía la costilla fracturada. Se tomó unos minutos para descansar antes de atravesar la cocina para llegar hasta la nevera.

Cuando por fin pudo reanudar la marcha y la abrió, se le escapó un jadeo al descubrir en uno de los estantes una bandeja de los mejores bombones que se podían comer en Barcelona.

Los preferidos de cualquier adicto al chocolate como era ella y los mismos que le había comprado Andreu centenares de veces solo por el placer de verla disfrutar

comiéndoselos.

—¡Mamá! —Le sorprendió ver a Natalia, ya que no había escuchado la puerta—. Mira todo lo que nos hemos comprado.

—Pues sí que habéis tardado poco en comprar tanto —aludió a la cantidad de bolsas que traían ambas niñas y, por lo que pudo ver, otras tantas que cargaba Andreu cuando entró el último—. ¿Se puede saber por qué conmigo tardáis más? —fingió estar enfadada.

—El tío Andreu nos ha amenazado delante de un montón de gente con que entraría al vestuario si tardábamos más de cuatro minutos en probarnos cada prenda. ¡Qué vergüenza hemos pasado! ¡¡Mamá!! ¡¡Nos ha cronometrado en voz alta!!

El aludido sonrió sin levantar la mirada de las bolsas que iba dejando en la encimera.

—Buen truco, tendré que recordarlo para la próxima vez.

—¡¡Mamá!! —protestó.

—Qué quieres, hija; comprar con vosotras es una pesadilla y me acaban de dar la solución.

Según acabó de hablar, le recorrió una dolorosa descarga desde la cintura hasta el cuello, haciendo que se doblara por la mitad.

Andreu, al escuchar el quejido de Susanna, soltó las bolsas que cayeron al suelo y la sujetó por los hombros para evitar que se hiciera más daño.

—¡¡Mamá!! —exclamó Carla ante el susto de que le estuviese ocurriendo algo grave.

—No pasa nada, niñas. Mamá tiene que descansar y veréis como entonces se encontrará mejor. Carla, saca del congelador un par de bolsas de color azul del primer cajón y llévalas a su cuarto.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Natalia.

—Coge una toalla pequeña del armario del baño y llévala también a la habitación de mamá.

Mientras las niñas hacían lo que les había dicho, Andreu buscó la mejor manera de llevarla sin lastimarla.

—Agárrate a mi cuello. —Susanna se mordió los labios por el dolor que sintió cuando la cogió en brazos—. Sé que te duele, pero será más rápido que si vas andando.

Asintió, tenía razón, aunque en ese momento solo le apeteciera darle con la escayola en la cabeza.

La dejó con cuidado sobre el colchón y de inmediato se dedicó a envolver con meticulosidad las dos bolsas con la toalla.

—Levántate la camiseta —murmuró.

Susanna dirigió una mirada a sus hijas que Andreu entendió.

—¿Podéis traer un vaso de agua y la caja donde están guardados los medicamentos de mamá?

En cuanto se quedaron solos, Susanna con una mano levantó parte de la camiseta. Andreu, al ver la dificultad que tenía, le ofreció una ayuda que no pudo rechazar. Apartó con cuidado la prenda, pero a medida que la imagen de su piel desnuda quedaba expuesta, retuvo el aire y frunció el ceño por el aspecto de su abdomen; estaba completamente amoratado, incluso tenía impresa en su cintura la marca de los dedos de Pau.

Apretó los labios, gestos, todos, que no le pasaron desapercibidos a Susanna. Colocó con toda la delicadeza de la que fue capaz el envoltorio sobre sus costillas y le bajó la camiseta.

—Ya está —murmuró.

—Gracias.

—Voy a... —Turbado, señaló la puerta con la mano—. Les diré a las niñas que te dejen descansar.

Sí, necesitaba descansar, pero más necesitaba que se alejara de ella porque su cuerpo comenzaba a dar señales de vida ante su presencia. Le ardía la piel por donde sus diestros dedos la habían tocado.

Andreu, al otro lado de la puerta, quiso darse de cabezazos contra ella: estaba herida, su cuerpo presentaba la prueba de cómo había sido golpeada, y aun así se había excitado al estar tan cerca de ella. Era un completo desgraciado.

Capítulo doce

Tras la confesión a Hugo, tal y como había augurado Agnes, este le facilitó las cosas a la pareja, demostrando no solo la madurez que tenía, sino el verdadero alcance del aprecio que sentía hacia su amigo y su hermana.

Les sorprendió cuando, a última hora de la mañana, mientras los cuatro estaban en el salón jugando al *Monopoly*, Hugo interrumpió la partida:

—¿Vamos esta tarde al cine? —preguntó sin mirar a nadie. Andreu, en cambio, miró a Susanna—. Susanna quiere ver *La boda de mi mejor amigo*.

—¡Yo también! —exclamó Gemma mientras compraba una de las calles más caras.

—No puedes comprarla, no te llega el dinero —protestó Hugo.

—Sí me llega porque Andreu me lo presta un rato.

—No vale, tío. No puedes darle dinero.

Este se encogió de hombros mientras apretaba la mano de Susanna por debajo de la mesa.

—¿Quieres ver esa película? —le preguntó en un murmullo.

—Sí, aunque no me importa ver otra.

—Entonces, iremos a ver esa.

—Eeh, ¡que Gemma y yo estamos aquí! Lo digo por si estorbamos.

Ambos miraron a Hugo desconcertados, al ver que se habían aislado de tal manera que no recordaban que no estaban solos.

—¡Vaya semanita me espera! —Puso Hugo los ojos en blanco.

—¿Tú tienes novia Hugo?

—Paso, ¿no ves la cara de tonto que se le ha puesto a este? Y deja de pedir dinero. ¡Joder! Yo así no juego.

—Hugo, esa boca —le reprendió su madre desde el sofá donde se encontraba sentada leyendo.

—Perdón, pero es que Gemma no para de hacer trampas.

—No es verdad, tú le pides dinero a mamá y yo a Andreu.

—¿Te quedas a comer? —le preguntó Susanna aprovechando que sus hermanos estaban discutiendo.

—Vale. Pero tengo que llamar a casa.

Ese primer día, Andreu lo pasó con la familia Casals, pero cuando a última hora de la tarde, tras haber estado en el cine y después en una heladería, tuvo que regresar a su casa, buscó el momento para quedarse a solas con Susanna. No le fue difícil, ya que Hugo se despidió de él en la puerta y obligó a Gemma a hacer lo mismo.

—Ven —le pidió—, acompáñame hasta la verja del jardín.

Susanna, que deseaba poder estar a solas con él, cogió del armario de la entrada un grueso abrigo y cerró la puerta tras ella. Al girarse, se encontró, sin esperarlo, envuelta entre sus brazos y con sus labios buscando los suyos para besarla como había hecho unos meses atrás.

Correspondió al beso con el mismo anhelo, y ahora que sabía lo que era tenerlo desnudo encima de ella, lo besó con deseo.

—Su, ¿quieres que nos veamos esta noche? —preguntó apoyando su frente en la de ella.

El sonido ronco de su voz junto con el aire que salía de manera irregular de entre sus labios le hizo saber que la deseaba tanto como ella a él y asintió.

—Pasaré a buscarte a las diez.

Pero antes de irse la besó de nuevo.

Aunque los nervios no le permitieron que esa noche le entrara nada de lo que su madre había preparado para cenar, Susana dejó el plato vacío. Tenía que evitar que sus hermanos y, sobre todo, su madre se dieran cuenta de su estado y del motivo por el cual estaba así. En cuanto la cocina estuvo recogida, corrió hacia su dormitorio para darse una ducha rápida, solo disponía de media hora para que Andreu pasara a buscarla. No se molestó en elegir la ropa que se pondría; con el frío que hacía fuera, lo que se requería eran prendas gruesas que mantuviera el calor corporal y eso hizo.

Cuando terminaba de abrocharse las botas, Agnes llamó a la puerta del dormitorio. Supo que era su madre antes de verla, porque sus hermanos llamaban y entraban sin esperar a que les diera permiso; y eso en el mejor de los casos, porque lo normal era que entraran en tromba.

—¿Podemos hablar un momento?

Gracias a Dios que no le había dicho que había quedado con Andreu, si no ya sabría de lo que quería hablar con ella: de lo mismo que, según explicaban sus amigas a diario y sus compañeras de la facultad, les habían hablado sus madres. Y es que parecía que en los últimos tiempos no sabían hablar de otra cosa con sus hijas más que de los peligros que suponía a su edad salir con un chico.

Agnes se sentó en la cama y palmeó el colchón para que lo hiciera a su lado. Susanna,

tensa porque estaba a punto de mentirle, se sentó donde le había indicado.

—Relájate, que no te voy a soltar ningún rollo, como decís ahora los jóvenes de tu edad. —Aunque le sonrió transmitiéndole confianza Susanna no se relajó en absoluto—. Tan solo quiero asegurarme de que estás bien y de paso decirte que tienes a Andreu dando vueltas alrededor de la farola de la calle desde hace unos minutos.

—Mamá... —Qué facilidad tenía para pillarles cuando mentían o, en ese caso, cuando estaba a punto de hacerlo.

—Cariño, Andreu es un buen chico. Los dos lo sois y también maduros y responsables, por lo tanto, no tengo duda de que sabréis hacer bien las cosas. Pero hubiese preferido que me dijeras que ibas a quedar con él, a que me mientas.

—No te he mentado —murmuró muerta de vergüenza.

—Pero lo ibas a hacer. No lo hagas nunca, porque es la única manera que tengo de protegeros. Y sí, no pongas esa cara, sé más de lo que me has querido contar, porque antes de ser madre fui joven y también me enamoré una primera vez.

—¿De papá?

—Nunca hubo otro para mí. Y así fue desde que lo conocí.

—Yo creo que tampoco habrá otro para mí —murmuró.

—Eso, Susanna —dijo palmeándole el muslo—, solo el tiempo lo dirá. Anda y ve con él, o se quedará helado.

Tapado de arriba abajo, menos los ojos, y tal y como le había dicho su madre, así lo encontró cuando salió. Aunque, enseguida que escuchó la puerta y la vio, dejó de caminar en círculos y se acercó hasta la verja a la espera de que Susanna la abriera. De nuevo, como había ocurrido unas horas antes, se abrazaron y besaron, aunque de manera más comedida.

—Vamos. —Tomó su mano y caminaron hacia la parada del autobús.

—¿A dónde?

—He... He reservado una habitación en un hotel, pero no tenemos que ir si no quieres —se apresuró a decir mirándola de reojo.

—Un hotel —repitió en voz baja. No se le había ocurrido que irían a uno y, aunque al escuchárselo decir le sonó frío, impersonal y poco romántico, en realidad era el mejor lugar donde podrían estar.

—Si lo prefieres podemos entrar en cualquier cafetería, un lugar donde estemos cómodos y podamos hablar y tomar algo caliente.

—El hotel está bien. —Sonrió con timidez.

—¿Estás segura?

Por el rabillo del ojo, Susanna vio como el autobús que debían coger estaba a pocos

metros de la parada, y a ellos aún les quedaban dos calles para llegar hasta ella. O se daban prisa, o lo perderían.

—¡Corre, Andreu! —Tiró de su mano y entre risas echaron a correr hacia la parada.

Con la llave en la mano y frente a la puerta de la habitación del hotel, de nuevo volvió a preguntarle, porque por nada del mundo quería que entrara obligada por las circunstancias.

Susanna podía ver lo apurado que estaba, y para convencerle de que aquello era lo que quería, cogió la llave de su mano y ella misma la introdujo en la cerradura. Pero antes de que la puerta se abriera, Andreu la detuvo.

—Espera. No entres todavía. Necesito hacer algo antes.

Ella asintió y esperó en el pasillo hasta que un par de minutos después Andreu abrió la puerta de par en par.

—Ahora sí —le indicó con una tímida, pero radiante sonrisa.

—¡Oh! —Se llevó una mano a la boca nada más entrar—. Andreu —susurró conmovida al darse cuenta de cómo había preparado la habitación.

El dormitorio estaba iluminado por la luz que sobre la cómoda desprendían una docena de velas colocadas formando un corazón. Encima de la cama resaltaba, de entre el blanco de la colcha, una pequeña caja llena de bombones, sus preferidos, y un peluche con forma de tulipán rojo.

Mientras observaba el romántico escenario, las notas de una canción comenzaron a sonar y Andreu se colocó detrás de ella, rodeando su cintura con ambos brazos.

—¿Cuándo has hecho esto? —musitó emocionada.

—¿Te gusta?

—Es perfecto.

—Pufff. —Soltó el aire que parecía que llevaba aguantando desde que había ido a buscarla—. En serio, me encanta. —Se giró y entrelazó los brazos por detrás de su cuello.

—No estaba seguro de si no te parecería demasiado cursi.

—No lo es. Me encanta todo. —Se pegó a su cuerpo y tiró de su nuca para besarlo.

Andreu la estrechó entre sus brazos mientras respondía al beso, sin prisa, recreándose en el tacto de su boca y en el de los gruesos labios. Su intención era que Susanna llevara el ritmo, pero la paciencia no parecía ser uno de sus dones, así que tuvo que hacerse con el mando para lograr que durara aquel momento, porque, aunque la deseaba sexualmente y solo Dios sabía cuánto, también lo hacía de una manera emocional.

Si en ese momento le hubiesen dado a elegir, sin dudarlo se quedaría con ese instante

en el que los dos se acariciaban con los labios mientras se movían al ritmo de la canción.

Abandonó la boca y rio junto a su cuello, ante la protesta airada de Susanna; aunque supo silenciarla cuando exhaló el aire muy cerca de su oído.

—Andreu —musitó su nombre al sentir cómo se le erizaba la piel ante el roce de la nariz de él contra su cuello.

En respuesta la abrazó más fuerte.

*«Are you lonesome tonight?
Do you miss me tonight?
Are you sorry we drifted apart?
Does your memory stray to a brighter summer day
When I kissed you and called you sweetheart?
Do the chairs in your parlor seem empty and bare?
Do you gaze at your doorstep and picture me there?
Is your heart filled with pain?
Shall I come back again?
Tell me, dear, are you lonesome tonight? ».*

Estuvo a punto de echarse a llorar ante la voz de él cantándole al oído.

*«I wonder if you're lonesome tonight.
You know someone said that the world's a stage
And each must play a part.
Fate had me playing in love with you as my sweetheart
Act one was when we met, I loved you at first glance
You read your line so cleverly and never missed a cue
Then came act two, you seemed to change, you acted strange.
And why I will never know.
Honey, you lied when you said you loved me.
And I had no cause to doubt you.
But I would rather go on hearing your lies.
Than to go on living without you
Now the stage is bare, and I am standing there
With emptiness all around
And if you will not come back to me
Then they can bring the curtain down
Is your heart filled with pain?
Shall I come back again?
Tell me, dear, Are you lonesome tonight».*

Cuando la canción acabó, Andreu puso el punto final con un suave beso en su hombro.

Después dejó de moverse y tomó su rostro entre las manos.

—Te deseo, Su.

En respuesta y con dedos temblorosos, colocó las manos en la solapa del abrigo de él y desabrochó, uno a uno, cada botón que tenía. Andreu, en cambio, la observaba hasta que el último quedó abierto y entonces sí que participó encogiendo los hombros para que la prenda cayera al suelo.

Cuando Susanna fue a hacer lo mismo con su propio abrigo, él colocó una mano sobre la suya para impedir que siguiera; lo haría él.

De nuevo era el turno de Susanna; llevó las manos algo más seguras hasta el borde del jersey de Andreu y se lo sacó por la cabeza. Él la imitó quitándole el suyo.

A medida que les quedaba menos ropa por quitar, el deseo se fue acentuando y con él, las prisas. El calzado, los calcetines y los pantalones iban quedando esparcidos por el suelo hasta que ambos, tan solo vestidos con la ropa interior y con la respiración acelerada, señal de lo excitados que estaban, se fundieron en un nuevo beso.

Sin separar sus bocas ni sus cuerpos, cayeron sobre la cama. Les faltaba tiempo para aprenderse de memoria y les sobraban las ganas de pasar juntos cada minuto que esas vacaciones les concedieran.

Andreu los giró, quedando él tumbado bocarriba y ella a horcajadas sobre sus caderas.

—No pareces real —musitó extasiado, mirándola con el pelo suelto cayendo en ondas sobre sus pechos tapados por el sujetador.

Andreu elevó el torso para atrapar sus labios, aunque en lugar de besarlos, susurró:

—Bésame, Su.

Ella abrió la boca y no solo le dio lo que le pedía. Susanna, años después, aún recordaría que esa noche le dio algo mucho más valioso: la certeza de que era el amor de su vida.

Fundidos uno en el cuerpo del otro, se besaron hasta que no aguantaron más y Andreu la tumbó colocándose él encima. Se terminaron de desnudar como pudieron, ya que ninguno de los dos hizo el intento de alejarse, a pesar de lo incómodo de la postura.

Desnudos se miraron a los ojos antes de que, parecía que se habían puesto de acuerdo, repasaran cada milímetro de la piel del otro. Cuando volvieron a subir la mirada, Andreu tomó una de sus manos y la llevó hasta su entrepierna, donde su miembro lucía una bien formada erección.

—Tócame —le pidió.

Susanna dudó cómo hacerlo, pero Andreu, con paciencia, le fue enseñando cómo y dónde acariciar hasta que la alumna, con una sana curiosidad, quiso aprender por su cuenta guiándose por el rictus de sus facciones y por los sonidos que salían de su

garganta.

Le gustó cómo se sentía en su mano. Era duro, suave y estaba caliente; desde luego que para nada era feo y desagradable como solían referirse al pene de sus novios algunas de sus amigas.

—Su, para.

—¿Ummm?

—No... —Tragó saliva—. No se puede tocar durante demasiado tiempo.

—Ah, vaya. Ahora que le había cogido el tranquilo.

La cara de Andreu era un poema hasta que la vio aguantarse la risa y ambos rompieron a reír.

—Eres una bruja —le recriminó tras morderle la barbilla.

—Y tú un salvaje.

Imitando a un animal, la fue mordisqueando por diferentes partes mientras la tenía sujeta con una mano para que no se escapara. Reptó por su cuerpo hasta llegar al ombligo, bajó apenas unos centímetros hasta aproximarse al pubis y entonces la miró: permanecía quieta, con los ojos muy abiertos fijos en él, esperando su siguiente movimiento.

—No sé si quieres...

Negó con la cabeza, muerta de vergüenza.

Trepó hasta quedar tumbado sobre ella y besó la punta de su nariz.

—Tenemos toda la vida para saber lo que nos gusta.

Ante sus palabras, Susanna lo abrazó.

Él le fue dejando besos en el cuello mientras metía la mano entre los dos cuerpos hasta tocar su sexo.

Eso ya lo habían experimentado y a los dos les gustó, por lo que repetir no era mala idea y, además, Andreu recordaba cómo debía acariciar para que Susanna disfrutara. Como así hizo.

Al igual que había hecho ella antes, se dejó guiar por sus sonidos: aumentó y disminuyó el ritmo, subió la intensidad de las caricias, y se detuvo para, de nuevo, volver a empezar, hasta que la humedad brotó de su interior empapándole los dedos.

Con el último jadeo que salió de Susanna, Andreu selló sus labios con los suyos, mientras tanteaba en la mesilla. Necesitaba coger la caja de condones que había comprado y dejado cuando estuvo decorando la habitación. Se la enseñó a Susanna y esta asintió.

Con él en la mano, lo miró pensando si, al ser la primera vez que se ponía uno, sabría hacerlo correctamente. Rasgó el envoltorio con los dientes y se lo colocó con torpeza,

aunque, cuando terminó de enfundarse el pene con él, estuvo convencido de que había quedado bien puesto.

Se dejó caer sobre ella y se acomodó entre sus piernas.

—Te quiero —confesó cuando comenzó a penetrarla—. Te quiero mucho.

Aquella declaración, tan sentida por parte de Andreu, a Susanna la distrajo de la intrusión y cuando se quiso dar cuenta ya había entrado en ella.

—¿Te he hecho daño?

—No.

Se besaron mientras las caderas de Andreu, con vida propia, se movían despacio.

—¿Sabes la de veces que he soñado con este momento? Llevo tantos años enamorado de ti que creo que te quiero desde siempre.

Susanna recibía las delicadas acometidas, sumida en el más delicioso éxtasis, al igual que las palabras que no cesaban de salir de entre los labios de él. Todo era tan perfecto como lo era el propio Andreu, como lo eran los dos juntos. Y es que había tanta química entre ellos que el sexo se convirtió en su inseparable compañero de viaje.

Tuvieron la oportunidad de comprobarlo durante cada noche de esas Navidades hasta que Andreu tuvo que regresar a Estados Unidos.

Desde esa noche, aquel hotel se convirtió esa semana, y en cada ocasión que Andreu viajaba a España durante casi tres años, en el único testigo de lo que les quemaba la ropa cuando estaban juntos, de lo que les ardía la piel cuando se amaban entre las sábanas revueltas de una habitación en la que nunca faltaron las risas, las promesas y las palabras de amor. Y en la que tampoco faltaron las velas ni los bombones ni la canción para Susanna.

Minutos después, entre susurros, besos y el vaivén acompasado de sus cuerpos, llegaron al clímax en perfecta sintonía.

Fue una semana en la que apenas se separaron. En la que aprovecharon cada segundo del corto tiempo que tenían para estar juntos, puesto que no volverían a verse hasta el verano.

Cada mañana, Andreu acudía temprano a la casa de Susanna, les daba igual si se quedaban en ella o salían; el caso era estar uno al lado del otro. Tampoco les importaba que Hugo y Gemma estuvieran con ellos, como solían estar. Lo único que necesitaban era la cercanía del otro.

Las tardes, como el tiempo en esa época del año no acompañaba para pasarlo al aire libre, los cuatro iban al centro comercial a merendar o a ver alguna de las películas que echaban esos días en los cines.

Las noches, en cambio, eran de ellos dos. Tras cenar cada uno en su casa, Andreu iba a buscarla y juntos, de la mano, caminaban hacia la parada del autobús. Sentados en los asientos, ella viajaba con la cabeza apoyada en su hombro mientras él acariciaba su mano, hasta que se apeaban al llegar frente a la fachada del hotel. Hacían el amor, conversaban y volvían a amarse hasta que llegaba el momento en que debían regresar a sus casas.

Pero el reloj parecía que estaba en su contra, los días iban pasando a demasiada velocidad y el momento de la despedida se hacía más presente.

El día anterior a su partida, las dos familias organizaron una comida en uno de los restaurantes que había en Pedralbes. Por supuesto, el único que faltó fue Pau, ya que ese día trabajaba.

Aquella reunión, como tantas que habían hecho durante los años que hacía que las dos familias se conocían, no tenía mayor propósito que la de despedir a Andreu.

Sin embargo, cuando esta acabó, tanto Albert como Elisabet, tras las miradas y los gestos de cariño que la pareja se prodigó durante la comida, entendieron que, aunque eran jóvenes, lo que sentían era puro y fuerte. Y necesitaban creerlo, ya que cuando Andreu les contó su relación con Susanna, no tenían claro que aquello fuera lo más conveniente para su hijo: enamorarse a su edad era lógico, pero mantener una relación y más a distancia podría ser contraproducente para sus estudios.

Agnes, como madre, y tras observar durante los años a los dos jóvenes, habló con ellos en numerosas ocasiones. Les había explicado que también a ella le daba miedo que sufrieran y tiraran por tierra todo el esfuerzo que habían hecho durante años, pero Agnes, que tenía la oportunidad de verlos a menudo, se había dado cuenta de que interponerse a lo que sentían no era una solución. Lo único que podían hacer era confiar en ellos y en la responsabilidad que habían adquirido con unos estudios que no le cabía ninguna duda de que ambos se esforzarían por superar.

Elisabet la escuchaba y no solo quería estar de acuerdo con su amiga, sino que también quería creerla porque adoraba a Susanna. Era el complemento perfecto para Andreu y sabía que, una vez que se licenciasen, serían una gran pareja.

Al día siguiente, a última hora de la mañana, mientras Albert y Elisabet terminaban de llenar el maletero del coche con las maletas de su hijo, Andreu fue hasta la casa de los Casals para despedirse de todos menos de Susanna, que iría con ellos hasta el Prat. Los dos amigos se fundieron en un abrazo, aunque ninguno pudo decir nada.

En cambio, Gemma, colgada de su cuello, no dejó de hablar ni de llorar a la vez. Agnes le acarició la cara con esa manera tan maternal que tenía siempre, se despidió con

un beso y, tras un «nos vemos este verano, hijo», entró en la casa y dejó solos a los jóvenes.

Para Andreu, que aguantó estoico todas las despedidas, esta vez decir adiós fue más difícil de gestionar que cuando lo tuvo que hacer en junio. En ese momento, la incertidumbre y los nervios no le permitieron ser consciente de que se iba lejos durante cuatro años, pero en esta ya sabía lo que era echarlos de menos y lo solo que se sentía cada vez que se encerraba en su dormitorio del campus universitario.

Lo peor llegó en el aeropuerto, cuando demasiado pronto tuvo que decirle adiós a Susanna. No tuvo en cuenta la presencia de sus padres, o, si fue consciente de que estaban delante, no le importó cuando abarcó su cara entre las manos y con la frente apoyada en la suya le recordó cuanto la quería.

—No llores, Su, pronto volveremos a estar juntos.

—Lo sé. —Sus brazos rodeaban la cintura masculina y sus dedos apresaban con fuerza la espalda del jersey de lana que ese día llevaba, como si de esa forma pudiese impedir que se marchara de nuevo.

—Andreu, tienes que embarcar.

La voz tras él de su padre le erizó la piel porque se les había acabado el tiempo. Con el poco que les quedaba, ambos unieron sus bocas y se besaron con los ojos abiertos para inmortalizar ese instante en sus retinas.

—Te quiero mucho, Andreu. No lo olvides.

—Nunca.

Dos años después

El ritmo diario de cada uno continuó. Era septiembre y Andreu seguía estudiando en Estados Unidos el tercer año de carrera, y de los dos, era al que más le había cambiado la vida.

Desde el inicio del curso y avalado por su currículum académico, habían sido varias las empresas que se habían propuesto tenerlo entre sus ingenieros. Al final, asesorado por sus profesores y reforzado por su padre y abuelo, eligió entrar a formar parte en el departamento de ingeniería de una importante multinacional.

Compaginar sus estudios de doctorado con un contrato como becario y su trabajo como camarero en un bar de copas no era sencillo; tuvo que replantearse su nueva situación y comenzó por abandonar el campus. Encontró un apartamento que alquiló junto a dos compañeros de la facultad muy cerca de la empresa donde en breve comenzaría a trabajar como becario. En cuanto se instaló, empezó a pegar carteles ofreciéndose como camarero y una semana después conseguía un puesto en el pub justo

debajo de su nueva casa.

A Susanna, por su parte, aún le quedaban tres años para acabar la carrera de medicina y con cada año no solo aumentaba la carga de estudio, sino que también tenía que acudir a seminarios, clases magistrales, actividades comunitarias... Todo menos estar ante un paciente, ya que hasta el sexto año no comenzaban las prácticas para los futuros médicos.

Era frustrante pasar años memorizando nombres, datos, conociendo enfermedades... sin poder realmente entrar en contacto con la realidad de lo que iba a ser su profesión. Así que, como si no tuviera suficiente, desde hacía un año acudía como voluntaria a un hospital residencial para la tercera edad.

En cuanto a su trabajo como camarera, hacía tiempo que no le había quedado más remedio que dejarlo. Como mucho y para conseguir dinero, daba clases particulares a estudiantes de secundaria y ayudaba a los de bachillerato a preparar la selectividad.

Para ninguno de los dos, ni la carga académica ni la distancia impuesta durante los tres años que Andreu llevaba en América fueron un impedimento para que la relación creciera y se afianzara.

Ambos, fieles a las promesas hechas, siguieron en contacto diario con llamadas telefónicas, correos electrónicos y cartas que, pese a estar cada vez más en desuso, a ellos les gustaba mantener. Se veían tanto en las vacaciones de Navidad como en las de verano; aunque era durante la época estival cuando más tiempo pasaban juntos, ya que se reservaban un mes entero tan solo para ellos dos. Cada año viajaban a un lugar distinto, les daba igual el destino, porque lo único que buscaban era pasar tiempo a solas.

Todo en la vida les iba perfecto hasta que dos semanas después de que dieran por terminadas las vacaciones de Navidad, Andreu llamó a Susanna a las diez de la noche, hora española.

—Hola, americano. No me digas que te has escondido en el baño de la empresa para llamarme.

Andreu rio al escucharla.

—Tú me has puesto una cámara oculta, ¿a qué sí? Dime dónde la tienes escondida.

—En tu teléfono, desde hace dos años. Venga, cuéntame. Si me llamas dos veces en un día es porque ha ocurrido algo importante.

—Sí que lo es. Acabo de tener una reunión con el director. Quería saber cuáles eran mis inquietudes y qué era lo que pensaba hacer al acabar la carrera. Le hablé de que quería hacer la maestría y, en fin, se ha ofrecido a que la empresa pague la cuantía total.

—¡Oooh! ¡Dios mío! Esto es maravilloso —exclamó entusiasmada—. Andreu, es tu sueño y estás a punto de conseguirlo. ¡Ooh, por favor! Cuánto me alegro.

Andreu, a miles de kilómetros de distancia, tragó saliva.

—No le he dado aún una respuesta.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo. Ahí tienes tu oportunidad. Antes de que comiences a trabajar con un contrato en firme y tengas más complicado el poder estudiar, deberías aprovechar y hacerlo ahora. ¿Para qué esperar?

—No es tan fácil, Su.

—¿Por qué? A ver, veamos los pros y los contras.

—Déjalo, Susanna.

Contaba con el entusiasmo de Susanna, él mismo estuvo a punto de dar saltos de alegría cuando hacía menos de media hora le habían hecho la propuesta en firme, sin embargo, poco le duró la felicidad cuando se enteró de que el pago era para estudiar allí.

—Andreu, ¿qué pasa?

Exhaló el aire sonoramente antes de responderle:

—El máster sería aquí, en Massachusetts.

Susanna no sabía qué decir; se había quedado sin palabras. Ese máster tenía una duración de tres años, treinta y seis largos meses en los que tendrían que seguir viéndose tan solo un par de veces al año, y de los que seguiría tachando del calendario los días que le faltaban para verlo. Tres años más que tendrían que posponer un futuro que de nuevo se les escapaba de las manos. Pero era, como le acababa de decir, su sueño, su mayor deseo y por el que llevaba tiempo trabajando muy duro para conseguir el dinero que costaba, porque Andreu, aunque su familia tenía una solvente economía, se negó a que sus padres siguieran haciéndose cargo de pagarle los estudios posteriores a su doctorado. Quería ser él quien tuviese la responsabilidad de pagar la cuantiosa cantidad que suponía vivir en Estados Unidos y estudiar allí cualquier máster. Y ahora que le acababan de ofrecer una gran oportunidad, no podía permitirle que la perdiera, no por tres años que, al fin y al cabo, no eran nada comparado con lo que iba a conseguir. No, no podía ser ella quien le impidiera lograrlo.

—¿Susanna? ¿Estás ahí?

—Sí. —Se aclaró la voz—. Dile que sí.

—¿Cómo dices?

—Dile al director que aceptas.

—Su, no puedo aceptar. ¿Y nosotros? No quiero estar más tiempo separado de ti.

—Ni yo tampoco, pero ahora es el momento de formarnos, de prepararnos para el futuro. Dile que aceptas, Andreu. Estudia y, cuando tengas el diploma con tu maestría, vuelve. Yo te estaré esperando.

—Hay más, Su.

—¿Más?

—Para cuando finalizase el máster, me ha ofrecido un contrato en su empresa. Y no es un contrato cualquiera. —Aún estaba impactado por la oferta laboral que acababan de hacerle.

Esa noticia Susanna sí que no la esperaba y con su llegada, el futuro de su relación, de la que tanto habían hablado y de la que tantos planes habían hecho, se acababa de hacer añicos, porque Andreu tenía un proyecto profesional, al igual que lo tenía ella, y nada era más importante que eso; su relación acababa de pasar a un segundo plano.

Con los ojos arrasados en lágrimas tomó la única decisión que podía tomar. A partir de ese momento, lo que ocurriera con ellos como pareja solo el tiempo lo diría.

—Acéptalo.

—¿Estás segura?

Susanna cerró los ojos al escuchar la emoción que destilaba la pregunta.

—Mira, he pensado —continuó Andreu sin percatarse de la angustia de Susanna—, que quizá podrías hacer la residencia aquí. Buscaría un apartamento para los dos y en unos años, cuando acabases la especialización, volveríamos a Barcelona. O no sé, puede que para entonces la idea de quedarnos en Estados Unidos no nos disguste. Qué dices. No es tan mala idea, ¿a qué no? Además, me han dicho un par de compañeros que aquí están muy solicitados los médicos españoles. —Era tanto el entusiasmo que desprendía su voz que Susanna supo que acababa de hacer lo correcto al animarle.

—No, no lo es —musitó.

—Su, tengo que dejarte. ¿Hablamos esta noche? Te llamo a las once de allí.

—Claro, pero dile que sí antes de que cambie de idea y se lo ofrezca a otro.

—No creo que eso suceda, pero antes de aceptar nada me gustaría que tú y yo hablemos de cómo lo vamos a hacer. Sobre todo, de cuándo te vendrías. Encontrar un piso no es tan sencillo y quiero que estemos bien en él. *Yes, yes. I'm coming! Just give me a moment*^[7].

—Venga, ve, que te esperan.

—Era Henry. Ha venido a decirme que ya tendría que estar en mi mesa. Odio ser becario. ¿Te lo he dicho?

—Continuamente. —Rio sin ganas.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Dos días después, Andreu aceptó que la empresa le pagase el máster.

Durante los meses siguientes y hasta que llegó el verano, Andreu estaba exultante ante

la idea de que Susanna fuera a vivir con él al finalizar los tres años que le faltaban para acabar la carrera e intentaba contagiarle su optimismo; sin embargo, Susanna, lejos de estar feliz, cada día estaba más apagada. Era consciente de que su sitio, aunque Andreu residiera allí, no estaba en Estados Unidos, sino en España, donde estaba su familia, de la que no se veía viviendo lejos, y donde quería seguir formándose para llegar a ser una buena médico anestesióloga como lo fue su padre.

No fue hasta principio del mes de junio que, mientras Susanna estaba metida de lleno en un temario de técnica quirúrgica, su teléfono comenzó a sonar.

—Hola. ¿Te pillo en mal momento?

—De hecho, agradezco que me hayas llamado, así me despejo.

—¿Muy complicado?

—Sí —suspiró—. Demasiado instrumental, con demasiada descripción muy parecida entre muchos de ellos.

—Al final siempre acabas sacando buena nota, relájate.

—Tienes razón. Me obsesiono tanto que solo consigo bloquearme.

—Cierra los ojos y tan solo piensa en ti y en mí, en la playa, durante una puesta de sol.

—Umm, me gusta.

—El mar está tranquilo, apenas hay unas pocas olas que rompen mojándonos los pies.

—¿Estamos sentados?

—No. Caminamos cogidos de la mano. Tú acabas de salir de turno del hospital y yo hace un rato que regresé a casa tras acabar mi jornada laboral. Te dejé una nota en la nevera en la que te decía que te esperaba en nuestra playa. Llegaste corriendo, como siempre, y sonriendo como si fueras una niña. Al llegar a mi lado te colgaste de mi cuello y me besaste.

—Y tú me besaste a mí.

—Por supuesto. Yo siempre te beso, porque me encanta hacerlo.

—Y lo haces muy bien.

—Tampoco tengo queja de tu forma de besarme. ¿Estás más relajada?

—Sí.

—Mejor, porque tengo algo que proponerte.

—Te escucho.

—Ven a Massachusetts este verano.

—Pero ya tenemos reservado el viaje a Mykonos. No puedo pagar dos viajes tan caros, Andreu.

—Verás, por eso es por lo que te he llamado. Lo siento mucho, Su, pero vamos a tener

que cambiar los planes. Hoy me han ofrecido trabajar este verano codo con codo con el ingeniero jefe, y para el máster me vendrá bien aprender todo lo que pueda.

—Ah —susurró—, entiendo.

—Si vienes, podríamos estar juntos julio y agosto; aunque yo trabaje por las mañanas, tenemos todas las tardes. Tendrías tiempo para conocer un poco todo esto. Incluso, podrías acercarte a visitar los hospitales que tenemos aquí para que veas cómo se trabaja.

Susanna lo escuchaba, aunque por primera vez no le prestó atención porque sus neuronas no eran capaces de recoger tanta información como le estaba enviando. Se había quedado en «me han ofrecido trabajar este verano» y en «visitar los hospitales que tenemos aquí».

—Su, créeme que lo siento mucho, pero esto es importante para mí.

—Claro. No te preocupes. Lo entiendo —murmuró.

—¿Entonces? ¿Me encargo de anular los billetes y saco uno para que vengas en julio?

Él ya se consideraba un americano más. Lo entendía y no porque llevara viviendo allí cuatro años, sino porque le esperaba un prometedor y brillante futuro al otro lado del charco, pero a ella no. A ella no le esperaba nada, excepto él. Y, aunque lo amaba por encima de todo, no podía irse con Andreu. Había investigado, y optar a los programas de residencias médicas en Estados Unidos era un proceso muy laborioso, que bien podría acabar con que no la aceptasen. Entonces, todo su esfuerzo no habría servido de nada, ya que no podría acabar sus estudios, cosa que en España los tenía garantizados. Destrozada, pero sabiendo que hacía lo correcto, se aclaró la voz antes de decir:

—Me... encargo yo —musitó.

—¿Su? ¿Qué ocurre? ¿Hay algo que no me hayas contado?

—No —mintió al tiempo que se apartaba las lágrimas.

—¿Estás segura? ¿Qué ocurre?

Tras aguardar una respuesta, Andreu, al otro lado de la línea, apoyó la espalda contra la pared e inspiró con fuerza.

—No vas a pedir aquí la residencia, ¿verdad?

La escuchó sorber por la nariz.

—No puedo hacerlo.

«Joder». Acababa de despertar de golpe a una realidad que no había querido ver por lo dolorosa que resultaba y, como el imbécil y egoísta que era, ahora tenía su castigo: la perdía.

—¿Vendrás este verano? —A pesar de haberse aclarado la voz, esta le salió ahogada.

—Sí.

—Su —susurró con la voz rota—, te quiero, no sabes cuánto.

—Y yo a ti.

Cuando colgaron, Susanna rompió a llorar, porque sabía que en pocas semanas estaría con él por última vez, y Andreu se llevó el teléfono a los labios y con los ojos cerrados se deslizó por la pared hasta quedar sentado en el suelo. Desolado, al igual que estaba haciendo Susanna a miles de kilómetros, rompió a llorar.

Capítulo trece

Había pasado una semana desde que Susanna, Natalia y Carla vivían en casa de Andreu, y en ese tiempo Susanna podía apreciar la mejoría que experimentaba con cada día que pasaba. Las marcas de su cuerpo comenzaban a difuminarse y su estado anímico era mejor del que cabía esperar para alguien que había sido atacado con tanta saña. Si no fuera por la escayola, la sutura en la cabeza y el dolor en la zona de la costilla rota, podría retomar su vida o, mejor dicho, su nueva vida.

Cambió de posición en la cama y se desperezó con cuidado para no despertar al dolor desde tan temprano. Cuando estuvo preparada, se incorporó hasta quedar sentada sobre el colchón con los pies en el suelo. Debía darse prisa; ese día era el inicio del nuevo curso escolar. Carla comenzaba las clases en el instituto, Natalia lo hacía en el colegio, y Susanna quería cumplir con la costumbre que tenían de celebrar ese acontecimiento desayunando las tres juntas, ya que lo normal era que, con sus turnos en el hospital, no les fuera posible hacerlo de manera habitual. Se aseó como pudo.

Hasta hacía dos días, por las mañanas, Lucia, que junto a su marido se habían quedado en la ciudad condal para echarles una mano, había ido a ducharla, pero le insistió tanto en que estaba bien, que la madre de Marcos y su marido regresaron el día anterior a Madrid para ayudar a su hijo y a su yerno con sus tres retoños.

Chasqueó la lengua al ver el aspecto de su pelo, este estaba sucio, apagado y sin brillo; normal, aceptó, ya que hacía una semana que no se lo lavaba. Tomó un mechón entre los dedos y ahogó un gemido al ver cómo entre las oscuras hebras habían hecho acto de presencia para quedarse las primeras canas. «Jesús», murmuró, aunque enseguida se encogió de hombros al darse cuenta de que tampoco era tan grave. Estoy cerca de cumplir cuarenta y un años..., pensó mirándose al espejo, y tampoco estoy tan mal. Repasó su cuerpo, certificando que aún conservaba la figura esbelta y los pechos firmes. Acercándose al espejo, abrió la boca y revisó las piezas dentales, orgullosa de no haber tenido más que una caries en toda su vida. Tampoco apreciaba flacidez en la piel de su rostro, aunque eso era mérito de una herencia fabulosa, tanto por la parte materna como paterna. Lo único que indicaba que no era tan joven eran unas pequeñas arrugas que ya decoraban sus ojos: las temidas patas de gallo. Pasó las yemas de dos dedos por las

huellas que Pau había dejado en su cara e inspiró con fuerza para no caer en la tentación de echarse a llorar.

Ese hombre no se merecía que derramara una sola lágrima más por él y para insuflarse ánimos decidió que, en cuanto los golpes desaparecieran, iría a la peluquería a darse su primer baño de color; quizá hasta se lo cortaría. Llevaba años con el mismo estilo de corte y le apetecía dar un cambio radical a su aspecto. «Vida nueva, imagen nueva», se dijo antes de llenar el lavabo de agua para lavarse la cara.

No se molestó en vestirse. Con un pijama compuesto por una camiseta de tirantes en color verde y un pantalón corto del mismo color, fue hasta el dormitorio de Natalia; la peor de sus dos hijas a la hora de despertar. Mientras abría la puerta despacio, puso los ojos en blanco al recordar que sus dos hermanos eran igual. Pero al entrar se le cortó la respiración: sus dos hijas estaban metidas en la cama de la pequeña hablando con Andreu, que se encontraba aplastado en medio de las dos.

—Hola, mami —cantó Natalia. Tenía el pelo tan revuelto que parecía una niña poseída. Lo mismo que le ocurría a Hugo y a su hija Julia, pero también bastante parecido al aspecto de Andreu al despertar por las mañanas.

—Buenos días —respondió a sus hijas, evitando mirar al centro de la cama donde estaba él. Aunque Andreu no parecía tener el mismo problema para repasarla de arriba abajo, incluso hasta se permitió sonreír.

—Hola.

Esa voz... Cómo era posible que siguiera afectándole su voz. Llevaban una semana conviviendo y cada vez que lo escuchaba hablar, algo se le removía por dentro.

Y para su desgracia, eran muchas las ocasiones en que Andreu hablaba, porque, desde luego, con las niñas lo raro era que permaneciera callado. También había que decir que Natalia no solía permanecer en silencio mucho tiempo y eso obligaba al receptor de sus conversaciones a interactuar con ella. Lo sabía de buena tinta.

—Iré a preparar el desayuno. —Señaló la puerta. Tenía que alejarse de la imagen de esa cama, con él sosteniendo en cada brazo a una de sus hijas y a ellas con la cabeza apoyada en su pecho.

Ya fuera del dormitorio, caminaba por el pasillo hacia la cocina cuando lo escuchó hablar:

—Señoritas, es hora de levantarse. Mientras os aseáis y os vestís, yo iré a ayudar a mamá. Andando, que se nos hace tarde.

Tenía un don para tratar con ellas. Con su paciencia y amor por ambas conseguía llegar hasta cada una cuando nadie podía hacerlo. Y en esos días estaba dando buena muestra de ello, porque si Carla estaba más receptiva y abierta era gracias a que Andreu

se pasaba horas hablando con ella, pero, sobre todo, a que la escuchaba y entendía. Algo complicado, ya que era una adolescente con todas sus hormonas revolucionadas. Pero no parecía que a él le resultase difícil llegar a ella; lo hacía de manera natural, tal y como lo hacía todo, con nobleza y puro sentimiento.

Sintió un escalofrío recorrer su columna al recordarlo años atrás, mirándola, adorándola y amándola, como solo lo puede hacer un hombre bueno y enamorado. Así era el Andreu que quiso.

—Deja que me encargue de eso. —Otra vez su voz tan cerca de ella que dio un respingo, ya que no lo había escuchado acercarse.

Le cedió el lugar donde estaba el exprimidor para que fuera él quien hiciera los zumos.

—Puedo ir preparando las tortillas. —Se ofreció, porque no estaba en ella permanecer quieta mucho tiempo y menos que la atendieran como si no fuera capaz de hacerlo.

—¿Estás segura? —La miró de reojo mientras cortaba por la mitad la primera naranja.

—Eso espero. No soy tan torpe con la mano izquierda como creía, así que podré hacerlo.

—Está bien. —Se limpió las manos con un trapo y sacó una sartén de una de las gavetas—. El aceite lo tienes ahí mismo. —Señaló la encimera donde había tres frascos de cristal de idéntico tamaño, todos llenos de aceite—. El de la izquierda es aceite solo, el del centro lleva ajo y el de la derecha guindilla —le informó.

—Usaré el aceite solo.

No estaba muy convencido de que pudiese desenvolverse bien con una mano, por eso no dejó de vigilarla, por si necesitaba ayuda. Aunque, cuando Susanna le pidió un bote de cristal con tapadera, se sorprendió al ver que lo usaba para meter dentro los huevos y agitarlo hasta que estuvieron bien batidos. Sonrió ante su ingenio, el mismo que había tenido siempre y que seguía manteniendo. Al igual que les ocurría a sus piernas, pensó al fijarse en ellas, que seguían tal y como las recordaba: largas, tonificadas y simplemente perfectas.

Subió la mirada de manera inconsciente hacia las nalgas; la tela de su pijama dejaba poco a la imaginación y se podía ver con total claridad las diminutas bragas que llevaba puestas.

Soltó el aire despacio al recordar su tacto cuando las acariciaba o cuando las sostenía entre sus manos, y tuvo que girarse bruscamente cuando notó cómo comenzaba a tener una erección para nada apropiada.

—¿La tuya de cuántos huevos la quieres?

—No quiero tortilla —gruñó excitado—. Voy a ver si ya han acabado las niñas.

—Pero bueno, y a este qué le pasa ahora —murmuró al verlo irse de la cocina como si tuviera que ir a apagar un incendio.

Cabreado consigo mismo por no ser capaz de controlar su cuerpo, en cuanto llamó a la puerta del aseo donde se arreglaban Natalia y Carla y les recordó que debían de darse prisa, se fue a su propio baño a darse una ducha bien fría.

Vestido de manera informal y ya más calmado, bajó a la planta principal y se palpó los bolsillos de los vaqueros para cerciorarse de que llevaba la cartera y el teléfono.

—Carla está hoy insoportable, pues no va y me dice muy enfadada que no me deja echarme su colonia. Dile algo, *tiet*.

—Carla —la llamó elevando la voz para que le escuchara—, te digo algo. ¿Así? —le preguntó a Natalia.

—No vale que hagas siempre lo mismo. Esta vez va en serio.

—Me dijiste que le dijera algo y eso he hecho, y, por cierto, ¿tú no tenías tu propia colonia?

—Sí, pero es para pequeñas. No puedo usarla.

—¿Hay colonias para cada edad?

—¡Claro que las hay! Y la que tengo ya me la ponía el curso anterior. ¡No querrás que huela como cuando iba a cuarto!

—Oh, no. Dios nos libre de que repitas colonia —teatralizó haciendo reír a la pequeña—. Está bien, esta tarde iremos a comprarte una acorde a tu edad y a tu curso.

—Gracias, *tiet*. —Lo abrazó.

—¡Carla! —volvió a llamarla—, o estás aquí en tres segundos o te vas como estés.

Justo en ese momento hacía su entrada en el salón cargando con una mochila granate. Le recordó tanto a su madre... De las dos, Carla era la que más se parecía a ella. Si no fuera porque su cabello era más claro que el de Susanna, podrían ser un calco la una de la otra.

—Ya voy, no hace falta que grites tanto.

—¿Estás lista? —No quiso darle mayor importancia a su manera de responder; lo achacó a los nervios típicos del primer día de clase.

Detrás de ella estaba Susanna que, sin emitir sonido, vocalizó «la regla». Asintió con disimulo y frunció el ceño; ahora entendía el porqué del mal humor que tenía esa mañana. Igualita a su madre, pensó.

Susanna se despidió de ellas hasta la hora de la comida. Andreu, en el momento de cerrar la puerta, sin mirarla, le dijo un «enseguida vuelvo». Se notaba que aún estaba molesto, a saber por qué.

Cuando regresó una hora después, la casa estaba en silencio. Se imaginó que Susanna, aprovechando que estaba sola, se habría acostado, pero la puerta de su dormitorio estaba abierta y la cama vacía. Caminó de vuelta hasta la terraza del salón; sin embargo, tampoco estaba allí. No podría estar en más sitios que en el cuarto de baño. Se acercó y pegándose a la puerta aguzó el oído para intentar escuchar del otro lado. Sí, estaba ahí y por el sonido se estaba duchando.

Mientras seguía corriendo el agua, para permanecer cerca, ya que era la primera vez que se duchaba sola y bien podría necesitar ayuda, aprovechó y entró en el dormitorio de las niñas. Comprobó que Natalia había dejado la cama hecha; en cambio, Carla no. Ni siquiera había recogido la ropa que permanecía desperdigada por el suelo. Más que enfadarse, le resultó extraña esa manera de actuar tan poco propia de ella. Desde pequeña había sido una niña responsable y ordenada y el caos de su habitación no era normal. Tampoco lo era que hablase mal a su hermana; discutían como todos los hermanos, pero solía ser Natalia quien demostraba tener peor genio. Ni que a él le respondiera de una manera tan brusca como lo había hecho esa mañana. Hablaría con ella, porque estaba claro que algo le pasaba y aprovecharía para hacerlo al día siguiente, cuando estuviesen solos, ya que tenía que dejar a Natalia en casa de una amiga que celebraba su cumpleaños.

La puerta del baño se abrió y Susanna salió vestida con un vestido veraniego con el que seguía mostrando las piernas hasta más arriba de medio muslo y, por lo que pudo apreciar cuando subió la mirada, no se había puesto sujetador. «Mierda», masculló para sus adentros. Aunque la suerte quiso que se distrajera al ver de qué manera se había recogido el cabello: lo llevaba cubierto por una ancha cinta, nada habitual en ella.

Susanna, al ver hacia dónde se dirigía su mirada, le explicó:

—Tengo calor.

No dijo nada. Tan solo asintió y se fue a la cocina. A los pocos segundos regresó de nuevo cargando con una de las sillas. La dejó en el baño frente al lavabo. Sacó dos toallas limpias y las dejó sobre la encimera. Susanna, al ver sus intenciones, sintió cómo se le encendían las mejillas.

—Siéntate, por favor.

Le iba a lavar la cabeza, claro. Cómo no se había dado cuenta de que no podía engañarlo. Iba a negarse, no porque le diera vergüenza que viera lo sucio que llevaba el pelo, sino porque le traía recuerdos de las decenas de veces que había hecho lo mismo, solo que en aquellas ocasiones era cuando, tras hacer desesperadamente el amor, entraban en la ducha y se lavaban el uno al otro.

De haber podido negarse lo habría hecho, pero estaba sola y lo cierto es que no podía

pasar un día más con el pelo en ese estado.

Se sentó y esperó paciente, hasta que Andreu sacó del armario del baño un bote de champú y un tarro de mascarilla.

¡Qué casualidad!, pensó al verlos, ya que eran los mismos productos que usaba ella. Seguramente su madre los habría puesto allí, porque Hugo solo recordaba el que usaba Marcos y con suerte el de sus tres hijos. Puso los ojos en blanco al recordar la cara de bobo de su hermano cuando su marido estaba cerca.

—Si quema, dímelo.

Echó la cabeza hacia atrás cuando del grifo extensible comenzó a salir agua. Andreu le retiró la cinta del pelo, aunque antes de comenzar a mojarlo tuvo una duda.

—¿Debería quitar el apósito? No estoy muy seguro de si se puede mojar la herida.

—Puedes mojarla y lavarla.

—¿Con champú?

—Con lo que quieras. La herida ya está cerrada.

—Está bien.

Con destreza fue levantando el adhesivo por los lados hasta que llegó a la zona donde comenzaba la gasa. Se aseguró de que esta no se había pegado a la piel antes de retirarla con soltura.

—Ya está —se dijo más para sí mismo que para que lo escuchara Susanna, aunque lo hizo. Como también lo escuchó cuando inspiró con fuerza el aire por la nariz al ver el tamaño de la herida, porque, aunque en el informe especificaba con todo lujo de detalles, entre otras cosas, los centímetros que medía, a Andreu le pareció mucho más grande ahora que podía verla.

—¿Cómo lo ves?

—Creo que bien, pero no estoy seguro.

—Haz una foto para que pueda verla.

Sacó el teléfono del bolsillo de los pantalones y tras immortalizar el resultado de la violencia de Pau se la mostró. Susanna, al ver la brecha, evitó trasladarse al momento en que lo vio con el rodillo de la cocina en una de sus manos y supo que iba a golpearla con él. En su lugar se fijó con ojo crítico en la destreza del médico. Las suturas eran casi imperceptibles y la cicatriz que le dejaría, gracias a sus expertas manos, apenas se notaría.

—Vaya —murmuró—. Ha quedado muy bien.

Andreu intentó ver a través de la pantalla del teléfono lo mismo que estaba viendo Susanna, pero, a diferencia de ella, solo podía ver una herida que no debía de estar allí. No entendía cómo Susanna podía estar analizando la cura que le habían hecho; sin

embargo, cuando apartó la mirada y la fijó en su cabeza, la vio temblar.

Con reservas por si le rechazaba, pero decidido a hacerle saber que estaba allí, posó una de sus manos encima de la que sujetaba el teléfono y la apretó suavemente. Susanna ante ese contacto inspiró despacio.

—Estoy bien —susurró.

Ya lo sabía, pero no le bastaba con eso, porque quería verla brillar de nuevo. Quería ver a la Susanna de hacía años; la que tenía sueños y luchaba por ellos; la que reía con demasiada facilidad; la que era feliz. Y para empezar le lavaría el pelo. Sin duda no era un gran paso, pero sí un inicio para que se sintiera mejor.

Soltó su mano y comprobó que la temperatura del agua fuera la adecuada; ni demasiado caliente, ni demasiado fría. Recogió el pelo en una coleta y lo colocó extendido dentro del lavabo, pero al tocarlo volvió a revivir cada una de las ocasiones en que los dos se habían encontrado en esa misma situación: ella relajada mientras él le lavaba el pelo, o ella dormida entre sus brazos tras hacer el amor y él acariciando sus mechones y sintiendo el cosquilleo que le producía el sedoso tacto entre los dedos.

Se dejó llevar cuando primero comenzó por mojar las puntas y se aseguró de que quedaban bien empapadas antes de seguir humedeciendo toda la longitud de su cabello. Para cuando el agua caliente mojó el cuero cabelludo, Susanna gimió de placer para sus adentros, y no solo por el agua templada. Los dedos de Andreu se paseaban despacio peinando los mechones. Hacía tanto que no se sentía tan bien. Y es que las manos de Andreu siempre habían hecho magia en ella; eran capaces, con solo rozarla, de revertir un día de mierda en uno especial.

Cada vez que la tocaba, cada vez que la acariciaba, Susanna se volvía de barro para que Andreu pudiese moldearla. Después de él, nunca había vuelto a experimentar ninguna de esas emociones, porque nadie era él.

—¿Cuándo te quitan los puntos? —preguntó más por regresar al presente que porque no lo supiera; lo tenía apuntado en la agenda.

—Pasado mañana. —La voz, sin pretenderlo, sonó como un ronroneo y Andreu, por inercia, clavó la yema de los dedos en el cuero cabelludo. Esta vez, de la boca entreabierta de Susanna salió un jadeo que Andreu gestionó como pudo, hasta que desde su posición vio cómo apretaba los muslos y se removió inquieto.

Esas manos... Susanna no podía pasar por alto, que eran las que la estaban tocando, las mismas que le habían acariciado y le habían enseñado lo que podían hacer en su cuerpo. Con las que había experimentado un deseo descarnado, los orgasmos más increíbles y la ternura más sincera.

Tuvo que apretar los muslos ante las primeras contracciones de su vagina. Ese era el

efecto que Andreu tenía sobre ella y por el que ambos llevaban inútilmente luchando para evitarlo desde hacía tantos años.

Las manos de Andreu bajaron hasta cernirse en su cuello. En respuesta a la presión en su carne, los pezones de Susanna se fruncieron y el liviano vestido al contacto con los sensibilizados pechos comenzaba a resultarle incómodo.

A su espalda, Andreu, testigo de su reacción, inspiró con fuerza, y a ella la piel se le erizó al escucharlo, porque, aunque no podía verlo, era consciente de la tensión sexual que se podía respirar entre ellos. Era imposible ignorarla, era absurdo obviar que la química entre ellos siempre acababa haciendo acto de presencia, aun en las circunstancias más inverosímiles.

Por más que lo habían intentado, nunca habían podido ponerle freno y en ese momento tampoco lo hicieron.

Fue Andreu quien, ante el magnetismo de su cuerpo femenino, de dos pasos se arrodilló delante de ella, le levantó el vestido y hundió la boca por encima de la tela de su ropa interior.

Susanna, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, gimió al sentir el calor de su aliento en su sexo.

—Abre las piernas.

No dudó en obedecer; las abrió hasta que Andreu agarró los muslos y comenzó a acariciarlos mientras mordisqueaba su monte de Venus.

Estaba loco por probarla y no iba a tardar en hacerlo, porque llevaba demasiados días teniéndola cerca, oliendo su piel, escuchando su voz. Porque la deseaba a todas horas.

Apartó a un lado las bragas y se recreó mirando su sexo libre de vello, al que conocía tan bien que sabía cómo provocarlo para aumentar el deseo.

Sopló, recibiendo en respuesta los gemidos de Susanna; pasó la lengua, saboreando cada pliegue, recreándose en su sabor único, pero necesitaba más. Las caricias sobre el muslo cambiaron de dirección, esta vez en sentido descendente, hacia la pantorrilla. Masajeó el gemelo y continuó bajando hasta llegar al tobillo. Susanna elevó el pie y con su ayuda lo dejó sobre su hombro.

—Más —le pidió.

Apenas la miró al rostro que seguía inclinado hacia atrás, porque lo único que quería de ella era escuchar cómo le suplicaba y se rompía al llegar al clímax mientras gritaba su nombre. Tanteó a ciegas el armario que había debajo del lavabo hasta que dio con el cajón del que sacó unas tijeras.

Con ellas en la mano, tiró de la ropa interior y la cortó de los lados.

—Ahora sí —gimió al sentir su vagina expuesta. Andreu, aunque la escuchó, no dijo

nada, porque en cuanto la braga cayó, volcó la boca en el sexo desnudo.

No fue despacio, ni delicado; su intención era dar y recibir lo que necesitaban, pero sin implicarse ni exponerse en exceso. Tan solo sexo; un polvo rápido que lo calmara lo suficiente para poder seguir compartiendo casa con ella.

La abrió con dedos firmes para facilitar el poder lamer toda la longitud de la vagina. Paseó la lengua ejerciendo presión en los puntos concretos. En algunos momentos usaba los labios para absorber el clítoris; en otros, los dedos que tanteaban la entrada. Jugó con ella, la provocó y la excitó mientras se preparaba para la gran explosión.

Cuando Susanna tensó los muslos, no solo aumentó la velocidad de la lengua, sino que también la masturbó introduciendo tres dedos en su interior hasta que, como él esperaba, ella se rompió. Y entonces se llenó los oídos de un prolongado gemido, lo mismo que de su manera de sollozar. Tan solo le faltaba lo que más ansiaba y Susanna no le defraudó: tras un agudo quejido pudo volver a escuchar su nombre saliendo de sus labios.

Capítulo catorce

Desde que había tomado la decisión de no interponerse en el prometedor futuro de Andreu, Susanna tuvo claro que haría ese viaje porque necesitaba asegurarse de que la creía y porque quería verlo una última vez antes de despedirse del amor de su vida. Pero cuando fue a sacar los billetes de ida y vuelta, lo hizo tras haber pasado horas debatiéndose en cómo hacerlo.

Si hacía caso a su corazón, pasaría con él los dos meses apurando hasta el último segundo para estar a su lado, pero si obedecía a su cabeza, tenía que estar allí el menor tiempo posible, porque prolongar el dolor que les iba a ocasionar a ambos y la inevitable agonía era cruel e innecesario.

Al final ganó la sensatez y sacó el billete de ida para el veinticinco de junio y el de vuelta para tan solo veinticuatro horas después de su llegada a Estados Unidos.

Fue un viaje tan difícil y triste como Susanna imaginó que sería. De nada le sirvió toda la preparación mental desde que empezó a poner en práctica lo único que sabía que daría resultado: fingir que ya no sentía por él lo mismo que antes y convencerlo de que la distancia había cambiado las cosas entre ellos. Ese fue el recurso que se le ocurrió para que Andreu continuara adelante.

Pero su actuación no fue fácil. Durante el único día que pasó allí, luchó por mantenerse firme, aunque flaqueó y estuvo a punto de dejarse arrastrar en demasiadas ocasiones. Sin embargo, cuando le fallaban las fuerzas, veía la vida que Andreu tenía en América, con la que, a esas alturas, estaba integrado, y pensaba en su brillante futuro y en todo lo que perdería si le pedía que regresara a España con ella. Un futuro demasiado importante para que su postura fuera inamovible.

Aquel corto viaje la dejó tan rota que sabía que le iba a costar mucho recuperarse. Sin embargo, no podía hacer otra cosa para evitar que Andreu tirara por la borda todo su futuro, porque, a sus veinte años, Susanna no sabía enfrentar la situación de otra manera. Tampoco tenía la madurez suficiente para entender que lo suyo estaba destinado a sobrevivir por más kilómetros que los separaran, por más años que pasaran sin verse, e hizo lo peor que podía haber hecho, aunque en aquel entonces estaba convencida de su decisión.

Ya desde que lo vio en el aeropuerto, esperándola con las manos metidas en los bolsillos y apoyado contra una pared, supo que lo iba a destrozar. Su rostro estaba apagado, al igual que sus ojos, que no tenían el brillo que solían desprender, y bajo ellos resaltaba el color violáceo de unas ojeras marcadas producto de la falta de sueño.

Los dos acortaron la distancia que los separaba, él con la mirada puesta en su rostro, Susanna... Susanna mirándolo sin querer verlo, porque dolía demasiado.

Ninguno supo cómo comenzar ese saludo, al final fue Andreu quien le besó la mejilla y dejó los labios allí mientras la apresaba entre sus brazos. Aunque al sentir su frialdad, bajó hasta el fino cuello y, antes de apartarse, susurró a la altura de su oído: «No lo hagas, Su, por favor». Porque Andreu, hasta su llegada, aún esperaba que pudieran solucionar lo que estuviese ocurriéndoles, pero en cuanto la vio aparecer en la terminal supo que se había equivocado en su suposición; Susanna llegaba con la firme decisión de romper su relación.

De nada sirvió que durante las escasas veinticuatro horas que permaneció en Estados Unidos intentara hacerle ver que solo serían unos pocos años, que él regresaría a buscarla y que entonces podrían continuar con su historia de amor, porque aquel no era el problema; ella ya no sentía lo que debía sentir.

Saberlo lo dejó muy confundido, porque no entendía cómo de frágil era su amor por él cuando, a la primera de cambio, dejaba de amarlo. No, no era posible que fuera cierto cuando él no sabía vivir sin ella.

Pero cuando le preguntaba si aún lo quería, ella no le respondía; lo único que le decía era lo mismo una y otra vez: que no sentía lo que debía sentir.

Para Andreu, aquel día, fue un punto y aparte. Fueron horas difíciles donde durmieron poco y conversaron mucho, donde no se dejaron nada por decir, excepto lo que Andreu buscaba: un «ya no te quiero» por parte de Susanna que no llegó.

Y cuando el día siguiente llegó, y Andreu cerró la puerta del piso, se les acabaron las palabras. Mantuvieron silencio durante el trayecto en taxi y cuando llegaron al aeropuerto.

Tampoco se dijeron nada cuando dieron el aviso de embarcar, ni cuando Andreu, cargando con la maleta, la acompañó hasta que una azafata de tierra le impidió avanzar más. Él, entonces, entrelazó sus manos que permanecieron unidas hasta que lo obligaron a soltarla.

—Señorita, tiene que embarcar.

Frente a frente, Susanna se puso de puntillas y le dejó un breve y suave beso en la mejilla. Él la envolvió entre sus brazos hasta que un nuevo aviso de la azafata le obligó a soltarla. Pero cuando Susanna lo miró una última vez antes de girarse para atravesar el

control de pasajeros y la vio alejarse por el largo pasillo, lo entendió: Susanna le había mentido. Por alguna razón le estaba mintiendo. Le quería, claro que le quería.

Nadie miraba como le había mirado ella si no lo quisiera. Sintió cómo se le desbocaba el corazón al volver a tener esperanza en ellos dos.

Susanna caminó con un nudo en la garganta durante el largo pasillo, pero cuando apenas le faltaban un par de metros para cruzar las puertas automáticas, escuchó a su espalda la voz elevada de Andreu:

—Regresaré contigo, te lo prometo.

Habían pasado tres semanas desde su regreso y Susanna permanecía desde entonces encerrada en su dormitorio. Tan solo salía para mal comer y evitar así preocupar más a su madre; el resto del tiempo lo pasaba en la cama, llorando mucho y dormitando a ratos.

Sabía que había hecho lo correcto al anteponer el futuro profesional de Andreu a lo que tenían; sin embargo, no significaba que haber obrado bien no doliera, porque lo hacía, y mucho.

Cuando pensaba en su futuro, lo que veía era que no se imaginaba la vida sin él, que el vacío que le dejaba no podría ocuparlo nadie más, porque estaba segura de que se podía amar más de una vez, pero con la intensidad con que lo amaba a él, no. Andreu se había ganado el puesto de honor en su corazón: el del amor de su vida.

Con el inicio en septiembre del nuevo curso universitario, Susanna volvió a sus estudios. Aquella rutina conseguía que mantuviera la mente ocupada, aunque en los pocos descansos que tenía volvía una y otra vez a él. Lo veía en la cafetería y en el aula magna.

Podía verlo sonreírle ante la parada del autobús o esperándola en el paseo marítimo. Podía olerlo y escuchar su respiración a su espalda durante la noche. Podía oírlo susurrándole aquella canción que le había cantado tantas veces.

Como no podía ser de otro modo, el duelo por la ruptura comenzaba a pasarle factura tanto física como emocionalmente. Había perdido varios kilos y su concentración era apenas inexistente y el mejor ejemplo de lo distraída que estaba ocurrió la mañana que tenía práctica clínica.

Se había preparado para ese día. Buscó información sobre patologías, pruebas diagnósticas, abordajes... Estudió cada órgano y se planteó posibles diagnósticos frente a cada sintomatología. Sin embargo, cuando se vio delante del «paciente» y el profesor le hizo una pregunta, le pilló desprevenida y no supo responder. Al finalizar la clase, el docente la llamó a su despacho. Cuando media hora después lo abandonó, había

aprendido dos cosas: que, una vez puesto el uniforme, los problemas personales quedaban relegados a un segundo lugar, y que, o lo ponía en práctica, o nunca sería un buen médico.

Con la sensación nada agradable de que le acababan de echar la bronca por primera vez en su vida, se deshizo de la bata blanca. Una vez en el exterior, en lugar de caminar hacia la boca del metro, lo hizo en dirección a la playa. No le apetecía pasar la tarde encerrada en su casa; necesitaba respirar porque llevaba meses sintiendo que se ahogaba.

Anduvo un par de kilómetros sin ser consciente de que lo hacía. Tampoco iba prestando atención a las distintas calles por las que iba pasando, pero al hacerlo frente a la tienda en la que tantas tardes se había detenido con Andreu a comprar palomitas, entró y compró un paquete. Al salir, no se dio cuenta de que un hombre entraba en ese momento y chocó irremediablemente contra él.

—Perdón, no le había visto.

—No te preocupes —le respondió el desconocido—, yo tampoco iba pendiente. Esto... ¿Blancanieves?

Al mirarlo no lo reconoció, ya que habían pasado algunos años desde que dejó de verlo, pero sí recordaba que solo una persona la llamaba así.

—¡Pau!

—El mismo. —Sonrió—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí? ¿Es que acaso trabajas cerca?

—Qué va. Venía paseando y he entrado a comprar palomitas.

—¿Y te vas a comer tú sola ese paquete?

—No, la mayoría son para los peces. —Señaló con la cabeza hacia la costa.

—Eh... —Dudó por si estaría siendo demasiado impulsivo; sin embargo, hacía años que no la veía y no sabía si iba a tener la oportunidad de hacerlo de nuevo, así que decidió jugársela—. ¿Estás sola? Si quieres puedo acompañarte.

Prefería estar sola y su lenguaje corporal debió dejárselo claro, porque no tardó en proponerle otro plan.

—Hagamos una cosa, te invito a un café aquí mismo —dijo señalando una mesa vacía que había en la terraza—, y me cuentas qué ha sido de tu vida estos años. Después, te cuento yo la mía y nos despedimos hasta la siguiente vez que nos veamos. Estoy seguro de que es el mejor plan que podrías tener hoy.

En eso Pau se equivocaba, ya que no tenía ningún plan más que el de seguir hundida dentro de su miserable vida. Quizá, hablar con un antiguo compañero de trabajo le vendría bien. Además, Pau siempre le pareció un hombre afable y muy divertido. Con suerte podría pasar un rato sin pensar en Andreu.

—Acepto.

—Estupendo. —Le dedicó una espléndida sonrisa—. No te muevas, voy a pedir algo de beber.

Entró al local antes de que Susanna cambiara de idea, aunque nada más hacerlo salió de nuevo.

—Verás —dijo ante una Susanna impresionada por ver lo rápido que había regresado—, estaba pensando que si me dices qué quieres tomar podría pedirlo.

—Ya me parecía a mí que te ibas demasiado rápido. Pídeme un zumo de melocotón.

Se rio ante la expresión de su cara: los ojos abiertos de par en par y la boca abierta formando una «o» perfecta.

—¿Nunca has probado el zumo de melocotón? Está muy bueno.

—Creo que dejé de tomarlo cuando cumplí cinco años.

—Pues tú te lo pierdes.

—Estoy seguro. Ahora vuelvo.

La terraza no estaba mal situada, desde allí tenía una magnífica vista de la playa de la Barceloneta que, por suerte, no estaba atestada de gente. Los veraneantes de septiembre eran mucho menos numerosos que los de los dos meses anteriores y para los barceloneses era un alivio, porque por fin podían pasear por sus calles y disfrutar de una ciudad en la que era imposible permanecer en época estival.

—Un zumo de melocotón para la señorita. —Frente a ella dejó un vaso y la botella.

—Gracias. —Rompió a reír al ver que él también se había pedido otro zumo.

—No tengo perdón, lo sé. —Desde su posición, sentado frente a ella, se acercó para hablarle como si le fuera a contar un secreto—. Tengo que confesarte algo muy importante. Acabo de perder el respeto y la admiración que me había granjeado por los locales de esta zona.

—¿Por un zumo?

—¡Por supuesto! —Se echó hacia atrás en su silla—. Es que no es un zumo cualquiera, es de melocotón.

—¿Y qué sueles beber?

—Depende, aunque la cerveza está en la lista de mis cinco mejores bebidas.

—¿Tienes una lista?

—Claro, todo el mundo tiene una. No me digas que tú no la tienes.

—Pues que yo sepa no.

—Eso tenemos que remediarlo. Veamos, dime por orden de preferencias tus comidas favoritas.

—¿En serio?

—No verás que me ría. Claro que es en serio. De hecho, es una de las cosas más serias que tendrás que hacer en tu vida. Venga, elaboraremos tu primera lista.

Decidió seguirle el juego. Hacía tiempo que no reía y lo necesitaba.

—La paella.

—Buena elección, pero debes decir cómo te gusta.

—¡Es verdad! Qué tonta.

—No seas tan dura contigo misma, no olvides que es tu primera lista.

—La paella de marisco.

—Anotada. Otra más. —Le hizo un gesto con la mano para animarla a continuar.

—La lasaña de verdura.

—Entra dentro de mis comidas favoritas.

—El pescado cocinado de todas las maneras.

—Puff, no. Definitivamente, no me gusta el pescado.

—La macedonia de frutas.

—¿Tiene que llevar melocotón?

—No necesariamente, pero piña, nunca.

—Está bien, continua.

—Las lentejas.

—A mí las judías blancas.

—Y por último, y no por ello menos delicioso, las croquetas con cualquier ingrediente dentro. ¡Acabé!

—¡¡Enhorabuena!! Acabas de hacer tu primera lista y eso merece una celebración. — Levantó su vaso lleno de zumo para brindar y Susanna al verlo hizo lo mismo.

Chocaron sutilmente los vasos y bebieron; ella un par de tragos, él vació el vaso.

—Te invito a pasear por la playa. Y antes de negarte piensa en mi reputación, o al menos en la poca que me queda después de pedir un zumo.

—Qué cara tienes. —Rio ante su descaro—. Ni que te hubiera obligado a pedirlo.

—El tuyo, sí. —Le sonrió.

Aceptó y bajaron hasta la costa. Pau se descalzó antes de acabar de atravesar la pasarela de madera y la invitó a hacer lo mismo. Susanna se deshizo de las zapatillas de tela que llevaba y se unió a él que la esperaba contemplando el horizonte.

—Esta es la única hora en la que puedo venir a la playa y me gusta porque apenas hay gente. —Le impresionó ver la seriedad en su rostro y la solemnidad con que pronunció la frase.

—Yo también prefiero venir al atardecer.

—Ya tenemos dos cosas en común, Blancanieves. —Le sonrió mostrando una

dentadura perfecta.

Caminaron por la orilla cerca del agua, tanto, que tuvieron que saltar cada vez que las olas intentaban romper en sus pies. Hablaron y se pusieron al día de sus vidas. Susanna le contó sobre sus estudios y su trabajo dando clases particulares. Pau lo hizo de su trabajo en el restaurante, del que ahora era ayudante del cocinero jefe.

Pasaron dos horas en las que Susanna se relajó, rio y en las que no tuvo en la mente a Andreu, ya que Pau era tan intenso que no dejaba espacio para nada más en su cabeza. Cuando llegó a su casa ya era de noche y por primera vez se sintió desfallecer de hambre. Cenó como hacía semanas que no hacía ante la mirada aprobatoria de su madre, que respiró pensando que su hija comenzaba a remontar.

Al día siguiente, al despertar y salir de la cama, lo hizo descansada y con energías renovadas, señal de que había tenido un sueño reparador que tanta falta le hacía.

No volvió a ver a Pau hasta después de dos semanas. Fue una mañana, al salir de la facultad, que se lo encontró apoyado contra un coche en el parquin del campus.

—Buenas tardes, Blancanieves. Sube, que te llevo al hospital.

—¿Cómo sabes...?

Él elevó una ceja y le mostró una sonrisa ladeada que a Susanna le recordó al típico protagonista canalla de muchas de las novelas que leía.

De hecho, era igual a las descripciones que hacían las autoras sobre ellos: hombres altos, fuertes, guapos a rabiar, de ojos claros y sonrisa brillante, desenvueltos en carácter y de fácil palabra.

Hombres que hacían girar cabezas a su paso, como ocurría en ese momento, que cada chica con la que se cruzaba lo miraba embobada.

—Venga, Blancanieves, o llegarás tarde.

Tuvo que reconocer que, a pesar de la sorpresa inicial, le vino bien su aparición, ya que ese día pudo comer algo más que un bocadillo con prisa. Pau se encargó de que lo hiciera en un restaurante muy cerca del hospital al que tenía que acudir a hacer su servicio de voluntariado. Cuando entraron al local, Susanna volvió a sorprenderse, ya que tenían una mesa reservada para los dos.

—¿Cómo sabías que hoy tenía voluntariado? —Le mataba la curiosidad, aunque aguantó hasta los postres para preguntárselo.

—Tú me lo dijiste.

Era cierto. El día de la playa, cuando le explicó qué era lo que estudiaba, no solo le contó eso, sino que ante el interés que demostró Pau, cuando este le preguntó por su

rutina, le detalló su horario semanal. Pensó que era de agradecer que le hubiera prestado tanta atención como para quedarse con un horario que a veces ni ella misma conocía.

—Y ¿has venido para invitarme a comer o es que te pillaba de paso?

—¡Me ofendes! —exclamó colocando una mano en su pecho y la otra en la frente—. ¡Por supuesto que he venido a invitarte a comer! Y también —añadió, torciendo el gesto de una manera muy cómica— cerca de aquí tenemos un proveedor de verduras al que vengo a ver todas las semanas para elegir las más frescas.

No solo le gustó su franqueza, sino el que se hubiera acordado de ella y hubiera perdido el tiempo en invitarla a comer.

En el momento de pagar la cuenta, Pau cogió la nota de la bandeja que les acababa de dejar el camarero sin darle posibilidad a ella de que pagara, al menos, su parte. Sin embargo, en vez de dejar el dinero junto a la nota esperando que viniesen a cobrar como era habitual, se levantó y fue hacia la barra. Susanna, que no tenía nada mejor que hacer, lo siguió con la mirada y de paso lo observó de espaldas. Como diría la madre de una de sus amigas, tenía buena percha: alto, cuerpo estilizado, andar elegante y seguro.

Podría haber supuesto que era un hijo de papá, de no haber sabido que trabajaba en un restaurante; la ropa que llevaba, todos sus gestos, su manera de expresarse, hasta en su manera de comer se notaba que tenía clase.

Una de las manos de Pau desapareció dentro del bolsillo trasero de los pantalones que llevaba, e imaginó que iba a coger la cartera, pero en su lugar sacó un pequeño paquete envuelto en un papel blanco que encerró dentro de su puño y Esperó hasta que la cabeza de un hombre asomó por una puerta que debía de dar a las cocinas y le hizo un gesto a Pau.

Este de inmediato asintió con disimulo y ambos hombres se tendieron la mano, sin ser conscientes de que Susanna no dejaba de observar la escena y de que se fijaría en que Pau para saludar utilizó la mano que encerraba el paquete. Tampoco cayeron en que, tras acabar el saludo, el envoltorio había pasado a la mano del otro hombre.

Susanna frunció el ceño ante lo que acababa de ver y, dada su naturaleza, en cuanto Pau regresó a su lado le preguntó por lo ocurrido:

—Era droga.

Ante la cara de ella rompió a reír.

—No, mujer, tranquila. Roger es un buen amigo de tu exjefe, el dueño del restaurante en el que trabajaste. Suelo servirle de chico de los recados y de intermediario cada vez que alguno de los dos ha conseguido, a saber dónde, alguna trufa. El paquete contenía eso, trufa molida.

—Pero no has llegado a pagar nuestra cuenta.

—No. Soy cliente habitual. —Se encogió de hombros—. Pago una vez al mes, pero eso el camarero no lo sabe. ¿Satisfecha, Blancanieves?

—De momento.

Lo dijo tan seria que le costó darse cuenta de que le estaba tomando el pelo, cuando lo hizo rompió a reír.

Pasó otra semana más hasta que apareció en el mismo sitio de la vez anterior, y de nuevo comieron juntos en el mismo restaurante en el que también tenía mesa reservada.

La misma escena con los mismos protagonistas, solo que esa vez, antes de despedirse, Pau le entregó un trozo de papel en el que venía anotado un número de teléfono, el suyo.

—Guárdatelo, mañana no podré venir y así me cuentas cómo te ha ido el examen.

Aquel día, al llegar a su casa, fue a darse una ducha. Mientras se quitaba la ropa, de uno de los bolsillos del pantalón cayó al suelo un papel doblado. Lo abrió y vio que era el que le había dado Pau con su número de teléfono.

Lo dejó sobre la encimera del lavabo con la idea de guardarlo dentro de la agenda de su teléfono antes de acostarse.

Pasó octubre, noviembre y parte de diciembre.

El calendario marcaba el día quince y Susanna, con cada día que acababa, se sentía más nerviosa. Quedaba poco para la Navidad y volvería a ver a Andreu.

Andreu.

Lo único que había sabido de él desde su regreso de Massachusetts había sido a través de una carta que le envió el siete de noviembre por su cumpleaños y que Susanna había leído tantas veces que se la sabía de memoria.

Hola,

Qué extraño se me hace escribirte cuando no sé ni cómo comenzar esta carta. ¿Querida? ¿Mi amor? Se me ocurren tantas maneras, pero ninguna acorde a la situación que quieres que tengamos. He pensado que quizá debería llamarte «amiga», sí, ese podría ser el término. No es así como te siento, porque, a pesar de tu confesión y de que tendría que hacerme a la idea de que te he perdido, no soy capaz de hacerlo. Y es que te extraño tanto, Susanna. Te quiero tanto, que esto no tiene sentido, que no merece la pena un brillante futuro si no estás conmigo. Sé que lo que debo de hacer es coger el primer avión y regresar a España, de donde nunca tendría que haber salido, porque de ese modo tú y yo seguiríamos juntos. Pero no sé si eso es lo que tú quieres que haga. Ayúdame, por favor. Tan solo dime si aún me quieres y mañana mismo regreso a tu lado.

P. D.: Espero haber calculado bien y que esta carta haya llegado a tiempo para felicitarte en el día de tu cumpleaños. No te olvido.

Andreu

No le respondió de inmediato, porque estaba tan enfadada con el mundo que, de haberlo hecho, se hubiese arrepentido. Se sentía perdida, sin saber qué hacer al respecto, y es que la lejanía de Andreu le dolía más de lo que quería hacerse creer a ella misma. Pero no podía dejar que regresara y menos por ella, porque tarde o temprano se arrepentiría de su decisión y eso, sí los destrozaría como pareja.

Y aunque era cierto que Andreu tenía un futuro asegurado en España en la empresa familiar, sus capacidades estaban demostrando que valía para mucho más. Su preparación y, sobre todo, su esfuerzo, estaban destinados para un futuro mucho más brillante y prometedor.

Ella sentía el peso de su relación sobre sus hombros, de ella dependía que dejaran de sufrir estando separados, y le parecía injusto que Andreu no se diera cuenta de lo que estaba haciendo por él, de la oportunidad que le estaba brindando y del sacrificio que significaba para ella perderlo, porque seguía sintiendo que sin él nunca volvería a encontrar la paz y el amor en una pareja.

Tardó tres días en escribirle, pero cuando lo hizo fue a través de un correo electrónico:

De: SCP@gmail.com

Para: Andyf@gmail.com

Asunto: Hola, Andreu.

Recibí tu carta y, aunque sé que no es la manera de decírtelo ni la que te mereces, debo contarte algo antes de que abandones todo.

He conocido a alguien.

Capítulo quince

La frialdad de Andreu durante y después del sexo dolía y mucho. Y cada vez era igual. En cuanto él desaparecía, ella sentía su ausencia como si le quedara un vacío en su interior, como si cada vez que tenían sexo le arrancaran un pedazo de una vida que hacía mucho que dejó de estar completa. Pero resistirse, negarse a ella misma que lo deseaba, era tarea imposible.

Llevaban muchos años, que pese al tiempo que hacía que no eran pareja, la química que siempre tuvieron permanecía inalterable entre ellos. Ninguno de los dos, al parecer, podía evitar que en cada ocasión en la que coincidían en un mismo espacio acabasen manteniendo relaciones, pero Susanna no había logrado acostumbrarse a ese distanciamiento que se había autoimpuesto hacia ella. Todavía podía recordar la forma que tenía de mirarla cuando hacían el amor, de qué bonita manera la tomaba entre sus brazos, y las palabras susurradas al oído mientras la amaba.

Había veces en que le venían esos recuerdos en los momentos menos inesperados y de nuevo volvía a tener las mismas sensaciones e, incluso, le llegaba su olor, esa mezcla a madera de sándalo y flores del campo.

Llegaba a dolerle la piel de lo sensible y necesitada que se volvía por unas caricias que solo él había sabido dejar sobre su cuerpo. Y aunque cada vez se prometía a sí misma que iba a ser la última, volvía a recaer como una imbécil.

Susanna se miró al espejo; al menos esa vez, antes de alejarse como si quemara, le había lavado el pelo, se dijo para sí.

No habían intercambiado ni una sola palabra; lo mismo de siempre. La única diferencia fue que cuando Andreu la satisfizo, en vez de salir huyendo, se incorporó con una importante erección y siguió lavándole el cabello como si nada hubiese ocurrido entre ellos hacía solo unos segundos.

Suponía, por la hora que era y por el tiempo que hacía que escuchó el sonido de la puerta al cerrarse, que estaba sola en la casa, porque Andreu habría ido a recoger a las niñas al colegio. Acabó de atusarse el cabello y abandonó el baño; aprovecharía que estaba sola para hablar con su madre. Pero cuando cogió el teléfono, vio que tenía una llamada perdida de su hermana y un mensaje que le había dejado hacía escasos minutos.

Gemma:

Holisss. Mañana regresamos. El doctor buenorro ha decidido acortar nuestro viaje para pasar unos días con vosotras en Barcelona ¿A qué es un amor? No prepares comida ni cama, nos instalaremos en casa de mamá.

Estoy deseando enseñarte las mil y una fotos que hemos hecho.

Te quiero.

La única que faltaba por saber las últimas novedades, su hermana pequeña, y a la que sabía que más le iba a afectar todo lo ocurrido por no haber podido estar a su lado.

Regresó al baño y volvió a mirarse al espejo. En su rostro aún seguían impresas las huellas de la agresión.

—¡Mami!

Cerró los ojos unos segundos y se enjugó las lágrimas antes de responder.

—Estoy en el baño.

—Mami, no tienes idea de con quién me ha tocado este año en clase. —Natalia no perdió el tiempo; mientras le contaba los últimos acontecimientos, se sentó en el váter—. Me venía haciendo muchísimo pis —le explicó—. Pues ¡Blanca está en mi clase! Mami, no me lo podía creer cuando la he visto sentada en la clase. Por supuesto, me he sentado con ella y, ¿sabes qué?, la profe nos ha separado y aún no habíamos hablado. No es justo, mami. ¿Tiro de la cadena?

—Sí.

—¿A ti te parece normal eso?

—¿El qué, hija? ¿Que la tutora os conozca a ti y a Blanca? Sí, es normal, sí. Y si estuvieses callada en clase, no te hubiesen separado de ella. Que mira que te gusta hablar.

Natalia se encogió de hombros.

—No lo puedo evitar. Voy a ver qué hay de comida que me muero muchísimo de hambre.

—Enseguida voy yo también, doña muchísimo —le dijo a la nada, ya que su hija pequeña ya había salido corriendo hacia la cocina.

Cuando minutos más tarde hizo su entrada, las dos niñas estaban ayudando a Andreu. Natalia ponía la mesa y Carla estaba junto a él partiendo unos tomates. Se acercó hasta la mayor de sus hijas, a la que besó en la sien.

—¿Cómo te ha ido tu primer día, cariño?

—Normal.

—¿Vuelves a tener a muchos de los profesores del año pasado?

—Algunos.

—Está bien —no insistió, ya que no la veía muy dispuesta a hablar. Esperaría a la tarde, quizás entonces estuviese más receptiva.

En cuanto se sentaron a la mesa, Andreu sirvió los platos y por su gesto Susanna comprobó que seguía molesto.

—¿Esta tarde, después de ir a comprar la lista con el material del cole, podrás acercarme a ver a mis amigas?

La pregunta de Natalia iba dirigida a él, pero cuando fue a responder intervino Carla.

—Voy con vosotros y me dejáis en casa de Ángela.

—Chicas —intervino Susanna—, debéis tener en cuenta que tanto vuestros colegios como vuestros amigos no están en esta zona de la ciudad, de hecho, están bastante lejos. No creo que tengáis que aprovecharos de vuestro tío para que os lleve de un sitio a otro. Es suficiente con que ya lo haga para llevaros y recogeros de clase cada día.

Por supuesto, Andreu no tuvo nada que decir. Aunque a él le diese lo mismo llevarlas de un sitio a otro, era consciente de que no debía contradecirla, por lo que se mantuvo en silencio.

—Yo no tengo la culpa de que vivamos aquí —protestó Carla, ante el asombro de los dos adultos.

—Es cierto —acertó a decir Susanna—, no tienes la culpa, pero Andreu tampoco la tiene —le razonó con calma.

—Pues debería ser él quien decida, ¿no crees? Además, tú no puedes conducir, por lo tanto, a ti qué más te da.

—¡Carla! —exclamó Andreu.

—¡¿Qué?! ¿Es que te vas a poner de su parte?

—Siéntate, Carla, por favor —le pidió Andreu.

—No tengo hambre.

—¡Carla!

—Déjala —le pidió en un susurro Susanna, cuando su hija abandonó la cocina.

Andreu le hizo caso, aunque de buena gana hubiese hecho que se disculpara por sus palabras, pero de nuevo no le correspondía a él hacer nada. Respiró hondo y se levantó para servirle el segundo plato a la pequeña de la casa que, contra todo pronóstico, permanecía en silencio.

El ambiente enrarecido que se había generado no permitía que se mantuviera ninguna conversación. Natalia continuó comiendo y Andreu, a pesar de mantener el ceño fruncido, tampoco dejó de comer. Susanna, en cambio, se limitó a picotear de su plato.

Al acabar el postre, Natalia se marchó a su dormitorio, por lo que los dos adultos se quedaron solos. Mientras Susanna seguía cabizbaja apartando trozos, esta vez de fruta,

Andreu se levantó y comenzó a aclarar los platos que estaban dentro del fregadero.

De espaldas a ella miró por la ventana y dejó escapar el aire de sus pulmones.

—No tenías que haber dejado que se marchara.

Susanna levantó la mirada y la dejó clavada en su espalda. Era la primera vez que se entrometía en la manera que tenía de educar a sus hijas y le sorprendió que lo hiciera.

—No. Sin embargo, lo hice. —En cuanto habló, se dio cuenta de que no estaba siendo justa con él, por lo que suavizó el tono—. Supongo que tengo que darle tiempo para que ponga orden en su cabeza.

—No es motivo para que te hable como lo ha hecho.

—Lo sé —suspiró e intentó ser conciliadora—. Y también sé que se le pasará. Ha habido muchos cambios en su vida y lo que ocurrió... —Carraspeó—. Aparte, no olvidemos que tiene una edad muy mala.

Andreu dejó el trapo sobre la encimera y se giró para encararla.

—Aun así, no deberías permitir que te hable mal.

Tras mirarlo detenidamente, al fin habló:

—¿Se puede saber a ti qué te pasa? Es solo una niña. Y tampoco es que me haya insultado.

—¿Qué me pasa a mí? Qué me pasa a mí —musitó—. Nada, Susanna, no me pasa nada. ¿Contenta?

—Espera. —Lo detuvo cuando salía de la cocina—. ¿Por qué no me dijiste que fuiste a ver a Pau?

No se giró para responderla, ni siquiera la miró. Se limitó a echar la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y a soltar el aire despacio.

—Era algo entre él y yo.

—¡Andreu! —volvió a llamarlo cuando de nuevo intentó irse. Llevaba una semana buscando el momento para hablar con él y no iba a dejar que se marchara sin que lo hubiesen hecho.

—¡Qué quieres, Susanna! Qué quieres que te cuente.

—Quiero que me digas la verdad.

—¿La verdad? Sobre qué. —Su voz denotaba las pocas ganas que tenía de hablar sobre lo que había sucedido.

—La verdad de por qué tuviste que pegar a Pau.

Esa vez sí que se giró y se plantó delante de ella.

—No me lo puedo creer. ¡En serio me estás diciendo que no sabes el porqué! —exclamó enfadado, aunque enseguida bajó el tono y no solo porque las niñas estuviesen en la casa, sino por el dolor que sintió al ver lo poco que lo valoraba—. Nunca dejarás de

sorprenderme —murmuró después de haberse pasado las manos por la cara para serenarse.

—¡Claro que sé el porqué! —Había intentado permanecer tranquila por el bien de los dos, pero que pensara así de ella, que creyera que no lo valoraba cuando si había llegado hasta donde estaba ahora era porque ella..., le desesperó—. Lo que no sé es por qué te arriesgaste a que te denunciara. —Su voz tembló—. ¿Cómo no se te ocurrió pensar en las niñas? ¡O en tu carrera! ¡Por Dios, Andreu! Puedes perderlo todo.

—No sabía que te preocupaba tanto mi trabajo. —Sus palabras desprendían toda la rabia que llevaba dentro—. En cuanto a las niñas..., no vuelvas a insinuar que no pienso en ellas, porque no tienes derecho a quitarme también eso.

—¡Andreu! —exclamó sorprendida.

—¿Qué, Susanna?

Tras unos segundos en que ambos guardaron silencio, Andreu se frotó la cara.

—Joder —murmuró para sí—. Tengo pendiente hablar con ellas —habló mirando al suelo—. Les explicaré lo sucedido y les haré ver que no estuvo bien lo que hice. —Elevó la mirada y la clavó en sus ojos verdes—. Pero también les diré que lo volvería a hacer mil veces si la persona que se suponía que tenía que amarte y cuidarte se atreve a ponerte un dedo encima. ¿Te parece bien o quieres redactarme lo que tengo que decirles? —escupió agotado—. Y ahora, si no quieres saber nada más, voy a llevarlas a casa de sus amigas.

No se movió de donde estaba, permaneció quieta, inerte, mientras los escuchaba a los tres revolotear por la casa, preparándose para irse. Estaba desencajada por el arranque de Andreu y no solo porque le hablara en ese tono, sino por la rabia que destilaban sus palabras.

—Mami —la voz de Natalia al entrar en la cocina la distrajo—, nos vamos. Uy, qué te pasa. ¿Estás bien?

—Claro. —Le sonrió mientras con los dedos le peinaba unos mechones—. Pásatelo bien y obedece a tu tío. Cuando te diga a la hora a la que irá a recogerte, no le hagas esperar.

—Qué síííí. Tú fíate de mí, que seré puntual.

—¡Carla! —llamó a su hija al verla pasar, quien obediente y más apacible fue hacia donde estaba su madre.

—Hasta luego, mami. —Antes de irse, Natalia le dio un beso.

—Carla... Esta noche tú y yo tenemos que hablar, ¿de acuerdo?

Carla asintió.

—Está bien. Obedece a tu tío.

El último en salir fue Andreu, que se limitó a hacerle un gesto con la cabeza como despedida.

Una vez sola, lo primero que hizo fue servirse un vaso de agua y con él en la mano quiso acceder a la terraza; sin embargo, al abrir la puerta, una bocanada del calor que hacía en el exterior le impactó de lleno. Cerró y se quedó en mitad del salón sin saber qué hacer. No estaba acostumbrada a permanecer ociosa y, con cada día que pasaba, Susanna se sentía más agobiada, pues el tiempo corría y debía comenzar a poner orden al batiburrillo de ideas que rondaban por su cabeza, y tomar decisiones sobre todas ellas.

Bebió un par de tragos mientras a su mente acudió lo que acababa de ocurrir con Andreu. Tras el encontronazo, lo primero y más urgente que tenía que hacer era buscar un sitio donde vivir. Se encontraba mejor y ya había quedado demostrado que Andreu y ella no podían estar demasiado tiempo en el mismo espacio.

Madrid, pensó.

En alguna ocasión se había planteado trasladar allí su residencia; sobre todo, desde que sus hermanos y su madre vivían en la capital. En Barcelona se sentía muy sola y los echaba de menos, pero los estudios de sus hijas le habían impedido tomar una decisión tan drástica.

En cambio, ahora la situación era muy diferente y veía más importante el poder darles una estabilidad afectiva que comenzaba por que estuviesen rodeadas de su familia. No obstante, primero tendría que averiguar en qué situación quedaba laboralmente si solicitaba un traslado voluntario a otra comunidad autónoma. Hablaría con los de recursos humanos del hospital en el que ejercía, y podría preguntarle a Alejandro y también a Jaime, seguro que ellos sabrían aconsejarle en qué hospital podría reubicarse.

Con las ideas frescas comenzó a trazar los pasos que debía seguir: hablar con gerencia y después con su cuñado Alejandro; vaciar su casa y ponerla a la venta; buscar una vivienda en Madrid; solicitar cambio de centro para Natalia y Carla; contratar un camión para la mudanza...

«¡Joder!», exclamó impotente. Demasiadas cosas por hacer y ella con el brazo derecho escayolado. «Está bien, calma. Vayamos por pasos. Mi trabajo es lo primero, después la casa. Me pondré en contacto con recursos humanos y, una vez me aclaren mi situación, podré buscar una inmobiliaria para que se encargue de tasar la vivienda. Les pediré a Hugo y a mamá que me ayuden a buscar algo en Madrid, aunque sea temporal».

Fue a su dormitorio donde había dejado el teléfono, buscó el número del hospital y esperó hasta que una administrativa le pasó con la extensión que le indicó.

Andreu tenía por delante tres horas de espera hasta que tuviese que recoger a las

niñas. Tres horas en las que, tras el episodio en la cocina, si se quedaba quieto dentro del coche, su cabeza no dejaría de pensar en Susanna y en los sentimientos encontrados que tenía hacia ella.

«Maldita sea», murmuró abatido. Había veces en que desearía poder odiarla; de esa forma no le afectarían tanto sus palabras, sus gestos, ni siquiera le alteraría su presencia. Y quizá, solo quizá, conseguiría pasar página de una vez.

Pero no podía odiarla a pesar de que los años que habían transcurrido no habían hecho más que demostrarle que él tenía razón, y que ni el tiempo ni la distancia conseguirían cerrar la herida que le produjo una ruptura para la que él no había estado preparado. Aún tenía presente cómo fue aquel día en Massachusetts. Veinticuatro horas en las que, tras confesarle «que ya no sentía lo que debía sentir por él», supo que algo se le había roto de tanto como dolía. Sin embargo, tras su despedida en el aeropuerto, creyó vislumbrar una pequeña esperanza al reconocer en su mirada que nada de lo que le había dicho era cierto. Y Andreu se aferró a esa esperanza convencido de que todo lo que habían vivido durante cuatro años era real. No podía ser de otra manera cuando cada gesto de Susanna le indicaba cuanto lo amaba.

A los pocos días de su marcha, comenzó a analizar su situación académica y la profesional.

Valoró los pros y los contras de la prometedora carrera que tenía en Estados Unidos, y tres meses después, en septiembre, tuvo la certeza de que no había nada que se igualara a poder vivir en Barcelona, a desarrollar su profesión en la empresa familiar y a continuar la relación con la mujer de su vida. Pero un nuevo golpe le dejó sumido en un estado depresivo cuando, tras explicarle sus planes en una carta, como respuesta recibió un frío correo electrónico en el que le informaba que «había conocido a alguien».

Tuvieron que pasar varios meses, en los que no salió de su apartamento, en los que los estudios dejaron de ser primordiales en su vida y en los que por primera vez suspendió varias asignaturas, para que una mañana, cuando el tutor lo llamó a su despacho, Andreu se diera de bruces con la realidad. El resumen del monólogo no pudo ser más esclarecedor. Todo el esfuerzo que sus padres habían realizado al enviarle a estudiar allí estaba a punto de tirarlo por la borda. O resolvía lo que le estuviera sucediendo, o no solo perdería un curso, sino una beca que solo se le concedía al mejor, y ese era él.

Le costó mucho volver a sus hábitos de estudio, sin embargo, gracias a su amor propio y a su tesón, fue poniéndose al día y consiguió graduarse con excelencia.

Ese mismo verano, recién licenciado, viajó por primera vez desde su ruptura a Barcelona, aunque poco le duró la decisión de regresar a casa, ya que le destrozaba ver que Susanna no era la misma.

Cada vez que podía coincidir con ella, le trataba con una frialdad que a Andreu le desconcertaba y le reabría la herida que apenas comenzaba a cicatrizar.

No lo miraba y él necesitaba leer en sus ojos que todo había sido una mentira. Evitaba estar a solas con él y Andreu se moría por poder hablar con ella, sin testigos.

Regresó a Massachusetts roto, aunque a medida que pasaban los días se acostumbró a vivir con esa sensación de opresión en el pecho, hasta que de nuevo regresó en Navidad y la situación fue la misma: otra vez los desplantes y otra vez en Massachusetts volvía a pasar el duelo por la pérdida de Susanna. Por eso, no volvió a viajar a Barcelona.

Acababan de regresar a casa y Andreu soltó sobre la encimera de la cocina las dos bolsas que cargaba con la compra que había hecho mientras esperaba a Carla y a Natalia.

—Lavaos las manos, que no vamos a tardar en cenar.

—Acuérdate que tienes que forrarme los libros esta noche, que mañana los tengo que llevar al cole.

—Primero la cena y después nos ponemos manos a la obra.

—Voy a ver a mamá.

—¡Natalia! —la llamó al ver que salía disparada—. ¡Acuérdate de lavarte las manos!

—Qué sííí. —Su voz ya se escuchaba desde el fondo del pasillo.

—Carla, espera. Quédate; quiero hablar contigo.

—Ya te dije que lo siento.

—Lo sé. —Clavó los ojos en ella, porque quería asegurarse de tener toda su atención puesta en él—. Pero no es lo que necesito escuchar y creo que tu madre tampoco. Lo que necesito es que me expliques el porqué de tu comportamiento.

—No he tenido un buen día.

—No me parece una razón suficiente, aun así, cuéntame qué te ha ocurrido y quizá te pueda entender.

—Nada, no me ha ocurrido nada. ¿Puedo irme ya?

—No. Estamos hablando. Carla... —Se apretó el puente de la nariz—. Sé que nada de esto es fácil para ti, pero tampoco lo es para tu madre ni para tu hermana. Y sacar tu rabia contra mamá no va a hacer que las cosas se solucionen, tan solo conseguirás hacerle daño y tú sufrirás por hacérselo pasar mal.

—No quiero hacerle daño.

—Lo sé. Sin embargo, sabes que hablándole como lo haces se lo estás haciendo, ¿verdad?

Se apartó de un manotazo las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Háblame, cuéntame qué puedo hacer para que estés mejor.

—Sácame de ese instituto —sollozó.

Tras su confesión, Andreu frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—¡Esta mañana todo el instituto sabía lo que ha hecho papá!

—Espera. —La sujetó con suavidad del brazo cuando intentó irse—. Explícame qué ha pasado.

—Hace dos días alguien contó lo que le hizo a mamá en un grupo de WhatsApp y también que van a venir los de asuntos sociales para llevarnos a Natalia y a mí a un centro de acogida, porque mi padre está en la cárcel por ser un maltratador y porque mi madre no sabe cuidarnos.

—¿Quién ha dicho semejante tontería?

—¡No es una tontería!

—Carla..., quién ha dicho eso.

—Qué más da. ¡Lo importante es que lo saben todos! ¡No quiero volver al instituto!

—Tienes razón —suspiró—, ahora lo importante no es saber quién ha sido. *Nineta*..., a menudo las personas hablan sin saber lo que dicen y este es un ejemplo de lo que te estoy diciendo.

—Me da igual, *tiet*. Me da lo mismo, pero no quiero volver allí.

—Escúchame. —Andreu bajó la voz hasta convertirla en un murmullo y esperó paciente a que se sosegara. Cuando vio cómo relajaba los hombros, le pasó el dorso de la mano por la mejilla llena de lágrimas—. Ni tu hermana ni tú vais a ir a ningún sitio, ¿lo has entendido? Nadie de asuntos sociales va a venir porque no es así como funciona. —Colocó la mano en su barbilla para que lo mirara—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —respondió entre hipidos.

Se giró para coger un par de hojas de papel de cocina y se las tendió para que se sonara la nariz.

—Tenéis una madre maravillosa que todo lo que ha hecho ha sido pensando en vosotras. Deberías sentirte orgullosa de tenerla y no hacer caso a quien diga lo contrario.

—Eso lo sé, y sé que no es cierto lo que dicen, pero no mienten cuando dicen que mi padre es un maltratador.

Andreu permaneció en silencio, porque no, no mentían. Sin embargo, su reciente actuación contra su hermano le había dejado sin argumentos y sin capacidad moral para hacerles entender que la agresividad no llevaba a nada.

Susanna, apoyada contra el otro lado de la pared, se tapaba la boca con la mano y, aunque ahogó en ella un sollozo, Andreu la escuchó.

—*Nineta*, no creo que Natalia tarde en aparecer y supongo que ella no sabe nada. Esta

noche, cuando se acueste tu hermana, seguiremos hablando, pero ahora ve a lavarte la cara, anda. Se hace tarde para cenar.

Capítulo dieciséis

—¡Blancanieves!

Acababa de salir del hospital en el que realizaba el primer año como residente, y caminaba hacia la parada del autobús junto a Rocío, una de sus amigas y mir como ella, cuando se detuvo para localizar a Pau. Lo vio frente a ellas, apoyado contra el respaldo de un banco. Le hizo un gesto con los dedos indicándole que esperara un momento y él, sonriente y tras saludar con un movimiento de la cabeza a su acompañante, le señaló a Susanna el reloj de pulsera que llevaba.

—Tengo que irme.

Rocío le devolvió el saludo con la mano.

—Claro, nos vemos mañana.

Caminó con paso ligero hasta donde se encontraba Pau que seguía sonriendo.

—Siento no haber dejado que acabaseis de hablar tu amiga y tú, pero hoy tengo poco tiempo.

—¿Qué ocurre? Y era Rocío.

—Soy muy malo con los nombres. —Se encogió de hombros.

Susanna puso los ojos en blanco. No conocía a nadie más despistado que él y era cierto que Pau era malo recordando los nombres, al menos el de sus amigas.

—Pau, que si tienes cosas que hacer, no hace falta que vengas a buscarme. Ya ves que la parada la tengo aquí mismo y el autobús me deja cerca de mi casa.

—No me importa. Es más, prefiero hacerlo y así me aseguro de que comes algo antes de que metas la nariz entre libros —le dio un golpecito con el dedo en la punta de la nariz—. Hale, sube y cuéntame qué tal te ha ido el fin de semana.

—¿Aparte de estudiar te refieres?!

—¿No te cansas nunca de ser un ratón de biblioteca? —Rio Pau.

—Claro que me canso —dijo con un suspiro—, pero no me queda más remedio que hacerlo si quiero aprobar la R1. Y tú, don risueño —bromeó girándose en el asiento para poder mirarlo de frente—, ¿no te cansas nunca de reírte de mí?

—No, es mi deporte preferido, pero la culpa es tuya porque te pones muy graciosa cuando te picas. Aunque ahora no me he reído de ti, sino de imaginarte entre un montón

de libros.

—Ríete, sí. Algún día estarás en mis manos y entonces darás gracias por todas las horas de estudio.

—De eso no me cabe duda. ¿Una guapa y lista anestesista? No podría pedir más.

—Anestesióloga.

—¿No es lo mismo?

—Más o menos.

Pau se abrochó el cinturón de seguridad y arrancó el motor del coche.

—Ya dentro de poco te dan las vacaciones. ¿Has pensado qué vas a hacer este verano?
—le preguntó mientras comprobaba a través del retrovisor que tenía vía libre para salir del aparcamiento.

—Aún no tenemos cerrado nada, aunque la idea es pasar con las chicas un par de semanas en Ibiza.

—Con quién. ¿Te refieres a tus amigas de cuando ibas al colegio?

—Y Rocío y Olga. Lo que no sabemos es si Ruth vendrá al final.

—A Ruth no la conozco.

—Sí la conoces. —Sonrió. No tenía remedio—. Es una de mis compañeras, al igual que lo son Rocío y Olga.

—Aah, pues puede ser. Y lo de Ibiza, ¿es por algo en especial?

—No. ¿Por?

—No me gusta lo que se mueve en ella y más en verano.

—¿Y eso?

—Es uno de los principales destinos para turistas que buscan «divertirse», pero, sobre todo, se mueve mucha gente «guapa». ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Claro, gente guapa.

Ambos rieron.

—Se montan muchas fiestas en donde se mueve mucho dinero y hay quienes no controlan demasiado. Borrachos, drogas de diseño al alcance de cualquiera, mujeres y hombres desinhibidos sexualmente...

—Bueno, nosotras iremos en plan tranquilo, no creo que tengamos problemas.

Susanna miró por la ventanilla.

Habían pasado cinco años desde que se reencontró con Pau y podía decir que a esas alturas se había convertido en alguien importante y fundamental en su vida. Un amigo con el que podía contar incondicionalmente y con el que había superado la tristeza en que estaba sumida.

Y es que Pau era un hombre afable, extrovertido, ingenioso y muy divertido, con el

que no había tiempo de aburrirse, ni de pensar en nada más que no fuese en sus ocurrencias. Siempre tenía una sonrisa pintada en la cara y una loca idea para levantarle el ánimo. Como la que tuvo hacía ya algunos meses, cuando tras una crisis de llanto inconsolable, producto del estrés generado por los exámenes, él subió al coche y la invitó a hacer lo mismo. Condujo sin decirle a donde iban hasta que aparcó delante de la entrada de PortAventura. Ese día fue memorable: probaron todas las atracciones que se les antojaron, ya que apenas había gente, y gritaron y rieron tanto que, cuando se despidieron varias horas después frente a la casa de Susanna, ambos estaban afónicos pero felices.

Ahora se reía al recordar cómo fueron los inicios en su relación cuando, por desconfianza, mantuvo las distancias creyendo que Pau buscaba algo más que su compañía, algo para lo que ella no estaba preparada ni le apetecía porque aún tenía demasiado presente en su cabeza a Andreu. Sin embargo, con el paso de las semanas comprobó lo equivocada que había estado, porque Pau la consideraba una amiga y como tal la trataba.

Tan solo había una cosa que no le entusiasmaba mucho de él: lo reservado que era con su vida.

A esas alturas, lo que sabía de Pau era que había nacido y vivido toda la vida en Barcelona, que hacía unos años se había independizado de sus padres y que, por supuesto, trabajaba en el mismo restaurante donde lo conoció. Era tan hermético que, cuando Susanna se interesaba por algún aspecto de su vida, él lo esquivaba con una sonrisa y un cambio radical de tema. Pero quién era ella para reprochárselo cuando también se guardaba cosas para sí.

—¿También va Ivet a Ibiza? —Tuvo que pestañear un par de veces mientras se centraba en la pregunta que le había hecho—. ¿Que si también va Ivet? Baja de las nubes, Blancanieves.

—Aaah, sí. Precisamente ha sido de ella la idea de irnos juntas.

—A Ibiza —gruñó.

—¡Sí! ¡Y va a ser genial! Hace años que nos conocemos y será la primera vez que nos vamos de vacaciones juntas.

—Ivet es a la que le ha dejado el novio porque se ha liado con otro, ¿o me equivoco?

—No fue exactamente así y lo sabes. —Le señaló con el dedo—. ¡Carles era un machista inaguantable! Bastante que lo ha soportado durante seis años cuando tenía que haberlo dejado ella a él hace mucho.

—Estás defendiendo a una chica que engaña a su pareja con la que lleva, ¿cuánto has dicho?, ¡seis años?!

—No me dirás que no llevo razón.

—No lo sé, pero no me parece bien lo que ha hecho.

—¿Por qué? Explícamelo.

—Supongo que porque las mujeres así ni me gustan ni me generan mucha confianza.

—¿Y ves bien que Carles la engañara primero?!

—No, pero también digo que, por lo poco que la conozco, es demasiado liberal y algo habría hecho que no os ha contado para que él reaccionara así.

—Ese comentario tuyo es propio de cavernícolas y además no creo que sea como dices. Ivet es una chica normal que no se pasa la vida de flor en flor.

—Susanna, lo que ocurre dentro de una pareja solo lo saben ellos dos. Ivet os ha contado su versión, pero estoy seguro de que Carles tiene la suya propia. Créeme, y el día que tengas una relación podrás comprobar que lo que digo es cierto.

Susanna tragó saliva al retroceder cinco años atrás en el tiempo, al momento en que ella rompió la relación que mantenían y tuvo que darle la razón a Pau, porque a esas alturas Andreu seguía en Estados Unidos y sin saber la realidad del porqué de su ruptura.

—Susanna..., no suelo equivocarme con las personas y no me gusta Ivet, y saber que irá a Ibiza... Sé que sois amigas y que le tienes mucho cariño, pero acuérdate de lo que te digo: esa chica no es como te la imaginas.

De nuevo miró por la ventanilla, esta vez pensando en lo que le acababa de decir y en que era cierto que Ivet en los últimos años había cambiado mucho. Aunque las chicas lo achacaban a la mala relación que tenía con Carles.

—Cambiemos de tema —Pau interrumpió sus pensamientos—. No me gusta verte tan pensativa. Cuéntame qué harás cuando regreses de Ibiza.

Volvió la mirada al frente cuando le respondió.

—Pues la verdad es que no me vendría mal tener un dinero extra, así que pienso buscarme un trabajo.

—Hoy le preguntaré al encargado si habría un puesto en el restaurante para ti.

—Prefiero que sea relacionado con mi profesión.

—Aah. —Puso el intermitente para entrar en la autopista.

—En el tablón de anuncios he visto que buscan médicos en un par de academias para dar clases.

—¿Y prefieres dar clase a saber a qué tipo de alumnos a trabajar en el restaurante?

Susanna se echó a reír.

—Si lo dices así, no es que lo prefiera, pero... A ver cómo te lo explico. —Se dio un par de golpecitos con el dedo índice sobre los labios mientras pensaba cómo explicarle lo que significaba la medicina para ella—. Mira, para mí ser médico es, digamos, una

vocación demasiado exigente, pero vocación, al fin y al cabo. Y como todo lo que se hace con entrega y pasión llega a ocupar un lugar primordial en tu vida. No sé si me estoy explicando.

—Perfectamente. O estás entre sangre y enfermedades o no te sientes realizada.

—No sé si hasta ese extremo, pero me sirve. Además, así podré ejercer algo de autoridad; los residentes de primero somos como los chicos de los recados y este curso se han aprovechado de mí todo lo que han querido y más. ¿Y tú? ¿Qué planes tienes? ¿No te gustaría abrir tu propio restaurante?

—No. —Rio—. Ni loco.

—Pensé que te gustaba.

—No, no me gusta, pero de momento es lo que hay.

—¿Y entonces?

—Nada. De momento es lo que tengo. ¿Qué día teníais pensado ir a Ibiza?

Buen cambio de tema, pensó.

—El cinco de julio.

A tres días de iniciar el viaje a Ibiza, las seis amigas habían quedado para cenar con el fin de ultimar los pequeños detalles que les faltaban por organizar de sus vacaciones; pero en realidad era una excusa como otra cualquiera para pasar un rato juntas. Sobre todo, Susanna tenía ganas de ver a Joana, Martina e Ivet, sus amigas desde la infancia y a las que no veía tanto como quisiera por falta de tiempo.

—Chicas, chicas, mirad lo que me he comprado para lucir en Ibiza.

De una bolsa que había dejado al lado de su silla, Ivet sacó un paquete que abrió sobre la mesa del restaurante.

—¿Eso qué es?

—Un triquini.

—¿¿No?? Ooh, es ideal —saltó Martina—. ¿Dónde lo has conseguido?

—Me lo ha traído mi hermano de París.

—¡Qué suerte tienes de que sea tan moderno! —exclamó Joana—. Le digo yo al mío que me compre una cosa de estas y me está dando collejas hasta el día del juicio final.

—Está muy bueno, pero es un bruto —sentenció Ivet.

—Ya te digo —Martina la apoyó en su comentario.

—No hay hombres de término medio, o están buenos y no les gustan las mujeres, o son unos trogloditas como el novio de esta —afirmó Rocío.

—Ex.

—Eso, ex.

—Está el amigo de Susanna. Por cierto, podíamos haber ido a cenar al restaurante donde trabaja, así nos hubiésemos recreado un rato con ese culo que tiene —resolvió Olga.

Todas rompieron a reír menos Susanna, que no le veía la gracia, e Ivet, que tras echarse hacia atrás en la silla, chasqueó la lengua y comentó:

—Ya sabéis lo que dicen de los hombres con el culo redondo y prieto.

—No. ¿Qué dicen? —Quiso saber Joana.

—Que lo tiene así de tanto empujar. —Volvieron a reír, esta vez, ante el descaro de Ivet.

—Joder, tú sí que eres bruta —confirmó Olga.

—No lo sabía —comentó Rocío, mientras se metía un trozo de carne en la boca.

—¿Y tienes pruebas?

—¿Sobre él o en general? —preguntó Ivet, haciéndose la interesante.

—Sobre él.

Susanna, que hasta entonces había permanecido callada escuchando la conversación entre sus amigas, prestó toda su atención a Ivet, aunque esta no dijo nada más sobre el tema.

—Uy uy uy. ¿Hay algo que no nos has contado?

—¿De Pau? Nada. —Se miró las uñas—. Bueno, sí, hay algo.

—Suéltalo ya.

—Me he acostado con él —dijo mirando a Susanna.

—¿Qué?! —exclamaron todas, provocando que varias cabezas se girasen en su dirección. Todas menos Susanna, que no salía de su asombro.

—Lo que habéis oído.

—¡No me digas que Pau fue el detonante para que tu relación con Carles se rompiera!

—Martina, al igual que Susanna, estaba impresionada.

Ivet puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Pero ¿cuándo ocurrió?

—Hace unos días.

—Qué fuerte —se escuchó decir a Martina.

—Coincidimos una noche en una discoteca y acabamos enrollándonos en los lavabos.

—¿En los lavabos? —preguntó Joana.

—Lo del baño fue algo rápido, después me llevó a su casa.

La cabeza de Susanna iba a mil por hora. Hacía casi un mes que Pau le había estado avisando sobre el comportamiento de Ivet y, al parecer, no se había equivocado, pero él... No entendía por qué se había acostado con ella cuando, según le dijo, no le gustaba.

—Y he de decir a su favor que, aunque sigue siendo un gilipollas, se mueve bastante bien.

—Lo que te digo: bruta, pero bruta.

—Por qué será que todos te parecen gilipollas, pero, en cambio, no viste que Carles lo fuera —intervino Joana.

—Sí lo vi, pero el sexo con él era brutal; me compensaba.

—Pues bien que te acostaste con otro.

—Anda, claro. No iba a guardarle luto a un tío que llevaba meses pegándomela con una compañera.

—No sé si podría acostarme con un chico si no siento nada por él.

—Y quién te ha dicho que no sentí nada. —Movi6 las cejas y de nuevo todas rieron menos Susanna, que aún estaba tratando de asimilar el cambio en Ivet.

Llevaba tumbada en su cama desde hacía una hora y aún tenía el teléfono en la mano decidiendo si enviarle un mensaje o no. Volvió a mirar la hora que era, las cuatro de la mañana; seguramente Pau estaría dormido. Chasqueó la lengua antes de abrir la aplicación de mensajería.

Susanna:

Si Ivet no te gusta, ¿por qué te has acostado con ella?

Releyó el mensaje varias veces antes de darle a enviar, pero una vez que apretó la tecla ya no hubo vuelta atrás. Si Pau consideraba que no era su asunto le daba igual. Silenció el teléfono y lo dejó sobre la mesilla, aunque según lo dejó sobre la madera se iluminó con la entrada de un mensaje. Lo abrió.

Pau:

No creo que quieras saberlo.

Susanna:

Prueba.

Pau:

¿Celosa, Blancanieves?

«¿Cómo?», se dijo en voz baja. ¿Celosa yo? Este es tonto.

Susanna:

No.

Pau:

Yo creo que un poco sí.

Susanna:

No entiendo por qué ha ocurrido.

Según tú, no te gusta ese tipo de mujeres.

Pau:

No tiene por qué gustarme para tener sexo.

Y no te voy a contar cómo ocurrió, porque soy muy discreto con mis conquistas.

Susanna:

¿Eso es Ivet para ti?

Pau:

Ya te dije que tu amiga no era lo que creías.

Buenas noches, Blancanieves.

Si pensaba que no lo iba a ver hasta su regreso de Ibiza, se había equivocado de lleno, porque a la mañana siguiente, mientras sus hermanos y ella limpiaban el jardín, recibió un mensaje.

Pau:

Sal. Estoy aparcado frente al quiosco de prensa.

Dio un rápido vistazo a su aspecto y se encogió de hombros. Camiseta blanca de tirantes, pantalones vaqueros cortos y pelo... Se pasó las manos para comprobar que seguía conservando el recogido tipo moño que se había hecho a primera hora. Tenía que servir, porque no le apetecía cambiarse de ropa.

—Eyyy, ¿a dónde vas? Ni se te ocurra irte y dejarnos a Gemma y a mí con todo esto. —Hugo señaló el montón de hojas que iban rastrillando.

—No tardo.

—Ya, pero ¿a dónde vas?

—Si Susanna se va, yo también.

—No, tú te quedas aquí conmigo.

—¡Oye! A mí no me mandas.

—Ooh, cállate, Gemma.

—Ivet quiere darme no sé qué para el viaje.

—Está bien, pero no tardes, que yo también tengo cosas que hacer. Y tú, enana, sigue

barriendo.

—Odio cuando te pones a hacer de hermano mayor. —Según lo dijo, le arrojó un montón de hojas sobre el pelo.

—¿Qué haces? Me acabas de ensuciar el pelo.

—Lo llevabas llenito de mierda de antes.

—Te vas a enterar.

En el momento en el que Susanna cerraba la cancela de hierro, pudo ver a sus dos hermanos corriendo uno detrás de la otra. Hugo amenazándola y Gemma riendo como una loca. Puso los ojos en blanco cuando escuchó gritar a su hermana, seguramente porque Hugo la había alcanzado.

Veintitrés y diecisiete años respectivamente y seguían comportándose como críos. Cruzó la calle y avanzó en dirección al quiosco, en la misma dirección donde se encontraba la casa familiar de Andreu. Soltó un suspiro al pensar en él, porque, aunque había pasado mucho tiempo, aún lo tenía muy presente.

Cómo no hacerlo si seguía completamente enamorada de él. Todavía se le encogía el pecho al recordar las últimas veces que lo vio. Ese saludo al reencontrarse a su llegada de Estados Unidos, tan emotivo por parte de Andreu, tan frío por la de ella. Esas miradas buscando la suya y cómo ella las esquivaba. No le fue fácil actuar con indiferencia cuando todas las células de su cuerpo le pedían fundirse entre sus brazos.

Se sintió tan mezquina y ruin por ser capaz de provocarle tanto dolor, que fueron muchas las veces en que estuvo a punto de tirar todo por la borda y marcharse con él, abandonar la medicina en España y aventurarse a la de otro continente, pero no era sencillo. Como tampoco lo había sido su vida en España.

A su dolor por la ruptura, se le sumó el distanciamiento que tuvo, sobre todo, con Hugo, que solo entendía que su amigo estaba destrozado. También tuvo que pasar por la situación de ver a menudo a Albert y a Elisabet. De hecho, aún seguía viéndolos, y aunque cierto era que nunca le dijeron nada, Susanna siempre pensó que la debían de odiar por lo que le había hecho a su hijo. Sabía por Hugo que había pasado una depresión y que a punto estuvo de perder un año de estudio y la tan ansiada beca. Y que, por su culpa, Andreu dejó de venir a España.

Desde luego, motivos para odiarla no les faltarían. Demasiado dolor y culpa que ni siquiera el apoyo y consejos de su madre le sirvieron para aliviar la pesada carga.

Hasta que hacía unas semanas, Xavier, el *avi* de Andreu, la llamó por teléfono con la excusa de que le apetecía pasear. Al parecer, según le contó, su hijo y su nuera no estaban en casa para ayudarlo a salir a la calle. Susanna dudó en aceptar. Ese no era un buen día para ella, porque como solía hacer cuando lo echaba demasiado de menos, había

estado releendo las decenas de cartas que Andreu le había enviado desde su marcha al extranjero y que ella atesoraba junto a las también decenas de fotografías.

Como resultado, le dolía la cabeza por el par de horas que estuvo llorando, pero en el último momento no tuvo el valor de negarse, ya que adoraba a ese hombre.

Agarrado a su brazo anduvieron hasta llegar a una cafetería donde se sentaron a tomar un café.

—Tú no le digas a mi nuera que me he tomado un café y yo no le diré a tu madre que has estado llorando —le dijo ante la expresión de reproche de Susanna, ya que hacía algunos años que lo tenía prohibido por su médico. Pero el avi siempre encontraba el modo de no faltar a su cita con el delicioso líquido.

—¿Cómo sabes...?

—Petita meva, llevo observándote desde hace tiempo. En realidad, a ti y a mi nieto, y tus ojos, no es la primera vez que al mirarlos están tristes y enrojecidos.

Susanna se encogió de hombros.

—No lo puedo evitar —murmuró.

El avi la observó mientras daba un sorbo a su taza.

—Andy te creyó —dijo, una vez dejó la taza sobre la mesa. Susanna lo miró asombrada ante su afirmación—. Ya te he dicho que os llevo observando muchos años. Es lo que tiene ser tan viejo, que no tengo nada mejor que hacer.

Su sonrisa acentuó las arrugas de su rostro, un rostro muy parecido al de Andreu.

—Tú no eres viejo.

—Oh, sí que lo soy. Pero eso me hace también ser más sabio, o al menos quiero creer eso.

Los dos bebieron en silencio.

—Verás, Susanna, llevo tiempo queriendo hablar contigo porque necesito que me saques de dudas.

Lo miró con los ojos tan abiertos que a Xavier le pareció un animal desvalido.

—Nineta, ya han pasado cinco años. ¿Por qué lo hiciste si tan mal lo estás pasando?

Susanna se mordió los labios y posó la vista en la fachada del bar.

—Porque si no él lo hubiera dejado todo.

—Es cierto, sí.

—Y yo no podría mirarlo a la cara si tuviera que renunciar a sus sueños por mí.

—Y los tuyos, ¿dónde quedan? ¿Qué sueños tienes, Susanna?

—Quiero ser una buena anestesióloga.

—Y eran incompatibles con los suyos —entendió.

—Sí —musitó.

—Y has renunciado a Andy para que pueda realizarlos.

—Supongo que sí. Él no es cualquiera, avi. Tú lo sabes. Tiene un don natural y en América le ofrecieron la oportunidad de deslumbrar con su privilegiada mente. —Se apartó las lágrimas con el dorso de las manos.

—¿Quieres otro café?

Negó con la cabeza.

—Entiendo lo que hiciste y es cierto que tu sacrificio le permitirá volar muy alto. Si aceptas un cumplido, te diré que eres una mujer excepcional. Y ya que estamos, me gustaría pedirte algo, ¿puedo?

Esa vez asintió.

—Déjalo ir, querida.

—No te entiendo. Yo... no lo retengo.

—Inconscientemente sí lo haces. Verás, sé que sigues afectada, pero Andreu también ha pasado una época dura.

—Sí, ya lo sé y lo siento mucho.

—Ha estado ¿cuánto tiempo sin venir a Barcelona? ¿Tres años?

—Un poco más. Tres y medio.

—Durante estos «tres y medio» —repitió la cuenta del tiempo que tan bien llevaba Susanna—, él ha superado unos cuantos obstáculos. Ahora está bien, o al menos no está mal. Aprovechó la beca y la aprobó con excelencia y actualmente está trabajando como ingeniero desempeñando el gran puesto que le prometieron. ¿No es eso lo que querías? —Tuvo que preguntarlo al ver que Susanna no dejaba de llorar.

Ella, sin poder hablar, asintió con un gesto de la cabeza.

—Lo que te pido es que el día que os volváis a encontrar no le hagáis más daño con tu indiferencia.

Andreu hace tiempo que aceptó que no estáis juntos; no es necesario que sigas fingiendo que él no te importa. Ten. —Le tendió un pañuelo de papel—. Estoy seguro de que algún día agradeceréis poder miraros a la cara y conversar como dos buenos amigos, y lo más probable es que cuando él sepa la verdad, ambos os quitaréis una gran losa de encima.

—Nunca sabrá la verdad —murmuró.

—Ay, nineta. Me voy a pedir otro cafetito y tú, ni mu.

Aceleró el paso cuando, al ir a cruzar la carretera, vio que el semáforo estaba a punto de cambiar de color y un taxi se acercaba sin, al parecer, intención de detenerse. Al otro lado de la calle, Pau la esperaba apoyado en el maletero de su automóvil. Al llegar a su altura, este tiró al suelo el cigarro que estaba fumando.

—Ummm, estás enfadada —dijo al verla llegar.

—No, sigo sorprendida, que no es lo mismo.

Al escuchar su respuesta, cruzó los brazos.

—¿Por qué?, si se puede saber.

—¿Cómo que por qué? ¿Un día juzgas a mi amiga y me adviertes sobre ella, y luego me enteras de que te has acostado con ella?

—Y no me equivoqué sobre ella, como tampoco lo hice cuando te dije que estabas celosa.

—Lo sé —suspiró—. Y no digas bobadas; yo no estoy celosa.

—No lo son. —Movi6 ambas cejas—. Y también creo que te has vestido así para llamar mi atención.

—¿Así? ¿Cómo?

—No dejando nada a la imaginación.

—Pufff. —Puso los ojos en blanco.

—¡Eeh, fiera! —La sujetó del brazo para detenerla cuando Susanna decidió irse—. ¿A dónde crees que vas?

—A mi casa.

—Anda, tonta, ven aquí.

Le pasó un brazo alrededor de la cintura y tiró de ella hasta tenerla abrazada.

—¿En serio te vas a ir a Ibiza dos semanas?

—Esa es la idea. —Se apartó como pudo.

Pau soltó un suspiro.

—Está bien. —Sacó un sobre de uno de los bolsillos de sus pantalones y se lo tendió.

—¿Qué es esto?

—Cógelo. —Se encogió de hombros—. Es tuyo.

Susanna lo abrió y se asomó para ver qué había antes de sacar el contenido. Frunció el ceño al ver un logo que le era bastante familiar.

—Pero...

—Quería darte una sorpresa, pero ya no es necesario que siga adelante con ella.

—Es... Ay, Dios, es una entrada para el Louvre.

—En realidad son dos.

—¡Dos! —Rio—. ¿Cuándo nos vamos? Uy. —Acababa de fijarse en la fecha—. Pero son para dentro de siete días y para entonces estaré en Ibiza.

—No te preocupes, habrá más ocasiones.

—Claro. —Se mordió los labios mientras pensaba—. ¿Desde cuándo las tienes? —le preguntó sin dejar de admirar los dos trozos de papel.

—En realidad, me las dieron ayer, aunque fue un encargo que le hice a alguien hace meses.

—Hace meses —musitó. Ahora entendía el porqué de su insistencia para que no fuera a Ibiza.

—Creo recordar que tres. Quería que fuera tu regalo por acabar tu primer año de residencia.

—Ay, Pau.

—Pero, de verdad, no te preocupes. Los billetes de avión y las habitaciones del hotel se pueden anular, y las entradas...

—¿También hay billetes de avión y un hotel? Te ha debido de costar mucho dinero.

—No lo pienses. Ya te he dicho que se puede cancelar.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que le fuera a hacer un regalo y, desde luego, mucho menos aquel despliegue de medios. Ahora, no sabía qué hacer, aunque, en realidad, sí lo sabía.

Desde la noche anterior no había dejado de dar vueltas al cambio en su amiga. Uno que no le gustaba y que desde luego tenía presente que hablaría con ella. Pero lo haría a su regreso, porque de momento se iría a París con Pau, al que no podía decirle que no después de todo lo que había movido para que ella viese cumplido uno de sus sueños: ver el museo del Louvre.

Al otro lado de la calle, un taxi permanecía parado en segunda fila a la espera de que el pasajero que llevaba en el asiento de atrás se decidiera a bajar del vehículo.

—Oiga, ¿está bien? ¿Necesita ayuda?

—No —musitó Andreu sin dejar de presenciar lo que ocurría a pocos metros de donde se encontraba.

Capítulo diecisiete

Susanna detuvo a su hija cuando salió de la cocina. Con cariño elevó con una mano su barbilla para que la mirara y pasó los pulgares por las mejillas para retirar las lágrimas de su rostro. No necesitaba fijarse para ver que tenía los ojos hinchados y enrojecidos, lo mismo que la nariz. Como madre, era frustrante saber que sus hijas estaban sufriendo y que no podía envolverlas en un arrullo como cuando eran unos bebés y las protegía contra su cuerpo. Tampoco podía meterlas en una burbuja para impedir que nadie las hiciera llorar. Pero sí podía enseñarles a ser fuertes, a que aprendiesen a resolver situaciones que, por desgracia, se encontrarían muchas veces en la vida, a tomar decisiones acertadas o equivocadas, pero que las tomaran por ellas mismas y, sobre todo, tenía la obligación de enseñarles a vivir con plenitud y rodeadas de amor.

Sonrió sabiendo que con las llamadas que había hecho esa tarde, a partir de esa noche, la vida de sus hijas iba a ser mejor.

Antes de dejarla ir, le acarició la mejilla.

—Lo arreglaré, te lo prometo, pero debes de tener paciencia.

Carla solo asintió.

—Ve a lavarte como te ha dicho tu tío, y esta noche hablamos. Quiero contarte algo y necesitaré saber que puedo contar con vosotras.

Permaneció quieta observando cómo Carla caminaba hacia el cuarto de baño. Cuando desapareció, Susanna entró en la cocina y vio que Andreu estaba de espaldas a ella con ambas manos apoyadas en el fregadero y la mirada perdida en lo que fuera que hubiese al otro lado de la ventana. Ella caminó hasta la isla y se sentó en uno de los taburetes.

—Mi hermana regresa mañana.

Andreu continuó dándole la espalda mirando a la nada. Ya lo sabía; había sido la propia Gemma, con la que mantenía un estrecho contacto, quien le había enviado un mensaje a primera hora y desde entonces se había estado preguntando si Susanna le habría explicado lo sucedido.

—¿Le has dicho que estáis aquí? —murmuró.

—Aún no. Pensaba hacerlo esta noche.

Andreu dejó escapar el aire despacio. Ya tenía su respuesta. Y entendía la angustia de

Susanna al tener que explicarle a Gemma lo sucedido y preocuparla estando tan lejos.

—¿Te ha dicho a qué hora llegan?

—No.

—Está bien. —Se dirigió hacia la nevera de donde sacó un envase que contenía pescado—. Cuando hables con ella dile que mañana iré a recogerlos al aeropuerto.

—No es necesario...

—No —la interrumpió—, pero será más fácil que se entere cuando les traiga aquí directamente que no esta noche a cientos de kilómetros de distancia.

—Tienes razón y te lo agradezco. No sabía bien cómo contárselo.

—Susanna —suspiró cansado—, Gemma me importa y si puedo evitarle un disgusto lo haré.

Touché, pensó, sintiéndose ridícula al creer que lo hacía por ella, pero la realidad de nuevo era la de siempre.

—Voy a ver si las niñas han terminado de lavarse. —Andreu continuó preparando la cena, aunque cuando creyó que estaba solo la escuchó a su espalda—. Esta semana iré con Gemma a mi piso. Voy a venderlo y nos marcharemos de Barcelona. Después de cenar hablaré con las niñas.

Un sudor frío le recorrió la columna, pero cuando se giró para saber más, Susanna ya no estaba.

—¡Mierda! —exclamó.

Durante la cena, Natalia fue la encargada de llevar el peso de la conversación; tenía mucho que analizar sobre cada detalle de lo que había pasado ese primer día en su clase, y después por la tarde con sus amigas. Susanna la escuchaba y, a medida que le surgían preguntas, se las hacía.

Carla permanecía callada y Andreu dándole vueltas a la marcha de las tres.

—En serio, os tengo que decir que este curso va a ser un rollazo de cuidado. Porque si no me dejan sentarme con mi mejor amiga y encima me ha tocado la tutora «mañanaexamensorpresa», pues me diréis el plan que tengo.

—¿El de estar callada, atenta, estudiar y aprobar?

—Mami, ¿alguna vez he suspendido? Sin contar dos veces.

—Suficientes, Natalia. Recuerda que ya hemos hablado de eso. Un suspenso más y te pasas el verano en una academia.

—¿Puedo levantarme? Me duele la cabeza.

Andreu miró a Carla mientras su madre ponía la mano en su frente.

—No tienes fiebre. ¿Te duele algo más?

—No. ¿Puedo irme?

—Espera, te daré un calmante.

Andreu fue el que se levantó, cogió de un cajón una caja de medicamento y sacó un blíster que dejó junto al plato de Susanna. Ella lo miró, sorprendida de que tuviera medicamentos específicos para ellas.

—Ten, tómatelo y acuéstate, enseguida iré a ver cómo estás.

—Ya he terminado, me voy con ella. —Natalia pensó que si seguía en la cocina su madre volvería a la carga con las notas. Lo mejor, salir huyendo.

Andreu volvió a ocupar la silla y continuó pelando la pieza de fruta que había dejado a medias para coger las pastillas.

—Es un detalle que tengas medicación para Natalia y Carla.

Sin dejar de mondar la naranja, la miró unos segundos.

—¿Tú no tienes?

—Sí.

—Entonces no sé por qué yo no debería tenerlas.

—No es lo mismo. No sería necesario que tuvieses una farmacia para ellas.

—¿Te refieres a que cuando a Carla le baja el periodo, yo no debería tener la medicación que le recetó la ginecóloga?

—¡¿Cómo sabes...?!

—Porque me lo dijo ella misma después de que pasó conmigo una noche retorciéndose de dolor. Fui a la farmacia y la suerte quiso que fuese un analgésico que no necesitaba receta. Como también supe lo que debía hacer con Natalia, cuando una tarde a la salida del colegio me dijo que le dolía la garganta porque tenía anginas. Tú estabas de guardia e iba a llamarte para llevarla a urgencias, pero ella misma me dijo lo que tú le dabas. O igual que tengo alcohol de romero para darles friegas cuando han tenido clase de *ballet*.

—Está bien —murmuró cansada—. Pasas mucho tiempo con ellas y es normal que tengas un botiquín.

—No sé si es normal, lo que sí sé es que yo lo tengo. Y tengo más, Susanna, tengo diez y trece años de vivencias y recuerdos que he ido atesorando con mucho esfuerzo.

—Lo sé.

—¡Joder! —exclamó. Dejó la naranja en el plato sin terminar de pelar y se levantó. Caminó un par de pasos, se detuvo, reanudó la marcha hasta el fregadero, apoyó las manos en él y, mientras miraba por la ventana, le preguntó:

—¿Dónde tienes pensado ir a vivir?

—A Madrid.

«A Madrid», repitió para sus adentros.

—Supongo que has hablado con Agnes. ¿Te irás con ella?

—No. Hugo y mi madre me ayudarán a buscar una casa cerca de ellos. Quizá hasta que la encuentre tenga que pasar algún tiempo en casa de Hugo.

Andreu echó la cabeza hacia atrás y soltó el aire. Cuando de nuevo miró por la ventana, ya tenía una solución que Susanna iba a aceptar, ya que no le quedaba otra.

—Está bien. —Regresó a la mesa y se sentó en su sitio—. La vivienda de Madrid.

—No.

—Esa casa es de las niñas. Vive en ella o véndela, haz lo que quieras con ella.

Esta vez quien se marchó y la dejó con la palabra en la boca fue él. Desde la cocina lo escuchó subir las escaleras y cerrar la puerta que imaginó que sería la de su dormitorio.

Andreu notó cómo alguien, a su espalda, se metía en la cama y pegaba el cuerpo al suyo. Adoptó la posición bocarriba sobre el colchón y levantó el brazo para acoger en su pecho a Carla.

—¿Qué ocurre, *nineta*?

—¿Puedo dormir contigo?

Estiró el otro brazo y cogió el teléfono para ver la hora que era: las cuatro de la mañana.

—¿No puedes dormir?

—No.

—¿Es por la cabeza? ¿Te sigue doliendo?

Notó cómo la movía haciendo un gesto de negación.

—Entonces ¿por lo que ha ocurrido hoy en el instituto?

—Mamá nos ha dicho que vamos a ir a vivir a Madrid.

—Ummm. —Hizo como que pensaba una respuesta que darle—. Es una buena idea, ¿no crees? Allí están tus tíos, tus primos y la abuela.

—Dice que buscaremos una casa, pero que mientras la encuentra viviremos con los tíos o en la tuya.

—Estoy seguro de que mamá hará lo que sea mejor para vosotras.

—Sí, ya lo sé, pero ¿y tú? ¿Tú vivirás con nosotras?

—No, pero nos veremos muy a menudo. Por lo menos todos los fines de semana, a no ser que comiences a salir con tus nuevos amigos y prefieras estar con ellos a con un señor mayor. —Le hizo cosquillas en el costado.

—No digas eso, yo siempre voy a querer estar contigo.

—¿Es por eso por lo que no puedes dormir?

—Sí.

—Entonces, no debes preocuparte. —Besó su cabeza—. Viváis donde viváis, siempre estaremos juntos.

—*Tiet?* ¿Tú puedes convencer a mamá para que mañana no vaya al instituto?

—¿Quieres que mienta a mamá?

—Ella siempre te escucha y si le dices que estoy mala, te creerá.

—No está bien que le mienta, Carla. Además, seguro que mañana tus compañeros ni se acuerdan de lo que ha ocurrido hoy.

Poco más tenía que decir ante la respuesta de Andreu, e insistir no serviría de nada. Unos minutos más tarde la respiración de Carla se hizo más lenta y acompasada, señal de que se había quedado dormida. Andreu tiró de la sábana para taparla y poco tiempo después él también se durmió.

A la hora del desayuno la primera en aparecer por la cocina fue Susanna.

—Buenos días.

Andreu dejó de batir huevos y, con disimulo, la repasó de arriba abajo. Era algo que llevaba haciendo desde que le dieron de alta en el hospital y, esa mañana, aunque las marcas seguían estropeando su piel, estaban más difuminadas.

—¿Carla ha dormido contigo?

—Sí. Desde las cuatro —respondió reanudando la tarea de preparar huevos revueltos para todos.

—¿Se encontraba mal?

—No, pero tienen por costumbre meterse en mi cama por las noches. —Sin pretenderlo, una sonrisa apareció en sus labios.

Susanna se conmovió por la ternura con la que habló.

—No lo sabía —murmuró.

Ambos cruzaron la mirada.

—Ya. —Carraspeó mientras apartaba la mirada y se centraba en poner una sartén a calentar—. ¿Hablaste con Gemma para saber a qué hora llegan?

—Le envié un mensaje. —Torció el gesto al reconocer en voz alta que no se había atrevido a llamarla.

Andreu estuvo a punto de echarse a reír al ver cómo contraía la nariz y la boca. Y es que los Casals y sus muecas, tan características en los tres hermanos y que hacían de manera inconsciente, conseguían que fuera muy difícil permanecer serios si los estabas mirando mientras movían y transformaban sus facciones.

Susanna, al verlo dibujar una nueva sonrisa, aunque esa vez no había en ella rastro de ternura, se contagió y sonrió abiertamente.

—Cobarde —la increpó con humor.

—La temo. —Se encogió de hombros—. Qué se le va a hacer. Ya la estoy viendo: «¡Ay, tata!». —Agitó las manos haciendo una imitación perfecta de su hermana pequeña y Andreu soltó una carcajada.

Susanna, en cambio, se quedó en silencio, mirándolo, contemplando lo maravilloso que era verlo reír, hasta que Andreu se calmó y la descubrió con la boca entreabierta y los ojos brillantes. Estaba preciosa, y si no fuera porque estaban las niñas...

Hablando de ellas, Natalia entró a paso acelerado en la cocina.

—¿De qué te reías? —le preguntó aún con el pijama puesto mientras acababa de recogerse el pelo en una coleta.

—De nada. Buenos días, cielito.

—*Tiet*, que se te escuchaba desde la otra punta de la casa. Venga, cuéntamelo.

—Se reía de un chiste que le he contado. —Besó a su hija pequeña.

—¿Cuál? —Abrió la nevera, sacó una jarra con zumo recién exprimido y se sentó a la espera de que se lo contara.

Andreu se cruzó de brazos y, al igual que Natalia, esperó expectante.

—Pues... —al comenzar, miró a Andreu de reojo— el de Jaimito que... —y cada vez que lo miraba, él sonreía ufano— le dice la profesora: «¡Jaimito! ¿Dónde están las Maldivas?». Y él responde: «No lo sé. Mi padre ha estado buscándolas y no las ha encontrado. Ha dicho que cuando mi madre regrese del trabajo, le preguntará dónde las ha guardado».

El silencio en la cocina era sepulcral. Andreu seguía con su pose y Natalia miraba a su madre como si le hubiesen salido alas.

—¿En serio, mami? Y tú, *tiet*, ¿de verdad que te ha hecho gracia? Es un chiste muy viejo y malo.

—No es malo —se defendió Susanna—. Es que tú eres muy sosa.

Andreu no aguantó más y de nuevo volvió a estallar en una gran carcajada.

—Mira, se ríe porque eres muy mala contando chistes.

—Ahí te doy toda la razón, hija.

—Oye, mami. Hoy viene la *tieta*^[8] Gemma con el tío Alejandro, ¿o era mañana?

—Vienen hoy y seguro que cuando vuelvas del cole ya estarán aquí.

Andreu se secó las lágrimas con los puños.

—Qué bien sienta reírse desde tan temprano —afirmó mientras echaba los huevos en la sartén.

Tras dejar a las dos niñas en sus respectivos centros educativos, Andreu condujo por las calles de Pedralbes hasta que llegó a la incorporación de la B-20, y ahí se detuvo en el atasco habitual que se formaba cada día. Miró el reloj del coche; aún disponía de hora y media para que llegara el flamante matrimonio de su viaje de boda, pero si la carretera iba a seguir tan concurrida como lo estaba durante los seis kilómetros y medio que aún debía de circular por ella, era probable que no llegara a tiempo para cuando el avión aterrizara.

Mientras permaneció parado, para hacer tiempo, observó el vehículo de Susanna. Era un coche nuevo, tres años tenía, y como todo lo que rodeaba a Susanna estaba impecable y olía a ella. Recordaba el impacto que sufrió la semana anterior cuando por primera vez subió a él para llevar a las niñas a comprarse ropa, y al abrir la puerta, el sutil aroma del perfume que llevaba usando los últimos diez años le inundó las fosas nasales.

Y con él, el deseo y la necesidad de poseerla.

Fijó la vista en el coche de delante pensando si alguna vez dejaría de desearla, si sería capaz de estar en la misma habitación durante más de diez minutos sin querer quitarle la ropa. Se frotó los ojos; dudaba que eso llegara a ocurrir cuando con ella no había sido capaz de mantener los pantalones puestos a lo largo de los últimos quince años.

Los coches avanzaron unos metros y de nuevo se detuvieron. Miró otra vez el reloj y ya llevaban media hora parados. Repiqueteó con los dedos en el volante; faltaba una hora para que el vuelo llegara al Prat. «En fin», musitó.

Buscó en el equipo de sonido del navegador alguna lista musical que, a ser posible, no fuera del gusto de Natalia ni de Carla. Pero, al parecer, todas las que Susanna había grabado estaban hechas para sus hijas: «Lista 1 Natalia»; «Lista 2 Carla»; «Lista 3 Natalia»... La número doce era diferente: «AFM», indicaba que se llamaba la pantalla del navegador.

Le dio a reproducir esperando escuchar alguno de los estridentes y modernos sonidos que tanto les gustaban a las dos enanas; sin embargo, la canción que sonó era del grupo musical La Oreja de Van Gogh. La conocía, al igual que la mayoría de las canciones del famoso grupo.

«¿Dónde estabas cuando toda mi alma se partía en pedazos por ti?

¿Cuándo el frío me caló hasta los huesos y un profundo silencio te alejaba de mí?».

Mientras la canción continuaba, abrió la lista y leyó el título del resto que en ella había: El Canto del Loco, Amaral, Dani Martín, Alejandro Sanz, Miguel Bosé... Tomó nota mental de cada grupo o cantante y de la canción que Susanna había elegido de cada

uno de ellos. Las escucharía en algún momento.

También estaba Serrat con sus *Paraules d'amor*; su boca se transformó en una mueca de dolor al recordar a Susanna con unos cuantos años menos, cuando él pensaba que era el hombre de su vida.

Pero el dolor desapareció para dar paso al desconcierto al leer el título de la última canción: *Are you lonesome tonight*. Pasó todas las pistas hasta llegar a ella y le dio a reproducir.

«Are you sorry we drifted apart?

Does your memory stray to a brighter summer day.

When I kissed you and called you sweetheart...? »

La canción para Susanna, la que él tantas veces le había susurrado al oído mientras bailaban al compás, con los cuerpos desnudos, sudorosos y saciados. La que le prometió que le seguiría cantando cuando tuviesen cincuenta años más. Y ella la tenía grabada en una lista. No tenía ningún sentido, al menos para él no lo tenía. Quizá porque para Andreu su historia fue real, y todo lo que tuviera relación con aquellos años le producía tal dolor que se había deshecho de cualquier cosa que se los recordara. Y esa canción era una de ellas. Apretó la tecla para pasar a la siguiente justo cuando el sonido de un claxon le devolvió al carril, donde los coches, por fin, se movían.

Media hora más tarde tomó la salida 54 con dirección a Castelldefels/platges/Aeroport; apenas le quedaban cinco kilómetros para llegar a su destino por una carretera cuya circulación lo habitual era que fuera fluida.

Cuando aparcó en la terminal 2 quedaban diez minutos para el aterrizaje.

—Necesito un café de los de verdad —fue el comentario de Alejandro sin dejar de mirar a la cinta de equipajes esperando ver aparecer sus maletas.

—Supongo que Andreu ya estará esperándonos. Podemos dejar las maletas en el coche y nos sentamos a tomar un café en... Por cierto, ¿en qué coche vendrá? Hace años que no tiene uno en Barcelona.

—Ni idea. —Alejandro recogió una de las maletas—. Dame esa bolsa y tú lleva esta.

—Seguro que ha alquilado uno.

—Seguro. ¿Puedes con todo?

—Sí. O habrá venido en un taxi, aunque no lo creo.

Cargados como mulas, siguieron a la fila de pasajeros hacia la salida. Gemma iba estirando el cuello para divisar a Andreu entre tanta gente.

Alejandro, en cambio, iba pensando en la reacción que iba a tener Gemma en pocos minutos, porque, lógicamente, él estaba al tanto de todo lo que había sucedido.

Fue Jorge el primero en llamarlo. En cuanto acabó de hablar con su hermano, se puso en contacto con Hugo y después lo hizo con Andreu. Al colgar, se acercó al dormitorio y observó a Gemma mientras dormía. Su valquiria. Cuánto le jodía tener que explicarle lo que le había ocurrido a su hermana, estando a miles de kilómetros de distancia, sin poder estar ella a su lado. Por eso pensó que era mejor no decirle nada, al menos aún no. Esperaría a llegar a España cuando Gemma pudiese ver con sus propios ojos que Susanna estaba bien.

Frunció el ceño al comprender que iba a mentirle por primera vez y no le gustó nada cómo se sentía por ello.

Sin hacer ruido cerró la puerta del dormitorio y comenzó a escondidas a preparar el inmediato regreso a España, pero la entrada de un fuerte huracán hizo que le fuera imposible comprar los billetes durante los días en los que la ciudad estuvo en estado de alerta. Por suerte, las noticias desde Barcelona eran alentadoras, ya que, gracias a Dios, Susanna estaba en casa recuperándose.

Desde entonces había pasado una semana y, por lo que podía ver, había llegado el momento, porque su mujercita ya estaba dando saltitos y saludando con la mano a un Andreu que permanecía inmóvil a unos quince metros de distancia.

—¡¡Andreu!!

Alejandro sonrió cuando, ante el grito de Gemma, más de diez hombres, posiblemente respondiendo al nombre de Andreu, se giraron al unísono. Pero a Gemma le dio igual; ella ya tenía a su objetivo localizado y no veía nada más. Parecía que en lugar de llevar un par de semanas sin verse llevasen años. Desde la distancia vio a Andreu abrir los brazos para recibirla y a ella soltar las maletas al llegar a su altura y lanzarse a su cuello.

—Cualquiera diría que os habéis echado de menos. —Soltó una maleta para saludar a Andreu tendiéndole la mano.

—Qué tal, Alejandro.

—Con ganas de tomarme un café. —Hizo un discreto gesto de negación con la cabeza ante la mirada interrogante de Andreu.

—¿Podemos tomar un café o tienes prisa?

—Podemos, *nineta*.

A un par de metros de la salida de pasajeros había una cafetería; Andreu les indicó para que se sentaran.

—Tenemos que ponerte al día de las mil cosas que hemos hecho. Y pongamos fecha para una cena, que tengo fotitos. Muchas. Aah y te hemos traído un regalo. Ya te lo daré,

que está al fondo de una de las maletas.

—Te doy mi palabra de que la he hecho hablar mucho para ver si regresaba agotada.

Andreu, en lugar de decir nada, se limitó a sonreír. Conocía a Gemma y sabía lo metralleta que era.

—No le hagas caso. Alejandro no entiende que soy de hablar ligero. ¿Hasta qué día te tendremos por Barcelona?

Ambos, sin rastro del humor que hasta hacía un segundo los acompañaba, se miraron y una de las manos de Alejandro fue a posarse sobre el muslo de su mujer.

—¿Qué pasa? Te vas hoy, ¿es eso?

—No, *nineta*. Voy a quedarme una temporada por aquí.

—Entonces ¿qué te ocurre?

—Gemma —intervino Alejandro—, todo el mundo está bien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —repitió despacio y en voz baja. Algo había pasado y era grave.

—Hace unos días acabó el periodo de vacaciones de las niñas con Pau y las llevó de regreso a casa de tu hermana. Pero en lugar de dejarlas en el portal subió con ellas.

Asintió despacio ante las palabras de su marido.

—Ahora, iremos a casa de Andreu porque Susanna y las niñas están allí.

—¿Qué ha pasado?

—La agredió. —Esta vez fue Andreu quien habló.

—Está bien. —Cerró los ojos e inspiró despacio—. ¿Qué le ha hecho?

La mano de Alejandro sobre su muslo se movía con lentitud sobre la piel libre de ropa; quería mostrarle con ese gesto que estaba ahí con ella y que todo estaba bien. Gemma así lo entendió y colocó la suya encima.

—Ahora la verás, pero está bien.

—Dime qué le ha hecho —insistió con la voz rota.

—Tiene varios golpes en la cara y uno de los brazos lo lleva escayolado. —Andreu esperaba no tener que ser más conciso.

—Está bien —repitió—. Y él, ¿dónde está él?

—En la cárcel —fue Alejandro quien respondió.

Andreu se levantó para pedir los cafés, de paso les daría intimidad, ya que podía ver que Gemma estaba a punto de desmoronarse.

—Valquiria, Gemma —dijo agarrando con la otra mano la de Gemma, que no dejaba de temblar—, he estado en continuo contacto con Andreu, y tanto las niñas como Susanna están bien, créeme.

—Te creo. —Apretó su mano—. Gracias por haberme traído a casa.

—Por ti, lo que sea. Y perdóname por habértelo ocultado.

Ella negó con la cabeza.

—Supongo que yo hubiese hecho lo mismo.

—¿Estás bien?

De nuevo negó con la cabeza.

El viaje lo hicieron en silencio: Andreu conduciendo, Alejandro a su lado de copiloto, y Gemma, desde el asiento de atrás, mirando por la ventanilla mientras pensaba en Susanna, su hermana, su referente y su amiga. Se preguntaba en qué momento se alejó tanto de ella como para no ver lo que sucedía en su casa, no saber la realidad por la que debieron pasar tanto su hermana como sus dos sobrinas.

En verdad, Pau era un desconocido para ella; el matrimonio duró apenas tres años y durante ese tiempo puede que le hubiese visto cuatro, quizá cinco veces. Pero sí sabía de la mala relación de la pareja durante el tiempo que estuvieron casados. De hecho, ese era uno de los motivos por lo que era raro que coincidiera con el que había sido su cuñado. Los continuos enfados de la pareja obligaban a su hermana a acudir sola a eventos y reuniones familiares. Aunque, desde luego, nunca hubiese sospechado que su hermana estaba tan expuesta a una agresión por parte del que había sido su marido, porque, esas pocas veces en que habían coincidido, no le había parecido un hombre violento y mucho menos para haber llegado a esos extremos.

Aún se sorprendía por el comportamiento tan mezquino que había tenido tras el divorcio, aunque no era la primera vez que sabía de una pareja que tras la separación comenzaba una guerra. Y Pau presentó batalla desde el minuto uno en que se produjo la ruptura entre ellos, desde el instante en que Susanna montó en el coche a sus hijas y se trasladó a Castelldefels, a la casa de su madre; cuando él entró en su domicilio y vio que no estaba, la amenazó con denunciarla por abandono de hogar.

A partir de ese momento no le dio tregua ni le puso fácil un divorcio que comenzó mal y acabó peor. La firma del convenio regulador les llevó más tiempo del normal y es que Pau, en el último momento, siempre encontraba algo para no firmar.

En el primer borrador, redactado por el abogado de Pau, pedía quedarse con la casa y la custodia de sus dos hijas; Susanna, por supuesto, se negó a cederle la custodia. En el segundo, proponía vender la casa familiar y tener la custodia de las niñas. Susanna, al igual que la vez anterior, aceptó la venta de la casa; le daba igual venderla o que él se la quedase, pero cederle la custodia, no.

Seis borradores y en todos ellos, como «buen padre», no cejó en su empeño de conseguir tener con él a las niñas. Hasta que Susanna se dio cuenta de que su único interés en obtener la custodia era el de evitar pagar la pensión de alimentos; en cambio,

si ella se la cedía, sería Susanna quien tendría que abonar cada mes la cifra que acordasen y que la fiscalía aceptara. Pero eso no iba a ocurrir, porque lucharía lo que fuera necesario para impedir que Natalia y Carla vivieran con él.

Todo se solucionó cuando le planteó que del importe total por la venta de la casa, Pau se quedaría con un porcentaje mayor. En cuanto a la pensión de alimentos, Susanna le pidió a su abogada que calculara el mínimo establecido por ley y que pasara el filtro de la fiscalía de menores, y ese fue el dinero que le pidió a Pau; una cantidad ridícula con la que él estuvo de acuerdo. En cuanto al régimen de visitas, Susanna, por más que lo intentó, al final, tuvo que aceptar lo que marcaba la ley.

Firmaron, y cuando el juez semanas más tarde firmó a su vez, Pau se olvidó de que tenía que cumplir con el convenio. Nunca hizo el ingreso mensual de la pensión de alimentos en la cuenta de Susanna, y la mayoría de las veces se negaba a recoger a las niñas los días que le tocaban estar con él. Lo habitual era que no se presentara a buscarlas o, en el mejor de los casos, llamaba a última hora para avisar de que no podría pasar a por ellas.

En cuanto a la casa, Susanna les pidió dinero a su madre, a Hugo y a ella para comprarle su parte a Pau; de ese modo regresó a la casa en la que sus hijas se habían criado y vivido.

Gemma admiraba a su hermana.

En todo ese tiempo, en el que Pau parecía que solo vivía para perjudicarla, nunca la había visto perder los papeles. Jamás la escuchó quejarse de que no pagaba la pensión o del trastorno que le había ocasionado al no hacerse cargo de Natalia y Carla los días en que tenían que estar con él. Una vez le preguntó si no le molestaba y Susanna le respondió que sí, pero no por el motivo que ella creía.

—Con su pan se lo coma. Por suerte, mis hijas no necesitan nada de él, ni siquiera su dinero. Y no, no le voy a denunciar porque no quiero darle el gusto de que crea que con su comportamiento me está haciendo daño. Lo que quiero es que desaparezca de mi vida.

Las niñas, por aquella época, pasaban mucho tiempo con ella y su abuela Agnes.

No solo cuando Pau no las recogía, sino también los días en que Susanna tenía guardia o trabajaba el fin de semana.

Cuando tenían vacaciones escolares, las tres se instalaban en Castelldefels y Susanna, cada día, viajaba hasta Barcelona para acudir al hospital donde trabajaba. Le constaba que estaba agotada, pero, de nuevo, tampoco se quejó. Vivía de manera mecánica, como si llevara encendido un piloto automático en el que sus días transcurrían entre el trabajo

y sus hijas.

Susanna hacía años que no salía ni se relacionaba con nadie que no fuera la familia, y ella, que la había ayudado todo lo que pudo, en cuanto vio la oportunidad se mudó a vivir a Madrid y la dejó sola. Quizá, si hubiese seguido en Barcelona, podría haber evitado...

—Gemma. —Alejandro echó la mano hacia atrás y le tocó la rodilla—. Gemma. —Iba tan metida en su mundo que no se había dado cuenta de que el coche se había detenido en una plaza de garaje—. Ya hemos llegado. —Observó cómo se mordía el labio inferior. Alejandro sabía que era una señal de que estaba nerviosa, como también, que se le pasaría en cuanto viera a su hermana—. Vamos. —Salió del coche y le tendió la mano para que bajara.

Tuvieron que caminar un par de calles para llegar al portal donde vivía Andreu, ya que, al ser el suyo un edificio antiguo, no contaba con un parquin privado.

—Espero que esta vez sí que funcione el ascensor. —Alejandro, con los dedos entrelazados con los de Gemma, rompió el silencio cuando Andreu abrió la pesada puerta de hierro forjado.

—De momento parece que funciona. No seas gafe. —Les cedió el paso para que entraran al frescor del interior del edificio.

—Solo sé que cada vez que he venido a tu casa me ha tocado subir andando.

—Por esta vez te libras.

Al entrar en el ascensor, Alejandro notó que la mano de Gemma estaba húmeda. La pegó a su cuerpo y besó su cabeza. En respuesta, ella colocó la palma de la mano en su torso y lo acarició un par de veces.

De nuevo, Andreu los invitó a salir primero del pequeño cubículo y él lo hizo detrás con las llaves de su casa de la mano. Cuando la introdujo en la cerradura y empujó la puerta, se apartó para que fuera Gemma quien entrara.

—Tata —la escucharon musitar y después tomar aire ante la presencia de Susanna que la esperaba al otro lado del vestíbulo.

Cuando Gemma la abrazó y Susanna, con el brazo libre de yeso, le acarició el cabello, Andreu cerró la puerta.

—Vamos. —Palmeó la espalda del médico—. Acompáñame a recoger a las niñas.

Con un cabeceo Alejandro asintió. Era un momento en que ambas necesitaban estar a solas y así lo entendió.

Capítulo dieciocho

De nuevo, dentro del ascensor y ante la mirada interrogante de Alejandro, Andreu le contó lo que iban a hacer.

—En una hora sale Natalia del colegio y he de ir a buscarla. Carla acaba las clases una hora más tarde y también hay que recogerla.

—Claro.

—Nos da tiempo a tomar un café.

—Perfecto, pero no es eso lo que quiero saber.

Andreu le miró de reojo y soltó el aire.

—Estoy bien.

—Y una mierda, pero tenemos tiempo para que me convenzas.

—No creo que una hora sea suficiente. —Hizo un amago de sonreír, pero falló estrepitosamente.

—Para eso hemos venido; Gemma para estar con su hermana y yo con un amigo que necesita hablar.

Sin más que decir, se abrazaron dentro del ascensor.

Mantuvieron un cómodo silencio mientras caminaban hacia el garaje hasta que Andreu lo rompió.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?

—El necesario, al menos Gemma. A mí me quedan quince días de permiso, pero podría disponer de algunos más.

—Gracias. —Abrió las puertas del coche con el mando.

—No tienes que darlas, ya te lo he dicho. Somos amigos y mientras me necesites aquí estaré.

—Me vendrá bien hablar.

—Lo imagino. ¿Sabéis algo del juicio? —Alejandro, aparte de ir pendiente de la conversación, también lo hacía de las calles por las que iban circulando.

—No, aún no. Esta semana Pablo irá al juzgado a presentar la demanda.

—Me lo contó Hugo. Fíjate que siempre creí que fue él quien le había llevado el divorcio.

—¿Pablo?

—Sí, hasta que Gemma me sacó de mi error.

—Por aquel entonces, cuando comenzó el proceso de divorcio, Susanna no conocía a los chicos. —Se encogió de hombros mientras conducía—. La representó una amiga suya.

—Estoy convencido de que Pablo hará bien su trabajo y... ¡Joder! Lo siento. Sé que es tu hermano, pero...

—No te preocupes, ya sabes que Pau y yo no somos demasiado cercanos. Y sí, yo también estoy seguro de que Pablo lo hará bien. —Puso el intermitente y giró en la avenida Diagonal—. Y Raúl también.

—¿Raúl? Pero Raúl es de penal. Creía que los delitos de violencia de género lo llevaban los abogados de familia.

—Yo también lo pensaba, pero, al parecer, son juicios que van por lo penal e irán los dos como letrados. De todas formas, es una historia muy larga para contártela ahora. —Aminoró la velocidad y miró a ambos lados de la carretera buscando un hueco donde poder aparcar—. Ya hemos llegado.

—Vaya palizas que te estás dando —comentó Alejandro mirando a través de la ventanilla.

—No me importa.

—¿Y tu trabajo? ¿Cómo te estás organizando?

—Mal. Peor que mal. —Se volvió a encoger de hombros—. Ya lo solucionaré.

Hacía rato que las habían dejado solas y, tras un emotivo abrazo, ambas hermanas se sentaron en el sofá del salón. Desde entonces, Gemma no había soltado su mano mientras escuchaba cómo le contaba lo que había ocurrido. A medida que Susanna hablaba, Gemma pasó del dolor a la rabia y de ahí al estupor, al enterarse de que sus sobrinas habían presenciado aquel escenario.

Veía que su hermana estaba deshecha y no le faltaban motivos. Gemma no quería ni imaginar la impotencia que debió de sentir ni lo que tuvo que pasar por su cabeza al ver que no podía hacer nada para protegerlas cuando en aquel momento estaba convencida de que también las atacaría a ellas. Pero el objetivo solo era Susanna y, aunque ninguna de las dos sufrió daño físico, sí que tardarían en asimilar todo lo que habían presenciado y tendrían que aprender a vivir con ello.

Tras media hora sin dejar de hablar, Susanna tenía la boca seca y un dolor en el estómago considerable. Habían pasado pocos días desde la agresión y hablar de ello le

hizo revivir aquellos minutos de nuevo.

Con la excusa de necesitar un vaso de agua, se levantó y de paso se daría un respiro, pero Gemma, lejos de dejarla sola, la siguió hasta la cocina. Cuando Susanna llenó dos vasos de agua, Gemma la abrazó por la espalda.

—Tata, tata, tata —repitió en un susurro el apelativo cariñoso con el que la llamaba—. ¿Sabes una cosa?

—Dime.

—Las ayudaremos y crecerán como hasta ahora, felices y locas.

—¿Cómo tú? —Sonrió.

—Y como tú. Porque son Casals y muy cuerdas no pueden estar.

—En eso tienes razón.

Guardaron silencio mientras bebían.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros en Barcelona?

—Me quedan días de vacaciones, aun así, mañana llamaré a la coordinadora para pedir más.

—No es necesario...

—¡Anda que no! Tú no te libras de mí.

—Gemma... Estoy bien y tú tienes una vida en Segovia al lado de Alejandro.

—¡Ay! Mi «doctor buenorro» —suspiró y mostró una sonrisa demasiado pícara.

—Vale, ya me lo has dicho todo. —Rio.

—Y hay más. Eso que te imaginas y mucho más.

—¡Gemma! ¿Tú sabes que voy a tener que mirarlo a la cara? Hija, que no quiero imaginarlo sin ropa.

—Pues deberías. —Dejó el vaso en la pila—. ¿Andreu y Alejandro han ido a recoger a las niñas?

—Sí, no creo que tarden en volver.

—Por cierto, ¿cómo es que estáis en su casa?

Susanna soltó un gruñido.

—No me dejó otra opción.

—¿Andreu? ¿Nuestro Andreu?

Asintió mientras torcía el gesto ante el adjetivo posesivo que había utilizado para definirlo.

—El mismo.

—¿En serio? —Rio—. No me lo imagino, la verdad.

—Gemma... Hay otra cosa que tienes que saber.

—¿El qué? —murmuró al ver la seriedad no solo en las palabras de su hermana, sino

en su rostro al decirlas.

—Andreu, cuando se enteró de lo que había ocurrido, fue a buscar a su hermano y, al parecer, le dio tal paliza que acabó en el calabozo.

Gemma se tuvo que sentar.

—En el calabozo —repitió en un susurro—. Nuestro Andreu.

En ese momento, ante el sonido de unas llaves, giraron la cabeza hacia la entrada.

—*Tieta!!*

Natalia soltó la mochila de cualquier manera y se lanzó a su regazo.

—Nos ha dicho el tío que habéis dejado a Noa, a Bimba y a Lola con una vecina.

—Eso hemos hecho, sí —le respondió alternando la mirada entre Natalia y Andreu que, al igual que Alejandro, llegaba cargado con varias bolsas.

—Podíais haberlas traído aquí, al tío Andreu no le importa.

—Bueno, eso de que no me importa...

Ignoró a su tío.

—¿Te acuerdas de mi habitación? Pues ahora tiene más cosas. ¿La has visto?

—Aún no, estaba hablando con mamá y esperaba que me las enseñarais vosotras.

—Hola, *tieta*. —Carla, a diferencia de su hermana, dejó la mochila en una de las sillas y la abrazó.

—Hola, loquita mía.

Mientras saludaba a sus sobrinas y Andreu sacaba de una bolsa varios envases de comida que había recogido de uno de los restaurantes de la zona, Alejandro, tras saludar a Susanna y aprovechando que no estaban las niñas delante, se interesó por su estado.

—Te veo bien —afirmó Alejandro tras finalizar el abrazo que se habían dado—, pero ¿cómo te encuentras?

Susana ya contaba con que su cuñado se interesaría de una manera más profesional, al igual que sabía que no iba a poder engañarlo con facilidad. Porque Alejandro, no solo era médico en urgencias, por lo que veía y atendía casos iguales a menudo, sino que había pasado por una situación muy parecida con su hermano Jorge.

—No te refieres a físicamente. —Para qué iba a andarse con rodeos.

—No. Eso ya puedo verlo. —La miraba con tal intensidad que si no lo conociera conseguiría intimidarla.

—Tengo días. —Tragó saliva—. Pero en general estoy bien.

—Eres una mujer fuerte, Susanna, pero no por eso indestructible. Sabes a lo que me refiero, ¿no es así?

—Lo sé, pero todavía no puedo pensar en mí. Las niñas...

Alejandro posó la mano sobre el brazo libre de yeso. —Eso, Susanna, no es verdad.

Eres tu prioridad para que ellas estén bien. Así que, hazme el favor de ocuparte de ti, que para el resto estamos nosotros.

Le miró interrogante.

—Si estás de acuerdo, durante estos días en que estemos por aquí, tu hermana y yo nos ocuparemos de Natalia y Carla. —Fijó la mirada en Gemma y en las dos niñas que tiraban de ella hacia la zona de los dormitorios. No solo ayudarían a Susanna al hacerse cargo de sus hijas, esperaba que también sirviera para que Andreu se ocupara de poner al día su trabajo—. Tu hermana ha estado parte del vuelo anotando en una libreta todo lo que quiere hacer con ellas, y te puedo asegurar que van a estar muy entretenidas.

—Supongo que les vendrá bien pasar tiempo con vosotros ahora que no os pueden ver tanto.

—Y tú dispondrás de tiempo para ti.

—Tienes razón. De hecho, estoy sopesando una idea y tengo algo que comentar contigo.

—Cuando quieras, estoy a tu disposición.

—Las he enviado a las dos al baño para que se laven las manos —explicó Gemma al entrar de nuevo en la cocina. No detuvo sus pasos hasta que llegó a la zona del fregadero donde estaba Andreu lavando unas hortalizas.

Unas manos se aferraron a su cintura desde atrás, bajó los ojos y no le cupo duda de que eran las de Gemma: dedos finos y largos, una pulcra manicura y en el dedo anular de su mano izquierda su recién estrenada alianza de casada.

—¿Estás bien? ¿Más tranquila?

Gemma, en lugar de responder, apoyó la mejilla en su espalda.

—¿Qué pasa, *nineta*? —Se secó las manos con el trapo y se giró para mirarla. Frente a ellos pudo ver por el rabillo del ojo que estaban Susanna y Alejandro; hablaban entre ellos y no les estaban prestando atención.

—¿Estás bien tú?

—Claro, ¿no me ves?

—Susanna me ha contado lo que ocurrió con Pau.

En lugar de decir nada, se limitó a mirarla.

—Yo... Lo siento. No debe ser fácil de digerir el que hayas tenido que llegar a las manos con él.

Tenía que haberse imaginado que todos iban a pensar lo mismo, y era lógico, ya que ninguno conocía la relación que Pau y él tenían o, al menos, no sabían la magnitud de la distancia que los separaba. Llevaba muchos años evitando que los relacionaran; de joven,

por vergüenza a que lo ridiculizara delante de cualquiera, sobre todo, delante de Hugo; y de adulto, porque un día le hirió de tal manera que dejó de verlo como su hermano.

Desde ese día no volvieron a coincidir en la misma habitación hasta que tuvo que asistir al funeral de sus padres y de su abuelo, y ni siquiera la trágica situación consiguió que intercambiaran palabra alguna. Aquella fue la única vez en que la familia Casals los pudo ver juntos en el mismo lugar.

Así que, sí, no era fácil de digerir saber que había golpeado a un hombre. Al igual que era consciente de que no había obrado bien, pero eso no quitaba el que no sintiera remordimientos porque ese hombre fuera Pau.

Y como el pasado no se podía borrar, ojalá lo hubiera hecho antes y las cosas hubiesen sucedido de otra manera.

—Pero, si alguien tenía que hacerlo, ese eras tú.

«Si alguien tenía que hacerlo», repitió para sus adentros las palabras de Gemma. Y era cierto. Solo él tenía verdaderos motivos para devolverle cada golpe que le había dado a Susanna, cada herida infligida y todo el dolor causado.

—¿Ves por lo que te tengo que querer tanto? —Esta vez lo abrazó por la cintura.

—Yo también te quiero.

Al levantar la mirada, en la cocina solo estaba Susanna, que lo miraba como si nunca hubiese dejado de hacerlo.

—Entonces, ¿dónde comeremos mañana? —Ante la pregunta de Natalia, varias cabezas se giraron para mirar a Susanna.

—Está bien, dejad de mirarme. Si los tíos están convencidos, poco puedo decir al respecto.

—¡Bravo! —exclamó Gemma—. Y lo de comer, ya veremos a dónde vamos. De momento, seca esto. —Le pasó a Natalia una de las fuentes que habían utilizado durante la comida.

—No tengo trapo. —Alejandro le pasó el que estaba utilizando—. Mami, la tutora ha comenzado a citar a los padres para una entrevista. En la agenda tengo apuntado el día en que tienes que ir tú.

—Que no se te olvide enseñármela.

—Y como ya me imaginaba, nos han puesto deberes de mates y solo llevamos dos días de clase. —Puso los ojos en blanco—. Pues no me espera na' este curso.

Alejandro se mordió los carrillos para no echarse a reír.

—Qué dura es la vida de estudiante, hija.

—Pues sí, porque, mami, seguro que en tu época no tenías ni la mitad de deberes que

yo.

—«En mi época» no protestábamos tanto.

—Susanna, eso me ha sonado a demasiados años. —Rio Gemma.

—Ya he acabado. ¿Puedo irme a mi cuarto?

—Ve, anda, pero no molestes a tu hermana. ¡Y haz los deberes! —le indicó alzando la voz porque Natalia ya había salido despavorida.

Solos los adultos, Andreu sirvió los cafés.

—Algún día madurará. —Gemma dio un par de palmaditas en la mano que tenía su hermana sobre la mesa.

—Bendito el día en que eso ocurra —suspiró.

—Me recuerda tanto a Hugo cuando tenía su edad. ¿A que sí, Andreu?

—Estoy seguro de que se parece más a ti. —Sonrió mientras daba un sorbo a su taza.

—¿Tú eras así, valquiria?

—Yo diría que son igualitas —respondió Susanna.

—¡Vaya! Y yo que te tenía por una niña modosita. —Alejandro se recostó en la silla y pasó el brazo por detrás del respaldo de la de Gemma.

—No les hagas caso, siempre he sido una incomprendida.

—«¡Oh, tata!» —teatralizó Susanna—. «¿Le dirás a mamá que las galletas se las ha comido el perro del vecino?». O esta otra: «Tata, ¿tú crees que si le digo a la profe que el perro del vecino se ha comido mis ejercicios, colará?».

—Era un perro muy malo —se defendió.

Alejandro la miraba con la ceja alzada.

—Claro, y muy tragón. También tengo otras muchas que no tienen que ver con el vecino —continuó Susanna.

—Déjalo. Alejandro ya se ha hecho una idea.

—No, mujer. Déjalos que sigan. —Alejandro se lo estaba pasando en grande.

Andreu, animado al recordarla de pequeña y con la distendida charla, intervino.

—A ver si recordáis esta: «Andreu, cronométrame cuanto aguanto debajo del agua».

—Ostras, esa fue buena —dijo Gemma.

—Buenísima. —Susanna puso los ojos en blanco—. Tuvimos que sacarla cuando vimos que llegaba a los dos minutos.

—Qué exagerados son.

—Aún recuerdo el año que Hugo y ella se apuntaron a una cata de jamón en las fiestas del barrio.

—Madre mía —suspiró Susanna.

Gemma chasqueó la lengua.

—Pensé que era un concurso, ya os lo dije.

—Se comió ¿cuánto? —le preguntó Andreu a Susanna.

—Media paletilla —respondió.

—Otra vez exageran. Tú ni caso.

—Tuvimos que llevarla a urgencias a que le hicieran un lavado de estómago.

—Una pena, porque estaba muy rico.

—Tú estás muy mal, ¿no? —le dijo su marido cuando pudo dejar de reír.

—Ahora no puedes devolverme.

—Ya veremos.

—Y aquella vez que estuvo subida al árbol de vuestra casa durante más de cuatro horas. ¿Lo recordáis? —En cuanto acabó de hablar se dio cuenta de que aquel era uno de los muchos momentos que había intentado olvidar. Pero Alejandro, ajeno a la situación que se estaba creando a su alrededor, rompió de nuevo a reír al imaginar la escena.

—¿Y qué hacías allí subida? No me lo digas, estabas vigilando al perro del vecino.

—Me subí para columpiarme de una rama.

—¿Y qué pasó?

—Me columpié, pero cuando quise bajar no pude hacerlo. Estaba sola en casa y tuve que esperar a que llegara alguien para que me ayudara. Al final me bajó él —le explicó a su marido señalando a Andreu con el dedo—. Recuerdo cómo te pusiste de histérica cuando pensaste que se caía.

A Alejandro le escocían los ojos de tanto reír al conocer el pasado de Gemma; en cambio, ante la mención de aquel día por parte de Andreu, Susanna y él no habían podido evitar mirarse en varias ocasiones.

Los dos recordaban a la perfección el instante en que Andreu a punto estuvo de caer del árbol cuando subió a rescatar a Gemma y lo que ocurrió después.

Acababan de entrar al jardín cuando escucharon a Gemma:

—Hola, chicos.

Los dos miraron en todas las direcciones, pero no había rastro de ella.

—Aquí arriba.

Elevaron la vista y allí, en la rama más alta del árbol más alto que tenía la vivienda, estaba Gemma.

—¿Se puede saber qué haces ahí subida? —le increpó su hermana mayor.

—Esperar a que alguien me baje. Llevo cuatro horas y ya me duele el culo de estar sentada en una rama.

—No me lo puedo creer —musitó Susanna.

Para Andreu, aunque la situación no era graciosa, Gemma, como siempre, sí lo era. Estaba seguro de que ninguna niña que estuviese cuatro horas atrapada en un árbol derrocharía el desparpajo que tenía ella.

—¿A dónde vas? —escuchó decir a Susanna.

—A por una pequeñaja que no hace más que meterse en líos.

—¡Oye! Que te he escuchado —protestó la aludida.

—¡Andreu! No subas que te puedes caer.

Regresó a su lado y cerca de su oído le dijo:

—No es la primera vez que trepo por este mismo árbol, ¿lo recuerdas? Porque yo no podré olvidarlo jamás.

—Ni yo —musitó mirando su boca—. Ten cuidado, por favor.

Todo fue bien hasta que, cuando por fin logró tocar el zapato de Gemma, una de las ramas en las que Andreu apoyaba el pie se tronchó. Quedó suspendido en el aire y se salvó de romperse la crisma gracias al agarre de una de sus manos a otra rama. Susanna, desde abajo, y viendo la altura a la que se encontraba, estaba segura de que si caía se partiría como mínimo un hueso, por lo que lo único que se le ocurrió hacer fue chillar como una loca ante el miedo de verlo en el suelo. Pero Andreu, aunque le costó varios intentos encontrar dónde sujetarse, al final lo consiguió: bajó sana y salva a Gemma y él lo hizo detrás.

En cuanto plantó los dos pies en el suelo, Susanna se echó a sus brazos y no lo soltó hasta que se tranquilizó.

—Qué susto me has dado. Pensé que te caías. —La voz quedó amortiguada por la piel del cuello masculino que Susanna besaba mientras hablaba. Andreu, que llevaba un pantalón corto, se pegó al cuerpo femenino para disimular la erección que se le estaba formando por culpa de esos labios que le estaban poniendo malo.

Después de haber pasado la mañana encerrados en el hotel, habían ido hasta su casa con la idea de coger toallas y bañadores; pasarían la tarde en la playa. Pero a medida que la erección crecía, las ganas de ambos por volver a estar solos y sin ropa fueron más fuertes.

—Necesito estar dentro de ti. Ya.

—Gemma había quedado con una amiga. No sé si ahora, con todo el tiempo que ha pasado, querrá ir.

La suerte los acompañó, ya que al entrar en la casa Gemma salía.

—Me voy a casa de Miriam. —Esperaron hasta que la vieron cruzar la calle y tras llamar al timbre de la casa de enfrente alguien le abrió y Gemma entró.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Dos horas hasta que regrese Hugo.

—Vamos.

Subieron las escaleras a la carrera y del mismo modo se quitaron la ropa al llegar al dormitorio de Susanna.

Desnudos, los dos unieron sus labios en un descarnado y lascivo beso. Parecía que de nada les había servido el haber estado follando hacía menos de dos horas, porque las ganas seguían siendo las mismas.

Andreu se sentó sobre el colchón y Susanna lo hizo a horcajadas sobre su miembro erecto. Lo sujetó con una mano y se dejó caer hasta quedar sentada sobre las caderas de Andreu.

—Me pasaría la vida dentro de ti.

Aferrado con fuerza a las caderas de Susanna, subió la pelvis para penetrarla con un mayor empuje.

—¡Ummm! —gimió cuando la llenó con su miembro—. Tenemos dos meses por delante. —Echó la cabeza hacia atrás y jadeó.

—En los que pienso tenerte desnuda cada día. —Capturó un pezón con la boca y jugó con él como sabía que le gustaba a Susanna.

—¡Andreu! —murmuró al sentir el pequeño mordisco.

—Muévete, Su.

Balanceó las caderas hacia adelante y hacia atrás con movimientos lentos y firmes.

La miró, estaba espectacular.

Ella no era consciente, pero irradiaba sensualidad con cada jadeo y gemido que salía de su boca, con cada movimiento de su cuerpo, con cada palabra susurrada.

Llevaba el pelo suelto que le caía en ondas por la espalda, se había encargado él de deshacer la coleta a primera hora de la mañana cuando entraron en la habitación del hotel. La boca estaba entreabierta; asomaba una pequeña porción de lengua que recorría su labio inferior y que él deseaba morder. Los ojos los tenía cerrados y las mejillas presentaban un color sonrosado producto de su excitación.

Gimió al sentir en el pene la primera contracción de su vagina. A medida que los dedos se clavaban en la carne de sus caderas, ella, aferrada a sus hombros, aumentaba el ritmo y la presión.

Andreu, ante la segunda contracción, metió la mano entre los dos cuerpos y utilizó el pulgar para masturbarla. No tardaron en sucumbir al orgasmo. Primero lo hizo Susanna; acto seguido, Andreu, explotó dentro de ella.

Cansados, saciados y felices, tiró de su cuerpo para tumbarla sobre él. Andreu trazaba círculos en su espalda mientras que Susanna repasaba su rostro con un dedo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al ver cómo le miraba.

Ella negó con la cabeza.

—Susanna, ¿qué pasa?

—Pensarás que soy una tonta, pero me da miedo perder esto que tenemos y, sobre todo, perderte a ti.

—No me perderás.

—¿Me lo prometes?

Acarició su espalda.

—Haré algo más que eso; planifiquemos un futuro juntos.

—Cómo.

—A partir de ahora miremos a largo plazo.

—Con proyección.

—Con la misma proyección.

—Tú y yo.

—Siempre, tú y yo, Su.

—Entonces ¿qué prefieres?

La voz de Alejandro trajo a Andreu al presente. No se sorprendió al darse cuenta de que estaba mirándola; lo más seguro es que llevara un buen rato haciéndolo. Lo que no se esperaba era ver que ella tenía la mirada puesta en él y que en sus ojos no había rastro de indiferencia.

—Pues... prefiero quedarme si a Andreu no le importa. ¿Te importa?

Al escuchar su nombre miró a Gemma; no entendía a qué se estaba refiriendo.

—Que si no te importa que nos instalemos aquí.

—Ah, pues, sí. Quiero decir, no, claro. Cómo me va a importar.

—Vale. Necesito darme una ducha.

—Iré a por las maletas —dijo Alejandro e hizo el amago de ir a levantarse, pero se volvió a sentar al ver que la conversación continuaba.

—Podéis dormir en mi habitación, os dejaré sábanas y toallas limpias. —Tras mirar la hora, se levantó y miró a Susanna.

—¿Te vas? —fue Gemma quien le preguntó al verlo de pie.

—Deberíamos prepararnos; en media hora tienes la visita en el ambulatorio.

Susanna, al igual que él, miró el reloj que colgaba de una de las paredes de la cocina.

—Entonces, os acompaño —se ofreció Gemma mientras Alejandro esperaba para ver qué era lo que tenía que hacer, si bajar a por las maletas o ir con su cuñada al ambulatorio.

—No es necesario que vayamos todos —intervino Susanna y Andreu tuvo la sensación de que se lo estaba diciendo a él. Tampoco se iba a sorprender; Gemma era su hermana y

era lógico que fuera ella quien la acompañara—. Voy para que me retiren los puntos. — Hizo un movimiento con los ojos, señalando primero su cabeza, después el brazo escayolado—. Con la izquierda no puedo hacerlo.

—Aah, si solo es eso entonces lo haré yo.

Susanna evitó mirar a Andreu. Aún estaba impactada por la reacción de su cuerpo al recordar aquel día y estaba segura de que él sabría interpretarlo porque la conocía bien, al igual que las reacciones que le provocaba.

—¿Entonces? —quiso saber Alejandro—. ¿Yo qué hago?

—Por mí sí. Prefiero no salir... aún.

—Vale. —Esa vez la que se levantó fue Gemma—. Por hoy no saldremos, pero —la señaló con el dedo— mañana ya veremos.

—¿Entonces? —Volvió a preguntar Alejandro—. ¿Bajo a por las maletas?

Capítulo diecinueve

Andreu levantó la mirada de los bocadillos que estaba preparando cuando escuchó unos pasos que se acercaban a la cocina.

—¡Buenos días!

Se agachó para recibir el beso de Gemma.

—Buenos días, *nineta*. ¿Qué tal has dormido?

—Como un tronco. Tienes una cama muy cómoda.

—O tú estabas muy cansada.

—También. ¿Y tú has podido dormir?

—He dormido, no te preocupes.

—No te creo. —Le empujó con la cadera y lo apartó para continuar ella con la tarea de preparar el almuerzo de sus sobrinas.

—Eso es porque no has probado a dormir en el sofá.

—Aun así, no tienes por qué hacerlo. Podemos dormir en la cama de Susanna y ella en la de una de las niñas.

—Estoy bien en el sofá. —Se encogió de hombros—. No es la primera vez que duermo en él.

—Buenos días. —Alejandro apareció vestido con vaqueros y camiseta y con el pelo aún húmedo de la ducha. Cogió el vaso lleno de zumo que le tendió Andreu—. Cuál es el plan de hoy.

—A las ocho tenéis que dejar primero a Carla en el instituto y después a Natalia en el colegio, pero no entra hasta las nueve.

—¿Y qué sueles hacer con ella mientras esperas? —Dejó el vaso vacío en el fregadero.

—Hablar, o más bien escuchar, no te olvides que es Natalia con quien espero. Gemma, ¿cuántas tostadas vas a querer?

—Tres.

Miró a Alejandro.

—Con el café tengo suficiente.

—De todas formas, ya os dije que no es necesario que las llevéis, de igual manera hoy tengo que salir.

—¿Y no puedes irte cuando volvamos? Así te llevas a Alejandro.

—Pronto empiezas a deshacerte de mí. —Le dio un mordisco a la tostada que Gemma había untado con esmero de tomate rallado, sal, aceite y una loncha de jamón serrano.

—¡Oye! —Chasqueó la lengua y comenzó a prepararse otra.

—Tengo que hacer algo de compra y encargar dos libros de lectura para Carla. Si crees que no te aburrirás...

—No me aburriré. Y vosotras, ¿qué es lo que tenéis pensado hacer para que tenga que irme?

—Vamos a pasar la mañana poniéndonos guapas.

Alejandro la miró mientras servía los cafés.

—¿Lo sabe tu hermana? —le preguntó.

—Aún no. Se me acaba de ocurrir.

—Quizá sea un poco pronto, valquiria. No la vi muy receptiva anoche.

—Lo sé. —suspiró—. Por eso no saldremos de casa. Pienso montar un salón de belleza en el cuarto de baño.

—Eso significa que tendremos que estar toda la mañana fuera. —Volvió a darle otro bocado a la nueva tostada que Gemma acababa de preparar.

—Por lo menos. —Frunció el ceño y le señaló con el dedo al ver el mordisco que le había dado—. ¡Qué bruto eres!

—No lo sabes tú bien. —Le dio un azote en el culo—. Voy a prepararme para irnos.

—Entonces mejor iré yo contigo a llevarlas a clase y dejamos a las dos con su salón de belleza.

—Muy buena idea. —Sentenció Gemma. Así disponía de tiempo para todo lo que tenía pensado organizar para esa mañana.

Andreu y Alejandro

—¿Y ahora? —Acababan de montarse en el coche después de dejar a Natalia en el colegio.

—Tenemos que acercarnos a una librería, está aquí al lado, y después iremos a hacer la compra. Pero antes te voy a enseñar donde ha crecido tu mujercita.

—Vivíais cerca, ¿no es así?

Andreu asintió mientras arrancaba el motor del coche y comprobaba por el espejo retrovisor que no venía ningún vehículo. Condujo por una avenida hasta que giró a la izquierda.

—El colegio donde hemos dejado a Natalia era el mismo donde estudiamos todos nosotros.

—Así que ese era el famoso colegio donde Gemma aprendió a tener respuesta para todo.

—Eso le viene de fábrica, créeme.

Continuó avanzando mientras giraba de nuevo, esta vez a la derecha. Al final de la calle, giró una última vez y se detuvo delante de una casa.

—¿Es esta?

—Sí.

Alejandro se desabrochó el cinturón de seguridad y bajó del coche. Andreu salió con él.

—Gemma me la había descrito tal cual es —comentó contemplándola desde el otro lado de una valla cubierta de setos.

—Siempre ha tenido un don para explicar lo que veía.

—Es una pena que la vendiera Agnes, es una magnífica casa.

—Pero demasiado grande para ella sola.

—Estoy de acuerdo.

—¿Vamos?

De nuevo en el coche, Andreu se dirigió hacia otra casa unas calles más adelante.

—Esta es la mía.

—Aquí fue donde sucedió la pelea —afirmó.

Andreu no le respondió, se limitó a mirar la que había sido la casa de su familia sin ver en realidad nada.

—Sé que no te sientes orgulloso de lo que hiciste, pero si te quedas más tranquilo, te diré que de no haberlo hecho tú lo hubiésemos hecho cualquiera de nosotros.

—Ya —murmuró.

—¿Qué te carcome, Andreu?

—Como bien has dicho, no me siento orgulloso, ni siquiera me siento en paz. Supongo, que el hecho de golpear a alguien no soluciona los problemas.

—Eso es verdad —le dio una cariñosa palmada en el hombro.

—Bueno. —Retrocedió un par de pasos—. ¿Nos vamos?

—Te invito a un café antes. ¿Hay por aquí algún sitio donde puedan servirnos un buen café?

Andreu aparcó el coche y fueron caminando hacia una de las cafeterías de la zona. Pidieron dos cafés y, mientras se los traían, Alejandro no perdió el tiempo.

—¿Cómo están Natalia y Carla?

—Natalia, ya la has visto, da la sensación de que no le ha afectado, pero está asustada, sobre todo, porque se encuentra desubicada.

—¿Por estar en tu casa? —preguntó extrañado.

—No, por suerte han pasado tanto tiempo en mi casa como seguramente lo habrán hecho en la suya. Lo que le asusta es la incertidumbre sobre su futuro inmediato. Natalia siempre ha necesitado tener un entorno fuerte y seguro. Cualquier cambio le afecta. Si la observas, te darás cuenta de que busca constantemente el contacto con su madre y eso es porque está asustada y no sabe gestionarlo.

—Y ha tenido un cambio en su vida muy traumático.

—Exacto. Y Carla... Carla fue la que se llevó la peor parte. Supo actuar, se escondió y arrastró a su hermana con ella. Se encargó de que Natalia no viese nada, pero Carla sí que pudo ver todo lo que ocurrió.

—Joder.

—Supongo que nunca podrá borrar las imágenes y sonidos de aquella mañana. —El silencio de Alejandro le confirmó lo que ya sabía—. Pero lo que ahora más le está afectando es el sentimiento de culpa que tiene por no haber ayudado a su madre.

—Entiendo.

—Su frustración la muestra a través de un comportamiento hostil. Está contestataria y de mal humor la mayoría del tiempo.

—¿Duerme bien?

—Es una Casals —bromeó en un intento de suavizar la conversación.

—Y por lo que he podido ver, no ha perdido el apetito. Sí, ya sé lo que me vas a decir —se apresuró a hablar—, es una Casals. —Sonrió.

—Gracias —le dijo Andreu al camarero que había dejado sobre la mesa las dos tazas de café.

—Son niñas, Andreu, y por suerte lo superarán sin que les queden secuelas importantes.

—Eso espero.

Ambos hombres echaron el azúcar al contenido de sus tazas.

—Siempre me ha resultado curiosa la relación que tienes con las dos.

Andreu, sin dejar de remover el azúcar, le miró brevemente.

—Son mi familia y la única que me queda.

—Claro. —No dijo más—. ¿Tienes que trabajar hoy?

—Debería acabar de preparar un presupuesto, pero puedo hacerlo esta noche.

—¿Comemos con las niñas en alguna hamburguesería? Seguro que les apetece y, de paso, dejamos a Gemma y a Susanna un poco más de tiempo a solas.

—Les encantará la idea, aunque a las cuatro y media tienen clase de *ballet*.

—¿Entonces?

Recordó si llevaba ropa de repuesto en el coche.

—Podemos hacerlo.

—Perfecto. —Cogió la taza y dio un par de sorbos—. Voy a avisar a Gemma.

Mientras Alejandro le enviaba un mensaje, Andreu revisó los correos en el teléfono.

—Y a Susanna, ¿cómo la ves?

Se sorprendió, ya que no esperaba que acabara tan rápido de mensajearse con su mujer. Cerró la aplicación y dejó el móvil sobre la mesa mientras pensaba en la respuesta correcta.

—No lo sé. Es difícil que yo sepa nada; ya sabes cómo son las cosas entre nosotros.

—Ayer me sorprendió lo animados que os mostrasteis contando anécdotas de Gemma.

—A mí también me sorprendió.

—Entiendo que no habéis acercado posturas ahora que estáis conviviendo bajo el mismo techo.

—¿Posturas? Apenas nos dirigimos la palabra y cuando lo hemos hecho ha sido para echarnos algo en cara.

—Lo imagino; lleváis demasiados años enrocados cada uno en su visión de la historia y las chispas saltan al mínimo encontronazo. Pero, no sé, pensé que estos días hablaríais.

—De qué, Alejandro, de qué.

—De lo que pasó entre vosotros, o de lo que sea, pero así no podéis seguir. Tú mismo acabas de decir que solo tienes a las dos niñas por familia, y Susanna es su madre.

Lo escuchaba, como hacía siempre. Alejandro junto con Mario se habían convertido en dos grandes amigos y confidentes, y no era la primera vez que le hacían ver lo mal que lo estaba haciendo.

Pero no se veía capaz de hacerlo mejor, porque para eso primero tenía que hacer las paces con él mismo y con un pasado al que le habían obligado a contemplar desde el palco de honor.

—Hazme caso a lo que llevo diciéndote desde que te conozco: busca un buen momento, sentaos y conversad. Respóndeme a una cosa. ¿Tanto daño os habéis hecho para que ninguno de los dos pueda pasar página?

—Te aseguro que ella sí que la pasó hace tiempo.

—No lo tengo tan claro.

—Vivió como quiso y se casó con la persona que quería. Yo creo que no pasó solo una página, sino el libro entero.

—Con tu hermano.

Asintió.

—Andreu, verás, anoche Gemma y yo estuvimos hablando y hay cosas que no me encajan, como por qué nadie de la familia Casals vio nunca un comportamiento violento en Pau.

—No lo sé. No puedo ayudarte porque no lo sé.

—Pero sí que veías el carácter que tenía de pequeño. Tú mismo me has contado que era un chico problemático.

—Así es. Les hizo la vida bastante complicada a mis padres y a mí me martirizó todo lo que pudo, pero, ¡joder!, nunca pensé que pudiese hacer lo que ha hecho. —Se llevó la mano a la cara y, tras frotarse los ojos con dos dedos, los dejó haciendo presión en los lagrimales—. Cuando me fui a estudiar a Estados Unidos, dejé de tener el más mínimo contacto con él.

Creo recordar que poco tiempo después de mi marcha se independizó, por lo que en mis viajes a Barcelona, al no vivir en la casa familiar, no coincidíamos.

Además, él tampoco se prodigaba mucho en ir a visitar a mis padres. Me contaban que podía estar meses sin ir a visitarlos y si lo hacía era porque ellos le insistían.

—Y a Hugo y a Agnes, con la relación que teníais con ellos, ¿nunca les contasteis nada de cómo era? Me refiero a la época en que erais críos. Tus padres y Agnes se llevaban bien y supongo que en algún momento hablarían de su hijo mayor.

—Mis padres no hablaron con Agnes, ella misma me lo dijo. Al menos no le contaron los problemas que teníamos en casa, de haberlo hecho me hubiese extrañado, ya que eran muy reservados con los asuntos familiares. Por mi parte tampoco les conté nada. Mira, ahora veo las cosas de otra manera, pero de niño y después de adolescente, explicar que tu hermano se pasaba la vida molestandote, insultándote y riéndose de ti no era fácil ni agradable.

—Te entiendo.

—Ahora, cuando pienso en aquellos años, veo que fue un abusador, pero como muchos hermanos mayores que después, cuando crecen y maduran, son adultos normales.

—Sí, he conocido a varios así, pero no fue su caso.

—No. Cuando volví a tener un contacto diario con él fue obligado por las circunstancias. Mis padres habían fallecido y él y yo éramos sus herederos. Nos convertimos en dueños y socios de la empresa y ahí comprobé que no había cambiado. Por aquel entonces ya estaba casado. —Hizo una seña al camarero—. Hay algo que no deja de atormentarme.

—¿El qué?

—Si habrá sido la primera vez que la ha agredido.

—Ya —murmuró—. Y si te soy sincero, no sé qué pensar. Hay demasiadas cosas que no logro entender.

—Supongo que entenderlo o no ya da igual.

—No, no te da igual, porque si así fuese Susanna y tú os miraríais a la cara.

Andreu no pudo responder porque tenía razón.

Susanna y Gemma

Susanna no daba crédito. A primera hora, en cuanto se quedaron solas, Gemma hizo un par de llamadas mientras ella desayunaba. Al colgar se calzó unas sandalias.

—¿A dónde vas?

—No tardo. Mientras vuelvo te voy a pedir cuatro cosas.

—Venga, dime.

—Que esperes ahí sentada y que no hagas preguntas. —Levantó dos dedos—. Que obedezcas a todo lo que te diga y, sobre todo, que disfrutes. —Levantó otros dos.

—A saber qué se te ha ocurrido.

—Ya lo verás.

Y eso hizo hasta que Gemma volvió cargada con varias bolsas. No hizo preguntas, tampoco le hubiese dado tiempo, ya que pasó como una exhalación directa y sin detenerse por delante de sus narices. Tampoco se movió, aunque hacía rato que había terminado su desayuno. Hasta que no fue a buscarla a la cocina, no vio y ni siquiera imaginó lo que había organizado la loca de su hermana: un *spa* a domicilio.

El cuarto de baño tenía las luces apagadas; la poca iluminación entraba a través de la ventana y de media docena de velas colocadas estratégicamente.

—Señora Casals, bienvenida. —Gemma hizo una reverencia al más puro estilo mayordomo de la época victoriana, que no le quedó más remedio que reír—. Espero que los servicios que le ofrece mi casa sean de su agrado.

Le esperaba la bañera llena de abundante espuma que desprendía un agradable aroma.

Y ahí llevaba metida treinta minutos, con música ambiental de fondo y el sonido de su hermana trasteando por la casa. «Vete tú a saber qué estará haciendo», se dijo, aunque estaba tan a gusto que no le importaría dejarse llevar más a menudo por sus ocurrencias. Sin embargo, ahí no acababa todo. Como si la que estuviera dentro del agua para saber su temperatura fuera Gemma, entró en el baño cuando el agua comenzaba a estar tibia. La ayudó a salir y a envolver su cuerpo en una toalla.

—Acompáñeme a la sala relax. —No era otra que su propio dormitorio que había transformado en una sala de masaje con camilla incluida.

—¡Estás loca! —Rio.

—Shh, no vale hablar. Recuerde, solo vale disfrutar.

—Está bien.

La ayudó a tumbarse bocarriba sobre la camilla y la dejó sola, aunque no pasó demasiado tiempo antes de que la puerta se abriera y una mujer que no reconoció se presentó como masajista.

«Gemma se está luciendo», volvió a pensar. Hacía años que no se sentía tan relajada. Estaba recibiendo un increíble masaje facial y de cabeza del que se acababa de hacer adicta.

Al acabar una hora después, se encontraba flotando en una nube; se sentía como nueva sin la tensión que tenía en las cervicales desde hacía años.

—¿Está despierta la señora?

—No sabría decirte.

—Aún no hemos terminado, hay que pasar a la siguiente zona. Acompañeme. —De nuevo ayudó a su hermana a envolverse en la toalla y regresaron al baño donde esperaban ahora dos mujeres: una peluquera y una manicurista.

Pensó que la dejaría sola; sin embargo, Gemma se sentó en una de las dos sillas que había colocado.

—¿Lista? —le preguntó tendiendo una mano que Susanna no tardó en entrelazar los dedos con ella.

—Lista.

—Pues relájate y deja que hagan su magia.

Era el turno de la peluquera. Les lavó la cabeza y, mientras que con Gemma acabó enseguida, ya que solo le cortó las puntas, con Susanna empleó bastante más tiempo. Las cuatro mujeres contrastaron y eligieron entre las decenas de tonos que había de tinte cuál era el más apropiado para ella. Al final, al no tener experiencia, se dejó guiar por los consejos que le estaban dando. Pero a la hora de cortar y sorprendiendo a Gemma, fue Susanna quien se decantó por un cambio en el estilo que la acompañaba desde hacía años.

Cuando dos horas después se miró al espejo, no creía que la imagen que le devolvía fuera la de ella. Parecía otra; en lugar de a media espalda y recto, ahora lucía una media melena cortada a capas. Tuvo que darles la razón en que era muy favorecedor. Y el color, efectivamente, tal y como le había asegurado la peluquera, apenas se notaba, pero el pelo tenía luz y brillaba como cuando era una niña. Le gustaba lo que veía y lo mejor era que se sentía diferente. Y ese era el plan.

Por último, les hicieron la pedicura y manicura a las dos hermanas. Cuando llegó el

turno para las manos de Susanna, al ver el aspecto que tenían las uñas de su mano derecha, se tragó un suspiro mientras sentía en su otra mano el apretón que acababa de darle Gemma.

—Crecerán.

Por supuesto que lo harían y con ellas desaparecería otra amarga señal de lo que había sido su vida.

—¡Uy, mi teléfono! —exclamó Gemma al escucharlo sonar.

Caminó con los talones para no estropear el esmalte aún sin secar de las uñas de sus pies.

—Verás como te abres la cabeza.

—Es Alejandro. Comerán con las niñas fuera, así nos dejan tiempo para que acabemos de ponernos guapas. ¿De qué color te vas a pintar las uñas?

—Pensaba en un brillito o tal vez un rosa suave.

—Me gusta el rosa. Nosotras en lugar de cocinar pediremos comida. ¿Qué te apetece?

—Me da lo mismo.

—Pues yo me muero por comer comida de verdad.

—Entonces pide comida en el restaurante que hay en la calle paralela a esta. Desde que estamos viviendo aquí, Andreu ha hecho pedidos en dos ocasiones y la carne que tienen está buenísima.

—Voy a llamar mientras terminan contigo.

Gemma valoró dónde estarían mejor para comer: en la cocina, en el comedor o en la terraza. Al final se decantó por la terraza que había en el salón porque, aunque en el exterior hacía calor, la temperatura, gracias al toldo y a un ventilador de techo, no era tan alta. Lo dejó todo montado a la espera de que les trajeran el encargo de comida que había hecho.

—¿Agua o prefieres otra cosa?

—Me tomaría una copa de vino, la ocasión bien lo merece.

—¡Por supuesto que lo merece! —exclamó descorchando una botella de vino tinto—. Cuánto hacía que no estábamos tú y yo solas.

—Ni lo recuerdo.

—¡Hummm! —Pensó—. Desde el día en que te separaste de Pau.

—No me lo recuerdes. —Le tendió su copa para que la llenara—. Brindemos por ti y por Alejandro; porque la vida os permita seguir tan felices como lo sois ahora. Y gracias por el día de hoy. Lo necesitaba.

—Brindo por eso.

Las dos bebieron de sus respectivas copas.

—Venga, y ahora cuéntame qué tal os ha ido por Santo Domingo.

—Ay, Susanna. —Se tapó la cara con las manos—. Creo que estoy más enamorada de él que antes. ¿Podría ser?

—Lo que estás es como una cabra.

—Pero no por estos días, ¡qué va! Desde que vivimos juntos mi vida es perfecta. Él la hace perfecta.

—No lo dudo y me alegro, Alejandro es un gran hombre.

—Lo es. Tenías que ver cómo se ha ganado a los pacientes que acuden a la consulta, en realidad a todo el pueblo. Y en casa... No podría pedir un compañero mejor. Solo tiene un pequeño fallito de nada.

La miró expectante.

—Está demasiado bueno para mi salud.

Las dos rompieron a reír.

—Lo dicho, estás fatal.

—Pero te has reído —respondió, dejando de lado el tono distendido que tenían para pasar a uno más serio—. ¿Sabes? —Cogió la botella y rellenó de nuevo las copas—. Ayer me di cuenta de algo.

—De qué. —Dio un sorbo y paladeó el vino.

—¿Recuerdas cuando éramos pequeñas? Bueno, yo era pequeña, ¿y sabíamos todo la una de la otra?

—Sí. —Sonrió—. Qué tiempos aquellos y qué felices éramos.

—Es verdad. Pero llegó un momento en que nos distanciamos.

—Nos llevamos muchos años, era lógico que durante una época viviéramos situaciones diferentes. Pero después, cuando creciste, volvimos a estar unidas.

—No. —Negó con la cabeza—. Me he perdido muchas cosas de tu vida.

—¿Por qué dices eso?

—Si hubiese estado más pendiente de todo lo que te estaba ocurriendo, no habría... ¡Mierda! —Se levantó de un salto y con las manos apoyadas en la barandilla miró hacia abajo, a los coches que circulaban por la calle Balmes.

—No hubieses evitado nada, Gemma. Tú tenías una vida y yo otra, y no por eso debes sentirte culpable, ya que no tenías nada que ver.

—Eres mi hermana, ¡claro que tengo que ver! ¿Cómo te sentirías tú en mi lugar? No, mejor, ¿cómo te sentiste tú en mi lugar? ¿Recuerdas cómo te sentiste? Porque yo sí lo recuerdo, tata.

Mal, muy mal. Porque ese día, cuando la atacaron en el baño de una discoteca, en

lugar de estar allí para ayudarla, se encontraba en París con Pau.

—Tienes razón.

—No sé, Susanna. —Suspiró—. Aún estoy asimilando todo esto. No tenía ni idea de que las cosas estuvieran tan mal entre vosotros. —Miró a su hermana a los ojos—. ¿Sabes? Me sentiría mejor si supiera que ha sido la primera vez que te agrede.

—Ha sido la primera vez.

—Yo... jamás pensé que Pau pudiese actuar de ese modo. Lo veía un hombre agradable. Sé que discutíais, ¡qué matrimonio no lo hace!, pero que fuera violento... ¿Nunca sospechaste que sería capaz de hacer algo así? Mierda, Susanna —murmuró al ver su expresión—. Cuéntamelo, por favor —suplicó.

—Gemma...

—Necesito saber por lo que has pasado. Quiero entender por qué ninguno de nosotros sabía nada y por qué ni siquiera fuimos capaces de verlo.

—No lo vi ni yo hasta que fue demasiado tarde.

—Cuéntamelo.

—Fue algo muy sutil. Me envolvió tan poco a poco a base de mentiras, con una máscara hipócrita de hombre perfecto que como una imbécil lo creí.

—No digas eso. A ningún maltratador se le ve venir.

—Supongo que así es como me he sentido durante todos estos años por no haber sido capaz de ver su juego.

—Nadie lo vimos, Susanna. No deberías fustigarte por eso.

—No es fácil pensar de otra manera cuando la persona que tienes al lado te hace sentir culpable hasta de lo que comes.

—Por favor, Susanna. Cuéntame qué te ha estado ocurriendo.

Susanna expulsó despacio el aire que tenía retenido.

—Qué quieres saber.

—Todo.

«Todo», repitió para sus adentros. Una única palabra que abarcaba gran parte de una vida que tanto trabajo le iba a costar explicar, cuando ni ella misma la entendía.

—Supongo que debería comenzar por el momento en que conocí a Pau.

—Eso ya lo sé, y que por eso rompiste con Andreu.

—¿Cómo dices?

—Que ya sé cómo le conociste, o no, pero sé que él fue el motivo para que rompieras la relación con Andreu.

—¿Qué estás diciendo? —jadeó—. ¿De dónde has sacado esa idea?

—¿No es cierto?

—¡Noooo! —exclamó horrorizada—. ¡Pero si os dije que éramos amigos! Y es lo que fuimos durante, no sé, cinco, seis años, creo. ¿Quién te contó tal cosa?

—Pues no sé. Supongo que asocié ideas. Pasabas mucho tiempo con él... Y unido a que escuché una conversación entre Hugo y Andreu, y a que después te casaste con él... Lo que no entiendo es por qué os casasteis como lo hicisteis. No me interpretes mal, cada uno celebra su boda como quiere. El mejor ejemplo somos Alejandro y yo, que apenas os dimos tiempo para prepararos, pero, Susanna, que no nos dijeras nada...

Hacía rato que había dejado de escuchar a Gemma; de hecho, tuvo que pestañear un par de veces cuando se dio cuenta de que se había callado.

—¿Cómo que escuchaste...? ¿Cuándo fue eso?

—Al año siguiente de que me atacaran.

—¿El verano siguiente? —No entendía nada, porque ese verano Andreu no había estado en Barcelona.

—No. Era Navidad. ¿En serio que no tuvo nada que ver?

—No —murmuró haciendo un esfuerzo por entender qué era lo que le estaba contando.

—Pues me acabas de quitar un peso de encima, porque nunca entendí cómo pudiste cambiar a Andreu por alguien más, y menos por su propio hermano.

—Madre mía —musitó—. Si dejé a Andreu no fue porque hubiese alguien más.

—Pues por lo que escuché, él sí lo creía.

—¿Quién? —La cabeza le iba a mil por hora.

—Andreu. Estaban en la habitación de Hugo y escuché cómo discutían. Me pareció tan raro que me quedé a ver qué era lo que les sucedía.

—¡Joder! No me creo que vuelvas a irte. Estuviste hasta el año pasado casi cuatro años sin venir y pensé, o eso entendí que me dijiste, que ahora lo hacías para quedarte.

—Hugo, entiéndelo. Allí tengo una vida hecha mientras que aquí no tengo nada.

—¡Y una mierda! Me tienes a mí.

—Lo siento, Hugo.

—¿Es por ella por quien te quedas en América?

—¿Por quién?

—Por Alice.

—No, qué va. No tiene nada que ver mi relación con ella.

—Parece que vais en serio. Si no, no habría venido a pasar las Navidades contigo a Barcelona.

—Estamos bien, pero no hay más.

—¿Cómo con las dos anteriores?

—Más o menos.

—Andreu, ¿qué está pasando contigo? Porque me preocupas. No has salido con nadie en todos estos años y ahora, en los últimos dieciocho meses, has tenido tres parejas.

—No se me dan bien las relaciones —bromeó.

—¿Es por mi hermana? Sé que, aunque hayan pasado unos cuantos años, si hablaras con ella arreglaríais las cosas. Porque no sé qué fue lo que os pasó, pero sé que ella estaba enamorada de ti y tú de ella.

Andreu rio de tal manera que a Gemma se le puso la piel de gallina.

—Que yo estaba enamorado, sí y mucho. Pero tu hermana me demostró que, si lo estuvo, le duró poco.

—No digas eso. Yo os vi y...

—Me dejó por otro, Hugo. ¿Te lo puedes creer?

—Eso no es cierto o nos lo hubiese dicho.

—Claro que lo es, me lo dijo a través de un correo electrónico y, además, tuve el gusto de verlos juntos el verano pasado.

—¿En serio? ¿Y quién era él?

—No lo sé, estaba de espaldas y no lo reconocí.

—¿Lleva cinco años en una relación y no nos lo ha dicho?

—Y espero que tú tampoco vayas ahora a promover otro encontronazo con ella como el que ya tuvisteis.

—Anda que no. En cuanto la vea.

—No, Hugo. No le vas a decir nada. Prométemelo.

—¡Pero nos está mintiendo!

—Es tu hermana. Olvídalo.

—¡¡Que sigue con él, Andreu!! No puedo no decirle nada.

—Continuaron hablando, pero lo hicieron tan bajito que ya no escuché nada más.

Le iba a estallar la cabeza.

Andreu la creyó, ya se lo dijo el avi. Pero ¿cuándo la vio con un hombre? ¿Y con quién? Podría ser un compañero del hospital, o quizá alguno de los amigos de Hugo.

Ajena a lo que Gemma decía, jugó nerviosa a pasar la yema de un dedo por el borde de su copa. A su mente le llegaba mezclada la información que acababa de conocer y los recuerdos. Como el nombre de Alice, la mujer americana que acompañó a Andreu durante ese viaje.

La misma que le acariciaba por la calle, la que le besaba y a la que él devolvía cada

beso sin percatarse de que ella los observaba. La mujer que la había reemplazado y por la que sintió tantos celos que no se detuvo a pensar en las consecuencias de lo que iba a hacer.

—¿Susanna?

Al escuchar a Gemma, reaccionó, bebió un par de sorbos y continuó moviendo el dedo por el filo de la copa.

—Si él pensaba que estaba con otro, fue porque yo se lo dije. No quería que regresara a España y tirara por tierra el futuro que le estaban ofreciendo. Le mentí.

Gemma volvió a sentarse.

—¡Le hiciste creer que estabas con otro para que continuara en Estados Unidos! —repitió asombrada—. Vale, y él te creyó. Y luego resolveremos por qué le dijiste tal cosa. Pero, al final, acabaste con su hermano. ¿Por qué con él?

Susanna apuró su copa y esta vez la que se levantó fue ella.

—No supe que era su hermano hasta el mismo día que os enterasteis mamá, Hugo y tú, y para entonces ya era demasiado tarde.

—Sí —suspiró—. Recuerdo aquel día, pero, ¿por qué con él?

—¿Recuerdas el viaje a París? —Cuando Gemma hizo un imperceptible gesto con la cabeza, continuó—. ¿Y también que fui con Pau? —De nuevo esperó al gesto afirmativo de su hermana—. En aquel entonces éramos amigos, muy buenos amigos.

—Eso lo sé, o al menos eso nos dijiste. Pero después con lo que soltó Andreu y viendo que te casabas con él...

—Te hiciste tu propia composición de lugar.

Gemma torció el gesto.

—Lo conocí en la época en que trabajé en el restaurante, aunque no volví a verlo hasta... Él fue quien me ayudó a superar la ruptura con Andreu.

—¿Pau sabía que era su hermano?

—Nunca supe si lo sabía o si fue una terrible coincidencia. Y, por mi parte, no fue hasta ese viaje que le conté que había tenido una relación, y aun así no le dije con quién. ¿Qué sentido tenía? No podía imaginar que eran hermanos, ni siquiera que pudiese conocerlo.

—¿Qué pasó en ese viaje?

—Nada o, al menos, nada de lo que puedas estar imaginando. Como te he dicho, éramos amigos, o eso creía. Nunca dio muestras de querer ser más que eso, un muy buen amigo, el mejor.

Hasta que llegamos a París y una noche, la segunda, después de haber pasado la mañana y la tarde conociendo la ciudad y de haber cenado en un fantástico restaurante, me

propuso seguir disfrutando, esa vez, de la noche parisina.

Pero estaba muy cansada y preferí irme a dormir. Me acompañó a mi habitación del hotel y al ir a darme las buenas noches intentó besarme. Ese fue el momento en que me confesó que quería ser algo más que mi amigo desde hacía muchos años.

—Y empezasteis a salir.

Negó con la cabeza.

—No. Le fui sincera y le conté que había tenido una relación y que... aún estaba enamorada de él.

—¿Y era cierto? —musitó perpleja—. ¿Seguías enamorada de Andreu después de...? ¿Cuánto tiempo? ¿Tres años?

—Cinco —suspiró.

—Y todo ese tiempo en casa pensábamos que lo habías superado.

—En realidad lo pensabais Hugo y tú. Era la única manera de asegurarme de que no le dijeseis nada a Andreu; en cambio, mamá siempre supo la verdad.

—Mamá —murmuró—. Claro, era de suponer que a ella no podrías engañarla.

—Sí —suspiró otra vez—. Aunque no hizo falta. Vino a recogerme al aeropuerto a mi regreso de Massachusetts y me sentía tan mal que le conté todo.

Un teléfono comenzó a sonar. Era el de Gemma que acababa de recibir un mensaje.

—Es Alejandro. Dice que van a llevar a las niñas a *ballet* y que se quedarán por allí hasta que acaben.

Susanna rellenó su copa.

—No tuve nada con él hasta año y medio después, en Navidad. —Miró a su hermana—. Me acosté con él.

—En Navidad —repitió pensativa—. La Navidad en que Andreu vino con Alice.

Asintió. De aquellos días podía decir que recordaba hasta el más mínimo detalle, como, por ejemplo, las dudas que comenzaba a tener con respecto a Pau.

Desde que habían regresado de París, año y medio antes, no volvió a intentar nada. Aceptó con deportividad su rechazo a mantener con él algo más que una amistad y eso fue lo que a Susanna le hizo darse cuenta de lo que jamás pensó que pudiera volver a ocurrirle: le gustaba.

Pau había demostrado durante todos esos años que, aparte de paciente, era un hombre afable, cordial, atento, y la conquistó. Aunque cada vez que Susanna se convencía de dar un paso adelante, siempre había algo que la hacía detenerse. Hasta que esas Navidades vio a Andreu.

Capítulo veinte

—¿Qué vas a hacer estas Navidades, Blancanieves?

—¡Dormir!

Pau rompió a reír mientras le tendía la mano para ayudarla a levantarse de la fría arena.

—Gracias. —Sacudió su pantalón antes de iniciar la marcha—. ¿Y tú? ¿Lo celebrarás con tu familia?

—No. Me voy el veintidós con un par de amigos al norte.

Caminaron a lo largo de la playa. Pau con la mitad del rostro resguardado bajo una bufanda y con las manos metidas en los bolsillos del grueso abrigo que llevaba, y Susanna inspirando el olor del mar. Aunque estaban a mediados de diciembre, no era un año especialmente frío y a Susanna pasear por la costa era una de las cosas que más le gustaban hacer.

Mantenían un cómodo silencio hasta que Susanna lo rompió.

—Pau, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Adelante.

—¿Por qué nunca me hablas de tu familia?

—Pues... no sé. No se me había ocurrido que quisieras saber algo de ellos.

—Claro que quiero saber.

—Pregúntame entonces.

—Está bien. ¿Te llevas mal con ella?

—Digamos que no me llevo tan bien como tú con la tuya.

—¿Tienes hermanos?

—No.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Qué preguntas más raras haces.

—¡Oye! Estoy empezando por una primera toma de contacto. Las interesantes vendrán más tarde.

—Bueno. —Se encogió de hombros—. Es vendedor ambulante. —Ante la cara de ella,

rompió a reír—. Qué fácil es tomarte el pelo.

—Podría serlo.

—Sí, pero no lo es. Es profesor de lengua en un colegio privado de Hospitalet.

—Aah. ¿Y tu madre?

—Da clases de pintura a mujeres de una asociación.

—¿Tu madre pinta?

—Al menos las paredes de su casa están llenas de sus obras o algo parecido a obras. Pero entre tú y yo, es bastante mala y con poco sentido del ridículo.

A pesar de que el comentario no le pareció correcto, tratándose de su madre de quien hablaba, no se atrevió a hacérselo ver. No era la primera vez que actuaba de un modo tan poco respetuoso, pero supuso que, al igual que hizo con su amiga Ivet y acabó teniendo razón sobre lo que decía de ella, también tendría un motivo para hablar así de su madre.

—Me toca preguntarte.

—¡Tú ya sabes todo sobre mi familia!

—Por eso te preguntaré sobre el chico con el que saliste. No sé nada de él.

—Tampoco hay mucho que saber.

—No estoy de acuerdo. —Por primera vez vio a Pau empleando un tono de voz serio, lo mismo ocurría con su rostro que no reflejaba ninguna muestra de diversión—. Alguien que aún te importa tanto como para no querer darme una oportunidad es porque hay demasiado por saber.

—Pau... De verdad que no es que no quiera.

—Querer es poder, Susanna. No lo olvides. —Se agachó y cogió un puñado de conchas que lanzó de una a una al mar—. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Más o menos cuatro años.

—Eso es mucho tiempo y razón de más para querer saber de él. ¿Por qué rompisteis?

Tenía la sensación de que la estaba acorralando y no le gustó nada; aun así, le respondió. —Supongo que la vida nos llevó por caminos diferentes.

—Tu respuesta es muy ambigua. Seguro que el motivo fue más preciso. —La presionó un poco más.

—Lo cierto es que no hay otro. Él se fue, yo me quedé y ahí acabó todo. —No le apetecía, al igual que había hecho años atrás con sus amigas, entrar en detalles que formaban parte de Andreu y de ella. Por algún absurdo sentimiento, no quería dejar que nadie entrara en la intimidad de lo que fueron ellos dos, ni del mundo que crearon, ni siquiera por los motivos que la llevaron a que se terminara.

—Te dejó —afirmó mientras lanzaba conchas al agua.

—No fue así.

—Lo acabas de decir, por lo que asumo que era un cobarde. —La miró de reojo antes de lanzar otra concha.

Susanna se frenó en seco ante sus últimas palabras cuando una bola amenazó con estallar dentro de su garganta.

—¿Lo conoces? —preguntó echando fuego por los ojos.

—Ni idea de quién es.

—Entonces no vuelvas a decir nada de él y menos para faltarle al respeto.

—¿Cómo dices? —Detuvo el juego y la enfrentó.

Aunque a Susanna le impresionó la brusquedad tanto en sus palabras como en su lenguaje corporal, no se dejó avasallar.

—Ya me has escuchado, Pau. Es una persona que ha formado parte de mi vida y te pido que la respetes.

—¿Llevarle cobarde es ofensivo? Vaya, no lo sabía —ironizó—. Pero ahora ya sé a qué atenerme.

Al ver lo enfadado que estaba, pensó que quizá se había pasado. No era la primera vez que se dejaba llevar por el fuerte carácter que tenía y se había equivocado de lleno al increpar al que menos culpa tenía. Así que decidió rebajar el tono.

—¿A qué te refieres?

Y Pau, al verla rendirse, aprovechó la situación.

—A que me gustas, Susanna, y quizá saber que sigues tan enamorada —hizo un gesto desdeñoso con las manos— me hace plantearme el tener que alejarme de ti. —Lanzó una última concha—. Me voy. El día que lo olvides, me llamas y ya veré si estoy dispuesto a perdonarte.

Susanna se quedó helada al ver que se iba y la dejaba allí sola. Eran las seis de la tarde y al ser invierno ya era de noche, hacía frío y no estaba en Barcelona, sino en Mataró, un pueblo de la costa que no conocía, por lo que tampoco tenía ni idea de dónde quedaba la estación de tren para regresar a su casa.

Era el día veintitrés por la tarde cuando Susanna escuchó a Hugo que, tras cerrar la puerta de su dormitorio, bajó las escaleras corriendo.

«Ya ha llegado», musitó. Se levantó de la cama y, poniendo cuidado para no ser vista, apartó la cortina y miró al exterior. «Andreu», murmuró al verlo abrazar a Gemma.

Desde donde se encontraba, tenía una visión bastante clara de él. Estaba tan guapo como siempre, pero lo notaba diferente. Repasó su cuerpo; a pesar de estar envuelto en un abrigo azul marino, pudo ver que, respecto a la última vez que lo vio, en que le sorprendió su delgadez, había recuperado peso, incluso podría jurar que lo veía más

grande. Tenía el cabello más largo de lo habitual y lo que habían sido caracoles, al crecer, se habían convertido en rizos. Su rostro... estaba espectacular. Los años le estaban confiriendo de unos rasgos varoniles muy atractivos, en los que poco quedaba del Andreu que guardaba en su memoria.

Lo que daría por tenerlo frente a ella —pensó—, muy cerca de su piel, para confirmar que seguía oliendo a él y para comprobar que realmente era tan feliz como aparentaba gracias a la sonrisa que no dejaba de asomar por sus carnosos y mullidos labios.

Andreu, tras el caluroso abrazo que se había dado con sus dos hermanos, extendió el brazo y tomó de la mano a una mujer que había permanecido oculta tras la vaya del jardín. Susanna sintió un dolor agudo en el pecho cuando lo vio rodear sus hombros con un brazo acercándola a él.

No había duda de que entre ellos había intimidad. No solo se notaba por cómo lo miraba, sino por el lenguaje corporal que ambos tenían.

Los siguió con la mirada cuando, tras despedirse de Gemma, los tres abandonaron el jardín, y cuando caminaron hacia la casa de los padres de Andreu, o eso supuso al ver la dirección que llevaban. No apartó la mirada de la ventana hasta que cambiaron de acera y las casas le taparon la visión.

La realidad de que Andreu había rehecho su vida, aunque era lógico, era un golpe para el que no estaba preparada. Se sentó en la cama y el nudo en la garganta que se le había formado unos minutos antes se suavizó cuando aparecieron las primeras lágrimas. Lloró tanto que no fue consciente de que lo estaba haciendo a voz en grito, hasta que unos brazos la aferraron con firmeza contra un cuerpo suave y conocido.

—Cariño, mi pequeña. Lloro, hija. Suéltalo todo.

—Mamá —gritó en medio de un llanto incontrolable.

—Lo sé, Susanna, lo sé. Sé que duele, pero te prometo que pasará.

—No pasará, siento que nunca se pasará.

Agnes besó su cabeza y la meció como cuando era una niña.

—Tienes razón, el primer amor siempre va a doler, pero el paso de los años conseguirá que lo haga de una manera más serena. Y un día, conocerás a alguien y cuando te quieras dar cuenta, estarás de nuevo enamorada.

—No habrá nadie como él.

—Será diferente, pero te hará sentir bien.

—Mamá, yo le quiero tanto.

—Ya lo sé, cariño. Ya lo sé.

La mantuvo abrazada, sosteniéndola y dejando que se desahogase hasta que el llanto poco a poco cesó. Agnes la ayudó a tumbarse en la cama; sin embargo, en lugar de

marcharse ahora que estaba más tranquila, se tumbó a su lado hasta que se durmió.

Al día siguiente Susanna se levantó temprano. Apenas había dormido y no estaba de humor, pero había quedado con dos amigas para desayunar en la cafetería de un centro comercial y no podía anular la cita, ya que no eran muchas las ocasiones que tenían para verse todo lo a menudo que les gustaría. Iban a pasar la mañana buscando ropa apropiada para por la noche acudir a la misa del gallo; una excusa que utilizaban los jóvenes para reunirse después de la medianoche en un local y festejar la Nochebuena bailando.

Tras pasar por la ducha, se vistió y bajó a la cocina para saludar a su madre antes de marcharse.

—Buenos días, mamá.

—Ah. Hola, hija. No te he oído bajar. —Dejó la carne que estaba sazonando para observarla: tenía los ojos hinchados y una expresión triste y apagada, pero se alegró al ver que no había anulado la cita con sus amigas—. ¿Qué tal has dormido?

Susanna se encogió de hombros mientras llenaba de agua un vaso. Agnes permaneció en silencio a la espera de que acabara de beber. Cuando dejó el vaso en el fregadero y la miró, continuó.

—Susanna, has pasado demasiados años aguardando a que las cosas cambiasen, pero ya has visto que no ha sido así. Ahora ha llegado el momento de que cierres una preciosa historia y de que comiences a vivir. —Se limpió las manos con el trapo y colocó un mechón de pelo de su hija mayor detrás de la oreja—. Cariño, tienes veintisiete años y eres muy joven para hacerlo como hasta ahora.

—Lo sé —suspiró.

—Quiero verte feliz, como lo has sido siempre.

—Yo también quiero eso. —Hizo el intento de sonreír—. Me tengo que ir, mamá —comentó al fijarse en la hora que era.

—Acuérdate de que tus tíos vienen pronto esta tarde.

—No te preocupes que estaré de vuelta a la hora de la comida. —Se despidió con un beso y se marchó.

Agnes la vio recorrer el jardín, abrir la puerta de hierro y cerrarla tras ella. Al saberse sola, se sirvió un café y se dejó caer en una de las sillas de la cocina.

—Ay, Gerard, ¡cómo te echo de menos y cuánta falta nos haces!

El centro comercial estaba a reventar de gente. Nunca lo había visto así de lleno e incluso tuvo que guardar cola para acceder a las escaleras mecánicas. Sin embargo, cuando llegó a la segunda planta, se alegró de ver que en la cafetería donde habían

quedado, aunque tenía todas las mesas ocupadas, Joana y Martina estaban sentadas en una de ellas y, como siempre, por el continuo movimiento de sus manos, hablaban sin parar.

Cruzó entre la gente para llegar hasta ellas, pero sus ojos se desviaron de su trayectoria y fueron a posarse sobre una pareja que salía de la tienda contigua a la cafetería. Ella sonreía al hombre que a su lado cargaba con varias bolsas en una mano y la otra la tenía rodeando sus hombros. Andreu.

Vaya palo. Con todos los centros comerciales que había en la ciudad condal y tenía que coincidir con él.

Como si sus pies se hubiesen pegado al suelo, no fue capaz de moverse. Lo mismo sucedió con sus ojos, que, sin pretenderlo, no se apartaron de la alta figura de Andreu hasta que una densa niebla impidió que siguiera haciéndolo.

Cuando pestañeó para aclararse la visión, las mejillas se le llenaron del agua que caía sin control de sus ojos. Se apartó las lágrimas con las manos, pero cuando volvió a mirar en la dirección en la que iba caminando, no logró verlo. Desde su posición lo buscó entre la gente, tenía que verlo una vez más, aunque le rompiera el corazón, pero tenía que hacerlo. Necesitaba llenarse las retinas de su imagen para que cuando estuviera sola pudiese recordarlo tal y como estaba ahora.

—¡¡Susanna!!

No escuchó la voz de Martina, ni la de Joana; sus sentidos estaban puestos en localizarlo, pero con tanta gente era casi imposible.

Hasta que lo vio.

Fueron apenas unos segundos durante los cuales pudo ver la parte alta de su espalda y su cabeza mientras la rampa mecánica que llevaba al parking le hacía desaparecer de su campo de visión.

—¡¡Susanna!! Afónica me voy a quedar de tanto llamarte. Oye, ¿estás bien? Cielo, ¿qué ocurre?

Susanna negó con la cabeza.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Por qué lloras? ¿Quieres que te lleve a casa? Mejor aviso a Joana y nos vamos.

—No.

—Entonces, ven. Siéntate y cuando te calmes, decidimos qué hacer.

—Estoy bien, es solo que acabo de ver a Andreu con una mujer.

Martina miró a su alrededor.

—¿Aquí?

—Ya se ha ido.

—Susanna... Anda, ven.

—¿Qué ha pasado? —Quiso saber Joana al verlas llegar hasta la mesa.

—Se ha encontrado con Andreu y no estaba solo.

—Hostias.

—Estoy bien, ha sido el impacto de verlo.

—Lógico. A mí me hubiese pasado lo mismo.

—¿Estás segura de que era él?

—Sí.

—Lo mismo es una amiga.

Susanna negó con la cabeza.

—Ayer también lo vi y es más que su amiga.

—Joder. Qué mala suerte que estéis los dos en el mismo sitio —inquirió Martina.

—Es una muy mala casualidad. —Estuvo de acuerdo Joana—. Pero si lo piensas, es lógico que esté con alguien. Han pasado demasiados años y en algún momento teníais que rehacer vuestra vida.

—Lo sé.

—Y tú deberías hacer lo mismo. —Martina la señaló con el dedo primero para seguidamente llamar al camarero—. ¿Un café?

Susanna asintió.

—Claro, como hay tantos chicos que me gustan...

—Está Pau. ¿No iba detrás de ti? Pues lánzate. Es guapísimo y os lleváis muy bien.

—¿Pau? —la interrumpió Joana—. ¿El mismo Pau que no nos soporta?

Susanna torció el gesto ante las palabras de Joana. Era cierto que no le gustaban porque decía que eran muy modernas y demasiado desinhibidas. No sabía cómo había podido llegar a esa conclusión, pero, aunque no estaba de acuerdo con él, evitaba discutir sobre su apreciación hacia sus dos amigas cuando ni él quería estar con ellas, ni ellas con él.

—Aparte de que es un hombre muy raro. Hay algo en él que no me acaba de convencer.

—¡Ya habló la abogada! —exclamó Martina—. Tú piensas que todos los hombres son raros.

—Eso no es cierto. Hugo me gusta y Quim también.

—¡A ti lo que te gustan son las mujeres!

—Sobre todo las rubias —le guiñó un ojo a Martina—. En serio, Pau me pone los pelos de punta.

—Qué exagerada eres —apuntó Martina.

—Tiene todo el perfil de un narcisista y no me gustaría que acabases con él.

Susanna la miró extrañada.

—¿Narcisista?

—Piénsalo, Susanna. Los narcisistas son egocéntricos y poseen un aire de superioridad frente al resto de los humanos. Se creen merecedores de tener privilegios y un trato especial, incluso aunque no hayan logrado nada en la vida. Entre otras características son retorcidos y manipuladores, tienen tendencia a exagerar y a alardear de lo que poseen, aunque la mayoría de las veces sea mentira. Solo viven preocupados por el éxito, el poder y para tener una imagen perfecta.

—Hostias —soltó Martina.

—¿Qué pasó con Ivet, Susanna?

—Ya. —No dijo más. Joana e Ivet seguían siendo grandes amigas y la ruptura en la relación entre Susanna y ella era un tema que evitaban tocar por conflictivo.

—Y, ¿a qué se dedica Pau, Susanna? Es ayudante de cocina, ¿verdad? Y no quiero decir que no sea un buen trabajo, pero, aparte de que parece que sea el dueño del restaurante, ¿cuánto ganará?

—No lo sé —respondió Susanna, pendiente de lo que su amiga le estaba diciendo.

—¿Mil quinientos? ¿Dos mil? ¿Y qué coche tiene, Susanna? ¿Y los viajes que hace o la ropa que viste? Según nos cuentas, no escatima a la hora de gastar. ¿Eso no te extraña?

—Lo cierto es que sí, aunque puede ser que no tenga que pagar hipoteca, por lo tanto, todo el sueldo sería limpio.

—Podría ser, es cierto, pero aun así no me encajan muchas de sus actitudes. Ese aire de superioridad no me genera mucha confianza.

—Chicas, si queremos ponernos algo bonito esta noche, más vale que nos demos prisa.

Martina se levantó para ir a pagar al interior del local, porque si tenían que esperar a que el camarero acabara de atender a las mesas y cobrarles, se les iba a echar la mañana encima. Joana, a solas con Susanna, volvió a la conversación.

—No te fíes, ¿vale?

—No lo haré, pero creo que tiene razón Martina y exageras. Hasta ahora siempre se ha comportado muy bien.

—Solo eres su amiga. —Clavó sus ojos pardos en los de Susanna.

La Nochebuena en casa de la familia Casals la celebraban con la única familia que tenían por parte de su padre: sus dos hermanos Josep y Lluís. Así había sido desde que Agnes se casó con Gerard y tras su muerte ninguno quiso romper con la tradición. Y,

como cada año, a las cuatro de la tarde ya estaban todos reunidos.

Las mujeres, tras los saludos, enseguida se encerraron en la cocina para preparar los platos que cenarían esa noche. Los hombres, en cambio, primero inauguraron la reserva de alcohol que había en la casa y después se dedicaron a decorar el jardín y el salón. Hugo y Gemma iban de un lado a otro, ayudaban a los hombres, aunque de vez en cuando se daban algún viaje a la cocina para probar cada plato que preparaban.

Susanna esa noche tenía la mente puesta en la casa de los Ferrer. Imaginaba a Andreu con la chica que lo acompañaba y se ponía mala de celos. La veía sonriéndole y a él hablándole de las tradiciones de las Navidades en España y se quería morir. Daba igual lo que dijera Martina, porque los años pasaban y ella seguía queriéndolo con la misma intensidad. O su madre, cuando le pidió que continuara con su vida sin él.

La iba a continuar, de hecho, ya lo estaba haciendo, pero nunca dejaría de quererlo ni podría olvidar los años que estuvieron juntos.

—Bueno, Hugo, tu madre me ha contado que has entrado a trabajar en un bufete. —Era el tío Lluís, abogado al igual que Hugo, quien le preguntaba.

—Sí, desde hace unos meses.

—¿Y qué tal el ambiente? Sabes que puedes venirte conmigo.

—Lo sé, *tiet*, y te lo agradezco, pero de momento estoy bien. Además —dijo sonriendo de una manera demasiado canalla—, prefiero soltarme un poco antes de plantearme el trabajar contigo. Tu reputación te precede.

—Bahh, tonterías. Esas son las malas lenguas. No soy tan ogro, aunque admiro tu determinación y pienso igual que tú: aprender bajo las faldas de un familiar no es lo más recomendable. Aun así, mi despacho estará abierto siempre para ti.

—Gracias, lo sé.

—Aah, Agnes —suspiró Elena, la mujer de Josep—, qué mayores se nos han hecho estos chicos.

—Y lo que me recuerdan Gemma y Hugo a su padre —apostilló la otra cuñada, Cecilia.

—Sí que es cierto, son iguales a él —confirmó Lluís—. Y la pequeña Susanna, anesthesióloga como Gerard. —Se produjo un silencio en la mesa en la que todos tuvieron algún recuerdo del hombre que se fue demasiado pronto—. Venga, familia, dejémonos de tristezas y brindemos por todos nuestros chicos. Por una magnífica generación, menos Pedrito, que está a por uvas.

—¡Papá!

—Qué quieres, hijo. Con alguien me tenía que meter.

Tras la cena y la entrega de los regalos, Susanna y Hugo subieron a arreglarse para acudir a la fiesta. Gemma, en cambio, se quedaría en casa, como llevaba haciendo desde que hacía año y medio unos hombres intentaron violarla en los baños de una discoteca. Desde aquel día no había vuelto a ser la misma; la pizpireta y extrovertida Gemma se había convertido en una mujer de veinte años temerosa y desconfiada.

Mientras Susanna se lavaba los dientes, alguien llamó al baño con los nudillos.

—¿Puedo pasar?

—Ah, Hugo, sí, pasa.

—Oye, quería decirte que Andreu ha venido. —Al ver que su hermana se aclaraba la boca y no decía nada, continuó—. Y no lo ha hecho solo.

—Me alegro de que haya encontrado a alguien.

—¿De verdad? Quiero decir, ¿estás bien con ello?

—Claro.

—Me alegro. —Besó su sien—. Por cierto, estás muy guapa.

—Hugo —lo llamó antes de que desapareciera—, gracias por decírmelo —murmuró mirándolo a través del espejo.

—Eres mi hermana y, aunque hubo un tiempo en que me dolió ver a Andreu tan hundido y te culpé por ello, siempre he estado para ti.

—Lo sé.

—Tengo que irme. —Señaló en dirección a la puerta principal—. Que te diviertas esta noche.

—Y tú. ¿Hugo?

—Dime. —Se detuvo en la puerta.

—No rompas demasiados corazones.

—No te prometo nada. —Rio.

El local, sede de las reuniones vecinales y el lugar donde se celebraban eventos de diferente índole, esa noche mostraba un aspecto más festivo.

El paseo hacia la entrada, sembrado a ambos lados de setos perfectamente cortados, brillaba gracias a decenas de pequeñas luces blancas. La inmensa puerta de hierro lucía una preciosa corona hecha de piñas, musgo y lazos en color rojo. Y cuando Susanna entró y atravesó el vestíbulo, lo que era un salón de actos, se había convertido en toda una sala de fiestas con luces parpadeantes y una bola brillante que colgaba del techo. En uno de los laterales, una fila de mesas unidas y cubiertas con manteles blancos invitaban a comer y beber; y al fondo, sobre una tarima, tocaba una orquesta.

—¡Guau! Me recuerda a las películas americanas en una de esas típicas escenas en

que celebran una fiesta de graduación.

—Solo que aquí ninguna llevamos un ramillete colgando de la muñeca.

—Ni falta que hace. Voy a ver qué se puede beber por aquí.

—Cuidado, Martina, que lo mismo hay ponche y ya sabes cómo acaban la noche los protagonistas.

—¡Bah!

—¡Y quítate el abrigo! —No la escuchó—. Anda, vamos a dejar los nuestros.

Ante el mostrador, Susanna desveló lo que llevaba debajo del grueso abrigo: un vestido plateado de tirantes, de corte recto hasta medio muslo.

—Pensaba que te habías comprado el vestido rojo.

—No me veía con él.

—Este te queda muy bien. Vamos, que es una lástima que no seas lesbiana, porque estás muy buena.

Susanna, que en ese momento estaba entregando el abrigo, la miró de reojo y rompió a reír; Joana lo hizo con ella.

—Ríete, sí, pero piénsatelo.

—No, gracias. Bastante tengo con ser hetero.

—Chicas, tenéis que probar esto. —Martina les dio a probar el contenido de su vaso.

—¿Qué es? —preguntó Joana tras dar un trago.

—Un tequila de no sé qué.

—Está bueno.

Susanna también lo probó y, aunque no estaba mal, prefería pedir lo de siempre: un *gin-tonic* con fresas y mucho hielo picado. Se había aficionado hacía mucho tiempo y en las raras ocasiones en que bebía alcohol siempre pedía lo mismo.

No tardaron en salir a la pista a bailar y lo hicieron durante horas, alternando algún paseo para pedir más bebida o para ir al cuarto de baño.

Fue en uno de los viajes a la zona del bar que le tocaba hacer a Susanna que, al ver la cantidad de gente que esperaba para que les prepararan su consumición, decidió ir fuera a que le diera el aire.

La noche era muy fría, pero, a pesar de su escaso vestido, lo agradeció; sentía las mejillas arder debido al calor del interior y al exceso de *gin-tonics* que se había tomado. Cuatro, creyó recordar, o quizá fueron cinco. Daba igual, le habían ayudado a soportar la noche y a olvidarse de Andreu y su novia, aunque fuera a base de meter alcohol en la sangre.

Cerró los ojos y de inmediato los volvió a abrir al sentir cómo la tierra giraba bajo sus pies.

—Vaya mareo que llevo —susurró.

—Hola.

Capítulo veintiuno

La noche no estaba siendo lo que esperaba, o sí, pero de lo que estaba seguro es de que deseaba que se acabara, lo mismo que esas Navidades.

Habían pasado muchos años sin que Andreu viajara a España, excepto el verano anterior que, animado por su entorno, le convencieron para pasar el mes de vacaciones en Barcelona. Lo que no necesitaba ni se esperaba, nada más llegar a la calle donde vivían sus padres, era encontrar a Susanna abrazada por un hombre, que supuso que era el mismo por el que le había dejado completamente roto.

Verlos en una actitud cariñosa, reavivó el dolor que permanecía latente y le hizo darse cuenta de que, sin ser consciente, había estado manteniendo en balde la esperanza de que aquello que le dijo en un correo fuera mentira. Comprendió de un plumazo que lo que para él fue puro y auténtico, en realidad fue un amor débil y frágil que no soportó los contratiempos ni la presión. Y, de nuevo, sintió la frustración de no haber sido lo suficientemente fuerte para haber sabido salir adelante sin ella.

Aquel viaje, que en principio estaba programado para que pasara un mes en Barcelona, se convirtió en una semana, tras la cual Andreu regresó a la soledad de un mundo en el que, al menos, tenía la seguridad de que no se la encontraría.

Pero pocos días después, cuando recibió una llamada contándole lo que le había sucedido a Gemma y el estado en el que estaban ella y Hugo, voló de inmediato para estar junto a ellos. No se planteó que tendría que verla, ni cómo se sentiría por ello, porque su única preocupación era la *nineta*. La suerte quiso que Susanna no supiera nada de lo ocurrido a su hermana pequeña, ya que estaba de vacaciones en París.

Y ahora, dieciocho meses después, de nuevo regresaba a casa. Ya desde que Alice le planteó en Estados Unidos ir con él a España, le pareció una pésima idea, porque lo único que deseaba era estar tranquilo junto a su familia y Hugo, y no tener que estar pendiente de ella. Porque con Alice no estaba unido por un fuerte sentimiento, lo mismo que ella no tenía otro especial interés en Andreu más que el de pasar ratos en la compañía del otro, y en el caso de esas Navidades, el de viajar para conocer parte del viejo continente. Pero no encontró un motivo convincente para negarse más que su

propio egoísmo, por lo que aceptó. Sin embargo, no habían hecho más que aterrizar el día anterior en Barcelona y ya se había arrepentido de su decisión. La idea de ella era conocer la ciudad y aunque Andreu le contó en América los planes que tendrían durante los días que pasaran en España, ella pensó que podría hacerle cambiar de idea.

Así que, la tarde anterior, cuando en lugar de llevarla a conocer algunas de las zonas más emblemáticas fueron a visitar a Hugo, ya tuvieron la primera discusión. Pudo contentarla accediendo a ir de compras al día siguiente. A Alice le encantaba comprar, aunque no necesitara nada. Podía permitírselo, y resultó que invertir en perfumes y ropa le hacía tan feliz que se olvidó de lo ocurrido la tarde anterior. En cambio, lo que Andreu no esperaba era que se podía encontrar con Susanna.

Aburrido mientras Alice se probaba ropa, se entretuvo observando a la variopinta gente que había acudido en masa a por las compras navideñas de última hora, y entre ellas estaba Susanna. Un sudor frío le recorrió al verla aparecer por las escaleras mecánicas. En pocos segundos las emociones le invadieron: sorpresa, ilusión, decepción, rabia y dolor. Le picaban los dedos por tocarla y al mismo tiempo le quemaban por pensar que nunca fue suficiente para ella. Los celos, al recordar aquellos brazos que la envolvían, inclinaron la balanza hacia el dolor que se agarró a su estómago hasta que sintió la bilis subir por su garganta. A su pesar, se hubiese pasado la mañana contemplándola, pero Alice tuvo que aparecer en ese preciso instante y Andreu volcó su atención en ella.

—Ya estoy. ¿Nos vamos? —Le tendió las bolsas con todo lo que había comprado.

Miró una última vez a través del escaparate, pero no la vio y dejó por imposible localizarla, porque, aunque Susanna era una mujer muy alta, con tanta gente como había iba a ser imposible encontrarla.

Al salir de la tienda un par de chiquillos que corrían sin vigilancia chocaron contra ellos. La peor parte se la llevó Alice que, si no llega a ser porque la rodeó por los hombros con el brazo libre, hubiese caído al suelo.

—*Thank you.* —Le sonrió desde su altura.

La tarde del veinticuatro, como en la mayoría de las casas, era para pasarla en familia y eso hicieron, al menos Andreu, porque Alice la pasó durmiendo. No le importó, así podía estar tiempo a solas con su abuelo y sus padres. Los veía muy a menudo, ya que solían hacer un par de viajes al año para pasar con él algunas semanas. Sobre todo al que más veía y con el que más tiempo estaba era con el *avi*, que viajaba en febrero con sus padres y se quedaba con él hasta que llegaba el verano.

Tras la cena, la conversación y el reparto de regalos, Andreu y Alice se despidieron de

los tres. Habían quedado con Hugo, Quim, Martí y dos compañeros más de waterpolo, que Andreu no conocía, en una discoteca en la localidad de Masnou.

Él y Alice irían en el coche de su padre; Hugo lo haría por su cuenta, ya que esperaba no regresar demasiado temprano a casa.

—¡Andreu! ¡Joder, macho, cuánto tiempo!

—Quim.

Ambos hombres se fundieron en un abrazo.

—Me alegro mucho de verte, chaval.

—Martí, ¿qué tal te va?

De nuevo abrazó, aunque esa vez, a Martí.

—Por lo que nos cuenta Hugo, peor que a ti.

Sonrió.

—Quiero presentaros a Alice.

—Encantado. ¿Eres americana?

—No habla castellano y tampoco lo entiende.

—Ah. Pues mi inglés es pobre, pero pobre.

—Andreu —los interrumpió Quim—, te presento a David y a Félix.

Les tendió la mano a ambos.

—Vosotros debéis de ser los compañeros de waterpolo.

—Y tú, el mejor amigo americano. Por cierto, ¿sabéis cuándo llega el pimiento?

—No creo que tarde —dijo Martí—. Salió de su casa hace ya un buen rato.

—Eso espero porque hace un frío que pela.

—Mientras, ponnos al día sobre tu vida. Hugo nos comentó que lo mismo nos dabas una alegría y regresabas a casa.

—No lo creo. Y menos ahora que comienzo este año Arquitectura.

—Eso no nos lo contó. ¿Tienes intención de sacarte todas las carreras que existen?

—Siempre ha sido un empollón.

—No tanto —respondió algo intimidado por ser el centro de atención.

—¿Qué otras carreras tienes? —preguntó Félix asombrado.

—No les hagas caso. —Rio—. Solo una ingeniería.

—Y una beca concedida por la MIT.

—¡Joder, macho!

—No es para tanto, consiste en tener disciplina.

Conversaban animadamente hasta que vieron a Hugo aparecer.

—¡Ya era hora!

—¡¡Feliz Navidad a todos!! —Andreu y él se abrazaron.

—Déjate de moñerías que me estoy congelando.

Todo estaba transcurriendo tal y como Andreu había imaginado: él tenía que dividir su atención entre sus amigos, a los que echaba de menos y con los que quería pasar todo el tiempo que pudiera, y Alice, a la que, al ser la única mujer y no saber nada de castellano, le hacía de intérprete hasta que comprendió que no tenía el más mínimo interés en saber qué decían. Por eso, cuando le dijo que se iba a bailar, a Andreu le pareció una magnífica idea, pero cuando una hora después se acercó para decirle que quería irse, Andreu no tuvo más remedio que dar por finalizada la noche.

—¿Os vais? —Hugo se levantó para despedirse de Alice.

—Eso parece.

—Es muy temprano —se quejó.

—Pero se aburre, Hugo. No conoce a nadie y ni siquiera hay una sola mujer para que pueda hacer piña.

—Quizá le apetezca estar en la fiesta de Pedralbes.

—¿Qué fiesta? ¿La de la Asociación de cada año? Gracias. —gruñó—. A esa quien no quiere ir soy yo. Acuérdate del año aquel que fuimos y solo había gente de la edad de nuestros padres bailando sardanas y pasodobles.

—Es verdad. —Rio—. Pero, no, llevan unos años que ahora las organizan los jóvenes y no están mal.

—Déjalo. No está cómoda, así que casi mejor ni se lo comento.

—Si cambiáis de idea y os acercáis... échale un ojo a Susanna, por favor.

Andreu apretó los labios y asintió. Había comprendido lo que Hugo le quería decir, y es que, desde la agresión a Gemma, su amigo se había vuelto muy protector con sus dos hermanas. A su parecer, razón no le faltaba, porque a él, cuando Agnes le llamó para contarle lo ocurrido, le había sucedido algo similar. Tras el impacto inicial, voló de inmediato a Barcelona. Recordaba que al llegar al domicilio Casals y ver a Gemma tan rota, un primitivo instinto de protección nació en él para quedarse por siempre. Jamás podría olvidar aquellos días en los que no reconoció a la vivaz y alocada *nineta*, ni a Agnes, ni tampoco a Hugo. Y supuso que cuando Susanna regresara del viaje que estaba haciendo, le pasaría lo mismo.

—Gracias. —Posó la mano en uno de sus hombros—. ¿Nos vemos mañana?

—Si puedo, me acerco por la tarde a veros.

—Te espero. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Hugo.

Cuando entraron en la casa de los padres de Andreu, lo hicieron en sigilo para no despertar a ninguno de los que dormían. Andreu le hizo un gesto indicándole que iba a la cocina y ella lo siguió.

—¿Quieres uno? —Le tendió un vaso lleno de agua fría.

—No, gracias.

Andreu se lo bebió entero y sin descanso rellenó de nuevo el vaso.

—Has hablado tanto que no me extraña que tuvieras tanta sed.

—Sí. —Sonrió—. Con los chicos siempre ha sido así.

—Estás irreconocible.

—Supongo que es normal, ¿no?

—No lo sé. En Massachusetts tienes buenos amigos y no recuerdo haberte visto hablar tanto.

—Será porque los veo a diario.

—Andrew, si no tuvieses obligaciones en América, no seguirías allí, ¿verdad?

—¿A qué viene esa pregunta?

—A que desde que hemos llegado estás muy diferente, y creo que, aunque te has adaptado a la forma de vivir de allí tanto que ya eres un americano más, no es lo que deseas.

La escuchaba tan concentrado que incluso lo hacía con el ceño fruncido.

—Mi casa siempre estará aquí, donde están mis raíces y el entorno en el que he crecido. Aunque allí es donde vivo y donde he creado un futuro. No se trata de si es lo que deseo o no, es lo que me ha tocado vivir y estoy conforme con ello.

—O lo que elegiste.

—Claro, pero unido a las circunstancias.

Alice le quitó el vaso de la mano y esta vez fue ella quien se lo bebió.

—Creo que si estuvieses convencido de que fue tu elección, serías más feliz allí. Buenas noches. —Le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches. ¿Alice?

—Dime.

—Voy a... —Señaló la puerta—. No tengo sueño, voy a dar un paseo.

—Vale. Hasta mañana.

Esperó hasta que dejó de escuchar pasos en el piso de arriba, cogió las llaves de la casa, se volvió a poner el abrigo y caminó hacia el local donde, sin preguntarse el porqué, esperaba que aún estuviese Susanna.

Ya desde unos metros antes de llegar se podía escuchar la música proveniente del interior. Gracias a Dios no era un pasodoble. —Sonrió.

Al girar la calle y cruzar de acera, entendió el porqué. Las puertas estaban abiertas de par en par y, tanto en la entrada como en los accesos a esta, decenas de jóvenes bailaban y bebían. Por cómo se movían, interpretó que estaban muy perjudicados por el exceso de alcohol. Entre ellos no estaba Susanna. Entró en el amplio vestíbulo y siguió el sonido de las estridentes notas hasta que se encontró en lo que esa noche era la sala de baile. De un vistazo recorrió el espacio y, a pesar de los años que hacía que no las veía, enseguida reconoció a Martina y a Joana, pero Susanna no estaba con ellas. Volvió a buscarla, esta vez entre los asistentes que permanecían sentados y entre los que hacían fila en la barra esperando para pedir una consumición. Al no verla, localizó donde estaban los aseos; si no estaba allí, no le quedaría más remedio que preguntar a sus amigas por ella. Y eso estaba a punto de hacer hasta que, al regresar de los lavabos, la puerta trasera estaba abierta y la vio. Estaba de espaldas a él.

Al principio le despistó el escueto y sexi vestido; no era o había sido el estilo de ella, pero este se ajustaba a unas curvas y dejaba ver unas piernas que se sabía de memoria. No le cabía duda de que era ella.

Se acercó hasta colocarse a su espalda. Al principio se quedó tres, cuatro pasos detrás, no era necesario acercarse más, pero como si un hilo invisible tirara de él, se pegó tanto a ella que pudo oler su perfume. ¡Qué coño estaba haciendo!, se preguntó, pero se negó a darse una respuesta, porque se mentiría si no reconociera que por primera vez en mucho tiempo estaba donde quería estar. Inspiró hondo, pero cuando estaba a punto de decir algo, la escuchó hablar.

—Vaya mareo que llevo.

—Hola.

Se giró tan rápido que tuvo que sujetarla por el codo cuando se tambaleó.

—¡Andreu! ¡Qué... qué haces aquí!

—¿Celebrar la Navidad? —No pudo evitar sonreír al verla con la cara sonrojada, fruto del alcohol que había ingerido—. Y por lo que veo, tú lo has celebrado a lo grande.

—¿Aquí?

—Me dijeron que por esta zona era veinticuatro, en realidad, veinticinco. Así que sí, aquí.

—Vaya. —Torció la boca.

—¿Te molesta? —Recordó las veces en que ella le había tratado con frialdad e indiferencia y esperaba que esa noche fuera diferente—. ¿Prefieres que me vaya?

—¿Qué? Eh... No, no, qué va, es solo que me ha sorprendido.

Soltó el aire al escucharla.

—Entonces, empecemos de nuevo. Hola.

—Hola.

—Feliz Navidad.

—Eeh, igualmente.

Pensó que dar un paso más, ahora que parecía estar receptiva a relacionarse con él, no les haría daño, al menos estaba dispuesto a intentar un acercamiento. Porque, a pesar de todo, no debían olvidar que todos los miembros de la familia Casals eran importantes para Andreu y la mala relación entre ellos dos hacía muy difícil e incómodo cualquier contacto.

—¿Te apetece tomarte algo conmigo?

Susanna miró tras él; sin embargo, no había rastro de la novia americana. Imaginó que quizás estaría en el baño y, francamente, que se la presentara y encima verse obligada a tener que tomar algo con los dos mientras presenciaba las muestras de amor, no le hacía ninguna gracia. Así que dudó qué hacer.

—No sé si es buena idea.

—¿Por qué? —De pronto cayó en la cuenta. Había sido un incauto al no recordar que Susanna estaba saliendo con alguien, y que lo más seguro fuera que no hubiese ido sola, sino con el tipo con el que la vio abrazada el verano anterior—. Perdona. —Su voz pasó de risueña a seca—. No recordaba que no estás sola.

—Eeh, ¿sola? Sí, estoy sola. Yo lo decía por la mujer con la que has venido.

Respiró aliviado.

—No hay ninguna mujer. Yo también estoy solo. ¿Vamos?

—¿A dónde? —le preguntó extrañada al ver que cogía la dirección contraria al del acceso al interior.

—A algún lugar donde no haya música rompiéndonos los tímpanos. ¿O prefieres aquí?

La ingesta de más alcohol del que estaba acostumbrada a tomar hizo que bajara las defensas y que, por primera vez tratándose de Andreu, se dejara llevar por lo que realmente quería. Asintió y, al ver cómo las facciones de él se relajaban ante su respuesta, se olvidó de que debía mantener su postura distante.

—Tengo que coger mi abrigo. —De paso le envió un mensaje a Joana para decirle que se marchaba a casa.

Los primeros minutos, mientras caminaban uno al lado del otro, se les hizo tan extraño que ninguno dijo nada. Él lo hacía con la cabeza agachada y las manos metidas en los bolsillos de su abrigo; ella con la mirada al frente, aunque con todos los sentidos puestos en él. Al llegar a un cruce, se detuvieron para ver qué dirección tomaban y Andreu habló por primera vez.

—¿Vamos a Mirasol?

—Lo cerraron.

—¿Sí?

—Hará un año más o menos.

—Vaya. —La miró y se encogió de hombros—. Me temo que no voy a ser muy buen guía. —Acabó con una pequeña sonrisa.

—Ya lo veo. —Chasqueó la lengua.

—¡Oye! No tengo la culpa de que cierren locales y no me avisen.

Susanna negó con la cabeza intentando no reírse.

—¿Y Aguamar?

—Cerrado.

—¡No!

—Pues sí. Hará unos meses.

—Entonces... —Con las manos en las caderas miró a izquierda y derecha—. ¿Hay algún lugar que aún no haya decidido cerrar y dónde podamos entrar a tomar algo?

—Claro. Vamos.

Rota una pequeña porción del hielo que los separaba y, sin salir de la zona de confort que habían creado, intercambiaron impresiones sobre los cambios que se habían producido en la ciudad. Para cuando llegaron frente a la puerta de uno de los bares que en otra época más veces habían frecuentado, el hielo era ya una fina capa.

Una vez en el interior, Andreu le indicó un par de butacas vacías. Susanna asintió y se dirigió hacia ellas. Él aguardó su turno en la barra hasta que este llegó y pidió un par de bebidas que, cuando las dejó sobre la mesa, Susanna se sorprendió de que recordara lo que tomaban.

—Te puedes creer que hacía años que no tomaba uno de estos. —comentó Andreu tras darle un trago a su *gin-tonic* con fresas.

Susanna soltó un gruñido ante el que Andreu clavó los ojos en ella y sonrió al verla beber.

—Con este llevo cinco en lo que va de noche.

—De ahí el mareo que tenías.

—Lo más seguro.

—¿Aún lo estás?

Qué guapo estaba, pensó ahora que lo tenía tan cerca, y qué bien olía. Y qué desastre de cuerpo el suyo, que estaba reaccionando a su cercanía como si no supiera que Andreu estaba prohibido para ella.

—No —susurró sin darse cuenta del efecto que había tenido en él, no solo por la forma de decirlo, sino por la manera en que lo estaba mirando.

Andreu tragó saliva al ver sus mejillas sonrosarse aún más y esta vez por un motivo diferente que nada tenía que ver con el alcohol; a punto estuvo de postrarse de rodillas cuando entreabrió los labios para dejar entrar y salir el aire y por cómo su pecho subía y bajaba al compás de la respiración.

—Me vas a matar —musitó sin estar seguro de que ella le hubiese escuchado, aunque su respuesta le dejó claro que sí lo había hecho.

—Y tú a mí.

Sin plantearse lo que iba a hacer, posó la mano sobre su rodilla y la acarició subiendo lentamente hasta el muslo sin dejar de observar la reacción de Susanna.

Ella, receptiva a su contacto, bajó la mirada hacia la parte frontal de los pantalones cámel que llevaba y contempló la erección que se marcaba detrás de la tela. Elevó la mirada y se encontró con los ojos encendidos de él. Se mordió el labio inferior y fijó la vista en su boca, en los labios que se moría por volver a probar.

—Susanna...

No necesitaron decirse nada. Ambos, decididos, abandonaron el bar. Apenas habían caminado dos pasos, cuando Andreu agarró su mano y tiró de ella hasta que quedaron resguardados dentro de un portal. No perdieron tiempo y comenzaron a besarse; los dos estaban como locos, desesperados por saborear al otro.

Andreu metió las manos por debajo del vestido y se topó con las braguitas, las ahuecó con los dedos y abarcó las nalgas desnudas. Moviò la boca y le llenó la mandíbula de besos hasta que al llegar al cuello lo lamió. Susanna, abstraída de todo lo que les rodeaba menos de él, introdujo las manos por debajo de la camisa y se recreó acariciando su torso hasta que encontró los pezones y los arañó con suavidad, tal y como a él le gustaba que hiciera. Andreu jadeó al sentir sus uñas.

—Susanna, tenemos que irnos de aquí.

Regresó del estado en el que se encontraba y asintió. Se bajó el vestido y se aseguró de que llevaba el pelo más o menos decente antes de abandonar el portal.

Susanna supuso que irían a un hotel, y era la intención de Andreu, pero para eso tenían que llegar hasta su casa, coger el coche de su padre y conducir en su estado varios kilómetros.

—¿Dónde...

—He pensado...

Al mirarse comprendieron que el momento era ese, que no tenían tiempo ni querían pensar en lo que estaban haciendo, porque si lo hacían, ninguno de los dos seguiría adelante. Andreu miró alrededor en busca, quizá, de algún lugar donde pudiesen tener intimidad. Se pasó nervioso una mano por la nuca, pensando.

—¡Joder! —exclamó en voz baja, pero Susanna lo escuchó.

—Vamos. —Tomó la iniciativa y le animó a que la siguiera porque ella sí se conocía un lugar.

Regresaron a la fiesta utilizando para entrar la misma puerta por donde habían salido media hora antes y rodearon la improvisada pista de baile para evitar que sus dos amigas la vieran. En el otro extremo, unas escaleras llevaban a la segunda planta. Andreu las recordó, ya que algunas de las convocatorias del equipo de waterpolo se habían celebrado allí, por lo que, si todo seguía igual, había dos salas de reuniones, varios despachos y dos cuartos de baño.

Seguro de conocer bien dónde estaban, tomó su mano y subieron a la carrera los veinte peldaños. No se detuvo al llegar al rellano, caminó en línea recta hasta cruzar un pasillo en el que había varias puertas, todas cerradas, pero probó a abrir la segunda y no tenía la llave echada. La empujó, asomó la cabeza para comprobar que no había nadie y entró seguido de Susanna.

Cerró la puerta y, en un arranque de desesperación, la besó. Ella tardó poco, no solo en devolverle el beso, sino en desabrocharle la camisa. Y él en quitarle el abrigo, subirle el vestido y recrearse en acariciar sus piernas y abdomen, pero no tenía suficiente de ella; Andreu necesitaba más. La alzó y caminó con Susanna aferrada a sus caderas hasta que la dejó sobre una mesa de escritorio.

Sincronizados, se miraron apenas un segundo antes de que los dos a la vez comenzaran a desnudarse. Ella bajó la cremallera del vestido, deslizó los tirantes de este y dejó sus pechos expuestos. Andreu, al igual que había hecho con el de ella, se quitó el abrigo, terminó de desabrocharse la camisa e hizo lo mismo con los pantalones.

Susanna, pendiente de cada movimiento, fue descubriendo la transformación que los años habían causado en su cuerpo.

Ya había notado cuando se besaron que la barba estaba más poblada y era más dura. Admiró asombrada el vello que cubría su pecho cuando antes solo eran algunos pelitos oscuros. Los músculos abdominales, al igual que los pectorales, se intuían bajo la capa de piel.

No le dio tiempo a recrearse más, porque el cuerpo que miraba se abalanzó sobre ella. Abrió las piernas para darle cabida y a punto estuvo de echarse a llorar cuando sintió su peso sobre ella, al igual que el calor que desprendía, cuando le llegó su aroma, tan particular de él, y al notar sus labios apresando, como había hecho tantas veces, con gula los pechos. Apretó los ojos y se dejó llevar por todas las sensaciones que de nuevo Andreu despertaba en ella.

La escuchó gemir y se permitió abrir un momento los ojos para mirarla. Era ella,

Susanna, y si con veinte años era preciosa, ahora que tenía veintisiete y su rostro y su cuerpo habían dejado atrás la niñez, era perfecta.

Abandonó sus pechos para ir al encuentro de su boca.

Había echado de menos el sabor de sus labios y la calidez con que lo recibía, y ahora, en ese momento, sus besos eran para él. Se negaba a pensar en Susanna abrazada a aquel hombre ni en lo que pasaría mañana, porque quizá, al día siguiente, cuando Susanna despertara, podría ser que regresara al lado de aquel desconocido, o quizá se diera cuenta de que solo podía amarlo a él. Y entonces Andreu lo dejaría todo y regresaría a Barcelona, sin mirar atrás, con ella.

No había tenido sexo desde que a los veintidós años dejó la relación con Andreu, pero el cuerpo tenía memoria y no solo despertó del largo letargo, sino que lo hizo reconociendo el toque de Andreu, respondiendo con la misma intensidad emocional y sexual que era tan solo de ellos.

Volvían a ser dos amantes entregados a una sexualidad sin tabúes basada en el amor que se tenían. O al menos así lo estaba viviendo Susanna.

No quiso pensar en la mujer americana ni en lo que significaba para él, porque tenía claro que ese momento iba a ser lo único que tendría de Andreu. Después, cuando acabasen, en silencio y sin dramas, se iría y dejaría que regresara a su lado. Tenía que ser consecuente con la decisión que un día tomó, pero eso no significaba que su mente traicionera soñara con que él le dijera que aún la quería y que regresaba a Barcelona, con ella.

Mientras se besaban, las manos de ambos recorrían la piel desnuda del otro. Sin separar los labios, profundizando en el beso, ella se echó hacia atrás hasta que la espalda tocó la fría madera de la mesa. Andreu cayó sobre ella con la mitad superior del cuerpo, introdujo una mano entre los dos y buscó a tientas tras las braguitas el húmedo sexo. Lo acarició hasta que al escucharla sollozar apartó los dedos, se bajó los calzoncillos por debajo de las caderas y de un solo envite entró profundamente en ella.

No hablaron, ni se miraron en ningún momento, pero las bocas y manos les dijeron todo lo que necesitaban saber; que sus cuerpos y sus mentes no se habían olvidado.

La excitación aumentó y los movimientos fueron más bruscos. Ante la llegada del orgasmo, ambos, con las mentes nubladas, sucumbieron como siempre: él aferrado a su cuerpo y ella susurrando su nombre.

Susanna fue la primera en ser consciente de lo que acababa de ocurrir y de la manera en que sus brazos lo envolvían; cerró los ojos y deseó que no se moviera, que permaneciera así hasta que amaneciera, hasta que acabasen las Navidades y la mujer que había venido con él regresara sola a América. Deseó que él le dijera que aquello que

tanto le había costado conseguir ya no le merecía la pena, porque prefería mil veces estar con ella. Esperó y esperó, pero Andreu, no solo no decía nada, sino que, en lugar de besar su cuello, como ocurría en cada ocasión que habían hecho el amor, permanecía inmóvil sin dar ninguna señal de que aquello había sido tan real para él como lo había sido para ella.

Andreu se sentía muy confundido. ¡Joder! Estaba seguro de que ella acababa de demostrarle lo que él creyó durante un tiempo, que seguía queriéndolo. Y si fuera verdad, él tenía que saberlo. Y, entonces, tendrían que hablar y mucho.

Estaba a punto de preguntarle, cuando la sintió tensarse debajo de él. Se quedó helado al interpretar su necesidad de que se apartara de encima de ella. Sin querer hacerlo, se separó de su cuerpo y al mirarla su rostro no reflejaba ninguna emoción.

—Susanna. Yo...

Susanna, al ver que no le decía nada, y antes de romper a llorar delante de él y que viera el dolor que sentía, se levantó de la mesa y salió de la habitación mientras se vestía, sin que Andreu hiciese nada por detenerla.

—¡Mierda! —exclamó Andreu sin saber muy bien qué era lo que acababa de pasar.

Capítulo veintidós

En cuanto Susanna llegó a su casa, se metió en la cama y, para no despertar a su madre con su llanto, amortiguó el sonido con la almohada.

Qué había hecho.

Había pasado cinco años fingiendo que no sentía nada por él y en unos minutos había dejado asomar todo lo que representaba Andreu para ella. Aunque eso, al parecer, ahora carecía de importancia, ya que para él no había significado nada más que sexo. Debería estar contenta por lo bien que lo había hecho durante esos años: no solo había conseguido engañarlo a él y a todos, sino que, además, Andreu había aprendido a olvidarla, había rehecho su vida y estaba feliz. Y ella... Tenía razón su madre, debía cerrar la bonita historia que tuvieron y continuar.

Aquellas Navidades estaban siendo una de las más tristes en casa de la familia Casals.

Incluso Agnes, que siempre intentaba mostrarse positiva frente a sus hijos, ese año no tenía fuerzas para hacerlo; tenía demasiados frentes abiertos contra los que luchar ella sola.

Primero fue Susanna sufriendo la pérdida del primer amor y que, contra todo pronóstico, hoy día no había sido capaz de superar.

Después, la benjamina de sus hijos, Gemma, que era la sombra de lo que había sido, estaba tan decaída que incluso hacía unos meses que había abandonado sus estudios. Al único que parecía que la vida le sonreía era a su hijo Hugo.

Se enjugó las lágrimas al escuchar unos pasos que se acercaban a la cocina.

Susanna entró con el rostro congestionado y los ojos hinchados como resultado de haber pasado la noche llorando, bien lo sabía ella que había permanecido despierta, escuchándola llorar hasta que se calmó.

—Feliz Navidad, hija.

—Feliz Navidad.

Susanna la abrazó y Agnes la rodeó con sus brazos.

—¿Vas a salir tan temprano? —Se extrañó al verla vestida con ropa de abrigo.

—Me apetece caminar, pero te prometo que abriremos los regalos juntos. Estaré de vuelta antes de que se despierten Hugo y Gemma.

—Está bien. —Le colocó el pelo detrás de la oreja—. Abrígate, que hace mucho frío.

Al abrir la puerta principal, comprobó que su madre tenía razón.

La temperatura a esas horas de la mañana no acompañaba para dar un paseo, pero a Susanna no le importaba; tenía la necesidad de moverse y, además, el frío le vendría bien para despejarse. Cerró con cuidado para no despertar a sus hermanos y comenzó a caminar sin rumbo fijo por las calles vacías de gente y de coches.

Porque era el día de Navidad, y a esas horas todos en sus casas dormían o estaban reunidos abriendo los regalos que habían recibido en esa mañana especial.

Anduvo con la mirada al frente y la mente llena de imágenes de la noche anterior. Repasó cada segundo desde el momento en que la sujetó por el codo cuando a punto estuvo de caerse por la impresión de escucharlo tras de ella. Recordó su voz, algo más grave, aunque con la misma cadencia de cinco años atrás. Revivió las caricias sobre su piel, cada beso que le dio. Volvió a sentir la fuerza de sus manos aferrando sus caderas, acariciando la cintura.

Al llegar ante las puertas cerradas del palacio de Pedralbes, se detuvo e inspiró con fuerza la mezcla de olores a mar, vegetación y tierra mojada que confluían en esa zona de la ciudad.

No podía seguir así; se estaba destrozando. Si no le era posible olvidar, tendría que aprender a vivir con ello sin que le afectara tanto, porque en la vida quería ser algo más que médico. Susanna quería volver a amar, tener su propia familia y construir un hogar con un hombre con el que fuera feliz.

Escuchó una risa a su espalda, al girar la cabeza vio que una pareja caminaba por la acera de enfrente, cogida de la mano. Ella reía y se ponía de puntillas para besar al hombre que le devolvía el beso. Apartó la mirada e inspiró hondo negándose a llorar, ya no. Iba a comenzar a poner en práctica toda la teoría que acababa de anotar en su cabeza. Se tapó la boca con la bufanda al levantarse un aire húmedo proveniente del mar, y reanudó la marcha en sentido contrario al que llevaban Andreu y Alice.

Tres de enero

La tarde en la consulta había sido un trasiego incesante de pacientes que esperaban el informe del anestesista para someterse a la cirugía que tenían programada. Entre medias, había tenido que acudir como residente de último año al área de quirófanos en tres ocasiones. Para cuando abandonó el hospital estaba realmente cansada, le dolían los pies y la espalda. En cuanto llegara a casa, pensó, se daría un baño calentito que aliviara sus

maltratados músculos. Lo necesitaba para soportar la noche que tenía por delante; la pasaría en vela si quería terminar a tiempo la exposición sobre «*El abordaje del anestesiólogo en pacientes con hipertensión y embarazo*». Estaba previsto que la presentara durante el congreso que tendría lugar en dos meses en la ciudad condal, e iba con bastante retraso. Pero entre las Navidades y la cantidad de guardias que le habían puesto en diciembre no daba para más. Y como al parecer no había tenido suficiente aquel día, comenzó a llover de tal manera que, cerca de la boca del metro, ya tenía empapada hasta la ropa interior.

«¡Qué bien! Lo que me faltaba», refunfuñó mientras la gente a su alrededor corría para escapar del aguacero.

—¡Sube al coche!

Giró la cabeza por inercia, aun sabiendo que el aviso no iba dirigido a ella.

—¿Vas a subir o quieres seguir mojándote?

Era Pau, y por la cara que traía no parecía muy contento. Ya averiguaría qué le pasaba, porque de momento lo más urgente era entrar en el coche.

Subió y, mientras se abrochaba el cinturón, miró de reojo cómo repiqueteaba con los dedos en el volante. Tenía el ceño fruncido y los labios de tan apretados se habían convertido en una línea fina.

—Parece que no te han sentado muy bien las vacaciones —le increpó.

—No sé qué te hace pensar tal cosa.

—Quizá, el que no me hayas saludado y, mírate, tienes todo el aspecto de alguien enfadado.

—Si lo tengo es que lo estaré. —Puso el intermitente y se incorporó al carril de la derecha.

—Y ¿puedo saber por qué?

—No.

Susanna se giró para mirarlo.

—¿Sigues enfadado conmigo?

—¿Debería estarlo? Y siéntate bien, que está la policía delante.

Obedeció; dos coches por delante de ellos, iba uno de la policía local.

—¿No crees que estás exagerando?

—No.

—Entonces, ¿por qué has venido a buscarme?

—No lo he hecho. —La miró de soslayo—. He venido a dejar un pedido aquí al lado. Ha sido casualidad que te viera.

Se estaba comportando como un imbécil y no tenía el día para aguantar tonterías de niño malcriado.

—Para ahí. —Señaló una parada de autobús.

—¿Por qué?

—Prefiero ir en metro.

—No voy a parar, Susanna.

—Y yo no tengo por qué aguantar tu mal humor, bastante tengo con el mío.

No paró, pero sí que pudo ver como sus facciones se relajaban.

—Está bien —dijo Pau tras haber permanecido ambos en silencio—. Te invito a un café.

—¿Para qué? ¿Para que sigas siendo desagradable?

—No. Para que me cuentes que tal han estado tus Navidades.

—Mejor otro día. Esta noche tengo que estudiar.

—¿Uno rápido? Te prometo que no dejaré que te entretengas.

—No sé, Pau. En serio, tengo mucho que estudiar y, si te soy sincera, no me ha gustado tu recibimiento después de cómo me dejaste tirada la última vez.

—De eso tenemos que hablar —dijo serio—. Venga, ánimo. Un café, firmamos la pipa de la paz y te llevo a tu casa.

—Está bien. —No estaba muy convencida, pero tampoco le gustaba dejar las cosas sin resolver, y ya que Pau quería hablar de lo que pasó, ella también lo haría.

Entraron en una cafetería no muy lejos del hospital. Pau le indicó una mesa y los dos fueron a sentarse a la espera de que el camarero les tomara nota de lo que tomarían.

—Cuéntame si hiciste algo más que dormir estas fiestas.

—He comido mucho y he trabajado más. —Se encogió de hombros sin querer extenderse en explicaciones banales, cuando lo que realmente quería era hablar del día en que la dejó tirada.

—¿Has tenido más guardias?

—Qué va. Las que te dije, pero han sido duras y largas.

—Ya supongo.

—Y tú, ¿qué? ¿Tienes algo que contarme?

—Al revés que tú, he trabajado poco y dormido menos. ¿Comer? Cuando nos acordábamos.

—¿Cuándo volviste?

—Acabo de hacerlo.

—Pero me habías dicho que venías de entregar un pedido.

—Y lo entregué. Y al ver que llovía y que era la hora en que saldrías del hospital, fui

a buscarte.

—¡Me has mentido! —exclamó señalándolo con el dedo.

—Una mentirijilla sin importancia. Míralo desde el lado de que he evitado que te calaras más de lo que ya estás.

En ocasiones como aquella, en que estaba tan cansada, lidiar con la agilidad mental de Pau era un esfuerzo que no estaba dispuesta a realizar.

Y si bien había momentos en que intentaba entenderlo, ese día no era el caso y más después del cambio emocional que había sufrido. Ya no había ni rastro de enfado; al contrario, estaba viendo al Pau de siempre.

—Está bien —dijo cansada.

—No parece que te haya hecho mucha gracia verme después de estar tantos días separados.

—Estoy cansada, Pau. He tenido un día duro y me faltan horas de sueño.

—No sé, te noto extraña conmigo. ¿En serio te molestó tener que regresar a casa en tren desde Mataró? No son tantas estaciones como para que me guardes rencor.

Susanna lo miró boquiabierta.

—No es el hecho de volver en tren, sino el que tú me dejaste allí sola.

—¿Y qué querías que hiciera? Me hiciste daño, ¿sabes?

—¿Yo?

—No es normal que quieras esconderme una relación ni que me culpes por querer saber sobre ella. Tampoco lo es que me ataques por defender a alguien que ya no está en tu vida, y más cuando no debiste de significar mucho para él, ya que se marchó y te dejó sola.

—Ya te dije que no fue así.

La ignoró.

—Sabes que estoy muy enamorado de ti, Susanna, pero no tengo claro que entiendas cómo me duele saber que ha habido otro.

—Pau, yo...

—Y por el que sigues sintiendo algo. Me lo dejaste muy claro. —La dejó respirar mientras le indicaba al camarero como querían los cafés, pero, en cuanto se marchó, Pau volvió a la carga—. Susanna, conseguiste que me enfadara porque por primera vez quise ser otra persona, quise ser él. ¡Joder, Susanna! Me pusiste tan celoso y tan enfadado que no me dejaste más opción que la de marcharme. Y no creo que fuera para tanto que tuvieras que caminar; yo sabía que la estación de tren en Mataró estaba cerca y que no tardarías en llegar a ella. Así que no puedes culparme por haberme ido, porque estaba tan dolido que no pude hacer otra cosa más que alejarme.

Susanna no sabía qué decir. Aquella declaración la había dejado sin una réplica que darle. Ella misma, unos días atrás, se moría de celos al ver a Andreu con la mujer americana y, también ella misma, salió huyendo de la sala donde acababan de hacer el amor sin preocuparse porque lo dejaba solo.

Y si Pau sentía la mitad de lo que sentía ella por Andreu, no le quedaba otra que reconocer que tenía razón.

—Lo siento, Pau —se escuchó decir—. No pretendía hacerte daño. Ni siquiera me di cuenta de que te lo estaba haciendo.

—Ahora entenderás por qué te dije que cuando le olvidases hablaríamos. No es fácil estar enamorado de alguien que tiene en la cabeza a otra persona.

—Supongo que no lo es.

Un camarero dejó dos vasos de café con leche sobre la mesa.

—Bébetelo antes de que se enfríe y te llevo a casa para que puedas estudiar. —Le sonrió y Susanna se sintió mal por haber hecho daño a alguien que solo se preocupaba porque estuviera bien.

—Pau, perdóname. —Extendió la mano por encima de la mesa y él, aunque dudó unos segundos, entrelazó los dedos con los de ella y la apretó.

—Estás perdonada. Pero no vuelvas a defenderlo delante de mí. Me pone enfermo saber que te dejó cuando yo nunca podría hacerlo.

Susanna se sorprendió al escuchar con que intensidad hacía aquella afirmación.

—¿Qué?! —Casi parecía que la estaba increpando.

Susanna negó con la cabeza y cambió de tema.

—Y tu enfado de antes, ¿también se te ha pasado?

—También, aunque no era contigo mi mal humor. Tuve una discusión con el cliente al que fui a ver.

—¿Me lo contarás?

—No, porque no tiene importancia. Voy a pagar y nos vamos.

Había cumplido su palabra: pagó y la dejó en la puerta de su casa. Susanna, antes de bajar del coche, se estiró por encima del cambio de marchas y le dio un abrazo. Pau al principio se tensó, pero enseguida se lo devolvió. Susanna creyó intuir que iba a besarla, pero no lo hizo; él fue quien puso fin al contacto y quien la invitó amablemente a salir del vehículo, deseándole que tuviera buena noche.

Había perdido tanto tiempo que le dijo adiós al baño que pensaba darse, pero no renunció a una ducha caliente. Con el pijama puesto se secó el pelo.

Mientras pasaba el secador por los largos mechones, pensó en lo que le había dicho Pau y en el motivo por el que se había enfadado «quise ser él». Pasó un dedo por los labios e imaginó cómo sería ser besada por él. Desde luego era un hombre muy muy guapo y seguro que con mucha experiencia en besar, y no solo en eso. Con su imagen y su carácter extrovertido, a sus treinta años, debía de tener una lista con todas las mujeres que habían pasado por su cama.

Era extraño pensar en sexo con otro hombre que no fuera Andreu, pero se había hecho la promesa de aprender a convivir con lo que sentía por él, y eso significaba que, aparte de pensar, tendría que acostarse con otros hombres. Y Pau podría ser uno de ellos. Se mordisqueó una uña pensando si sería capaz de tener sexo con él y lo que implicaría después, porque, si daba el paso, estaba segura de que para Pau significaría entrar en una relación, y no confiaba en si eso era lo que ella quería. Como amigo le gustaba, como hombre también, pero como pareja tenía dudas.

Acabó de secarse el cabello y se sentó en el escritorio con la intención de acabar de perfilar las conclusiones. Al día siguiente imprimiría las imágenes y ya solo le quedaría que Hugo le ayudara a insertarlas correctamente. A su hermano se le daba bien, era muy creativo y sabía que haría un montaje perfecto. Ella, en cambio, era un desastre.

Media hora después miraba la pantalla del ordenador sin haber escrito una letra, pues seguía dando vueltas a qué hacer con respecto a Pau.

«¡Qué difícil!», murmuró, y pensó que con Andreu no tuvo ninguna duda, ni siquiera nada que pensar. Pero claro, Andreu había sido el amor de su vida, por lo que cualquiera que viniese detrás lo haría bajo otras circunstancias. Eso no significaba que no se enamorase nunca más, seguro que sí lo haría, pero de manera diferente y, quizá, ya lo estaba de Pau, solo que le costaba reconocer ese sentimiento cuando todavía no había superado a Andreu. Estaba en trámites de hacerlo y la mejor manera de comprobarlo era... Saltó como un resorte y, antes de arrepentirse, le envió un mensaje.

Susanna:

Quiero que seas tú quien me ayude a olvidarlo.

Aguardó su respuesta.

Pau:

Te espero.

Ya vestida, abrió la puerta de su dormitorio y se fijó que en la habitación de Hugo había luz. En silencio para no alertarlo, bajó las escaleras hasta la planta primera y del

mismo modo abrió la puerta principal y cerró con sumo cuidado.

Llevaba parada frente a la vivienda de Pau varios minutos. Estaba nerviosa y, cada vez que tenía intención de tocar el timbre, decenas de dudas le venían a la mente.

«Qué ridícula soy; solo es sexo», se dijo tras secarse las palmas de las manos en la tela del abrigo. «Además, soy joven y Pau me gusta. No hay nada malo en ello». Tomó aire y, por última vez, se reafirmó en la decisión que había tomado antes de encontrarse delante de la puerta de Pau.

Al final, contó hasta tres y apretó el botón del timbre.

Un mes después

Era el primer día en el que la familia Casals al completo, tras una semana en cama por culpa de los efectos de un virus gastrointestinal, se incorporaba a sus obligaciones diarias. Susanna se preparó una infusión para desayunar en lugar del acostumbrado y necesitado café. Para la hora del almuerzo, partió una manzana en trozos y la metió en un envase de plástico.

Después de tantos días sin acudir al hospital, le esperaba un día largo y prefería mantener la dieta unos días más antes de tentar a la suerte y vomitar mientras pasaba consulta o, peor aún, en quirófano. Hugo, al verla, decidió seguir su ejemplo con la infusión.

Llegó temprano, ya que quería pasarse por el área de quirófanos para recoger las cirugías programadas ese día y estudiarlas con calma antes de que el trabajo se le acumulase más de lo que seguro ya estaba. Miedo le daba ver lo que habría sobre la mesa de su escritorio.

—Doctora Casals, buenos días.

—Hola, Elena. ¿Os han llegado ya las cirugías para hoy?

—Hace unos minutos. Espere, ahora se las entrego.

—Susanna. —Se giró al escuchar la voz de Pep, uno de los cirujanos—. Me enteré de que estabas enferma.

—Hola, Pep. Solo fue una gastroenteritis, pero nos ha tenido en cama a mi familia y a mí siete días.

—Vaya, hay mucha este año. Tendrías que haberte quedado en casa unos días más; tienes mala cara.

—Oh, gracias. Qué amable.

—¿Tienes tiempo de tomarte un café? Quiero comentarte un caso.

—Soy residente, ¿recuerdas?

—Por eso, precisamente, creo que te va a interesar.

La enfermera le entregó una carpeta que Susanna cogió y, tras darle las gracias, se despidió y caminó hacia los ascensores junto al cirujano.

—¿De qué se trata? —No dio tiempo a que las puertas se cerraran cuando ya le estaba preguntando. Le encantaban los casos que no eran habituales de ver y Pep era un captador nato para todos ellos.

—No seas impaciente. Primero, el café.

Susanna emitió un gruñido, aunque lo único que consiguió fue que el cirujano se echara a reír.

La cafetería, como no podía ser de otro modo, estaba llena de usuarios que habían ido a realizarse una extracción de sangre y de familiares de pacientes ingresados que bajaban a desayunar.

—Joder, cómo está esto de gente. Por eso odio los turnos de mañana. ¿Ves algún sitio vacío?

Susanna no pudo responder; de las cocinas llegaba el olor a fritanga y su estómago no lo soportó. Tras una arcada que no pudo retener, expulsó el escaso contenido de su estómago. De lo único que tuvo tiempo fue de girar la cabeza y vomitar en una papelera. Pep la sujetó por los hombros y la ayudó a salir de la cafetería llevando con él la papelera, ya que Susanna seguía vomitando.

—¿Estás mejor? —le preguntó cuando ya no le quedaba nada que expulsar, aunque las arcadas no habían desaparecido.

Le hizo una seña a una compañera que pasaba por allí para que se acercara.

—Quédate con ella, yo iré a por una silla.

—No hace falta, ya estoy... —Otra nueva arcada.

—Ya lo veo. Te vas a sentar en una silla de ruedas como una niña buena y te acompañaré hasta la sala de descanso.

—Ve. Ya me quedo yo con, Susanna, ¿verdad?

Ella solo pudo asentir, temía que si hablaba volvería a tener más arcadas.

—Ten. —Le tendió un pañuelo de papel para que se limpiara—. Los primeros meses son lo peor —le aseguró—, después todo es más sencillo.

—No estoy embarazada. —Pudo decir antes de que una nueva arcada la hiciera doblarse sobre la papelera.

—Ah, perdona. Bueno, pues entonces será algo que has comido que estaba en mal estado o el típico virus gástrico.

—Ya estoy aquí.

«Menos mal», pensó Susanna, porque la mujer que se había quedado con ella podría seguir haciendo conjeturas hasta que acabara con todas las patologías digestivas.

—Venga, doctora. Siéntate, que nos vamos de paseo.

En la sala de médicos, Susanna entró al cuarto de baño; necesitaba lavarse los dientes y de paso mojó una toalla y se refrescó con ella la nuca. Cuando salió, Pep le hizo un gesto para que se tumbara.

—De verdad que no es necesario, ya estoy mejor.

—Eres residente, ¿no? Pues yo ya pasé aquella etapa hace varios años, así que, si no te importa, seré yo el que diga si estás bien o no.

—Qué carácter. No sé cómo te soporta tu mujer.

—¿Por qué crees que hago tantas guardias? Ahora no hables —le pidió al ir a medirle la presión.

Susanna cerró la boca y se dedicó a mirar el techo que, por lo que observó, no le vendría mal una manita de pintura.

—Listo. La tienes por los suelos, pero después de todo lo que has echado no me extraña.

—¿Ya me puedo levantar?

—No.

—¡Ey! ¿No irás a sacarme sangre? —dijo al ver el material para extracciones.

—Yo no.

—Pep, que no es nada. Ya te he dicho que en casa hemos estado todos con gastroenteritis.

—Y te escuché, pero me quedo más tranquilo si veo cómo estás por dentro. Tú misma deberías saber que no es normal que tras siete días sigas vomitando de la forma en que lo has hecho.

—Solo ha sido hoy, además no me gustan las agujas.

—Pues mejor, así solo te tomaremos una muestra hoy.

—Qué cabezota eres.

—Y tú, qué mala paciente. —Se retiró para dejar espacio a la enfermera encargada de coger la muestra—. Y ahora te vas a quedar aquí tumbada un rato, ¿me has escuchado?

—Alto y claro. Pero me tendrás que traer una mantita; me estoy quedando helada.

Se había quedado dormida y a saber durante cuánto tiempo, fue lo que pensó cuando alguien le daba golpecitos en el brazo para que se despertara.

—Doctora, perdone, pero me han pedido que le entregue esto.

—¿Eh? —preguntó aún adormecida.

—Tiene que orinar en el bote.

—Claro, deme unos minutos. —Se levantó, entró al baño y, tal y como aseguró, un par de minutos después salió con el frasco lleno.

—El doctor Bolaños me ha amenazado con enviarme a pasar consulta con García si no me aseguro de que se queda usted acostada —dijo al ver cómo Susanna se calzaba.

—No me lo puedo creer —protestó, pero obedeció y se tumbó.

Habían pasado varias horas desde que la habían dejado sola en la sala, cuando la puerta se abrió y vio que el que entraba era Pep.

—¿Rotavirus? ¿Adenovirus? —le preguntó. Con un poco de suerte, Pep se habría convencido y la dejaba salir de allí.

—Rotavirus, tenías razón.

—Entonces, ¿ya puedo irme a trabajar?

—Si ya te encuentras mejor, sí.

—Genial. —Esta vez sí que se calzó.

—¿Por qué no me habías dicho que estabas embarazada?

«No puede ser. No, por favor», llevaba repitiendo desde que hacía una hora vio los resultados de la muestra de orina. Hasta el día siguiente no podría saber los de sangre, pero no eran necesarios: estaba embarazada. «¡Mierda!», exclamó en un murmullo mientras caminaba hacia la boca del metro. Al final hizo caso a Pep y había accedido a irse a casa, pero no por la gastroenteritis, sino porque no podía trabajar en el estado en el que se encontraba: en shock y con la cabeza como un lienzo en blanco. Estaba embarazada. Ella.

Cuando bajó en la estación Palau Reial, caminó la corta distancia que le separaba de su casa. Al entrar, no escuchó ningún ruido: su madre estaba durmiendo después de haber salido de turno de noche, Hugo se encontraba trabajando y, por la hora que era, Gemma estaría en terapia. Subió a su dormitorio y se despojó de la ropa. Entró al baño y se observó en el espejo, repasando su cuerpo de frente y de perfil, sin que notara que hubiera algún cambio en él.

Se palpó los pechos y, aunque los notaba más sensibles que de costumbre, tenían el mismo tamaño.

«¿Qué voy a hacer?», murmuró con la mirada puesta en su vientre. «Aún estoy preparándome. Me queda un año para acabar la residencia», se dijo asustada. «No puedo ser madre, es demasiado pronto y tengo planes». Comenzó a llorar. «Primero debo asegurar mi futuro y ni siquiera tengo una plaza asignada».

Se sentó en el borde de la bañera y se dejó llevar por el llanto. Veinte minutos más tarde había tomado una decisión. Se lavó la cara e, igual que hizo al llegar, con cuidado para no despertar a su madre, se vistió y salió de casa.

La suerte quiso que la ginecóloga del *Centre d'atenció a la dona*^[9] pudiera verla esa misma mañana.

Para cuando entró en la consulta, Susanna estaba hecha un manojo de nervios. Era la primera vez que, tras tomar una decisión, dudaba sobre si sería lo correcto, porque la seguridad y el aplomo con que se regía su vida, en el momento en que más los necesitaba, la habían abandonado.

Se sentía como una niña a la que acababan de pillar infraganti cuando se sentó frente a una mujer de la edad de su madre que la miraba por encima de unas gafas de pasta roja.

—Cuéntame. ¿Qué te pasa? —Miró la pantalla del ordenador y se preparó para teclear lo que Susanna le dijera.

—Estoy embarazada y no puedo tenerlo.

Nunca pensó que alguna vez se sentiría tan avergonzada al decir que era médico y que, a pesar de tomar anticonceptivos orales, se había quedado embarazada. Daba igual si se los habían recetado hacía años para regular sus dolorosas e irregulares menstruaciones, se suponía que por el hecho de ser un profesional de la salud debería saber cuidarse al máximo y ella no lo había hecho, porque hubo dos días que no se las tomó.

Pero, para su sorpresa, la ginecóloga no le hizo ningún comentario al respecto. Se limitó a tomar nota de todo lo que decía.

—¿Cuándo fue tu última regla?

—El quince de diciembre.

Calculó con el gestograma las semanas que tenía de embarazo.

—Estás embarazada de seis semanas.

Susanna estuvo a punto de cuestionarla, pero, en su lugar, cerró la boca y apretó los ojos.

—Tendría que programarte una ecografía para confirmarlo y para ver que todo va bien. Susanna, ¿quieres que hablemos sobre tu embarazo o la decisión es firme?

—Yo...

Al verla dudar, la ginecóloga intentó ayudarla.

—Mira, no es la primera vez que un método anticonceptivo falla y entiendo tus dudas. Es una decisión complicada, pero tienes tiempo de pensártelo. Hoy estás muy nerviosa.

Vete a casa, habla con el padre y decidís qué hacer. Yo te pediré una eco, una analítica y las fechas con la matrona para las próximas revisiones, por si decides seguir adelante.

—Gracias.

—Y tranquila, que todo tiene solución.

Susanna cogió los volantes con las peticiones y una receta con la prescripción de ácido fólico.

Al salir del ambulatorio, se había puesto a llover, pero Susanna, en lugar de acelerar el paso o de resguardarse bajo alguna marquesina, deambuló como si fuera inmune a las gotas de lluvia.

No prestaba atención a la dirección que llevaba, le daba igual hacia donde le guiaban sus pasos, porque lo único que le importaba era que estaba embarazada de seis semanas y que debía tomar más de una decisión.

Orden de libros de la serie *Dime qué quieres*:

Enséñame

Cada minuto

Cuando me dejes

Tu locura y mis ganas

Me quedo contigo

Volverte a ver

Canción para Susanna

Canción para una vida

Podéis encontrarme:



Vega Quinn



info@vegaquinn.com



[_VegaQuinn_escritora](https://www.instagram.com/_VegaQuinn_escritora)

En el enlace que os dejo abajo tenéis las canciones que aparecen en el libro o si lo preferís podéis encontrar esta y todas las listas de la serie en mi perfil de Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/cancionparasusanna>

[1] Forma cariñosa de llamar a una niña pequeña.

[2] Policía autonómica de Cataluña.

[3] El abuelo Xavier.

[4] ¡Madre mía!

[5] Tío.

[6] Madre mía.

[7] Sí, sí. ¡Ya voy! Dame solo un momento.

[8] Tía.

[9] Centro de atención a la mujer.